

Roberto Arlt

**AGUAFUERTES
COMPLETAS**
Y OTROS ESCRITOS

COMPILADOR
Marcos Mele



14 de agosto de 1928 — 21 de octubre de 1928

TOMO II

UNIVERSIDAD NACIONAL
UN
La.
DE LANUS



Roberto Arlt

AGUAFUERTES COMPLETAS
Y OTROS ESCRITOS

TOMO II





Legislatura
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

"2024 - Año del 30° Aniversario de la Autonomía de la Ciudad de Buenos Aires"

Buenos Aires, 12 de diciembre de 2024.

DECLARACIÓN 913/2024

Declárase de Interés de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires para la Comunicación Social y la Cultura, la publicación digital "Aguafuertes Completas y otros escritos", del célebre novelista porteño Roberto Arlt, recopilada por la Universidad Nacional de Lanús.

CLARA MUZZIO
PABLO JAVIER SCHILLAGI

ES COPIA

Mele, Marcos

Roberto Arlt : Aguafuertes completas y otros escritos : Tomo II / Marcos Mele.
- 1a ed adaptada. - Remedios de Escalada : De la UNLa - Universidad Nacional
de Lanús, 2025.

Libro digital, DOC

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8926-79-7

1. Literatura Argentina. 2. Obras Literarias. I. Título.
CDD A860



SECRETARÍA
DE INVESTIGACIÓN
Y POSGRADO

Rector:

Mtro. Daniel Bozzani

Comité Editorial

Dr. Aritz Recalde

Mg. Carla Micele

Mg. Marcos Mele

Mg. Mariana Ugarte

Mg. Tamara Ferrero

Compilador y corrector

Marcos M. Mele

Diseñador editorial

Hernán G. Orue

Restauración de ilustraciones

Vanesa C. Mlot y Hernán G. Orue

Equipo de digitalización

Ivana M. Cardo y Vanesa C. Mlot

Labor hemerográfica

Javier Areco

ISBN 978-987-8926-79-7

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción sin autorización

Ilustración de la tapa: Aguafuertes 17/08/28 por Luis Bello



© Ediciones de la UNLa / 2024

29 de septiembre 3901

1826 Remedios de Escalada - Lanús

Provincia de Buenos Aires / República Argentina

Tel.: (+54 11) 5533-5600 int.: 5727

edunla@unla.edu.ar / www.unla.edu.ar

Instagram: @edunla_oficial

“He llegado a la conclusión de que aquel que no encuentra todo el universo encerrado en las calles de su ciudad, no encontrará una calle original en ninguna de las ciudades del mundo”.

Roberto Arlt

PRÓLOGO

Roberto Arlt volvió a Lanús

En agosto de 2024, por iniciativa de la Secretaría de Investigación y Posgrado de la Universidad Nacional de Lanús —principalmente del Mg. Marcos Mele y el equipo que rastrea desde hace años la obra del escritor, novelista, periodista e inventor Roberto Arlt (Buenos Aires, 1900-1942) — se realizó un hecho histórico para las universidades nacionales al iniciarse la publicación de la colección *Aguafuertes completas y otros escritos*.

Adelantemos algunas cuestiones. A la fecha, a pesar de la cantidad de menciones a su vida y su obra, no se han publicado nunca las más de 1500 aguafuertes, tampoco las otras notas y textos publicados por Arlt en el diario *El Mundo* entre 1928 y 1942.

Otra cuestión es el acceso al material. La UNLa lo presenta disponible en la web en forma gratuita. Además, la edición recupera la estética de las publicaciones de *El Mundo*, destacándose las ilustraciones originales de Luis Bello.

Por el estilo, las formas y el sentido con el cual Arlt ubica las palabras en sus aguafuertes, estamos ante un rescate del habla porteña de aquellos perdidos años de las décadas del '20 y '30. Un sinfín de cotidianidades y experiencias vuelven a la luz todas juntas, disponibles con un simple “click”.

Arlt, que ya estuvo en Lanús —como lo comentaremos más adelante—, volvió a este lugar del conurbano para quedarse para siempre.

Antes de continuar, debo confesar que desde hace unos cuantos años conozco al amigo Marcos Mele y desde el minuto uno de encontrarnos, Marcos me habló de Roberto Arlt. No es casual entonces, que detrás de la hermosa presentación de esta obra, haya un largo y profundo trabajo de Mele como compilador y corrector, y de un equipo comprometido con la recuperación de esta enorme obra de Arlt. No puedo dejar de mencionar a Hernán Orue —el diseñador editorial—, el equipo de digitalización conformado por Vanesa Mlot e Ivana Cardo, y Javier Areco, encargado de la labor hemerográfica. El equipo comandado por Marcos Mele confirma que seguirán otros tomos ordenados de forma cronológica incorporando, como dijimos, las ilustraciones originales. La colección incluye otras notas periodísticas que no corresponden a las Aguafuertes, un hecho que no tiene antecedentes en ninguna de las muchas editoriales que las publicaron.

Repasemos algunas de estas ediciones previas e incompletas: las *Aguafuertes Porteñas* fueron publicadas por la editorial Futuro (1950), Losada (1958), Hachette (1960), Compañía General Fabril Editora (1971), Losada (1975), Ediciones Culturales Argentinas (1981), Hyspamérica (1986), Losada (1991), Página/12 (1992), Losada (1994), Corregidor (1995), Ameghino (1997), Losada (2000), Losada (2008), Biblioteca Nacional (2013), Bruguera (2017), Eudeba (2017), Erizo (2018). En todos estos casos, no incluían más de 200 aguafuertes, muy lejos de las más de 1500 que publicará la colección de la UNLa.

Muchos de estos textos “pasaron por el cuchillo geográfico”, es decir, fueron tomados para armar aguafuertes regidas por un determinado lugar: *Las Aguafuertes bonaerenses* (La Plata: Bonaerenses, 2023); *Aguafuertes fluviales de Roberto Arlt: crónicas y fotos de un viaje por el río Paraná* (Paraná: Fundación La Hendija, 2016); *Aguafuertes deltianas* (Ciudad de Buenos Aires: Ediciones en Danza, 2016); *Aguafuertes del Delta* (Buenos Aires: Eudeba, 2016); *Aguafuertes cariocas: crónicas inéditas desde Río de Janeiro* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2013); *Aguafuertes Vascas* (Buenos Aires: Simurg, 2005); *Aguafuertes madrileñas: presagios de la guerra civil* (Buenos Aires: Losada, 1999); *Aguafuertes gallegas y asturianas* (Buenos Aires: Losada, 1999); *Aguafuertes gallegas* (Rosario: Ameghino, 1997); *Aguafuertes españolas* (Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora, 1971); *Aguafuertes españolas* (Buenos Aires: L. J. Rosso, 1936).

Un brevísimo acercamiento a Roberto Arlt por algunos de sus estudiosos y amigos

El escritor, crítico literario y guionista argentino Ricardo Piglia (Adrogué, 1941-2017), quizás uno de los mayores estudiosos de Arlt, frente a dos preguntas fundamentales cómo “¿Quién es Roberto Arlt?” y “¿Cómo podría definir su estilo de escritura?”, respondió en una entrevista:

Alguien que no es un clásico, es decir, alguien cuya obra no está muerta. Y el mayor riesgo que corre hoy la obra de Arlt es el de la canonización. Hasta ahora su estilo lo ha salvado de ir al museo: es difícil neutralizar esa escritura, no hay profesor que la resista. Se opone frontalmente a la norma pequeñoburguesa de la hipercorrección que ha servido para definir el estilo medio de nuestra literatura.

Es un estilo mezclado, diría yo, siempre en ebullición, hecho con restos, con desechos de la lengua. Arlt hablaba el lunfardo con acento extranjero, ha dicho alguien tratando de denigrarlo. Hay algo a la vez exótico y muy argentino con la lengua materna, que es siempre la marca de

un gran escritor. La música, el fraseo del estilo de Arlt está como condensado en su apellido: cargado de consonantes, difícil de pronunciar, inolvidable. (Piglia, 2014, p. 20).

Otros muchos hicieron, como Piglia, el intento por explicarlo, definirlo: David Viñas, Beatriz Sarlo, Sylvia Saïtta, Raúl Larra. Ahora bien, como dice Piglia, ¿cómo clasificar a un autor que se encuentra más allá de los límites de la ortografía?

En una entrevista que Lubrano Zas (una suerte de arqueólogo de la literatura, removiendo y rescatando del olvido al Grupo Boedo) le hizo a uno de los descubridores y amigo de Roberto Arlt, el escritor Elías Castelnuovo, este le decía:

El libro de cuentos que me trajo [alude a Arlt], pese a su fuerza temperamental, ofrecía innumerables fallas de diversa índole, empezando por la ortografía (“¡Che, Roberto!—le decía el director de [el diario] El Mundo cada vez que le llevaba una Aguafuerte Porteña—¿cuándo vas a aprender que ojo se escribe sin hache!”), siguiendo por la redacción y terminando por la unidad y coherencia del texto. Le señalé hasta doce palabras de una suntuosidad insultante, mal colocadas por añadidura, cuyo significado no supo determinar. (Zas-Castelnuovo, 1968, p. 23).

Recordemos que el llamado “Grupo Boedo”, por su estilo, formas y características, ha sido catalogado como un grupo de artistas de vanguardia de la Argentina durante la década del '20. Recibieron ese nombre porque uno de sus puntos de confluencia era la Editorial Claridad ubicada en calle Boedo 837, y otro el café El Japonés, en Boedo 873. Boedo era por entonces uno de los barrios “obreros” de Buenos Aires: inevitablemente, esta condición determinó el carácter del grupo. Por un “berretín” de los llamados “historiadores de las ideas”, a este grupo se lo ha ubicado en forma opuesta al “Grupo Florida”, otro grupo de artistas y escritores asociado a las corrientes europeas y a las elites culturales argentinas; no obstante, muchos del Grupo Boedo —como el caso de Arlt— compartían amistades, revistas y encuentros con los de Florida.

Fabián Casas, otro escritor de Boedo, nacido en el barrio en 1965 y “cuervo” pero no de aquel “grupo de Boedo”, sintetiza claramente el problema de aquellos que intentaron definir a este grupo por oposición al de Florida:

Cuando en los años cincuenta la gente de la revista Contorno entronizó a Roberto Arlt para oponerlo a Borges, quien les parecía un reaccionario en política, replicaban uno de esos movimientos que en la literatura son tan ineficaces: en vez de ser soldados (mezclar

gente, cruzar estilos) iban a la guerra y se comportaban como soldados. Juan Carlos Onetti, que era uruguayo y que vivió también bastante tiempo en nuestro país, no tenía el problema de tener que definirse por alguno de los dos. Escribió un libro genial que se llama “La vida breve” y que tiene un estilo —personajes, lugares, tonos— que claramente están influenciados por Arlt, pero cuando la novela ficticia que un personaje sueña se convierte en la novela verdadera, lo que hace Onetti es tomar la operación mental del Borges de “Las ruinas circulares”. Siendo uruguayo, puede mezclar a Borges y Arlt sin problemas y hacer poesía (Casas, 2021).

Por las temáticas de sus aguafuertes, novelas, obras de teatro y demás escritos, a Roberto Arlt bien se lo podría ubicar como parte del “Grupo Boedo”. Él mismo se ubica en él cuando en un reportaje en la *Revista literaria* de agosto de 1929, dice:

En el Grupo de Boedo encontramos a Castelnuovo, Mariani, Eandi, yo y Barletta. La característica de este grupo sería su interés por el sufrimiento humano, su desprecio por el arte de quincalla, la honradez con que ha realizado lo que estaba al alcance de su mano y la inquietud que en algunas páginas de estos autores se encuentra, y que los salvará del olvido. Cuando las nuevas generaciones vengan y puedan leer algo de todo lo que se ha escrito en estos años, se dirán: “¿Cómo hicieron esos tipos para no dejarse contagiar por esa ola de modernismo que dominaba en todas partes?” (Arlt, 1929).

Otra cuestión más, en este “mundo infinito” llamado Roberto Arlt, es la pregunta sobre si puede ser tomado como un escritor nacional o no. El escritor, militante marxista-trotskista, nacionalista y antiimperialista, Lobodón Garra (uno de los seudónimos utilizados por Liborio Justo), se hace esa pregunta y se responde:

Empecemos por decir que el realismo de Arlt, como expresión nacional, tiene muchos puntos cuestionables. Por lo pronto, no es un realismo argentino, sino puramente porteño. Es evidente que luego recorrió el país y se manifestó, al parecer, apto para comprenderlo. Pero en su obra no pasó de la avenida General Paz, o, cuando más, del Gran Buenos Aires. Y, cuando lo hizo, expresó, como alguno de sus predecesores, el sentimiento de un porteño desterrado: en algún sanatorio de Córdoba, por ejemplo. Uno de sus biógrafos [habla de Raúl Larra], lo ha recalcado: “Él se siente bien —dice— únicamente en Buenos Aires, esa selva de cemento, dice, como él la definiera, en contacto con su cálida y tortuosa humanidad, cuyo espíritu traducirá fielmente.” (Garra [Justo], 1976, pp. 170-171)

El laboratorio de Arlt en Lanús Este

Gracias a un grupo de jóvenes integrantes de la Cooperativa Editorial Azucena de la localidad de Gerli, se logró ubicar el lugar en donde Roberto Arlt intentó, hasta sus últimos días de 1942, fabricar medias de mujer que no se corrieran. Una carpeta de papel madera contiene la Patente de Invención N° 53075, fechada el 12 de enero de 1942 a nombre de Roberto Arlt. En la misma se señala:

En virtud de lo dispuesto por la Ley de la materia extiéndese a favor de ROBERTO ARLT, residente en esta Capital, la patente de invención por un nuevo procedimiento industrial para producir una media de mujer cuyo punto no se corre en la malla. El documento con la firma del jefe de patentes, asegura que «el autor de esta solicitud ha resuelto dicho problema (el de la corredera), recubriendo la superficie interna de la malla, de una película de goma sólida». (Diario Clarín, 4 de octubre de 2009)

Humberto Acciarressi, en su texto titulado *Aquellas inútiles medias de caucho de Roberto Arlt*, cuenta que la fábrica de Arlt era una pieza en Lanús, en la que funcionaba la firma ARNA (Arlt y Naccarati). Dice Acciarressi:

Un amigo de Arlt ha definido este invento sin piedad: «Parecen botas de bombero» [...] Hace unos años, su segunda esposa, Elisabeth Shine de Arlt, habitante de un geriátrico porteño, me contaba riendo: ‘Las medias no servían. La gente le decía que mejor se dedicara a escribir y no perdiera el tiempo con eso. Pero él seguía ilusionado con su invento’». (La Razón, Buenos Aires, 12 de octubre 2014)

Miguel Simonetti, uno de los jóvenes de la cooperativa, contaba en una nota realizada por Eugenia Tavano para el diario *El Editor*:

En 2013 recibimos la noticia de que la obra de Arlt entraba en dominio público, y nos pusimos a buscar algo de su producción que tuviera, tal vez, algún rasgo novedoso. Cuando nos enteramos de que Arlt había alquilado una pieza en Lanús para montar su laboratorio, enseguida quisimos saber dónde quedaba exactamente. (Diario El Editor, 2013)

Aparentemente, Arlt había puesto en marcha un taller en 1941, gracias a la colaboración de su amigo y actor del Teatro del Pueblo (donde Arlt estrenó sus obras) Pascual Nacaratti. En la misma nota del diario *El Editor*, dice Simonetti: «No había ningún registro oficial del inmueble. Entonces decidimos ir a buscarlo, porque también ese es el objetivo de nuestras publicaciones: que tengan una vinculación con los barrios». Comenta Simonetti que, tras una revisión por estudiosos y estudiosas de la obra de

Arlt, dan con el nombre de José Cocuzza, un vecino de Lanús, el locador del laboratorio del escritor porteño. Dice Simonetti en la entrevista:

Buscamos en distintos registros y encontramos tres o cuatro domicilios. Fuimos al primero, y nunca me voy a olvidar que nos atendió una señora, apenas asomándose por una mirilla; cuando le explicamos por qué estábamos buscando a José Cocuzza, creo que le dio más miedo abrirnos (risas). Se trataba de la nieta de José Cocuzza que, desde luego, por entonces ya había fallecido. Ella nos dio una copia del ABL de la casa que su abuelo había tenido por muchos años en alquiler, que quedaba en Tucumán 2433, en Lanús Este. Nos fuimos directo para allá y cuando llegamos descubrimos que el lugar que estábamos viendo era igual a una de las descripciones que hace Arlt del taller. Incluso las cuadras que él decía caminar cuando se bajaba del tren para llegar, coincidían con la ubicación. (Diario El Editor, 2013)

La gesta de los jóvenes de la Cooperativa Azucena se coronó en 2014, cuando el municipio de Lanús celebró 70 años de su fundación como partido. La editorial se sumó a los festejos con un evento dedicado a Roberto Arlt en la plaza Villa Obrera, situada enfrente de la casa de la calle Tucumán donde funcionó el taller, que fue señalizada con una placa. En la celebración hubo una jornada de lectura de los textos de Arlt para chicos y, claro, para no tan chicos: principalmente se leyó la compilación de textos de Arlt titulada *Roberto Arlt en Lanús*, lanzada por la cooperativa de Gerli.

Diez años después de aquel acontecimiento, Roberto Arlt vuelve a estos pagos con las *Aguafuertes completas y otros escritos* que publica la Universidad Nacional de Lanús, pero esta vez para ser leído por el resto del mundo.

Facundo Di Vincenzo*

Lanús, septiembre de 2024

* Facundo Di Vincenzo. Doctor en Historia por la Universidad del Salvador (Argentina). Especialista en Pensamiento Nacional y Latinoamericano por la Universidad Nacional de Lanús (Argentina). Profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Docente investigador del Departamento de Humanidades y Artes de la UNLa. Coordinador del área “Las Corrientes del Revisionismo Histórico Iberoamericano” en el Centro de Investigaciones Históricas del Departamento de Humanidades y Artes (UNLa). Autor de diversos libros, entre los que se destacan *El Caudillismo en el Río de la Plata y otros ensayos de Historiografía, Política e Historia* (2022), en coautoría con Javier López, y *Liberales de Corral y Marxistas sin Nido más otros ensayos* (2023).

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

En este segundo volumen de la colección *Aguafuertes completas y otros escritos* de Roberto Arlt, se incluyen las notas publicadas por el autor en el diario *El Mundo* entre el 14 de agosto y el 21 de octubre de 1928.

La nota del 14 de agosto, titulada *El affaire de la Casa de Gobierno* lleva la firma R.A., en tanto las demás notas llevan el nombre completo del autor, con excepción de las del 15 y 28 de septiembre que carecen de firma.

En cuanto a la denominación de la columna, en este período se puede observar la oscilación entre los nombres *Aguafuertes porteñas* y *Aguasfuertes porteñas*.

La totalidad de ilustraciones corresponden al artista Luis Bello.

Asimismo, se ha respetado estrictamente la escritura de Arlt, incorporándose leves correcciones de ortografía, acentuación y puntuación que no alteran en modo alguno el sentido asignado por el autor.



EL MUNDO

DIARIO ILUSTRADO DE LA MAÑANA

Martes 14 de agosto de 1928 — Domingo 21 de octubre de 1928

AGUAFUERTES COMPLETAS Y OTROS ESCRITOS



Sr. Roberto Arlt

TOMO II



EL “AFFAIRE” DE LA CASA DE GOBIERNO

Ahora parece resultar que el amigo Volpi, cobrador o pagador de la Administración Nacional y hombre de confianza del director de la dependencia donde los ladrones días pasados hurtaron \$70.000 m | n. de c | l., parece ser según decíamos que el amigo Volpi, tiene algo que ver en ese gran negocio, y que cultivaba amistades de honrados rateros y de discretos ladrones.

Lo cual no nos extrañaría, porque el amigo Volpi habría hecho en ese caso honor a su nombre, ya que en italiano su apellido quiere decir zorro o raposa. ¡Buena raposa está hecho el amigo Volpi o “volpe”!

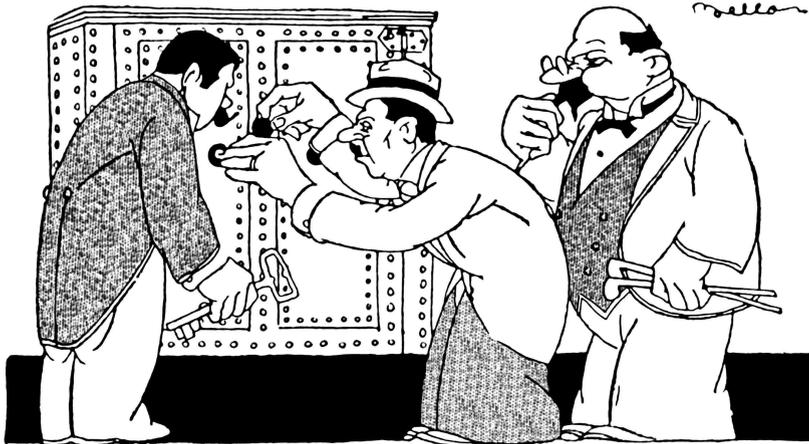
También... con la llave en el cajón y tanta plata en el “cashun”.

jefe tan “confiado” y amigo como el que tenía Volpi. Porque ¿para qué están los amigos? Únicamente para eso. Si el jefe no hubiera sido su amigo, eso no ocurriría. O hubiera ocurrido otra cosa.

Y ahora pregunto, le pregunto a mis honrados amigos, y con la mano en el pecho:

—¿No se explica el golpe dado por Volpi? ¿No se justifica casi? La llave en el cajón, deudas a granel, amigos que conocen el arte de “reventar” una caja, ¿quién resiste tantas tentaciones a un mismo tiempo? Sólo siendo un santo o un tonto.

Y es que la gente no se quiere convencer de que a la platita hay que cuidarla, engordarla, vigilarla, vigilarla con siete



La gente no se quiere convencer

Yo quiero ser honesto. No me extraña (si el amigo Volpi ha dado el golpe), no me extraña que lo haya dado o hecho dar, que para el caso es lo mismo. Y no me extraña, porque cualquier hijo de vecino haría, si pudiera, lo mismo. Yo al menos no me atreveré a tirar la primera piedra. Y menos si tuviera un

ojos y un dragón, y es claro, la dejan allí tirada en un aparato de mala muerte, con la llave en un cajón al alcance del primero que busque su beneficio, y luego, cuando la hazaña ha sido cumplidamente llevada a la práctica y magnificada por el arte de la fractura, ponen el grito en el cielo.

Pero ¿qué es lo que querían los indignados? ¿Que los dineritos se cuidaran

solos? ¿Que llamaran a un vigilante cuando se los vienen a llevar? Realmente es el colmo de la ingenuidad. ¿Para qué se han inventado las cajas de acero y cemento, y los enrejados eléctricos, y otras mil combinaciones para perjudicar al gremio de rateros?

El caso probable

Según las hipótesis policiales y los reconocimientos fotográficos, días anteriores al robo, el amigo Volpi se habría entrevistado con un ladrón. Y ¿qué tiene de malo eso? ¿O de extraño? ¿O de anormal? ¿No podría ser el amigo Volpi, un estudioso de la naturaleza humana, y estar estudiando la psicología de un ladrón? ¿No puede ser que el señor Volpi sea un filósofo o un escritor que desea recibir las confidencias de los rateros para escribir una novela de corte naturalista? ¿Un escudriñador de la psicología ladronesca? ¿Qué es lo que se opone a ello? ¿Hay incompatibilidad entre el cargo de pagador, el filósofo y el de amigo de gente “non sancta”? Yo, como pensador barato, creo que no. Me inclino a creer que no. Más aún, me pongo en el caso de Volpi, y pienso:

—¡Qué orgullo ser pagador y amigo de un ladrón! Y decir con el popular proverbio: “El oro no se mancha en el fango”.

Eso es lo que debía pasarle a nuestro amigo el reposo. Su tierno corazón lleno de idealismo sano y santo, se edificaría con el espectáculo de la mala vida ajena. Cultivaría la amistad del ratero, para experimentar los deleites de ser honrado.

Naturalmente, la nuestra es una hipótesis... una hipótesis para justificar las amistades sospechosas del pagador. Pero bien puede ser. No hay al menos fuerza humana que se oponga a ello. Yo al menos experimentaría la satisfacción más extraordinaria de mi vida teniendo al alcance de mi mano, la llave de una caja que contiene setenta mil pesos y contando con la incondicional amistad

de un “furbo” que ha cumplido un “plenario”. ¡Qué deleite entonces conversar con mi amigo el ratero de las virtudes que embellecen al espíritu, y del desprecio de los bienes terrenales! ¡Qué maravilla edificarse el entendimiento con la práctica de la honradez y la llave de la caja en el bolsillo...! Desgraciadamente no conozco a nadie que quiera confiarme la llave de una tal caja. Y entonces mis virtudes quedan ocultas, y la amistad que pudiera tener con todos los rateros del orbe es completamente inútil.

El anverso

Pero probablemente todas estas cosas sean hipótesis, y que lo probable sea todo lo contrario, es decir, que Volpi esté complicado en el robo. ¿Por qué no? Hasta ahora se acumulan contra él los desfalcos, posiblemente su negocio no tuviera otro remedio que la simulación de un robo, para encubrir el dinero despilfarrado, y que en la caja hubiera unos pocos miles de pesos que servirían tan sólo para que el autor material del delito se resarciera o cobrara por su trabajo.

¿Por qué no?

Sólo se recurre a esos medios extremos, cuando se ha perdido toda esperanza de salvar la libertad y el empleo por otro recurso. Tal sería la situación de Volpi. Malgastó, jugó, volvió a defraudar y así continuó, hasta que un día comprendió que era imposible continuar con ese procedimiento, y que estaba perdido si no inventaba otro que lo pusiera a salvo de toda sospecha. Naturalmente, como todos los delincentes, se olvidó de tomar las precauciones debidas, y entonces... se justifican ahora las sospechas que se acumulan contra él.

El delito en sí fue fácil. Un jefe cegatón, unos amigos perdularios, la llave de la caja a disposición del primero que llegara, y el resto como le hace decir Quevedo al padre del Buscón, “hijo, esto de robar no es arte mecánica, sino liberal”.

EL HOMBRE QUE OCUPA LA VIDRIERA DEL CAFÉ

No existe hombre más antipático que el hombre de la vidriera del café, sobre todo si en el lugar donde está él sentado, quisiéramos estar nosotros.

Es clásico el caso. Uno tiene interés en sentarse junto a la vidriera, por a, por b o por c, entra al café, y ¿qué ocurre? La bendita vidriera está ocupada por un maldito transeúnte que, con el diario desplegado a los cuatro vientos, obstaculiza en absoluto la visión del exterior.

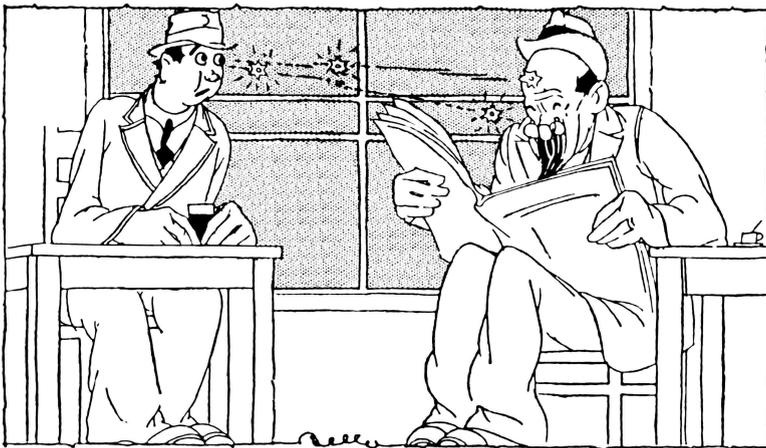
Cuando se espera un "programa"

Usted tiene deseos de ver pasar una niña que le lleva el apunte. Sabe que exactamente a determinada hora pasa por esa acera, y que mira en dirección a la mesa donde está usted sentado. Usted sabe todo eso y su tierno corazón se regocija. Despabilado, venteando el espacio como un can que va de caza, entra al café, y ¡oh sorpresa! la mesita, la mesita donde ella mira para tener el placer de verlo a usted, está ocupada por un viejo cascarrabias, o por una de esas pandillas de escolares que se hacen la rabona para ir a presumir de malos sujetos, jugando a los dados en

el café. El fenómeno es sintomático. ¡Adiós alegría!

El mozo que lo conoce y simpatiza con usted, se le acerca solícito y pregunta: ¿Café?

Luego se marcha. Usted se queda frente a la mesita como un hombre que ha comprado un cuadro demasiado grande y que no sabe ahora como introducirlo en su casa. Se queda allí malhumorado, tristón, pensando que los cafés debían reducirse a un plano perpendicular infinito, y sabe que falta un cuarto de hora para que la mocita de sus ensueños se deje ver por la acera. Lo sabe, y eso le revuelve la sangre. Usted quisiera estar sentado allí, en la mesita, afectando un aire melancólico y fotogénico, ese aspecto de héroe byroniano que tan bien le sienta, pero los escolares continúan jugando a los dados, y el mozo taciturno, (todos los mozos se muestran taciturnos con los clientes que ocupan la mesa de la vidriera) con los brazos cruzados y el gesto asesino en el semblante monástico, piensa en los pesos de propina que le han hecho perder esos golfos por no ir a la escuela. Usted hace vapor.



Del anciano que ocupa la mesa

Sin embargo, a usted lo pone más furioso si el que ocupa la mesa, en vez de ser un mozo es un viejo. En el primer caso, usted admite la posibilidad de que el otro también espere un “programa” y entre los enamorados de “ojito” hay una solidaridad conmovedora. Pero el viejo, el viejo leyendo un diario frente a la vidriera, volviendo las espaldas a la calle, eso sí que lo indigna. Lo pone furioso. Usted comienza a desfogar su tirria, y entonces examina descaradamente al anciano. Debe ser uno de esos ordenanzas jubilados, el cogote cruzado de cicatrices de forúnculos, la melena raída como crin, la cara acaballada y sórdida, un cuello de esos que usaron nuestros héroes patilludos, y una corbatita que es un escándalo.

El anciano cierra el diario

De pronto el viejo, (que Dios confunda), cierra el periódico y usted lanza un suspiro de esperanza. El viejo se irá. Tiene casi la certeza de que el viejo le dejará el lugar. La certeza se convierte en presentimiento cuando observa que el viejo lleva una mano al bolsillo del chaleco, y el presentimiento se convierte en seguridad al comprobar que el vejete lerdón deposita veinte centavos en la mesa que ocupa. Prestamente se acerca el mozo, saca los cinco centavos de vuelto por pura formalidad, pero el maldito viejo por pura formalidad, también, se los echa al bolsillo y el mozo se queda allí paralizado, como si fuera la mujer de Lot.

—Se va, —piensa ahora usted.

Pero no, el vejete no se va. Ha doblado su periódico en cuatro y lo guarda en el bolsillo con suma gravedad. Luego se suena... y usted se acuerda de la parsimonia con que el maldito y viejo escudero de la novela de Guzmán de Alfarache se revisaba los bolsillos, mientras el mocito Guzmán estaba apurado por

vender una pierna de carnero podrida, que le había robado a su amo el carnicero. Usted se acuerda de todo eso, y le dan ganas de echarle al contertulio un petardo de dinamita. O de estrangularlo por variar de entretenimiento. O de gritar: ¡Fuego... fuego!

En tanto... usted hace vapor.

Y todavía no se va

Si las miradas tuvieran el poder de petrificar o volatilizar el cerebro de nuestros enemigos, en estos momentos o en esos, su mirada le quemaría los sesos al vejete, pero como eso, gracias a Dios, no ocurre, el viejo se queda tan tranquilo. Usted al paso que sigue, hace ya tanto vapor que parece una de esas calderas tubulares Barrow. El viejo hace arabescos con su uña sucia en la ceniza que cubre la mesa. Usted no puede más. Faltan cinco minutos para que pase la mocita y lo sorprenda en la romántica postura, faltan cinco minutos y siente ganas de levantarse y de tomarlo al viejo por las espaldas y sacarlo, así hasta la puerta de calle.

Pero de pronto el mozo, el mozo que se ha quedado con la sangre revuelta a causa de que el anciano no le ha dado propina, se arrima a la mesa, y de un manotón con su servilleta le echa toda la ceniza encima del gabán al viejo, luego murmura un “disculpe” que parece un ladrido, y arregla una silla, mejor dicho estremece hasta los cimientos de la casa con el golpe que da al apoyarla en el suelo.

El viejo comprende. Se levanta soñoliento y con lentos pasos sale.

Usted lanza un suspiro de diez metros cúbicos de vapor, y como un lobezno se lanza a ocupar la mesa, bajo la furiosa mirada de otro mozo a quien le ha ganado de mano. Y un minuto y siete segundos después, pasa el “programa” para sorprenderlo en su melancólica actitud de enamorado sin consuelo ni remedio.



¿QUÉ HACE LA POLICÍA FRENTE AL FOLLETO INMORAL?

Lo que ocurre en nuestra ciudad es sencillamente vergonzoso. Al amparo de la indiferencia policial y municipal, editores inescrupulosos han lanzado a la calle una ola de literatura pornográfica. Quioscos —que son concesiones municipales— y estaciones del subterráneo, se han convertido en el mostrador de la más repugnante de las industrias inmorales modernas.

Y la desvergüenza de estos traficantes ha colmado la medida. Sus libros son sicalípticos desde la tapa, hasta el ex-libris. No hablemos de las revistas “picarescas” cuyos vendedores las pasean con naturalidad ante los ojos de señoras y señoritas que se ven obligadas a viajar en tranvía o en el subterráneo.

Remilgamiento y decencia

No confundamos remilgamiento con decencia, pero el caso es éste: estamos en presencia de un derroche de insolencia y grosería de algunos pocos comerciantes, que no vacilan en infectar la ciudad para lucrar. Y esto no se puede permitir. No se puede permitir en nombre de las más ele-

mentales leyes de la decencia y del pudor.

Hablemos claramente. A mi no me parece ni bien ni mal, que un sujeto lea lo que le apetece. Allá él, pero sí me indigna, que un X, con cien pesos pueda dedicarse a editar folletos y a suscitar curiosidades infames.

Es la corrupción lenta, la destrucción de la moral a base de literatura. Y lo prueba el fenómeno siguiente: hace cinco años ninguna empresa comercial se hubiera atrevido a hacer la propaganda de sus artículos, con “affiches”, que hoy hacen volver la cabeza al público, no por el artículo que anuncian, sino por el grabado que representan. Se ataca la imaginación del espectador y, ¡de qué modo!

El problema de nuestros hijos

La literatura sicalíptica, sólo se concibe en los países civilizados, dice Pío Baroja y luego entra a examinar las modalidades de vida en Inglaterra y Estados Unidos, países en los que las condiciones de libertad son extremas, y en los cuales dicha literatura no prospera. Y se explica... pero aquí ocurre



algo más grave. Supongamos que los únicos afectados fueran los mayores, y entonces este artículo sólo se justificaría en parte, pero lo peligrosamente destructivo de esta literatura, consiste en que los perjudicados, en que los únicos afectados por ella son los niños, es decir, nuestros hijos.

El autor de estas notas ha observado a la hora de la salida de las escuelas, en las esquinas donde hay quioscos municipales, o en las estaciones de subterráneo, racimos de escolares, devorando con la vista los grabados de las revistas y folletos en exhibición.

Y la malicia de los vendedores ha llegado a tal extremo que junto a un semanario destinado a las familias, colocan un librejo inmundado, de modo que el comprador o la compradora, al recorrer con los ojos el puesto de libros tiene forzosamente que mirar la revista seria y la inmoral.

Y se ha difundido tan abundantemente esta plaga, que a ningún puesto de periódicos ni a quioscos, puede acercarse un hombre en compañía de su novia, de su hermana o de su hija. Esta es la triste realidad. Y sin embargo existe una comisión pro moralidad. Pero como los componentes de esa comisión son personas de dinero, y disponen de automóviles para viajar, no se enteran de lo que ocurre en la calle.

El pretexto científico

Muchas de estas publicaciones son de "orden científico", así las llaman los editores, pero los títulos que las nombran son de imposible reproducción, los grabados que adornan sus cubiertas un desastre en el más amplio sentido artístico y de un derroche de grosería en el sentido científico, científicismo que no justifica en modo alguno la carátula obscena, ya que si el librejo es de orden científico, no necesita grabados procaces, y si no es científico se está

robando y corrompiendo al público con simulaciones engañosas.

Más aún, lo científico de los tales folletos, no es de utilidad ninguna para los que no conocen ciencias médicas, y el resto, es de tal impudor que salta a la vista el burdo disfraz: la ciencia ha sido un pretexto.

Y los que se envenenan con el terrible ajenjo literario son los menores, mayoría consumidora de la vil mercadería.

El negocio que realizan los editores de dichas desvergüenzas es extraordinario. Saquean autores extranjeros, buscan las fuentes más despreciables de la literatura del viejo mundo y luego las adoban para nuestro público de futuros hombres y mujeres. ¡Magníficas generaciones está así preparando la indiferencia municipal y policial!

¿Qué hace la policía y las empresas?

¿Qué hacen los representantes de las empresas, en cuyas concesiones se venden tales inmoralidades? Y ¿qué hace la policía, las autoridades escolares, las de la defensa de la moral, frente al monstruoso problema que amenaza destruir lo más sano y lo más noble de nuestra juventud: el carácter? Hay un patriotismo, ya que siempre estamos con la frasecita en los labios, y el patriotismo consiste en defender a las futuras generaciones de hombres y de mujeres de las enfermizas abyecciones de la imaginación, provocadas por los tratantes de la inmoralidad impresa.

Y lo curioso es que con esta mala peste se podría terminar inmediatamente. Bastaría que la Municipalidad y los representantes de las empresas resolvieran que en las estaciones de su pertenencia no se vendieran semejantes inmundicias, para que el negocio de los tratantes de inmoralidad impresa, fracasara definitivamente.

Y es hora de que se empiece a barrer... pero a barrer con energía.

EL “FURBO”

Del diccionario italiano - español, y español - italiano:

Furbo: engañador, pícaro.

Furbetto, Furficello: picaroneito.

Furbería: trampa, engaño.

El autor de estas crónicas, cuando inició sus estudios de filología “lunfarda” fue víctima de varias acusaciones, entre las que las más graves le sindicaban como un solemne “macaneador”. Sobre todo en la que se refería al origen de la palabra “berretín” que el infrascripto hacía derivar de la palabra italiana “berreto”, y la del “squenun” que desdoblaba de la “squena”, o sea, de la espalda en dialecto lombardo.

Ahora, el autor triunfante y magnificado por el sacrificio y el martirio a que lo sometieron sus detractores, aparece en la liza como dicen los vates de Juegos Florales, en defensa de sus fueros de filólogo, y apadrinando la formidable y bronca frase de “furbo” que no hay malandrín que no la tenga veinte veces al día en su bocaza blasfema.

El “furbo” en nuestro idioma

Yo insistía en los estudios anteriores, que nuestro caló era el producto del italiano aclimatado y ahora vengo a demostrarlo con esta otra frase.

Como se ve, la palabra furbo, en italiano, expresa la índole psicológica de un sujeto y se refiere categóricamente a esa virtud que inmortalizó a Ulises, y que hizo se le llamara el Astuto o Sutil. Hoy Ulises no sería el astuto ni el sutil, sino que lo llamaríamos sintéticamente “un furbo”. Y en realidad, Ulises cobra cuerpo si lo llamamos furbo. Vemos en él simbolizadas las virtudes de esa raza de vagos y atorrantes, que se pasaban el día pleiteando en el Ágora, y que eran unos solemnes charlatanes. Porque los griegos fueron eso. Unos charlatanes. Se caracterizaban por la vagancia disciplinada y por la pillería en todos sus actos. Malandrines de la antigüedad, infiltraron la estética en los países sanos, y como la manzana podrida, descompusieron el robusto y burgués imperio ro-



mano. Y ¿saben ustedes por qué? Porque los griegos eran unos “furbos”.

El “furbo” moderno

Originaria de las bellas colinas del Lacio, como dirían los Gálvez y los Max Rodhe, vino a nuestra linda tierra la palabra furbo. Fresca y sonora en los labios negros de “chicar” toscanos, de los robustos inmigrantes que se establecerían en La Boca y en Barracas.

La escucharon de sus hercúleos progenitores todos los purretes que se pasaban el día haciendo diabluras por los terrenos baldíos, y bien sabían que cuando el padre se enteraba de una barbaridad que no le enojaría, les diría medio grave y satisfecho:

—¡Ah!, furbo...

Insistimos en el matiz. El padre decía sin enojarse: ¡ah!, furbo, y la palabra emitida de esta manera, adquiría en los labios paternos, una especie de justificación humorística de la pillería, y se robusteció en el sentido dicho. El furbo, era en la imaginación del pebete, un género de astucia consentida por las leyes paternas, y de consiguiente loable, siempre que saliera bien. Y así quedó fijada en la mente de todas las generaciones que vendrían.

El “furbo” actual

Y la prueba de la existencia de este matiz, magistralmente descubierto por nosotros, está en el siguiente fenómeno de dicción:

Nunca se dice de un hombre con cuyas pillerías no se simpatizan que es un “furbo” y si en cambio se agrega la palabreja, cuando uno se refiere a un jovial vividor:

—¿Ese?... ¡ah!, ese es un “furbo”.

Y la palabra furbo viene a mitigar lo duro del calificativo pillete, amengua lo grave de la acusación de engañador o de astuto, y disfraz, melífica, la condición, con el sonido meliflúo que alarga la virtud negativa.

Un pillete, estableciendo con exactitud matemática el valor de la frase, es un hombre perseguido por las leyes. Un “furbo” no. El “furbo” vive dentro de la ley. La acata, la reverencia, la adora, violándola setenta veces al día. Y los testigos de éste quebrantamiento de las leyes experimentan regocijo, un regocijo maligno y colmado de asombro, que se traduce en esta admirativa expresión:

—Es un “furbo”.

En resumen, el “furbo” es el hombre que quebranta todas las leyes, sin peligro de que éstas se vuelvan contra él, el furbo es el jovial vividor que después de haberos metido en un lío, o saqueado las escarcelas, os da unos palmetazos amistosos en la espalda y os invita a comer un “rissoto”, todo entre carcajadas bonachonas y falsas promesas de amistad.

Quien es el “furbo”

En nuestra ciudad se reconoce como típico ejemplar del “furbo”, el rematador por ocasiones, el corredor de ventas de casa a mensualidades, el comerciante que siempre falla y arregla el “asunto” en el “concordato”. Típicamente está encuadrado dentro del orden comercial, sus astucias engañosas se magnifican y ejercitan dentro del terreno de los negocios. Así el “furbo” venderá una casa asentada en barro y construida con pésimos materiales, por “buena”, si es rematador, sólo intervendrá en tratos equívocos, si es comerciante, desaparecerá un día, dejando una enorme cantidad de deudas pequeñas que suman una grande, pero que en resumen no alcanzan individualmente la importancia necesaria para hacerlo procesar, y por donde vaya, entre amigos y enemigos, entre conocidos y desconocidos, hará alguna de las “suyas”, sin que la gente alcance a irritarse al grado de tratar de romperle el alma, porque en medio de todo reconocerá sonriendo que “es un furbo”. Y que se le va a hacer...

LA GLORIA DE “MATEO”

Cada huelga de “chauffeurs”, engorda a los “mateos” y enflaquece a sus pencos.

Y hoy los he visto gloriosos y lustrosamente sucios y convenientemente insolentes a los señores cocheros. Sobre todo sucios y alegres, pavoneándose en los pescantes de sus carruajes prehistóricos, con la jactancia de los que se sienten señores de horca y cuchillo de la ciudad.

Y es que lo son. Lo son a pesar de su mugre inveterada, de sus galeras ignominiosas y de sus garafones que tienen una cola raída más parecida a un plumero que a una cola caballar.

“Mateo” en tiempo de miseria.

El cochero es, en tiempo de miseria, quiero decir, en la época que no hay huelgas en la ciudad, el personaje más grotesco que se conoce.

Vive misteriosamente, vertiendo la melancolía de sus recuerdos en todos los despachos de bebidas que ornamentan el frente de las plazuelas donde hace alto con su penco, su diligencia y su látigo a la funerala.

Se lava la cara por mensualidades, lo cual está de acuerdo con la época comercial en que vive, y fuma unos toscanos imposibles, toscanos eternos, que nunca termina de convertir en ceniza porque los fuma en frío o apagados.

Y sin embargo, vive. Vive como su penco, un caballejo con cabeza de cetáceo, boca de ballenato y cuerpo de asno; caballejo provector, tachonado de mateduras y con la piel erizada como la de un gato montés.

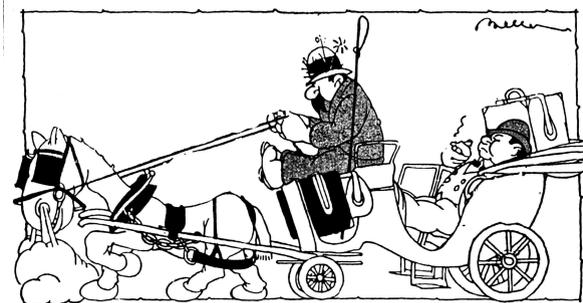
Hombre y bestia se entienden a las mil maravillas en los tiempos de pobreza. El caballo no come, y el hombre no bebe. Hacen filosofía, esa filosofía ecléctica y profunda que estilan los vagos en las aceras de la plaza, mientras que aguardan a que el tiempo termine de pasar.

Y, sin embargo, ni caballo ni hombre fallecen de consunción. ¿Por qué? No lo sé. Magnánimamente confieso mi ignorancia acerca de punto tan importante, pero hago constar el fenómeno, lo que ya es algo.

La clientela de “Mateo”.

Nuestro Señor, que provee de alimentos al pajarito como al más recio pelafustán, no se olvidó de su humilde servidor, el cochero, y ha dispuesto con esa sabiduría que evidencia en sus santas obras, que los clientes del auriga fueran las viejas, las sirvientas que cambian de domicilio, y los colchoneros.

Sí, con su infinita sabiduría dispuso que las ancianas, las timoratas ancianas que tienen un temor pavoroso del automóvil, eligieran al cochero para ir



al templo a cumplir con sus devociones, al cochero adusto que las saluda tocándose el borde de la galera con el mango del látigo, y que hace restallar la tralla sobre el lomo del penco que sale haciendo crujir sus huesos.

Después, favorecen al mismo las sirvientas que cambian de patronos, y se trasladan a otro domicilio. Cargan en el coche su baulito, y el jergón arrollado en la manta, y no se concibe como estas honestas mujeres no utilizan el automóvil. Otro misterio hacia el que revelo con la misma magnanimidad anterior mi profunda ignorancia.

Porque la sirvienta, para hacer su mudanza, para trasladar su “bagayito”, utiliza el coche en vez del automóvil. La escuela freudiana puede aclarar este secreto.

Luego viene el colchonero, el colchonero que “va a domicilio” y que carga sus caballetes, el cardador, que es un aparato infernal y cinco kilos de lana.

Ambos ejemplares humanos cambian impresiones durante el viaje acerca de la importancia de un colchón bien cargado, y luego se despiden en un boliche.

El cochero y los enamorados.

Madame Bovary es la novela más triste que se ha escrito durante el transcurso de diez siglos, porque es la novela de los seres que no tienen esperanza. Pues bien, cada vez que la leo, no puedo menos de reírme al ver la estampa desesperada de un cochero que conduce hace cuatro horas a los dos enamorados, y que mira con lágrimas en los ojos las tabernas ante las que no se puede detener porque los otros le gritan furiosamente desde adentro:

—¡Adelante!

Pues bien, el “mateo” vive en nuestra ciudad explotando el renglón de los enamorados trentenarios, de los enamorados que son extranjeros y gastan botines amarillos y tienen una novia que

es cocinera o ama de llaves o mucama de comedor, y con la que salen el día de “turno” a dar unas vueltas por Palermo, o por la Avenida Costanera. Célibe y filósófico, el cochero escucha las voces de los enamorados y medita él sus frases. Luego las comentará en el despacho de bebidas y su regocijo disminuye cuando el viaje se prolonga excesivamente y cree en el instante en que cobra la larga abstención de bebestibles.

Personaje importante.

Pero hoy se ha convertido en un personaje importante. Con suficiencia examina a los clientes y acepta o no el viaje. Depende de su santa voluntad.

Sus caballos forajidos marchan por el asfalto más lustrado que cibellinas o lures, y una espuma de “camouflage” les mancha las bridas. Las pobres bestias, no acostumbradas a tanto traqueteo, adquieren, por la fatiga, un feroz aspecto de onagros.

Día del cochero, día de la revancha, hoy “mateo”, enfunda su mugrienta enjundia en un gabán cuyos faldones vuelan gloriosamente, y su pipa encendida lanza columnas de humo en la Avenida de Mayo. Reverente, tímidamente, los pasajeros que antes ni lo hubieran mirado, le hacen una amistosa señal, pero él “guarda e pasa”, sabedor de que hay otros más opulentos que le darán mayor propina por un viaje más corto.

Y pasan, pasan todos ocupados por cestas en el pescante, repleto el armatoste de gente que pone los pies en el guardabarro de tan apretujada que va adentro, el caballejo a medias descuartizado, el látigo flameando en el espacio, la facha satisfecha, la mirada brillante, la prestancia de condes y barones, la mugre de los bien nutridos “lazzaroni”, y el convencimiento amplio, rotundo, categórico, de que son los amos de la ciudad con quienes no reza ninguna de las ordenanzas municipales.

SE TERMINÓ LA “LATA” EN EL CONGRESO

El cruel e inexorable diputado socialista independiente González Iramain se opone a que la gente pueda divertirse en el Congreso. ¿Y de qué modo se opone el inexorable y cruel diputado González Iramain? Pues de un modo muy sencillo. Anteayer hizo moción para que se suprimieran los discursos en la exposición de las opiniones.

¿Se dan cuenta ahora de que nuestro señor González Iramain nos resulta más cruel que un tigre de Hircania? Con su endiablada proposición viene a tirar abajo la más bella obra de la democracia argentina: la lata, la interminable, la vacua, la divertida, la absurda lata que recrea, asombra e instruye..., y hasta hace dormir.

Analfabetismo parlamentario

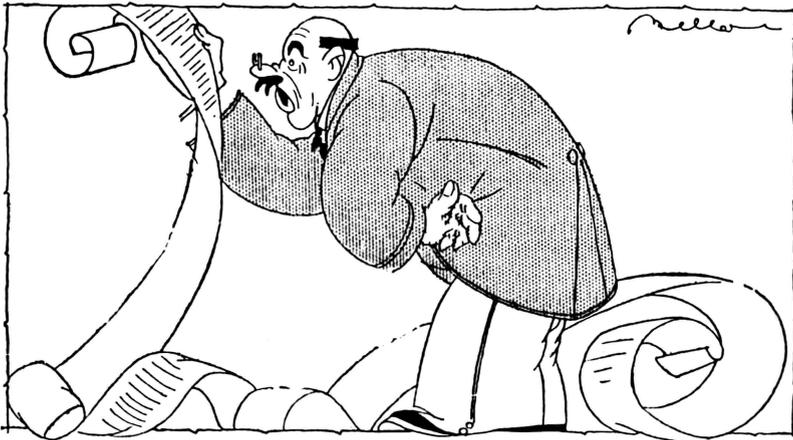
¡Oh cruel González Iramain!... No, esto no se le puede perdonar.

¿Qué hacía uno antes, cuando estaba aburrido? Pues, concurrir al Congreso. El elemento recreativo del “salón de los pasos perdidos” eran los discursos. La literatura parlamentaria. La poética parlamentaria. La metáfora parlamentaria.

Cada señor diputado caía con su discursito escrito. Por lo general el discurso no era suyo. Lo sé de buena fuente. Así, Roberto Mariani, escritor, estuvo mucho tiempo haciéndole discursos a un actual diputado de La Boca. “Me ganaba la vida —decíame éste.” —Y el otro ganaba popularidad.

Bueno, caían los diputados..., todos con su discursito en la faltriquera..., y para despistar escrito a máquina y en papel de seda. El mamotreto espantable regocijaba a la “barra”. Había algunos de los concurrentes que acudían allí cuando sabían que hablaría un diputado de su predilección. Hay diputados con estilo. ¡Y qué estilo! Por ejemplo, Oyhanarte es un admirable estilista. Cultiva la nueva sensibilidad en sus metáforas. Yo lo leo devotamente sin entenderlo. Se trata de un hombre tan superior que, precisamente, para que ustedes se den cuenta les contaré:

El día lunes, y 13, pensaba yo suicidarme, cuando comencé a leer el discurso de Oyhanarte. Al llegar a este párrafo: “el ojo de los grandes designios, con su pupila insomne, se clava obsedante...”,



me eché a reír y abandoné toda idea de mortandad. La literatura de floripondio me había salvado. Y el cruel e inexorable González Iramain quiere privarnos de este único placer que nos queda. Pero ¿se dan cuenta ustedes?

De la necesidad de la lata parlamentaria

¡Oh lacerados de nosotros, oh desdichados! ¿Cómo nos regocijaremos ahora? ¿Cómo alabaremos al creador en sus obras asnosas, en sus modelos graníticos? ¿De qué modo alegrarnos, si la felicidad consistía en el espectáculo que nos daban los diputados con su analfabetismo democrático, con su literatura a lo Vargas Vila (agarrate Catalina, quiero decir Catilina, orador romano) y sus metáforas oscuras, antidemocráticas? Ahora no hablarán. Oscuros y enormes permanecerán en silencio, mirándose la punta de los calcetines como ídolos brahmánicos.

¿Se dan cuenta ustedes del daño irreparable que ha causado el diputado socialista González Iramain? ¿Abarcan ustedes la magnitud de él?

Antes, si usted quería buscar “cráneos con que pavimentar calles”, no tenía nada más que dirigirse al Congreso, a una de esas retretas sección “oratoria”.

Usted oía un discurso, y si tenía nociones de resistencia de materiales, podía establecer “ipso-facto”:

—Con el cráneo de X se puede pavimentar una avenida de poco tráfico. Con el de X se tiene un buen pedregullo para tráfico pesado.

Y estas reflexiones le aliviaban de angustias. Usted salía a la calle convencido de que el país estaba en buenas manos, pues es siempre una ventaja tener individuos que dicen tonterías. Los peligrosos son los silenciosos, los soturnos, esos que no hablan, pero los otros, los lateros, son pura literatura, y las cosas en literatura nunca acaban mal.

Además, y esto es lo que no ha tenido en cuenta el señor González Iramain, el Congreso era un refugio de gente que padecía de insomnio. Iban allí a desca-bezar un sueño al amparo soporífero de los alaridos de los discursantes.

¿Y qué decir de los enfermos? Muchos que padecían de melancolía, de obsesiones suicidas, de frenesí hipocondriaco, concurrían a la “barra” y a la media hora de escuchar despropósitos e insensateces quedaban aliviados de sus malos humores. Hubo gentes que abandonaron pensamientos homicidas ante los chorros de miel que lanzaban los “garbanzos”. Hubo hombres que se reconciliaron con sus enemigos ante un parrafito de esos que descubren cuán profunda e incommensurable es la estupidez humana.

Silencio, silencio

Ahora, lacerados de nosotros, asistiremos a una Cámara muda, a unas secciones espiritadas, media luz y silencio, un silencio sepulcral y encajonados en sus butacas, siniestros y meditativos, mirándose la punta de los calcetines, los señores diputados, graves, inabordable, pavorosos.

No hablarán. Los genios no hablan nunca. Se entenderán por señas, por misteriosas señas, y la campanilla será agitada por el fantasma de Katie King o de Alem.

Silencio, silencio. Esa será la consigna que regirá la vida mental del salón de los pasos perdidos, y ya será imposible discernir “con qué cráneos” se pueden pavimentar las calles, y será, en cambio, asunto de repetir esas hermosas palabras del gringo ilusionado cuando miraba su lechuzón que le habían pasado por loro:

—Non parla, ma se fica mucho.

Así harán en el futuro nuestros diputados. No hablarán..., pero se fijarán mucho... en las grietas del cielorraso.



EL HOMBRE DE PRINCIPIOS

A mi me enternece el hombre de principios. Me colma de emoción. Es un espectáculo que no lo cambio ni por una tonadillera, ni por un par de cocheros peleándose. Y eso que no hay nada más divertido que una pareja de aurigas en pugna de adjetivos. Pues prefiero el hombre de principios, el honrado hombre de principios, el laborioso y serio hombre de principios. No puedo evitarlo, pero cuando me encuentro en presencia de un hombre de principios abro la boca como un chivo frente a la estatua de Mercurio según el decir de Suetonio, y toda mi humanidad carnal rebosa de un regocijo sano y edificante.

Por eso, hoy, quiero hacer el elogio del hombre de principios.

El beneficio del “principio”

Qué hermoso es tener principios... y sobre todo principios que no lo perjudican a uno. Comienzo honradamente, por declarar que yo soy un hombre sin principios, lo cual no me impide apreciarlos tan extraordinariamente que he llegado a esta comprobación:

Todo hombre que tiene principios, sale beneficiado. Y sale beneficiado porque los hombres de principios solo tienen principios que favorecen su vida. ¿Se dan cuenta ustedes? Así, por ejemplo,

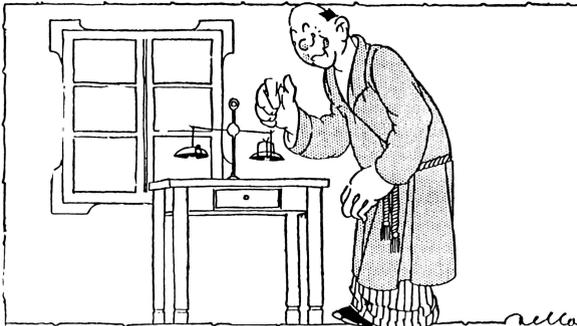
el principio de partir la “capa con el prójimo” es un mal principio que ningún hombre que tiene principios practica. ¿Por qué? Pues porque él tiene el principio de respetar la capa entera. El principio contrario lo llevaría a no tener nunca una capa u otra cosa. ¿Se dan cuenta ustedes? Así, tampoco el hombre de principios prestará dinero no por el valor del dinero en sí, sino por otra serie de principios que tienden a favorecer la organización de la sociedad.

De este modo en pocos años tiene el hombre de principios una regular fortuna, un crédito sólido, y un aspecto de buey que hace calistenia. Por donde vaya, se repetirá:

—Ah, ese... ese es un hombre de principios— y aunque tenga cuarenta años no habrá doncella que no se considere feliz con ser su esposa, ni vieja rabiosa que no se dulcifique para tenerle por cuñado.

Nacimiento del hombre de principios

El hombre de principios nace serio. Comienza por llorar, todo ello por principios. Cuando pequeño no prestará sus juguetes a los otros chicos, cuando mayor no pagará un café a nadie, por el principio de que no conviene fomentar vicios a personas que no disponen de medios para satisfacer esos vicios.



Exactamente a los veinte y tres años, “sentará juicio”; no porque antes no lo tuviera, sino sencillamente porque es un principio de sociología doméstica que el hombre sienta juicio a los veinte y tres años.

Si es empleado tendrá por absoluta virtud y principio menear la cola cada vez que pase su jefe, y si es jefe tendrá por principio y virtud mostrar los dientes cada vez que se le acerque un subalterno. Su rostro se redondeará a medida que pasan los años, y unas manchas de cobre, o unos círculos color de rosa adornarán sus mofletudas mejillas de buey que hace calistenia.

La economía será su virtud

La economía será su virtud. Si se mantiene célibe, concurrirá a una de esas pensiones que atienden viudas que necesitan marido. Se dejará agasajar prudentemente por la viuda sin decir nunca que sí ni que no, ya que su principio es no contradecir a nadie por cuestiones en las que no salga perjudicado.

Todos los meses por principio pondrá una determinada cantidad de dinero en el banco y todos los días por este motivo antes de dormirse hará su cuenta de gastos diarios.

Este es el hombre que por la mañana toma café con leche en el café, y que después de terminar su pitanza y pedir doble cantidad de azúcar (porque el azúcar es rico en vitaminas) se leerá los diarios de la mañana, acaparándolos, enterándose de todo lo que ocurre en el mundo, y luego saldrá sin dar propina al mozo, porque por principio no hay que fomentar la limosna.

En cambio si el hombre de principios es casado, saldrá por la mañana temprano a hacer sus compras a la feria, y él mismo recibirá la leche en su casa y de manos del lechero para evitar por principios que la sirvienta la desnate subrepticamente.

Este es el hombre fantástico que se insulta con todos los feriantes, el eterno discutidor de los mercados, el ogro que llama al inspector municipal cuando sospecha que el aceite no tiene la debida proporción de “oliva”, este el terror de las hueveras, el espanto de los chancheros a quienes denuncia por mercar reses triquinosas, en fin su presencia de hombre de principios es el infierno donde los otros hacen su granjería.

Respeto a las leyes

Lo único que respeta como sagradas e inviolables este automático sujeto, son las leyes. Las leyes le merecen un respeto sagrado, una devoción que raya en lo fanático. El alma del hombre de principios es una especie de facistol del Código.

Todos sus actos comerciales se regirán tan estrechamente por lo dispuesto por las leyes que el día que tenga que prestar dinero en hipoteca cobrará el 12 por ciento de interés, ni un centavo menos del autorizado por nuestras legislaciones.

Este respeto por la autoridad, por el dinero, y por el orden, lo convertirá en ese amable sujeto que en el tranvía siempre le sonríe al inspector, porque cree que el inspector es el hombre que hace respetar unos principios reconocidos por las leyes de nuestro país, es el mismo hombre que en un suceso desagradable, al ser interrogado tiene siempre la habilidad de cuchichear tres palabritas al oído del vigilante, palabras misteriosas que hacen que el “chafe” se cuadre casi al saludarle, es el mismo individuo que le dice a un enfermo de tuberculosis que lo detiene en la calle para pedirle una limosna:

—Amigo, usted tiene que hacer reposo, usted tiene que comer buenos churrascos... beber buen vino, distraerse, cambiar de aires...

Y todo eso lo dirá no por crueldad... sino sencillamente por ingenuidad, y por respeto a los principios de nuestras campañas sanitarias.



CALLES RARAS

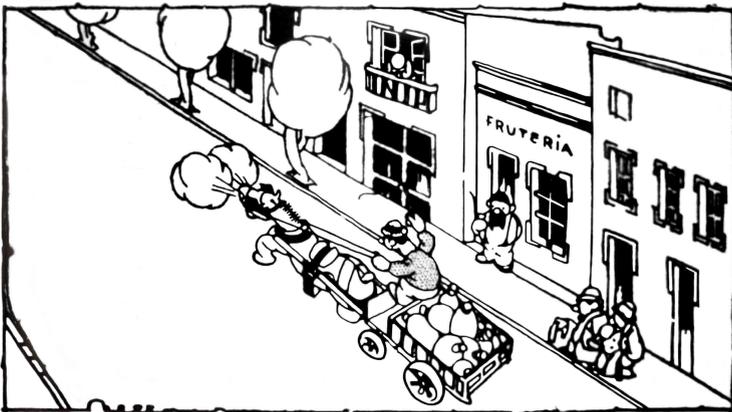
Hay calles que nos dan la impresión de que tienen encarnada en la oblicuidad de sus trayectorias, un espíritu raro, cuyo influjo se ejerce sobre el alma de los hombres que las habitan. Calles que no parecen pertenecer a una ciudad sino a los territorios de la novela, o a la geografía de los sueños. Calles estrechas, apropiadas para crímenes, calles con fachadas de ladrillos rojos que hacen pensar en albergues de fabricantes de moneda falsa, calles donde uno concibe la existencia de centros espiritistas o de logias de conspiradores. Calles que no son como las otras calles, abiertas y francas, sino que hacen pensar en cosas extrañas, y desequilibran el espíritu en cuanto se entra a ellas. Estas arterias injertadas en la masa cúbica de nuestra ciudad, viven una vida más oscura y misteriosa, y de noche, en ellas, el desgarrado maullido de los gatos o la trifulca de los borrachos resuena más siniestramente, enfermando para siempre de melancolía a las criaturas que viven allí.

Calle Oruro

Una de estas calles estrambóticas es Oruro. Nace al 3300 de Carlos Calvo y

termina en Deán Funes 1700, es decir sigue un descenso oblicuo hacia Garay y donde alcanza el máximo aspecto exótico. ¿Es la frase? Creo que no. Oruro no es una calle exótica. Ni tampoco triste. Es una calle de aguafuerte. Eso mismo. Se la concibe grabada con ácidos “fumantes” en una plancha de cobre o de madera. Parece arrancada de una provincia castellana. Desde Garay al norte se empina como un lúgubre pasaje. Los lienzos de muralla ocupan en ciertas aceras más de treinta metros. Y enfrente, enfrente un maravilloso escalonamiento de buhardillas, el espectáculo oblicuo de las mansardas con sus ventanucos adornados de latas que han contenido conservas y donde se pudre la raíz de unos tristes geranios.

En cuanto se entra allí, se experimenta la perplejidad de haber salido de Buenos Aires. Esa es una calle de otra ciudad, de otro clima, de otra gente. Las puertas son de tablas como las que ornamentan las misteriosas casas del cinematógrafo policial. Y todo parece allí seco, áspero, inclemente. Bajo el sol, las fachadas pintadas con cal teñida de rosa o de azul, evocan paisajes de novela, aguafuertes



de “La Esfera”, capítulos de “La Dama Errante” o tallas de Huysmans.

Calle Rojas

La calle Rojas que nace frente a la plaza Primera Junta plantea a todo caminante que la recorre este problema. ¿Por qué el comercio que la anima no se instaló en la calle Rivadavia, ideal de todo comerciante? En efecto, si se observa un poco, se comprobará que la calle Rivadavia hacia el oeste está completamente “muerta”, mientras que cruzando Rojas, Rivadavia hacia el este, en una extensión de cien metros parece un plagio de la avenida de Mayo o de Corrientes. Y en Rojas se comprueba el mismo fenómeno, así como en Centenera, su continuación al sur de Rivadavia. Fenómeno curioso e interesante éste, que algún día aclarará un estudioso de calles, definiendo el motivo por qué las calles en una dirección tienen una prosperidad anormal, mientras que del lado contrario se estancan en una parálisis lamentable.

Bueno, Rojas pertenece a uno de esos tipos de calle fenómeno. Desde Yerbal a Rivadavia florece en comercios innumerables. Las casas son antiguas, y hasta en los portales hacen su ganancia los turcos puntilleros. Durante el verano flamean en las fachadas los toldos puro fleco y, sin embargo, de esta pobreza que hace su ganancia con comadres, se escapa una alegría profundamente animal, una alegría que no existe en la calle Centenera, cuyas fondas y sederías son taciturnas como la catadura de sus beduinos amarillos, meditando quebras tras del mostrador.

Sí, Rojas es la calle más alegre, más linda de Caballito. Sus fruterías están colmadas al amanecer de una luz color de granada, y sus tienditas incitan a toda señora económica y buena administradora a entrar a buscar “pichinchas” o “retazos”. Porque esas son las calles donde siempre las esposas prudentes y

las madres calculadoras, encuentran un trozo de género “que el turco se lo vendió perdiendo” o “no se dio cuenta”. Lo cual es verdad, tanta verdad, que al cabo de unos años de “perder” plata, el turco se enriquece.

Calle Gavilán

La calle Gavilán es una de las más bonitas de Flores. Y lo es por sus veredas sombreadas de plátanos, por sus casitas “chiches para novios” y por sus jardincitos de mala muerte o de buena agonía. Sí, sobre todo por sus jardincitos. Jardincitos que cuidan los “propios propietarios”.

No hay nada más que pasar por la mañana.

Embutidos en sus pantalones de pana, con botines de paño, sombrero que tendrá diez años de uso doméstico, la tijera de podar entre las manos, los “propios propietarios”, canosos, la mirada apagada, el gesto tardo, le hacen el amor a los árboles que plantaron cuando mozos, y en la época en que Flores era una sucesión de hermosas quintas, y Rivadavia la calle más linda del mundo. Sí, porque Rivadavia fue la calle más linda del mundo hace quince años.

Pero Gavilán no es tan sólo hermosa por sus jardincitos, sino por el sentido de la vida que tienen sus habitantes. Todos son pequeños burgueses, el inquilino es raro, y la mayor proporción de los inquilinos se conocen desde hace muchos años.

Al atardecer es raro que de una sala no salgan las sonoridades de un piano, y en todas las puertas hay racimos de mocitas, de “muchachas en flor” a cuya sombra no hay caminante que no desee descansar toda una larga tarde de verano.

Por la noche, los focos de luz eléctrica apenas si pueden lanzar manchas extravagantes en los mosaicos de las aceras, tan espesa es la vegetación de los plátanos. Y entonces no hay puerta donde no conversen dos sombras misteriosamente.



LA LINDA AGRESIVIDAD PORTEÑA

Días pasados me encontraba en el Departamento de Policía aguardando para entrar a una oficina, cuando aburrido de esperar me puse a conversar con un sargento que hacía guardia en la puerta.

El sargento tenía cinco estrellitas en el pecho, lo cual significa que hacía veinte y cinco años que trabajaba de vigilante.

Conversábamos como tengo dicho, de los tiempos que fueron, y de pronto el hombre me dijo, con tono lleno de amargura:

—Hoy... hoy cualquier infeliz se pone este uniforme y es vigilante... pero ayer... ayer amigo, el uniforme no valía nada. Se respetaba al hombre... porque lo que es al uniforme...

La agresividad porteña

Después que me separé del sargento quedeme pensando que ese hombre había aclarado en cierto modo un enigma, que hacía tiempo me preocupaba: la agresividad manifiesta del hombre porteño.

Sí, nuestra actual generación es esencialmente agresiva. Tan agresiva que para designar la palabra trompada, tiene los siguientes sinónimos:

“Castañazo”, “biaba”, “fastral”, “torta”, “bollo”, “ñoqui”, “biandun”, “zur-dazo”, “trompi”, “galleta”, “piña”, “bisquete”, “bife”, y la antigua “miqueta”, riqueza de léxico que demuestra el matiz del vocabulario agresivo en todas las fases del “tortazo”.

Ello significa que la nuestra y la anterior generación se especializaron en la trompada y en el viril deporte de romperse el alma. Ello justifica la frase del sargento que melancólicamente añoraba los tiempos en que el uniforme no valía nada, si no cubría el corazón de un hombre.

Y el idioma lo demuestra. Catorce sinónimos para un solo acto. Catorce sinónimos para sellar violencia de corazón, la “bronca” racial de la gente de esta ciudad romboidal.

Aquellos tiempos

Y es que aquellos eran otros tiempos. Sin fantasía. Sin romanticismo. Eran otros tiempos, más bravos, más duros, más audaces. La gente vivía con más fiereza, y más agilidad. Cuello duro no



lo usaba casi nadie. Rancho de paja era casi desconocido. Primaba el imperio de la gorra, y el pañuelo suplía la corbata. Ningún pebete bien nacido iba a la escuela con cuello. Al menos en las escuelas del arrabal. Cuando tenían que ponerse botines, lloraban. Yo recuerdo de un pibe que lloraba una noche que los padres lo quisieron llevar a un palco en un biógrafo. Quería ir al gallinero. La gente bien vestida suscitaba repulsión, burla. La democracia del vestir era un hecho. La galerita sufría pedreas heroicas, y el “rancho” silbatinas truculentas.

Chicos, grandes, todos, se desenvolvían en una atmósfera ruda, en un ambiente no de pelea, pero sí de agresividad. Una especie de barbarie aceptada y tolerada, justificaba el desaliño y la vestimenta modesta.

El arrabal

Hoy hay partes de Caballito donde la vara de tierra cuesta cien pesos. Ayer, hace quince años, en esos mismos lugares, a pleno sol, las “patotas” se tiroteaban por un vaso de vino. Flores, era arrabal. Mataderos, ni decir. Almagro, ídem. Sólo el corazón del centro estaba libre de esa plaga de mozos desocupados, de vagos que se pasaban el día en las esquinas de los almacenes tomando el sol, y diciéndole guaranguerías a todos los que pasaban. Trabajar de vigilante en esa época era tan deshonroso como hoy ser ladrón. Los vigilantes ganaban setenta pesos, y generalmente eran cómplices de los malandrines a quienes temían.

Las muertes eran tan frecuentes que no preocupaban. El caudillaje político primaba sobre el delito. Había hombres que habían hecho numerosos crímenes y estaban en libertad por X o por B. A su vez el procedimiento policial era bárbaro y rutinario. Ladrón que no contaba con una protección, pasaba del calabozo al hospital... o al cementerio. Y la anécdota

perdularia la conocían todos. Raros son los niños de la generación del 90 que no hayan asistido a un duelo criollo, a un asalto o a un robo espectacular. Era la comidilla de todos los días, y el maleante era maleante de verdad, sin disfraz, sin señal digital, pero bastaba mirarle la cara para saber de qué pájaro se trataba.

El arrabal y los bien vestidos

Y en aquellos tiempos, para aventurarse a entrar al arrabal bien vestido, había que ser muy hombre. Mujeres y varones miraban con mal gesto al elegante. El cuello, los zapatos de charol, el sombrero de paja o la galera eran sinceramente abominados. Hace quince años, atreverse a cruzar Bella Vista (hoy Donato Álvarez y Méndez de Andes), bien trajeado, era un acto peligroso y audaz.

De tal modo, que todos los chicos de entonces se fueron criando agresivos e insolentes, audaces, y esta audacia les quedó como un sabor en la psicología, y hoy, todos los que conocieron aquellos tiempos, guardan en la actitud esa especie de agresividad que se ostenta en todos los actos de nuestra población, agresividad de gente que ve en el extraño no el enemigo, pero sí el resabio de lo que antes era el arrabal.

Hoy, se puede ir a la “quema” de galera. Pero examínese el semblante del que la usa y se comprenderá que la galera ha venido a suplir el sombrero hongo y el pañuelo de seda al cuello, y que ese hombre aunque ha cambiado de pelaje es el mismo muchacho que hace quince años se entusiasmaba con la historia de una “fajada”, contada por cuatro bandidos en la esquina de un almacén.

De allí, que marcados por el recuerdo, los porteños lleven en la sangre y en la pupila esa chispa agria de coraje, que era la única virtud que respetaba el arrabal, el arrabal donde hoy la vara de tierra cuesta cien pesos.



EL HOMBRE QUE “VA AL CENTRO”

Les parecerá extraño a ustedes, pero hoy me he encontrado en Villa Devoto un buen señor que, con el tono más grave del mundo, me dijo:

—Hoy voy a ir al centro. Hace un año y medio que no pongo el pie en la calle Florida.

Y yo lo creí, lo creí aunque ustedes no me crean, porque el tono del ciudadano era jactancioso y serio, como el de un explorador que os dijera:

—Voy a ir al Polo Norte, porque hace dos años que no pernocto por allí.

Y de pronto me di cuenta de que para mi honesto ciudadano tenía tanta importancia ir a la calle Florida, como para Lindberg cruzar nuevamente el Océano con un gato. Sí, la mismísima importancia.

Del hombre que no sale

Me acuerdo que hace quince años, para ir a la escuela (en esa época yo era un tierno infante), tenía que pasar por la plaza de Vélez Sarsfield. Y en la puerta de una ferretería que hay frente a la dicha plaza veía todas las mañanas a un tío, largo como un espárrago, tomando el sol a la puerta de su comercio.

Han pasado quince años; ese caballero ha tenido a bien no morir, y todas las

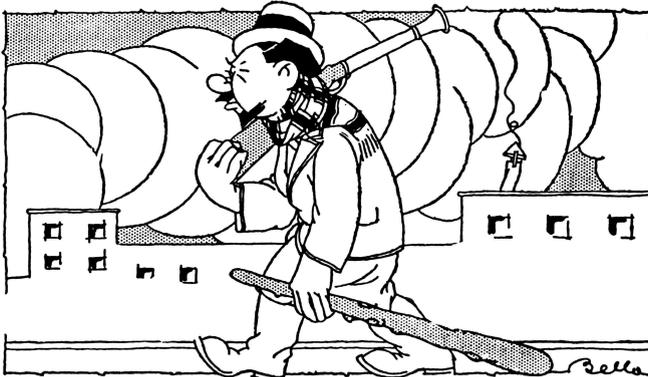
mañanas de este bendito año 1928, lo veo, al pasar en un ómnibus, en la misma actitud que hace quince años. El lomo apoyado en la jamba, las piernas cruzadas, la cabeza sin gorra. Y veo con terror matemático que ese buen señor, honra y prez de Vélez Sarsfield, ha estado durante cinco mil cuatrocientos setenta y cinco días haciendo la misma cosa, a la misma hora. ¿Se dan cuenta ustedes? ¿Alcanzan a comprender lo astronómico y fenomenal de tal suceso? Cinco mil cuatrocientos setenta y cinco días haciendo el mismo gesto, a la misma hora.

Y, sin embargo, yo entonces tenía trece años, y durante quince años... Bueno; ahora no se extrañarán de que hoy un buen señor, excelente padre de familia, inmejorable esposo y digno ciudadano, me haya dicho, con el tono de Tartarín de Tarascón antes de partir para el África a cazar leones:

—Esta tarde voy al centro. Hace un año y medio que no pongo el pie en la calle Florida.

La calle Florida

¿Qué significa para ese señor la calle Florida? Pues, la calle Florida significa para él lo que para nosotros el corazón



de la China o las distancias de la Taiga y el Yenese. Sí, exactamente lo mismo.

Y es que nuestro señor es uno de aquellos en cuyo espíritu se complacía Nuestro Señor Jesucristo, un hombre sencillo de entendimiento. Manso y de buena voluntad. Su buena voluntad está circunscripta a su barrio. Allí tiene su tienda de mercería, allí vive, allí acuden los corredores a venderle, los cobradores a enflaquecerle la bolsa, los vecinos y propietarios a charlar un rato por la tarde, a la hora en que no “hay movimiento”; allí, como en una isla, vive y prospera nuestro excelente varón.

Y entonces, la calle Florida, representa para su imaginación de caracol, lo que un viaje al país de Liliput. Sí; aunque parezca mentira.

Unamuno lo ha descrito al tipo en Solitaña, el tendero Solitaña, que se muere de pena el día que un bombardeo le tira abajo la tienda y tiene que ir a vivir a la ciudad con su hijo, que es médico.

Solitaña añora la tienda, la obscuridad de la tienda, la humedad de la tienda, la charla de las mujeres que iban a mercar, añora todo lo que se le hizo costumbre terrible en veinte años de efectuar el mismo gesto. Tal que yo creo que el ferretero de que antes hablaba se enfermará la mañana que no pueda asomarse a pasar un rato a la puerta del comercio, porque irá a la puerta aunque lleuvan rayos y truenos y cubos de agua, con cubo y todo.

Explicación del fenómeno

El fenómeno es perfectamente explicable. Se trata de gente que no tiene curiosidades. Absolutamente ninguna. Les basta como al caracol, asomar la cabeza fuera del perímetro de su caparazón. Miran alrededor lo que ocurre y luego esconden el cuello y se recluyen como bestias sensibles en la covacha que hace años los alberga, sin temor de ninguna sorpresa.

Es así.

Sencillos y reposados no apetecen sino la quietud que, según el proverbio, sólo será concedida a los hombres de buena voluntad.

De la vida no les preocupa sino lo visible inmediato. Ponen el amor en el árbol que está frente al portón de sus casas, y la aventura en la sonrisa con que acompañan el saludo de una buena muchacha.

Son ascetas laicos, bonzos privados, místicos sin saberlo, fakires de buenos modales, vagos con patente de comerciantes, soñadores inconscientes, maestros de budismo y de quietud absoluta.

No desean nada, no los atrae nada, no los llama ni incita nada. Florida es el término más lejano de su viaje, como el polo Sur, el geográfico polo Sur, sería la meta de todo explorador que se estime un poco.

La paz está con ellos

Y es que la paz está con ellos. La santa paz de las buenas almas. La bella paz de los entendimientos sencillos.

Aplomados y mesurados, comprensivos y tímidos, viven en una parroquia, en una calle, en un barrio años y años y más años. La noción del tiempo se pierde en sus cerebros de esponjas. Como las algas adheridas a un peñasco e insensibles al ir y venir de las olas, ellos permanecen insensibles al ir y al venir de la vida. Quizá si tienen conciencia de que viven. Y son felices, tan felices que da rabia su felicidad. Sí, porque son los únicos hombres felices de la tierra. Ahora sé que el hombre feliz no es aquel que no tenía camisa, el médico del buen rey se equivocó, el hombre feliz, la camisa del hombre feliz la tiene el hombre que me dijo, con el tono grave de Tartarín de Tarascón, al ir al África a cazar leones:

—Hoy voy a ir al Centro. Hace un año y medio que no pongo el pie en la calle Florida.

EL ORIGEN DE ALGUNAS PALABRAS DE NUESTRO LÉXICO POPULAR

Ensalzaré con esmero al benemérito “fiacún”.

Yo, cronista meditabundo y aburrido, dedicaré todas mis energías a hacer el elogio del “fiacún”, a establecer el origen de la “fiaca”, y a dejar determinados de modo matemático y preciso los alcances del término. Los futuros académicos argentinos me lo agradecerán, y yo habré tenido el placer de haberme muerto sabiendo que trescientos setenta y un años después me levantarán una estatua.

La “fiaca”

No hay porteño, desde La Boca a Núñez, y desde Núñez a Corrales, que no haya dicho alguna vez:

Hoy estoy con “fiaca”.

O que se haya sentado en el escritorio de su oficina y mirando al jefe, no dijera:

—¡Tengo una “fiaca”!

De ello deducirán, seguramente mis asiduos y entusiastas lectores que la “fiaca” expresa la intención de “tirarse a muerto”, pero ello es un grave error.

Confundir la “fiaca” con el acto de tirarse a muerto es lo mismo que con-

fundir un asno con una cebra o un burro con un caballo. Exactamente lo mismo.

Y sin embargo a primera vista parece que no. Pero es sí. Sí, señores, es sí. Y lo probaré amplia y rotundamente, de tal modo que no quedará duda alguna respecto a mis profundos conocimientos de filología lunfarda.

Y no quedarán, porque esta palabra es auténticamente genovesa, es decir, una expresión corriente en el dialecto de la ciudad que tanto detestó el señor Dante Alighieri.

La “fiaca” y la fisiología

La “fiaca” en el dialecto genovés expresa esto: “Desgano físico originado por la falta de alimentación momentánea”. Deseo de no hacer nada. Languidez. Sopor. Ganas de acostarse en una hamaca paraguaya durante un siglo. Deseos de dormir como los durmientes de Efeso durante ciento y pico de años.

Sí, todas estas tentaciones son las que expresa la palabreja mencionada. Y algunas más.

Comunicábame un distinguido erudito en estas materias, que los genoveses de



La Boca cuando observaban que un párvulo bostezaba decían: “Tiene la fiaca encima, tiene”. Y de inmediato le recomendaban que comiera, que se alimentara.

Generalización del término

En la actualidad el gremio de almaceneros está compuesto en su mayoría por comerciantes ibéricos, pero hace quince y veinte años, la profesión de almacenero en Corrales, La Boca, Barracas, era desempeñada por italianos y casi todos ellos oriundos de Génova. En los mercados se observaba el mismo fenómeno. Todos los puesteros, carniceros, verduleros y otros mercaderes provenían de la “bella Italia” y sus dependientes eran muchachos argentinos, pero hijos de italianos. Y el término trascendió. Cruzó la tierra nativa, es decir, La Boca y fue desparramándose con los repartos por todos los barrios. Lo mismo sucedió con la palabra “manyar” que es la síntesis de la perfectamente italiana “mangiar la folia”, o sea, “darse cuenta”.

Curioso es el fenómeno, pero auténtico. Tan auténtico que más tarde prosperó este otro término que vale un perú; y es el siguiente: “Hacer el rostro”.

¿A que no se imaginan ustedes lo que quiere decir “hacer el rostro”? Pues hacer el rostro, en genovés, expresa preparar la salsa con que se condimentarán los tallarines. Nuestros ladrones la han adoptado, y la aplican cuando después de cometer un robo hablan de algo que quedó afuera de la venta por sus condiciones inmejorables. Eso, lo que no pueden vender o utilizar momentáneamente, se llama el “rostro”, es decir, la salsa, que equivale a manifestar: lo mejor para después, para cuando haya pasado el peligro.

“El fiacún”

Volvamos con esmero al benemérito “fiacún”.

Establecido el valor del término, pasaremos a estudiar el sujeto a quien se

aplica. Ustedes recordarán haber visto, y sobre todo cuando eran muchachos, a esos robustos ganapanes de quince años, dos metros de altura, cara colorada como una manzana reineta, pantalones que dejaban descubierta una media tricolor y medio zonzos y brutos.

Esos muchachos eran los que en todo juego intervenían para amargar la fiesta, hasta que un “chico”, algún pibe bravo, los sopapeaba de lo lindo eliminándoles de la función. Bueno, estos grandotes que no hacían nada, que siempre cruzaban la calle mordiendo un pan y con gesto huído, estos “largos” que se pasaban la mañana sentados en una esquina o en el umbral del despacho de bebidas de un almacén fueron los primitivos “fiacunes”. A ellos se aplicó con singular acierto el término.

Pero la fuerza de la costumbre lo hizo correr, y en pocos años el “fiacún” dejó de ser el muchacho grandote que termina por trabajar de carrero, para entrar como calificativo de la situación de todo individuo que se siente con pereza.

Y, hoy, el “fiacún” es el hombre que momentáneamente no tiene ganas de trabajar. La palabra no encuadra una actitud definitiva como la de “squenun”, sino que tiene una proyección transitoria, y relacionada con este otro acto. En toda oficina pública o privada, donde hay gente respetuosa de nuestro idioma, y un empleado ve que su compañero bosteza, inmediatamente le pregunta:

—¿Estás con “fiaca”?

Aclaración. No debe confundirse este término con el de “tirarse a muerto”, pues tirarse a muerto supone premeditación de no hacer algo, mientras que la “fiaca” excluye toda premeditación, elemento constituyente de la alevosía según los juristas. De modo que el “fiacún” al negarse a trabajar no obra con premeditación, sino instintivamente, lo cual lo hace digno de todo respeto.

EL ENFERMO PROFESIONAL

Sí, hay señores empleados que podrían poner en la tarjeta, bajo su nombre, esta leyenda:

Enfermo profesional.

El caso profesional

No hay repartición de nuestro gobierno donde no prospere el enfermo profesional, el hombre que trabaja durante dos meses en el año, y el resto se lo pasa en su casa. Y lo curioso es esto. Que el enfermo profesional es el motivo de que exista el empleado activo, fatalmente activo que realiza el trabajo propio y el del otro, como una compensación natural debida al mecanismo burocrático. Y decimos burocrático, porque estos enfermos profesionales sólo existen en las reparticiones nacionales. Las oficinas particulares ignoran en absoluto la vida de este ente metafísico que no termina de morirse a pesar de todos los pronósticos de los entendidos de la repartición nacional.

Naturalmente, el enfermo profesional jamás tiene veinte años ni ha pasado de los treinta. Se mantiene en la línea equinoccial de la vagancia reglamentaria. Es un hombre joven, adecuado para el papel que representa sin exageración, pero con sabiduría.

Generalmente es casado, porque los enfermos con esposa inspiran más confianza y las enfermedades con una media naranja ofrecen más garantías de autenticidad. Un hombre solo y enfermo no es tan respetable como un hombre enfermo y casado. Intervienen allí los factores psicológicos más distintos, las ideas crueles más divertidas, las compases más extrañas. Todos piensan en la futura viuda.

El simulador

Ahora bien, el enfermo profesional suele ser en el noventa y cinco por ciento de los casos un simulador habilísimo, no sólo para engañar a sus jefes, sino también a los médicos y a los médicos de los hospitales.

Naturalmente, para adoptar la profesión de enfermo siendo empleado de una repartición pública hay que contar con la ayuda del físico.

El enfermo profesional no se hace sino que nace. Nace enfermo, (con una salud a toda prueba) como otro aparece sobre el mundo aparentemente sano y robusto, con una salud deplorable.

Tiene una suerte, y es la de su físico, un físico de gato mojado y con siete días



de ayuno involuntario. Cuerpo largo, endeble, cabeza pequeña, ojos hundidos, la tez amarilla y la parla fatigosa como de hombre que regresa de un largo viaje. Además siempre está cansado y lanza suspiros capaces de partir a un atleta.

Cómo comienza la farsa

El que cuente con un físico de esta naturaleza, dos metros de altura, cuello de escarbadientes y color de vela de sebo, puede comenzar la farsa de la enfermedad (siempre que sea empleado nacional) tosiendo una hora por la mañana en la oficina. Alternará este ejercicio de laringe con el tocarse suavemente las espaldas haciendo al mismo tiempo un gestecillo lastimero. Luego toserá dos o tres veces más, y con todo disimulo, evitando que lo vean (para que lo miren) se llevará el pañuelo a la boca y lo ocultará prestamente.

A la semana de efectuar esta farsa, el candidato a enfermo profesional observará que todos sus compañeros se ponen a respetable distancia, al tiempo que le dicen:

—¡Pero vos tenés que descansar un poco! (Ya cayó el chivo en el lazo), vos tenés que hacerte ver por el médico. ¿Qué tenés? ¿A ver si tenés fiebre?

Y si el candidato a profesional es hábil, el día que visita al médico de su oficina, muchas horas antes se coloca papel secante bajo las axilas, de modo que al colocarle el termómetro el médico, comprueba éste que tiene fiebre, y como además el profesional confiesa que tose mucho, y etc. etc. (Nosotros no regalamos fórmulas para convertirse en enfermo profesional).

Un mes de farsa basta para prepararse un futuro. ¡Y qué futuro! La “enfermedad” alternada con las licencias, y las licencias con la enfermedad.

El enfermo protocolar

Con este procedimiento en poco tiempo el profesional se convierte en el enfer-

mo protocolar de la oficina. El médico se aficiona a ese cliente que lo visita asiduamente y le habla del temor de dejar a su esposa viuda, el médico acaba por familiarizarse con su enfermo crónico que le hace pequeños regalos y que sigue puntualísimamente sus prescripciones, y al cabo de un tiempo, ya el médico ni lo observa a su enfermo, sino que en cuanto lo ve aparecer por el consultorio, le da unas amistosas palmadas en las espaldas y extiende la licencia con una serenidad digna de la mejor causa.

Pero el profesional no se calma, sino que alega nuevos dolores, y ya es el estómago que se le pone como un “plomón”, ya es la garganta que le duele, y si no son los riñones, o el hígado y el páncreas a la vez, o el cerebro y los callos. El médico para no alegar ignorancia ante tal eclecticismo de enfermedades lo deriva todo de la misma causa, y finge con el enfermo hacer análisis que no hace, pues que está convencido de que el ciudadano se muere el día menos pensado.

Todos contentos

Y el caso es el siguiente. Que todos quedan contentos. Contentos los empleados de la repartición por haberse librado de un compañero “peligroso”, contento el jefe de ver que con la ausencia del enfermo el trabajo no se ha obstaculizado, contento el ministro de no tener que jubilarlo al enfermo, porque el enfermo no alega que se enfermó en el desempeño de su trabajo, contento el médico de tener un paciente tan sumiso y tan resignado, y contento el enfermo de no estar enfermo, sino de ser sencillamente uno de los tantísimos enfermos crónicos que en las reparticiones nacionales hacen decir al portero:

—Pobre muchacho. Ese no pasa de este año.

Y el pobre muchacho se jubila... se jubila de empleado nacional... y de enfermo crónico aunque con un sueldo solo por las dos enfermedades.



NO ES POR HABLAR MAL, PERO...

Cuando usted oiga iniciarse una conversación con estas palabras:

—No es por hablar mal, pero... —puede convencerse que saldrán a luz todos los chismes imaginables e inimaginables.

Esas palabras son el prólogo fatal e inevitable de toda concienzuda arrancada de cuero.

Estas palabras en el conventillo

Parecería absurdo decir que uno va a hacer el elogio del conventillo. Yo no pienso hacerlo por el momento, pero el elogio del conventillo empezaría por estas palabras:

—No es por hablar mal, pero...

Acuérdese. Cuando entren dos señoras que viven en un conventillo, oye usted cruzarse esas palabras acompañadas del consabido: —Vea, señora, etcétera, etc... puede estar seguro que comenzará un trabajo de curtiembre, donde el cuero que se va a trabajar primorosamente, es el de la encargada.

Todas las inquilinas de los conventillos empiezan sus diatribas contra la

portera con esa frase. ¿Por qué? El caso es que lo hacen.

Otras veces ocurre esto otro: frente a la pieza de la encargada se reúnen dos vecinas más. La encargada con las manos apoyadas en el mango de la escoba, y las otras dos con el cestito de la compra. Se comenta la última "bronca" habida en el caserón; una de las portadoras de la cestita está interiorizada de lo que ha ocurrido allí y de pronto, no pudiendo tener la lengua quieta, exclama:

—Vea, señora, no es por hablar mal, pero...

Un cubo de chismes se va a descargar sobre la ciudadela de la miseria. Un carro de historias, un aluvión de rencores, de mentiras, de miradas rápidas en cierta dirección, de interrupciones que fatalmente comienzan:

—¿No le decía yo, señora? — y la que ha pronunciado la sacramental palabra se queda meneando la cabeza satisfechísima, mientras la encargada estira la oreja y la de la cestita vomita sus culebras.



Importancia del prólogo

La importancia de dicho prólogo consiste en que usted establece previamente que “no va a hablar mal” de un fulano. Cierto es que usted lanzará mil atrocidades respecto a la vida de su prójimo, que lo cubrirá de lodo, pero no importa, eso no importa, porque usted previamente ha establecido que “no es por hablar mal”.

¿Quién es el que se resiste a tamaña afirmación? Absolutamente nadie. Pero vea usted.

Se han reunido cinco amigos. Llámelos amigos. Después de los entretenimientos de costumbre, después de haber pasado tres horas juntos y de ocupar la mesa de un café, todos piensan al unísono que la vida es aburrida y que vale menos que un cigarrillo.

Todos están hartos, nadie se atreve a decir lo que piensa, pero de pronto uno lanza el consabido “no es por hablar mal”, y observe usted el efecto.

Las caras que tenían longitudes cabalares, se redondean, los que estaban pálidos, se sonrojan, el que dejaba humear el cigarrillo entre sus labios, acelera la combustión con dos enérgicas aspiraciones, un pesimista se endereza, un tacaño pide con tono jovial “otra vuelta de café”, y hasta las lámparas del café parecen absorber más amperajes, pues brillan más.

La frase milagrosa

Y lo que ha hecho el milagro es la frase, la bendita frasecita en la cual usted afirmaba, sin que nadie pudiera permitirse el lujo de dudar de usted, que usted no iba “a hablar mal pero...”

El “pero” es el “quid” de la palabra, el término electrificante, el grano de mostaza de que habla la Biblia. Yo no he leído la Biblia, y tampoco pienso leerla, pero he oído la palabrita, y me explicaron que el grano de mostaza de la Biblia se convertía en un árbol recio y grandote.

Lo mismo ocurre con el “pero”. El “pero” es el bíblico grano de mostaza, la bola de nieve que al llegar al final de la conversación se ha transformado en un témpano redondo o algo por el estilo.

Y eso todos lo saben. De allí que en cuanto oyen el “pero”, se yerguen como los gatos al olor del bofe.

Todo lo que justifica ese “pero”, todo lo que entraña, todo lo que engloba, nadie se lo imagina.

No es por hablar

Y es que para mucha gente no hay cosa más deliciosa que no “hablar mal, pero...”, no pueden estar sin hablar mal de alguien. Es como una necesidad, un cierto placer, al que escapan únicamente los que son excesivamente virtuosos. Y los excesivamente virtuosos son tan raros que no se sabe dónde encontrarles. De allí que el hablar mal sea una especie de mérito común a todos. Y además es “tan lindo” como decía cierto alacrán. Que, ¿quién es el que se va a privar de semejante golosina? Y sobre todo, hablar mal de los amigos. Un “gourmet” de la alacranería decíame ha no poco, que el manjar más estimado por los delicados del “no es por hablar mal, pero...” eran los amigos. Y se explica. A un amigo se le toleran tantas cosas, que hablar mal de él, es como tomar una revancha por toda la simpatía que le hemos entregado. Es una especie de cobro a cuenta del bien que le haremos. Y sólo se “cuerea” a la perfección, cuando el desollado es el amigo. Entonces las frases chispean, los pensamientos tienen una fluidez farmacéutica y los defectos se repujan tan bien, que no hay oyente que no salga encantado.

Naturalmente, para ejecutar este trabajo de pirograbado alacranesco hay que ser un especialista, pero por algo se comienza. Sólo hace falta tener en la punta de la lengua el “grano de mostaza” de que habla la Biblia.

EL HOMBRE QUE HACE ECONOMÍAS

Acabo de leer un hermoso, y más que hermoso, un extraño libro que se llama "Misericordia de Quinta Edición". Su autor, Alberto Pineta, lo hubiera podido también titular "Fotografías nerviosas". En el volumen, se mueven siluetas de tipos extranjeros en nuestra ciudad. Admirablemente convulsionados. Turbios, frenéticos. Y entre esos juegos de luces y de sombras, me ha llamado la atención la figura de Klammer, "el hombre que hace economía". He aquí un boceto:

"Klammer. Con la cara redonda inexpressiva. Con la cabeza cuadrada. Una alcancía donde sólo se guardaban monedas despreciables".

Importancia de la economía

Yo no me siento de acuerdo con el amigo Pineta. Y no me siento de acuerdo, porque hombre acostumbrado a las pobreza franciscanas he aprendido que las monedas componen los pesos y los pesos esos billetes amplios, rosados, verdes y amarillos que constituyen el deleite no de los acostumbrados a hacer economías, sino el de aquellos que derrochan y abominan de la economía. Naturalmente, el amigo Pineta toma en serio la economía,

y yo no, la tomo en su "sentido deportivo", que quizá sea el fundamental.

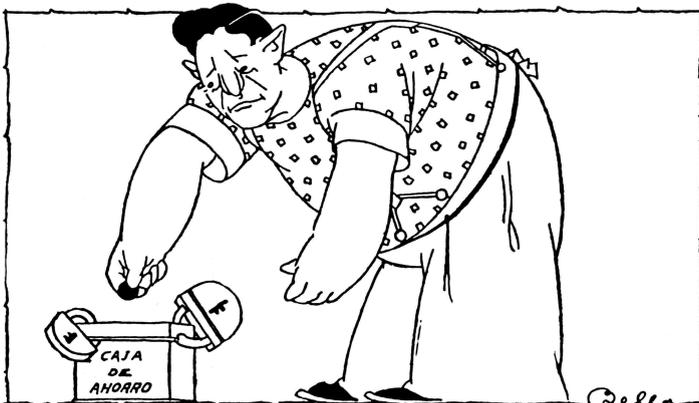
En efecto, ningún hombre nace económico. A todos les gusta tirar la plata por la ventana. Pero llega un momento en que para tirar la plata por la ventana es necesario tenerla, porque si no, no es posible tirarla, y el hombre que desea arrojar por cualquier tragaluz sus buenos pesitos, piensa:

—Bueno, es hora que piense en juntar un poco, si no, nunca voy a tener para pasarla bien.

¿Y qué ocurre? Que el hombre que hace economías se convierte en un dilapidador al revés. Nada más. No recuerdo quién decía que el ladrón es un financiero apurado, y la definición es exacta. Análogamente ocurre con mi principio de que el hombre que hace economías es un dilapidador al revés (la frase me gustó, por eso la repito).

Contabilidad de este tipo

Pineta, ¿en qué nos revela magistralmente al hombre que hace economías? Pues en lo esencial. En la contabilidad. Y ello es cierto. El hombre que hace economías, lleva una rigurosa contabi-



lidad. Registra su vida en una libreta. De un lado el “debe”, del otro el “haber”. “Nunca sacó de su alcancía una moneda equivocada”, dice nuestro autor, lo que es terminantemente verídico.

Esta costumbre nunca fue costumbre. Comenzó por un sacrificio. Por muchos. El hombre que hace economías, si fumaba dejó el vicio, si tomaba café se contentó al final con un vasito de agua, vasito de agua que como no le costaba absolutamente nada, comprobó que constituía una costumbre higiénica, suprimió el vermouthe, porque todos los vermouthes eran falsificaciones, y los extranjeros no lo convencían por “alterarse al cruzar el Ecuador”. El hombre que hace economías se volvió sabio en poco tiempo. En el verano no bebió cerveza, porque la cerveza le constaba de que no fue fabricada con lúpulo, no concurrió a los banquetes, porque en los banquetes la comida era confeccionada de mala manera. Encontró motivos para no asistir a ningún teatro: él era moral. ¿Al biógrafo? Menos que menos: las cintas arruinan la vista.

Camino de santidad

Poco a poco el hombre que hace economías fue eliminando hábitos “superfluos”. Dejó de leer o comprar los diarios, porque al fin y al cabo ¿qué provecho se saca leyendo las tonterías de los periodistas? ¿No era más práctico ir a enterarse de cómo marcha el mundo por la pizarra de los diarios, después de almorzar? Ello adunaba la ventaja de hacer un pequeño paseo recreativo, fomentando al mismo tiempo la digestión, y adquiriendo nociones de arquitectura al admirar los progresos edilicios.

Parejamente se perfeccionó en matemáticas. Levantó las más extravagantes estadísticas. Él, el hombre que hace economía, fue el que descubrió que si usted dejara de fumar, tendría al cabo de cien años 12.600 pesos, que sumados a los 14.400 pesos gastados en café,

hacen la bonita suma de 27.000 pesos, lo que equivale a una suma de 27 millones de pesos de economía al cabo de mil años. ¿Se dan cuenta? Ustedes dejan de fumar y tomar café durante mil años y al final se encuentran con la conmovedora cantidad de 27 millones en el bolsillo.

Cifra por cifra, detalle por detalle, el hombre que hace economías, fue creándose un camino de santidad. Nada de originarse un “Karma”, como dicen los orientales.

Así fueron pasando los años, el recreo de Klammer o el hombre que hace economías es su libreta de depósitos bancarios. Su literatura, la contabilidad estricta, automática. Tanto de calzado, de sastre, de planchadora, de lavado, de carbón.

Al cabo de cinco años

¿Quién no ha recorrido los alrededores de Buenos Aires en los días de remate, cuando se lotean pedazos de pampa en cien mensualidades?

¿Quién no ha visto inmóvil con el plano en la mano y la mirada fatigada, a un hombre que recorre toda la extensión calculando lo que ese trozo de pampa será dentro de diez años?

Pues bien, ese ciudadano es Klammer, el hombre que hace economías. Comprará un lote a treinta y siete cuerdas de distancia de la estación, edificará en él una casita, aguardará el pasar de los años haciendo siempre más economías, y un día, quince, veinte años después, la valorización de las tierras lo sorprende rico, poderoso, omnipotente en esa manzana que hace medio siglo no valía nada.

Así se han hecho todos los alrededores de Buenos Aires, así muchas ciudades del interior. Y la base de esas fortunas es la alcancía de monedas despreciadas, la voluntad de Klammer, que en el libro de Pineta gesticula en un tabuco de noche, al observar que de “los gastos del día, le faltan cinco centavos”.



EL GATO

Esta mañana en el zócalo de la vidriera de una fiambrería he visto a un hermoso gato fiambrero.

El cual gato me recordó que yo aún no había escrito el elogio de los gatos, despertando en mi memoria también esta frase significativa y bella: “hermoso gato de canto rodado”.

Significación del gato

¿A que no saben ustedes lo que significa un “hermoso gato de canto rodado”?

Yo creo que no ignoran ustedes que los ladrones existen desde que el mundo es mundo. Pues bien, en la Edad Media española, los ladrones calificaban de “hermoso gato de canto rodado” a los sacos repletos de monedas de oro. Así está escrito en el volumen 3° del pícaro Guzmán de Alfarache, cuando éste describe la estafa que hizo en Génova a un viejo avariento y prestamista.

Ahora bien; ¿cómo explicarse que a través de los tiempos, la frase que significaba un saco repleto de oro, haya venido a servir para calificar a un individuo que carece en absoluto de plata?

Más aún: en la jerga de los pícaros clásicos, jerga que vale por nuestro caló, gato significa también ladrón o ratero, por sus hábitos de andar por los tejados huyendo de los alguaciles y buscando sus ganancias en las piezas ajenas.

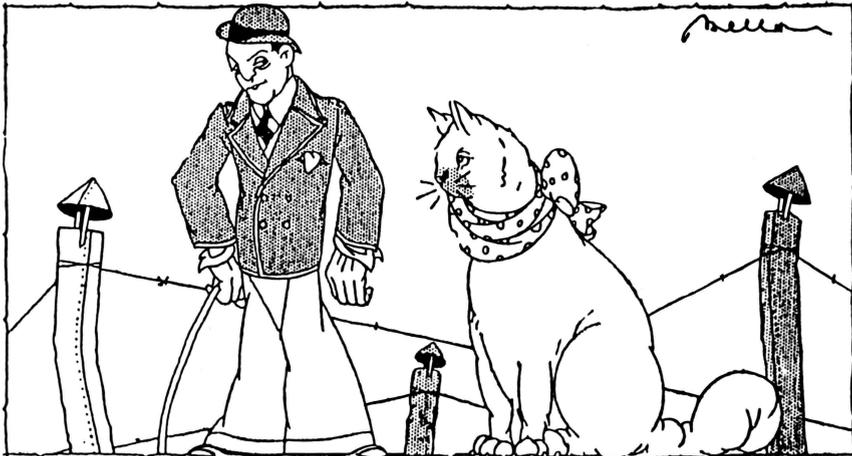
Más como los tiempos cambian, el elegante y hermoso calificativo de gato ha venido a transformarse en el sinónimo de pobreza, “mishiadura”, laceria y otras calificaciones de carencia de dinero.

Sin embargo el gato...

Como dije al comienzo, esta mañana me quedé mirando al hermoso gato fiambrero. Reposaba mirando llover, y la raya amarilla de sus ojos asistía impasible al trote de la gente por la calle.

Entré a un café, para guarecerme, y he aquí que junto a otra ventana vi a otro gato, un gato cafetero, soñoliento y majestuoso, y entonces me senté junto a la bestia, que después de examinarme comenzó a enarcar el lomo para que lo acariciara:

Entonces, sorbiendo el café, le dije al gato:



—¡Oh hermosa bestia, sinónimo de ladrón en la Edad Media y sinónimo de “pato” en nuestros días! ¿Qué azar es el que ha hecho que tú, un animal cínico e indiferente, vago y soñador se convierta en el símbolo del mozo pobre, y en el terror de las familias bien constituidas, cuyas mocitas aspiran a un joven que pueda convertirse en novio y de novio en marido?

—¡Oh gato engañador — continué diciendo — en vez de estar en la despensa cazando ratones y cuidando los intereses de tu amo, estás aquí refocilándote con la lluvia y enarcando el lomo como un bajá de siete colas!... ¿Cómo es posible que se designe con tu nombre a esa casta de gente que “se tira a muerta”? Pero de pronto comprendí que el calificativo que yo criticaba era perfecto, y entonces entré a cavilar.

¿Qué es el gato?

El gato es el prototipo de la vagancia entre los animales domésticos. No hace nada. Sufre por excelencia de esa enfermedad genovesa que se llama la “fiaca”. La historia de que caza ratones es un mito que ha pasado al recuerdo de los tiempos mejores. El gato no caza ratones. Si se le observa bien, sus actividades sólo se desarrollan en torno de un trozo de bofe o de hígado, o de una jaula donde hay un “mixto”. El resto del día toma baños de sol con una pertinacia que espanta. No se molesta por nada ni por nadie. Es el más bello ejemplar del “dulce far niente” que Dios ha puesto sobre la tierra.

Es indomesticable. Realmente indomesticable.

Jack London, el “atorrante” norteamericano que resultó luego el Máximo Gorki de su generación, cuenta en “El perro de circo” que la única forma de presentar un gato al público, es cloroformándolo. Resiste todos los castigos y las crueldades.

Refractario al trabajo, vagabundo de naturaleza y de estirpe, el gato se ha convertido en un símbolo, el símbolo de la simulación. Aparenta una cosa y es otra.

El hombre-gato

En nuestra ciudad, ¿a qué hombres se les aplica el calificativo de gato? El término es bastante amplio, elástico, pues abarca diversas categorías de sujetos, pero el “gato” es generalmente un individuo de veinte a veinticinco años.

Viste excesivamente bien, gasta galerita, guantes, polainas, deja tras sí una ola de perfume y su aspecto es engañador. Con ello queremos decir que el tipo aparenta comer todos los días.

En sus pretensiones entra siempre la de hacer el novio, pero las mocitas que se fijan en él, observadoras por naturaleza, descubren al cabo de poco tiempo que el infrascripto no tiene substancia, es decir, papel moneda nacional de curso legal, y entonces al comprobar la carencia de estos sólidos elementos necesarios para constituir un hogar, lo abandonan diciendo tranquilamente a sus amigas:

—Era un gato, che. Ni para ir al biógrafo tenía.

Y lo grave, es que este calificativo tiene alcances poderosos. En cuanto un ciudadano se crea la fama de que es un “gato” las mujeres le huyen como si las hubieran escaldado con agua no tibia, sino hirviendo. Las madres o futuras suegras tienen para el gato un gesto de escobazo, y el pobre mozo al pasar frente a una puerta o mirar a un balcón escucha risitas comprimidas, como si anduviera por robar un pedazo de bofe o de hígado.

Y tal es así, que los hombres raramente usan el término. Un individuo es un “gil”, un “marmota”, un “caído del catre”, pero casi nunca se le aplica el calificativo de gato, que sólo en los labios femeninos adquiere la dulce y rotunda expresión:

—Era un gato, che. Ni para ir al biógrafo tenía.

PSICOLOGÍA DEL HOMBRE QUE DEJA PASAR EL TRANVÍA

Hoy he asistido a un espectáculo que revelaba una curiosa psicología. Sí; la psicología del hombre que esperando un tranvía lo deja pasar. Y aguarda otro, y hace lo mismo. Fue así. Mi hombre, estaba en la esquina y yo arrimado a un árbol; los dos esperábamos el tranvía. El desconocido tendría treinta años, cara de amargura y traje decente. Pero la barba de tres días revelaba un descuido. Y sin embargo, sus botines bien valían treinta pesos y su sobretodo ciento cincuenta.

La indecisión

Como contaba, iba llegando el tranvía que nuestro señor esperaba, pues avanzó dos pasos en su dirección, luego en medio de la calzada se detuvo, miró indeciso el coche motor y retrocedió, pero tristemente, moviendo la cabeza con movimiento de razonar interior.

El juego narrado se repitió dos o tres veces, y yo aunque estaba apurado, con la impresión de que me encontraba en presencia de un argumento de nota, me dejé estar contra el árbol. Era induda-

ble que a mi hombre le ocurría algo. Ese algo debía ser el tema de mi artículo.

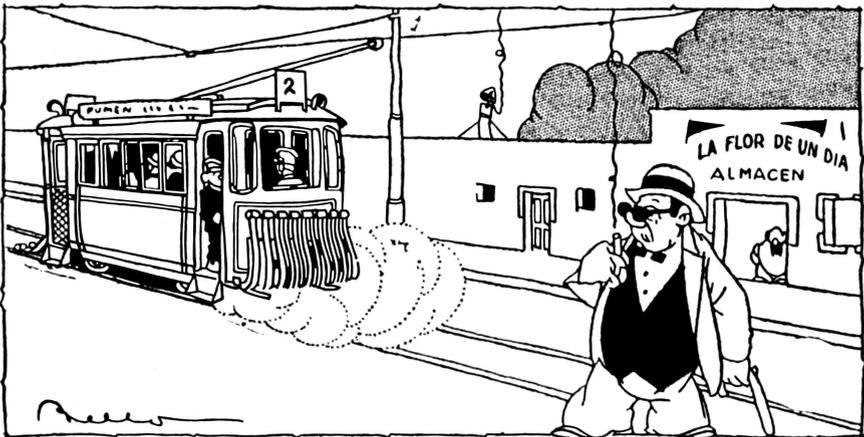
¿Mas; en qué consistía el tema? No podían ser ni las idas y venidas del sujeto, ni tampoco su cara barbuda, sino algo más fundamental e interesante.

Por fin el hombre se resolvió a tomar un tranvía del mismo número que antes había dejado pasar, y yo me quedé junto al árbol, no sabiendo que hacer.

Diálogo de transeúntes

Caminando, encontré luego dos vagos que despaciosamente por la vereda, iban haciendo filosofía barata. Y uno decía:

—A veces se espera encontrar la felicidad en el cruce de una calle, o en un montón de gente. Es el caso del hombre que en una esquina mira pasar un tranvía, después otro y otro, y no se resuelve a tomarlo. El mismo no sabe por qué procede de esa forma, pero en el fondo puede establecerse que ese individuo es un desdichado, que espera encontrar la felicidad en la casualidad de haber tomado un tranvía en vez de otro. La felicidad tendría en este caso, la figura de una mujer.



El otro vago, contestó:

—Usted tiene más o menos razón, ya que su teoría vendría a estar encuadrada dentro de los “actos fallidos” de Freud.

El que busca la felicidad

Los fulanos filosóficos tenían razón. Eso es lo que hacía esta mañana mi hombre barbudo en la esquina del árbol. Esperar a que llegara la inopinada felicidad en un tranvía que no era el primero, ni el segundo, ni el tercero, sino el tranvía inesperado, el tranvía que no se ha visto sino a dos metros antes de llegar a la esquina y que casi se pierde, y que se alcanza a grandes saltos, bajo la mirada de una desconocida que es la felicidad que va en el tranvía.

Porque es curioso. En el campo la felicidad no se busca. La felicidad tiene nombres y estancias o colonias determinadas. Se sabe que fulana es fea, y que mengana es linda, o que tiene tantas cabezas de ganado y tantas hectáreas, y entonces la felicidad ideal de cada individuo tiene una medida como lo tienen los cuellos y los botines que calza.

En cambio en la ciudad la felicidad no tiene proporciones. Nadie sabe lo que desea ni lo que podrá llegar hasta sus manos. Hay individuos que se dedican al deporte de buscar la felicidad como otros se dedican a jugar al tennis. ¿Neurastenia? ¿Aburrimiento? ¿Angustia? ¿Quién lo sabe? Pero las calles están repletas de gentes que buscan la felicidad.

Felicidad cinematográfica

Entendámonos. Esta felicidad no es la común felicidad del noventa y cinco por ciento de los mortales, sino la felicidad extraña de la aventura cinematográfica. Sujetos hay que salen a la calle con esta esperanza:

—Verán pasar una mujer en automóvil. Esa mujer es millonaria. Los mirará

e instantáneamente se enamorará de ellos. Entonces, el neurasténico escuchará de la mujer cinematográfica estas palabras: ¿Quiere usted casarse conmigo, caballero?

Otros en cambio piensan en un azar fabuloso, el momento matemático y preparado con diez siglos de anticipación, en que el cobrador de un banco deja caer su cartera al pasar junto a ellos.

Cada individuo que deja pasar un tranvía, y el segundo y el tercero, es un loco a medias y de género especial.

Se ha formado una idea singular de la felicidad, pero la felicidad siempre llevará un camino novelesco, extravagante.

Ya será un señor que tiene un secreto que explotar, secreto que se lo confía por benignidad de espíritu, ya será una aventura llena de peligros que terminará por hacer su fortuna... todo esto parece mentira, es cierto, parece mentira, y no lo es...

Y no lo es porque hay en la ciudad millares y millares de desdichados. Soñadores que se lanzan a la calle como lo hacía don Quijote, para confundir los molinos de viento con los gigantes y los carneros del ato con los ejércitos de príncipes enemigos.

Gente que cree que lo que ocurre en el cinematógrafo no tiene nada de absurdo, que pueda ocurrir en la realidad, locos lindos que creen que a la vuelta de una esquina hay un tesoro de millones esperando su bendita presencia, ingenios que piensan en que una millonaria les dirá:

—Caballero, lo amo. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Parece mentira... pero cuando usted vea un sujeto que deja pasar tres tranvías seguidos sin tomarlos, como si esperara que el cuarto tranvía le trajera la felicidad auestas, acuérdesse: ese individuo es un chiflado de esta categoría.



BERTA BYL

Veinte y siete años, dactilógrafa, cómplice de un defraudador, ayer detenida en Minas Geraes, tal es la definición común de esta muchacha que un buen día desapareció en las mismas circunstancias que su novio, el ex cajero Roura.

El delito apasionado

Legalmente, Berta puede ser culpable; hasta ahora no ha sido ello probado; Roura lo es; pero a la gente este asunto no le interesa.

Y es que el delito está animado por una pasión que lo embellece. Esta es la verdad. Es un hermoso delito. Un delito estético como diría De Quincey. Y humano, tremendamente humano.

Dos seres humanos, dos insignificantes seres humanos, dos tornillitos de un formidable engranaje comercial, desaparecen un día con quinientos mil pesos. Se aman. La prueba está que al día siguiente de cometer la defraudación se presentaron a un Registro Civil para contraer matrimonio. Bueno, desa-

parecen con quinientos mil pesos. Una ola de aparente indignación cruza los labios de la gente honesta y timorata. ¿Cómo, se escaparon con quinientos mil pesos? Sería el caso de preguntarles a esas personas, si pretendían que Roura se fugara con cien pesos.

Y se entabla la formidable y cinematográfica persecución policial. Van y vienen telegramas. Una muchacha y un mozo se convierten del día a la noche en el punto de mira de los policías de tres países. Los millares de empleados de todas las oficinas comentan el hecho de todas formas. Y no hay un individuo sensato que no diga:

—Porque, usted entiende, al fin y al cabo, ciertas oportunidades no se presentan todos los días...

Y este razonamiento se justifica. Y se justifica en labios de personas que ganan ciento ochenta pesos mensuales para tener que gastar cuello duro, afeitarse todos los días y estar en la calle a la menor tontería que hacen en el empleo.



El problema del empleado

Días pasados me ocupaba yo en una de estas notas en el problema del empleado. Decía que el empleado actualmente tenía menos valor que un braceero o un albañil. Y ello es cierto. Decía más aún, que por ciento ochenta pesos mensuales había abogados que se prestarían a vender telas en un mostrador, y farmacéuticos que embalarían botellas. No exagero. Más aún, sostengo que la disciplina militar es inferior, en rigor, a la que rige la vida de un empleado.

Pues bien, henos después de todas estas realidades en frente de la pareja Roura y Byl. Mirémoslos tal son, un hombre, una mujer. Se quieren. Se quieren con esa angustia de la gente sin dinero, que sabe que el amor se adorna con objetos que valen dinero, y que es más bella una mujer fea dentro de un abrigo de "petit gris" que una diosa vestida de percalina. Ellos lo saben.

El placer de vivir

Y estos dos seres mecánicos que trabajan ocho o diez horas, terminan un día por decirse:

—¿Así que a nosotros nos estarán negados siempre los fabulosos placeres de la vida, los paseos, el lujo, las regias puntillas, las espléndidas cenas, los suntuosos automóviles, así que a nosotros siempre nos estará negado todo?

Y pensaban. Razonaban, razonaban con ese razonamiento agrio de los desdichados cuya vida carece de una aurora, y a medida que las palabras les subían a los labios esas palabras se tornaban más cáusticas, más verdaderas. El Dinero. Así que ellos siempre serían unos desdichados por falta de dinero, de ese dinero que él, Roura, manejaba a paletadas.

Y una vez un pensamiento trunco, otra vez otro, el proyecto fue naciendo. Tímidamente al comienzo, y una vez aceptado con ese gesto obscuro que es la antesala de la complicidad definitiva, los dos tornillitos de la empresa gigantesca se lanzaron a soñar. Y qué sueños serían entonces. Proyectos de fuga, planes de cinematografía, coartadas admirables, todo ello intensificando el amor, exaltándolo con la proximidad de la aventura. Irían a Europa, a la India, a Australia. Visitarían las tierras donde el crepúsculo estalla en cascadas eléctricas y las auroras son maravillosas como plumajes de pavo real. Y ella, la dactilógrafa, se empenacharía de pájaros moscas y él, el ex cajero, iría al volante de un Rolls-Royce.

De otro modo no se puede soñar al margen de medio millón de pesos.

Luego viene la tremenda aventura. Estalla como una bomba. "Desapareció un cajero con quinientos mil pesos".

Quién tira la primera piedra

Creo que la figura más noble que ha cruzado el horror de la tierra fue Jesús. Creo que ningún hijo de mujer le superará nunca. Posiblemente, fuera el hijo de un Dios. Pues bien, recuerdo ahora la parábola del Galileo, cuando los puritanos se aprestaban a apedrear a la mujer que había pecado:

"Quien se considere libre de pecado, que tire la primera piedra".

Y yo sinceramente pecador, no me atrevo a tirar la primera piedra. Más aún, creo que en el lugar de Roura, hubiera procedido lo mismo. Digo que creo, porque al fin y al cabo "hipócrita lector, lector hermano mío", ¿quién puede considerarse lo suficiente santo, para resistir la tentación que suscitan quinientos mil billetes de a un peso, reunidos en un solo as?



EL ODIO A LOS MUEBLES VIEJOS

Hoy he hecho esta observación. Buenos Aires es la ciudad que más abundancia de mueblerías tiene en sus calles. Rosario y Córdoba, en este renglón, son en absoluto inferiores a la capital.

Tipos de mueblerías

Hay tres tipos de mueblerías. La de lujo, la que atiende la mujer del dueño que se busca la vida por las calles, y la de muebles usados.

La mueblería de segunda mano, es el archivo de la pobreza, el muestrario de los estilos, el refugio de cuanto trasto lanzó el destino a la voracidad del compraventero.

Muebles usados. Allí se pinta toda una odisea de malos negocios, la tragedia de las familias venidas a "menos", el traspaso que se hace de lo superfluo para atender las necesidades del estómago o de un luto. No hay cama de segunda mano donde no haya muerto un hombre. Esa es la cama que venden los deudos. Se libran del recuerdo de esa manera práctica. Con la plata de la cama del cadáver, los que quedan, se confeccionan una parte del luto.

Después están esas otras mueblerías. Las mueblerías canallas, las de los artefactos de pino blanco pintarrajeados de mala manera; las mueblerías de los

muebles imitación roble o caoba; las mueblerías donde los muebles tienen la perentoria y breve vida de los que los usan. Exhalan tal olor a aguarrás y trementina, que cuando se entra a uno de esos antros parece encontrarse el comprador en un fumadero de opio.

Mueblerías de barrio

Mueblerías de barrio, mueblerías de la calle Rivadavia, de Boedo, de San Juan, de Triunvirato. Escalonan la historia de la gente pobre en su desorden exhibicionista. Parodian inútilmente el lujo del mueble fino con sus roperos frescos de pintura, sus medialunas falsas y sus juegos de comedor, esos juegos de comedor que no utiliza la gente sino el día que llegan las visitas, porque el resto de la semana dedica sus esfuerzos a cuidarlos, como la madre cuida al niño.

En estas mueblerías atienden señoras judías, mujeres vetustas y feas, despeinadas, ávidas de ganancia y rapiña, que se bastan por sí solas para aterrorizar al cliente, mientras el marido corretea por las calles tratando negocios.

En estas mueblerías es donde siempre hay un dependiente que es un muchacho cristiano, uno de esos muchachos que no tienen destino en la vida, y que



se avergüenzan de salir a la calle cargando un colchón. Distraen su aburrimiento manejando infatigablemente el plumero, bajo la mirada de la señora que, además, los hace limpiar la cocina.

Luego vienen las mueblerías de lujo, las que cuentan con “salón exposición” y donde se cruzan de brazos caballeros que parecen ministros de relaciones exteriores y que, sin embargo, no ganan sino ciento treinta pesos mensuales.

Yo, cronista barbudo y que llevo en mis botines más barro que el judío errante, me quedo a veces en éxtasis mirando a estos señores dependientes de mueblería. ¡Qué elegantes! ¡Qué figuras imponentes las suyas!

Y, sin embargo, no ganan más de ciento treinta pesos. Pero volvamos a los muebles.

Cómo viven las mueblerías

Yo he vagabundado un poco por el campo. Y siempre que he llegado de visita a una casa de colonos, lo primero que hicieron fue mostrarme el comedor, luego el dormitorio. E inevitablemente agregaban, a los cinco minutos de conversación: “No sólo en Buenos Aires se ven buenos muebles”. Y yo decía que sí.

Y en el campo aprendí que la escala social la señala la marca de un automóvil y la calidad del mueble. Así hay zonas donde un chacarero espera una buena cosecha para comprarse un Buick o un Studebaker. Mejor dicho hay zonas del Buick y zonas del Studebaker. El Ford duerme en el patio, bajo la lluvia y el viento. El otro coche se guarda en el garaje. Es el desprecio por lo útil, la estima por lo banal.

Bueno, yo creía que esta aristocracia del mueble y del automóvil sólo existía en el campo, donde la gente se aburre de tal modo que forzosamente tiene que pensar en cosas superfluas, pero más tarde he comprobado que ese diploma de honorabilidad y buena posición

que otorga el mueble existe también en nuestra ciudad. De allí el éxito y la abundancia de las mueblerías.

La preocupación del mueble

Y es que el mueble constituye una preocupación de nuestra ciudad.

El pobre diablo que llega al país para ganarse el pan, se acuesta, la primera vez, o adquiere después de encontrar trabajo, una miserable cama-jaula, luego, cuando prospera, adquiere una camita de fierro, más tarde se casa, y problema curioso, un año antes de contraer matrimonio comienza a reunir dinero... dinero para comprar los muebles.

Los muebles constituyen la obsesión de todo novio serio.

Y más tarde, varios años más tarde, el matrimonio mira con desapego los viejos muebles. Ha cambiado la moda, han cambiado los estilos. Cierto es que estos muebles viejos son de mejor calidad de los que se venden ahora, pero “... Fulana se ha comprado en un remate un regio juego estilo Jacobino...”, “... las de Opez tienen un comedor Reina Ana que es una preciosura...”, y así lenta, infatigablemente, en toda la familia se va minando el prestigio del viejo mueble. Día a día se le desacredita, lenta, pero hábilmente, hasta que un día el jefe de familia, sin temor a la compra “por mensualidades”, se embarca en la aventura de comprar “muebles de moda”.

Ese día, huraño, barbudo, desconfiado, penetra a la casa un tipo funerario. Es el cambalachero. Mira a los pobres, a los anticuados muebles con gesto despectivo y luego, farfullando descrédito, ofrece una bagatela. Y como todos los compraventeros ofrecen lo mismo, la familia los cede; los cede sin emoción, mientras que el mercader de cosas usadas se rasca filosóficamente la barba y calcula cuanto azogue será necesario para remendar la menguante luna de un lavatorio de pino de tea.

DON JUAN TENORIO Y LOS DIEZ CENTAVOS

Muchos psicólogos han estudiado la personalidad de don Juan Tenorio, pero nadie lo ha hecho desde el punto de vista de diez centavos, o sea, don Juan Tenorio frente al problema de no tener diez centavos para seguir a una dama que después de mirarlo sube a un tranvía.

Porque es menester reconocer que don Juan Tenorio sería en nuestros días un "pato". No trabajaba, se dedicaba exclusivamente al amor y, salvo que fuera rentista, andaría toda su vida con las faltriqueras vacías de cuartos u ochavos.

La importancia de los diez centavos

Naturalmente, este artículo me lo ha sugerido la confesión de un amigo.

Caminaba por la calle y, de pronto, una muchacha se complació en mirarlo. Lo miró recatadamente dos o tres veces y, de pronto, se detuvo en una esquina para tomar el tranvía. Y nuestro hombre también se detuvo, pero pálido. No tenía diez centavos. En ese momento no tenía los diez centavos indispensables para pagar su boleto y seguir a la

amable desconocida. Cuando llegó el coche ella subió, subió y luego se quedó mirándolo con extrañeza de ver que él permanecía como un poste en la ochava, mirándola desaparecer.

Nuestro individuo dejó caer la cabeza sobre el pecho, y permaneció allí atontado varios minutos. Había perdido la posible felicidad por diez centavos. Estaba seguro que había perdido su felicidad. ¿Cómo sería el amor de esa muchacha que lo había mirado tan profundamente?

—Y he pasado varios días amargado — me contaba — amargado por la certeza de que mi felicidad estuvo suspendida de ese cabello de níquel que son diez centavos. ¿Se da cuenta? ¡Diez centavos! Nada más que diez centavos. Porque si yo hubiera tenido esos diez centavos la habría seguido, habría averiguado dónde vivía y quizá... quizá cómo cambiaría mi destino.

¿Qué hubiera hecho don Juan

¿Qué hubiera hecho don Juan en nuestros días? Varias son las soluciones que se pueden dar a este conflicto. Yo,



de acuerdo a la personalidad del instantáneo apasionado, me imagino que don Juan tomaría un taxi aunque no fuera dueño ni de cinco centavos, y en automóvil seguiría el tranvía, hasta que la mocita llegara a su destino. Luego se volvería al chauffeur, diciéndole:

—Vea amigo, yo soy don Juan Tenorio. No tengo plata, si quiere me fía, sino vamos a la comisaría.

Sí, así me imagino que procedería don Juan. Esta actitud entraba en su temperamento. El mañana no existía; el futuro tampoco. Hombre absolutamente sensorial, vivía exclusivamente para el presente, y con tal frenesí, que todo lo que tendía a apartarlo de su fin lo enardecía aún más.

Es un caso frecuente

Me han contado que en Estados Unidos las muchachas y los muchachos costean sus gastos a medias. Esta es una hermosa costumbre, sobre todo para el Juan Tenorio porteño, y especialmente a fin de mes.

Y es que, en realidad, no hay “cosa” más horrible que el dinero, mejor dicho: la falta de dinero. Es espantoso, máxime cuando se va en compañía de mujeres.

Es un accidente que le puede pasar a cualquiera. Se encuentra, por ejemplo, con unas amigas o conocidas. Imprudentemente el hombre que nos sirve de ejemplo, da a entender que no tiene nada que hacer. Y las amigas dicen, entonces, con su tono más deliciosamente encantador.

—¡Qué suerte! Así que está libre. Bueno, entonces nos va a acompañar hasta el centro.

Y de pronto las catástrofes se desploman sobre nuestro hombre. El damnificado parece estar en un baño turco. Suda a mares. Ensaya una sonrisa de liebre metafísica. Se inclina, palidece, el cielo se puebla de estrellitas para sus

ojos y de la quietud en que nadaba su espíritu de hombre sin dinero, pasa a los infiernos de la duda, a las vertiginosas cavilaciones, a ese instante terrible en que, como Hernán Cortés, el hombre tiene que quemar sus naves. ¡Y qué naves!

Porque no se trata de dinero. Sino de monedas. Diez centavos. Siempre los diez centavos. ¿Cómo confesar la carencia de diez centavos? ¿Cómo confesar que no se tiene esos diez centavos, esos vulgarísimos diez centavos que se dan de limosna o se dejan de propina en la mesa de un café? Y esto es lo trágico: la mezquindad del asunto. Diez centavos. Nada más que diez centavos.

Don Juan Tenorio otra vez

Yo conozco un caso que no vacilo en considerarlo como una posible actitud de don Juan Tenorio, si éste viviera hoy.

A última hora un muchacho que tenía que ver en una determinada platea de un teatro a su novia, encontróse que al retirar la entrada le faltaban diez centavos. Diez centavos. Sin vacilar dejó el resto de dinero al boleterero prometiéndole volver en pocos minutos y luego se lanzó por los cafés en busca de un conocido. Nada. Pasaban los terribles minutos y todo iba a perderse. Entonces se le representó todo lo que perdería en una noche así, y sin vacilar, tomó la postrer resolución. Paróse en una esquina y cuando vio un hombre de cara humanitaria que se aproximaba, se acercó a él y le dijo:

—Perdone señor. Necesito diez centavos. Tengo que verla a mi novia que me espera en un teatro. Son diez centavos que me faltan para pagar la entrada.

El otro se lo entregó. Insisto que sólo don Juan Tenorio hubiera tenido un gesto así para proporcionarse los diez fatídicos centavos.



EL ENTERRADO VIVO

Este no es el título de ninguna novela de Luis de Val o de Carolina Invernizio, señores, no; ni tampoco el de una cinta en abracadabrantés series. Es sencillamente un caso real, el caso absoluto e indiscutible del individuo que se “tira a muerto”, y con plena conciencia de lo que hace, y ganando plata, plata por tirarse a muerto. ¿Se dan cuenta ustedes?

Me refiero al fakir Francisco Malheiros, el hombre que ayer a las seis de la tarde fue desenterrado, después de haber permanecido siete días bajo el nivel terrestre en el interior de un ataúd, donde para verlo a través de un periscopio se amontonaban los curiosos en el local de la calle Corrientes, después de abonar cincuenta centavos de entrada.

¿Trabajar? ¡Nunca!

Yo me lo imagino al truhán del brasileño; me lo imagino como si fuera hermano mío.

Durante mucho tiempo pensó que el que nace tiene que ganarse los garbanzos, pero el contumaz cavilaba sobre tan arduo problema. Y ese problema de ganarse el puchero trabajando como

cualquier hijo de vecino, no le hacía ninguna gracia.

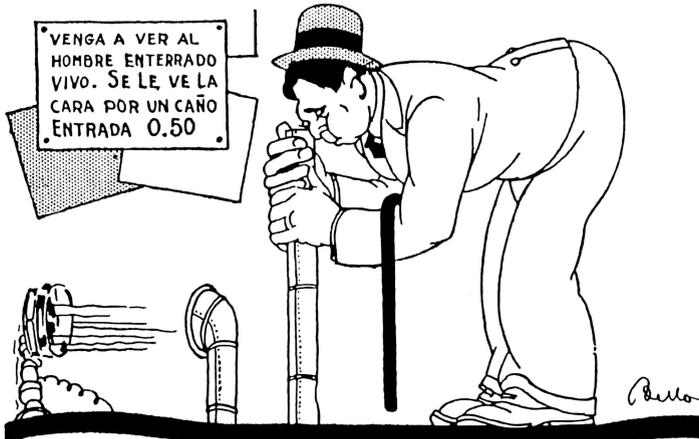
Cierto es que Francisco Malheiros quería trabajar; pero de un trabajo que no costara ningún trabajo; de uno de esos trabajos “así”: trabajos que no son trabajos y que, sin embargo, constituyen un trabajo o un oficio.

Y Francisquito, recostado en una hamaca paraguaya, a la sombra de un bananero, comiendo, para desayunarse una ensalada de magnolias foscatas, meditaba:

Indudablemente el mundo estaba mal hecho. El no tenía la culpa de que hubiera que trabajar para vivir. Si fuera Dios, bien corregiría este grave inconveniente que ofrece el planeta. Y bebiendo un vaso de agua azucarada continuaba meditando, porque el meditar, en postura tan cómoda, tampoco era trabajo.

Y los progenitores de Francisquito viéndolo tan ocupado en no hacer nada, le decían: “¿Que é o que pensa o menino?”.

“O menino” pensaba en la forma de eludirle el cuerpo al yugo con que nos amenaza la Biblia. Y pensaba concienzua-



damente, con esa pertinacia de las almas elegidas por Nuestra Señora La Fiaca.

“O menino” se siente fakir

Y tanto le dio vuelta al asunto nuestro mancebo en flor, que al fin, un día en que daba vueltas por la “rua” al entrar a un teatrillo donde se exhibía un ganapán que hacía el fakir, se le ocurrió la idea genial.

“Eu também me sento faquir”, —se dijo. E inmediatamente se dedicó a leer libros de orientalismo, para ver cuál era el “renglón” que más le convenía adoptar para ingresar en el gremio de los que no hacen nada.

Y nuevamente se le presentó el problema. Ser fakir no era muy fácil. Había que taladrarse las manos, los pies y la lengua con punzones; había que practicar experimentos que requieren mucha voluntad y habilidad, como el de hacer brotar un grano de trigo con la mirada. Cuando al fin se le ocurrió que ya no quedaba nada nuevo para emocionar al mundo, se le apareció la solución del fakir que se entierra vivo, metiéndose indemne en una fosa previa inmersión en el sueño hipnótico.

Pero sea que a “o menino” le fallara el hipnotismo, o la catalepsia, o cualquiera de esos fenómenos raros que los psicólogos denominan “las actividades del centro poligonal”, nuestro mozo resolvió hacerse el muerto, más claramente dicho, “tirarse a muerto” y cobrarle la entrada a los que quisieran ver a un “vivo”.

El experimento de “o menino”

Quien haya concurrido al salón de la calle Corrientes habrá podido comprobar cuán simple era el experimento de nuestro “fakir”, llamémoslo así para no contradecirlo. Malheiros permaneció siete días en un ataúd, con las siguientes ventajas a su favor: respiración libre, mediante caños que eran visibles para el público. Comunicación con el exterior mediante un tubo acústico. Timbre de alarma por lo que ocurriera.

¿En qué consistía, entonces, el milagro o la maravilla que ofrecía el “menino” al público? Pues en poca cosa. En permanecer siete días sin comer y sin moverse, bajo tierra. Como se ve, la prueba carecía de todo interés científico.

Más aún: si se considera que el fakir no necesitaba comer, ya que no hacía ningún desgaste de energía, pues en su posición, ciertamente poco cómoda, lo único que había de interesante era el aburrimiento que tenía que sobrellevar el hombre.

Y esto aun es relativo, ya que permanecer en esa posición no ofrece ninguna característica notable, puesto que conocemos, por intermedio de los relatos de la época zarista, casos de evasiones de la Siberia en toneles de cal, y otros medios no menos fantásticos y muchísimo más peligrosos.

También es cierto que nuestro fakir, podrá decir que no hay derecho por cincuenta centavos —que es lo que pagaba el público de entrada— exigirle que se muera o se coloque en una situación en que su pellejo corra riesgos de averiarse. De cualquier modo, el asunto carecía en sí de todo interés.

Se fomenta la vagancia

El Concejo Deliberante debía prohibir estas exhibiciones. Sirven exclusivamente para sacar dinero a los curiosos que tanto abundan en todas partes, y carecen de la suficiente originalidad que los justifique como espectáculos.

Además fomentan la vagancia panamericana; el intercambio de los inútiles, los viajes de todos los buscavidas que van en procura de otras tierras donde ejercer sus artes engañadoras y sutiles.

Este caso, como el de Charles Nicolás, el bailarín, que era el espectáculo más triste y antiestético que se ofreció a la ciudad, debe servir de ejemplo al público, y vencerlo de que no hay hijo de mujer que haga milagros por cincuenta centavos.

EL HOMBRE DE LA CAMISETA CALADA

Yo lo llamaría el Guardián del Umbral. Cierto es que los que se dedican a las ciencias ocultas entienden por Guardián del Umbral a un fantasma recio y terribleísimo que se le aparece en el plano astral al estudiante que quiere conocer los misterios del más allá. Pero mi Guardián del Umbral tiene otra catadura, otros modales, otro "savoir faire".

El Guardián del Umbral

¿Quién no lo ha visto? ¿Cuál es el ciego mortal que no lo ha advertido al Guardián del Umbral, al hombre de la camiseta calada? ¿Dónde pernocta el ciego mortal que no ha notado todavía al ciudadano que plancha el umbral, para que yo se lo muestre vivo y coleando?

Es uno de los infinitos matices ornamentales de nuestra ciudad; es el hombre de la camiseta calada. Dios hizo a la planchadora, y en cuanto la planchadora salió de entre sus manos divinas con una cesta bajo el brazo, Dios, diligente y sabio, fabricó, a continuación, al Guardián del Umbral, al hombre de la camiseta calada.

Porque todos los legítimos esposos de las planchadoras usan camisetas caladas. Y no trabajan. Cierto es que buscan trabajo, y que ellas se acostumbran a que él trabaje en el trabajo de

buscar trabajo; pero el caso es este. Usan camiseta calada, y hacen la guardia en el umbral.

¿Quién no lo ha visto al pasar?

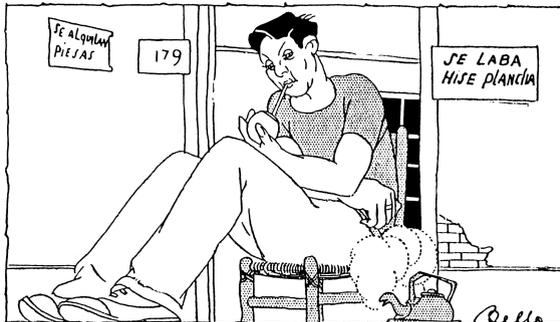
Por lo general las planchadoras viven en esas casas que en vez de tener un jardín al frente, tienen un muro, disfraz de tapial y conato de medianera, donde se puede leer: "Taller de lavado y planchado". Luego una escalerita de mármol sucio, y en el último peldaño, solitario, en mangas de camiseta calada, erguidos los mostachos, cetrina la facha, renegrida la melena, agria la pupila, calzando alpargatas, está sentado el Guardián del Umbral, el legítimo esposo de la planchadora.

Historia de arrabal

¡Cuándo aparecerá el Charles Luis Piliphe, que describa nuestro arrabal tal cual es! ¡Cuándo aparecerá el Quevedo de nuestras costumbres, el Mate Alemán de nuestra picardía, el Hurtado de Mendoza de nuestra vagancia!

Entretanto démosle a la "Underwood".

La planchadora se casó con el hombre de la camiseta calada cuando era joven y linda. ¡Qué guapa y qué linda era entonces! Labios como flor de granada, y trenza abundosa. Bajo el brazo la cesta envuelta en media sábana.



Él también era un guapo mozo. Tocaba la guitarra que era primor. Vivían en el conventillo. El mozo pensó bien antes de decidirse: la madre de la muchacha tenía el taller. Pensó tan bien que después de un amorio con guitarra y versitos del extinto "Picaflor Porteño", se casaron como Dios manda. Hubo baile, felicitaciones, regalos de bazar, y la "vieja" enjugó una lágrima. Cierto es que el muchacho no es malo, pero le gusta tan poco trabajar... Y las viejas que hacían círculo en torno de la damnificada comentaron:

—¡Qué se le va a hacer, señora! Los jóvenes de hoy son así...

"Y sí son así"

Y sí son tan así que a la semana de haberse casado, el hombre de la camiseta calada empezó a alegar que a él los jefes le tenían envidia y que por eso no se mantenía fijo en ningún trabajo, y luego le espetó a la suegra que el trabajo que le querían dar no estaba en consonancia con su "abolengo": y la vieja, que se moría por lo del abolengo, porque había sido cocinera de un general de las campañas del desierto, le aceptó, refunfuñando al principio, y así, un día y otro, el hombre de la camiseta calada le fue esquivando el cuerpo al trabajo, y cuando se acordaron madre e hija ya era tarde; él se había apoderado del umbral. ¿Quién lo sacaría de allí?

Había tomado jurídica y prácticamente posesión del umbral. Se había convertido automáticamente en Guardián del Umbral.

Desde entonces, todas las mañanas de primavera y de verano se le pudo contemplar sentado en el escalón de mármol o de tierra romana del conventillo, impassible, solitario; el ala del sombrero sombreándole la frente, el torso convenientemente ventilado por los agujeros de una camiseta calada, el pantalón negro sostenido por un cinturón, las alpargatas aplastadas por los calcañares.

Mañana tras mañana. Crepúsculo tras crepúsculo. ¡Qué linda vida la de este ciudadano! Se levanta por la mañana tempranito y le ceba un mate a la damnificada, diciéndole: ¿Te das cuenta qué buen marido que soy yo? Luego de haber mateado a gusto, y cuando el solcito se levanta, va al almacén de la esquina a tomar una cañita, y de allí tonificado el cuerpo y entonada el alma, toma otros mates, pulula por el taller de lavado y planchado para saludar a las "oficialas", y más tarde se planta en el umbral.

A la tarde duerme su siestecita, mientras su legítima esposa se desloma en la plancha. Y bien descansado, lustroso, se levanta a las cuatro, toma otros mates y vuelta al umbral, a sentarse a mirar pasar la gente y a darse esos interminables baños de vagancia que lo hacen cada vez más silencioso y filosófico.

Filosofía del Guardián del Umbral

Porque el hombre de la camiseta calada es filósofo. Bien lo dice su mujer:

—Tiene una cabeza... pero... Ese pero lo dice todo. Y es cierto. Nuestro filósofo es el Sócrates del conventillo. Él es el que interviene cuando se producen esos líos descomunales; él es quien consuela al marido burlado con dos frases de un Martín Fierro de leyenda; él es quien convence a un calabrés de que no cometa un homicidio complicado con el agravante del filicidio; él es quien, en presencia de una desgracia, exclama siempre patéticamente:

—Hay que resignarse, señora. La vida es así. Tome ejemplo de mí. Yo no me aflijo por nada. Habla poco y sesudamente. Tiene la sabiduría de la vida y la sapiencia que concede la vagancia contumaz y alevosa, y por eso es en todo conventillo, con su camiseta calada y su guardia en el umbral, el matiz más pintoresco de nuestra urbe.

FILOSOFÍA DEL HOMBRE QUE NECESITA LADRILLOS

Hay un tipo de ladrón que no es ladrón, según nuestro modo de ver, y que legalmente es más ratero que el mismo Saccomano. Este ladrón, y hombre decente, es el propietario que roba ladrillos, que roba cal, arena, cemento y que no pasa de allí. El robo más audaz que puede hacer este honrado ciudadano consiste en dos chapas de zinc para cubrir el armazón del gallinero.

Y lo extraordinario que este tipo de individuo ofrece es el contraste entre su profesión de propietario y la de ladrón accidental. Porque legal y jurídicamente comete un hurto previsto y penado por nuestras sabias leyes.

Y la prueba de que los propietarios no creen en la honradez de los otros propietarios medianeros consiste en que no hay individuo que se haga construir una casa que automáticamente no coloque en la obra un sereno.

El objeto del sereno

De más está decir que el objeto del sereno en una casa en construcción no es ahuyentar a los ladrones profesionales. No hay ladrón profesional que se vaya a ensuciar las manos con cinco ladrillos, o la espalda con una bolsa de arena.

Esto establece con claridad meridiana que fuera, apartado, independientemente del gremio de los ladrones de oficio

existe y prospera otro gremio de pequeños ladrones accidentales, ladrones que no son ladrones, y que, sin embargo... son propietarios.

Sí, propietarios. Porque ¿qué otro que un propietario, que un modesto y pequeño propietario va a cargar con un bulto de seis ladrillos que pesan treinta kilos, o con una bolsa de arena que pesa casi cien kilos, o con media barrica de tierra romana?

Viene aquí a establecerse casi la verdad de ese postulado de Proudhon de que la propiedad es un robo. Al menos en determinados casos. O en el caso de los pequeños propietarios.

Si el robo del pequeño propietario no existiera, no tendrían razón de ser los serenos.

Porque el sereno está para eso en las obras. Para evitar que los pequeños propietarios, como las hormigas en verano, despojen, lenta y poco a poco, la construcción de sus ladrillos, de su cal, de su arena, de esas mil pequeñas cosas que no tienen valor alguno independientemente como unidades, pero que en globo hacen un conjunto respetable.

“Grano a grano, la gallina hincha el buche”

“Grano a grano, la gallina hincha el buche”, dice un antiguo proverbio espa-



ñol, y ello es verdad. El robo del pequeño propietario entra en la categoría de grano. Porque no de otra forma hurta el honrado hombre de los ladrillos. Siempre empieza así:

Se está construyendo una obra al lado de su casa. Él necesita unos ladrillos para terminar de levantar un pilar o construir una tapia. ¿Por qué ha de comprar los ladrillos, si allí, junto a su terreno, han descargado quince mil esa misma mañana? ¿En qué puede perjudicarle al nuevo dueño el que le saque de las pilas cien o cincuenta? En nada absolutamente. O que le lleve unos canastos de arena. ¿Se volverá más pobre o más rico por eso? De ningún modo.

Y con este razonamiento sutil, el hombre disculpa su hurto. Más aún, lo justifica, porque si él embellece su casa beneficia al vecino, ya que dos propiedades lindas son como “una mano lava a la otra y las dos lavan la cara”. Se valorizan mutuamente.

Naturalmente, este razonamiento es humano. Es cordial. Es casi aceptable. ¿Por qué no hacerle un beneficio al vecino? El otro “no se va a morir por cien ladrillos”.

Ahora, lo malo, lo inaceptable de este razonamiento, es que todos los propietarios que lindan con la casa del nuevo dueño piensan lo mismo que el primer filósofo del ladrillo. Ellos también quieren beneficiar al vecino, ellos también no “necesitan nada más que cien ladrillos”.

¿Qué son cien ladrillos? Lo que una gota de agua quitada al océano. ¿Qué es un canasto de arena?

Por esa razón, todo hombre que se estima como propietario prudente y cuidadoso de sus intereses, la primera precaución que toma al iniciarse la construcción de una obra que le pertenece, es colocar un sereno. Y darle al sereno un revólver cargado con buenos plomos.

De cómo se roban los ladrillos

El robo de ladrillos, de cal o de arena, no se efectúa, generalmente, sino pasadas las diez de la noche en los barrios humildes. Y el ladrón, llamémoslo ladrón, aunque se trata de un honesto propietario, va en compañía de toda su prole a efectuar la “razzia” ladrilleril.

Lo acompaña su honesta esposa, sus tres hijos mayores, los cinco menores, y un primo que “hace poco vino de Italia”. Todos en colectividad, como fantasmas, haciendo fila india, se dirigen a las construcciones como los primeros cristianos y catecúmenos se dirigían a las catacumbas.

Si se trata de llevar arena, cada uno va armado de su correspondiente bolsita, y si de los ladrillos, ¡entonces sí que es un espectáculo!

Los menores toman tres ladrillos, los grandes siete u ocho, y ágilmente, silenciosamente, le recogen de las pilas retirándose agobiados, pero con premura.

Así, tres veces, cuatro viajes, cinco. Las pilas merman que es un contento. El padre de familia de pronto siente escrupulos de decadencia, y dice:

—Bueno, basta, porque si no van a sospechar.

¿Y de qué va a sospechar el dueño? ¿Que en cinco minutos le han llevado doscientos ladrillos, y que a las once o las doce llegará otro vecino, timorato y honrado como el anterior, que también “necesita cien ladrillos nada más”?

El sistema da resultado

Que el sistema da resultado, ni decirlo. Tanto, que hay propietarios que no una casa, pero sí casi una pieza se han construido con la base de estos pequeños hurtos. Porque hoy en una obra, mañana en otra... El caso es como el de la gallina; y en eso el proverbio tiene razón: “la gallina, grano a grano hincha el buche”.



TALLER DE COMPOSTURA DE MUÑECAS

Hay oficios vagos, remotos, incomprendibles. Trabajos que no se conciben y que sin embargo existen, y dan honra y provecho a quienes los ejercen.

Una de estas menestralías es la de componedor de muñecas.

Porque yo no sabía que las muñecas se compusieran. Creía que una vez rotas se tiraban o se regalaban, pero jamás me imaginé que hubiera cristianos que se dedicaran a tan levantada tarea.

Esta mañana pasando por la calle Talcahuano, tras del polvoriento vidrio de una ventana, lúgubre y color de sebo, vi colgada de un alambre y por el pulso, una muñeca. Tenía pelo de barba de chocco, y ojos bizcos. Tan siniestra era la cadadura de la tal muñeca que me detuve un instante a contemplarla.

Un oficio extraño

Y me detuve a contemplarla, porque allí, situada tras del vidrio, y colgada de esa mala manera, parecía la muestra de algún ladrón de niños o de una comadrona. Y lo primero que se me ocurrió fue que esa endiablada muñeca, polvorienta y descolorida, bien podía servir de tema para un poema de Rega Molina o para una fantasía coja de Nicolás Olivari.

Pero más detenido aún, por el atractivo que el ambiguo pelele ejercía sobre mi imaginación, llegué a levantar la vista, y entonces leí en el frente del ventanal, este letrero:

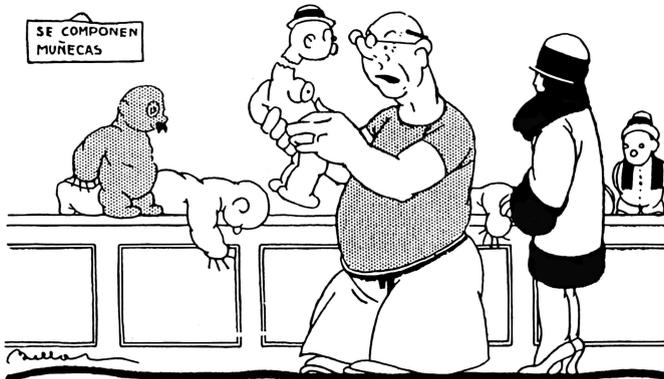
“Se refaccionan muñecas. Precios módicos”.

Estaba en presencia de uno de los oficios más raros que se puedan ejercer en nuestra ciudad.

Tras de los vidrios se movían unos hombres polvorientos también, y con más cara de fantasmas que de seres humanos, y rellenaban de aserrín piernas de muñeca o estudiaban oblicuamente el vértice pupilar de un pelele.

Indudablemente aquella era la casa de las bagatelas, y esos señores unos tíos raros, cuyo trabajo tenía más parecido con la brujería que con los menesteres de un oficio.

Entre los codazos de las porteras, que iban a la compra, y los empujones de los transeúntes, me alejé, pero estaba visto que no debía perder el tema, porque al llegar a la calle Uruguay, en otra vidriera más destartalada que la de Talcahuano, vi otro pelele ahorcado, y abajo el consabido letrero. “Se componen muñecas”.



¿Quién hace componer muñecas?

Me quedé como quien ve visiones, y entonces llegué a darme cuenta de que el oficio de componedor de muñecas no era un mito, ni un pretexto de trabajar, sino que debía ser un oficio lucrativo, ya que dos comercios semejantes prosperaban a tan poca distancia uno de otro.

Y entonces me pregunté: ¿qué gente será la que hace componer muñecas, y por qué, en vez de gastar en la composición, no comprar otras nuevas? Porque ustedes convendrán conmigo, que eso de hacer refaccionar una muñeca, no es cosa que se le ocurra a uno todos los días. Y sin embargo, existen; sí, existen esas personas que hacen componer muñecas.

Son los que le agriaron la infancia a los pequeños. Los eternos conservadores.

¿Quién no recuerda haber entrado a una sala, a una de esas salas de las casas en donde la miseria empieza en el comedor?

Son recibimientos que parecen camalaches. Marcos dorados, retratos de toda una generación, diplomas por los muros, chafalonía sobre las mesitas; rulos de pelos de algún ser querido y finado, en los medallones; y sentada en una poltrona, rodeada de moñitos, la muñeca, una muñeca grande como una nena de un año, una de esas muñecas que dicen “papá” y “mamá” y que cierran los ojos, y que sólo les falta andar para ser el perfecto homúnculos.

Es la muñeca que le regalaron a una de las niñas de la casa. Se la regalaron en tiempos de prosperidad, en tiempos de Nauquin.

Y como la muñeca era tan linda y costaba sus buenos pesos, la “nena” nunca pudo jugar con ella.

Vistieron a la muñeca de lujo, la encintaron como a una infanta, o como a un perro faldero, y la colocaron en el sillón, para admiración de las visitas.

Y la nena sólo podía jugar con la muñeca el día que llegaban las visitas.

Entonces, bajo la mirada severa de las tías o de las parientas, la chiquilina con exceso de precauciones podía tomar la muñeca entre sus brazos y ver cómo cerraba los ojos o decía “papá” y “mamá”.

Naturalmente, mientras estaban las visitas.

Tacañería o sentimentalismo

Ahora bien; pasados los años, la composición de una muñeca responde a un sentimiento de tacañería o de sentimentalismo.

Porque yo no concibo que una muñeca se haga componer. No hay objeto. Si se rompe, se tira y si no que cumpla sus funciones de juguete hasta que los que se divierten con él lo tiren un buen día para regocijo de los gatos caseros.

Sin embargo, la gente no debe pensar así, ya que existen talleres de composición. El sentimentalismo me parece una razón pobre.

Sin embargo, no sé por qué se me figura que la gente que hace componer muñecas, debe de ser antipática y avara. Con esa avaricia sentimental de las solteronas, que no se resuelven a tirar un objeto antiguo por estas dos razones:

1° Porque costó “sus buenos pesos”.

2° Porque les recuerda sus viejos tiempos, quiero decir, sus tiempos de juventud.

Ahora si el lector me pregunta, cómo con tal lujo de precauciones y de sentimiento conservador, las muñecas se rompen, le diré:

El único culpable es el gato. El gato que un día se harta de ver el monigote intacto y a zarpazos lo tira de su trono, churrigueresco. O la sirvienta; la sirvienta que se va a ir de la casa por una discusión que ha tenido, y desfoga su rabia a plumerazos en el cráneo de loza engrudada de la muñeca.

Y los talleres de refacción de muñecas, viven de estos dos sentimientos.

UN FILÓSOFO DE LA AVENIDA DE MAYO

Todas las tardes, a las tres o las cuatro, a más tardar, pasa por la Avenida de Mayo un señor de barba blanca, traje desmantelado y sombrero de paja. Pasea con lentitud, de San José a Perú, las manos atrás, la mirada perdida en el vacío y toda la prestancia de un filósofo a quien se le importa un pito de la humanidad.

La gente sonríe

La gente desocupada, todos los señores que nada tienen que hacer o que están perdiendo lamentablemente el tiempo en vez de ir a trabajar, sonríen al paso del buen señor que no se digna fijarse en ellos.

Yo he sonreído una vez, pero del asombro que le causaba a los mentecatos el aspecto de ese señor.

Yo he sonreído porque me daba rabia que con una sonrisa la gente se colocara por encima de ese hombre a quien no conocía y que si a mano viene, sale a la calle con sombrero de paja porque no tiene otro que ponerse.

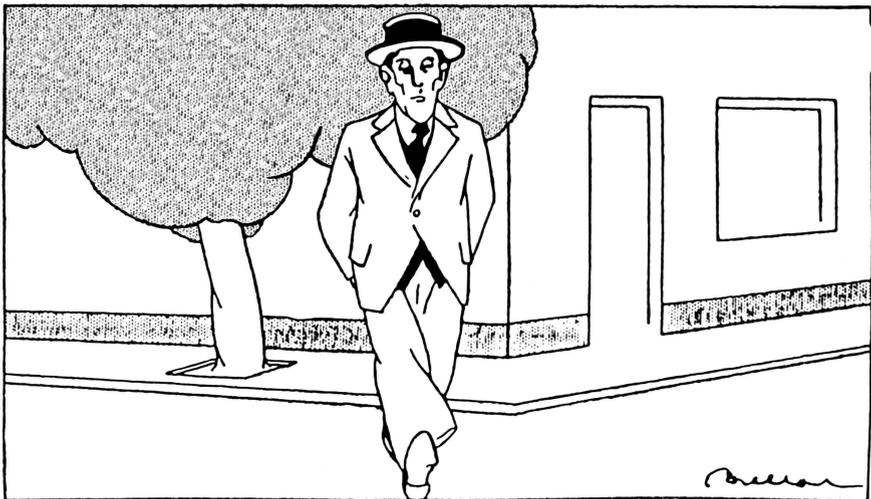
Al desconocido conocido se le da un pepino de la sonrisa de la gente. Camina como quien anda por un mundo que no es su mundo. Serio, tranquilo, las manos cruzadas atrás, el paso acompasado y seguro.

Y la gente ríe porque el individuo va mal vestido. Si el mismo pensador llevara un traje de ciento cincuenta pesos y un hongo, nadie repararía en él o no asombraría su actitud meditativa; pero la gente se pone lo que tiene, no lo que quiere, y en último caso si a él se le ha dado la santísima gana de salir a la calle en invierno con sombrero de paja, nadie tiene derecho a burlarse del hombre.

Silvestre Paradox

Me recuerda a un personaje de una novela de Pío Baroja. A Silvestre Paradox.

Silvestre Paradox tiene, como este solemne vago, un sombrerito jovial, una nariz fragmentaria y sinuosa, y ese abandono de sí mismo que constituye el encanto del paseante de que me ocupo.



Silvestre Paradox es el hombre que irá a fundar un reino a las islas del archipiélago malayo, o que inventará el submarino cuando ya hay submarinos sobre toda la superficie de los mares.

Y últimamente, como Silvestre Paradox, nuestro hombre va mal vestido, solitario y caviloso.

Caviloso váyase a saber de qué problemas. O de qué invenciones. O de qué proyectos. O quizás sencillamente despreocupado, encantado de vivir sin líos de ninguna naturaleza.

El valor de este personaje

Para mí el valor de este personaje estriba en su despreocupación, y en el escenario que ha elegido para ponerla en evidencia.

Todo el mundo sabe lo que es la Avenida de Mayo. La arteria del tráfico, del movimiento vertiginoso, de la gente que va y viene arrastrada por intereses, negocios, trampas, líos, instintos, angustias, deseos. Es la calle de la república. Arriba edificios de altura reglamentada, abajo un tren eléctrico que corre y abajo de ese subterráneo otro más aun, recorrido por los ferrocarriles de carga.

Todos van y vienen agitados por un fin. Y en medio de esta baraúnda, el Filósofo camina imperturbable, sereno. Quiero dejar establecido que yo no sé si ese señor es un filósofo en el más amplio sentido de la palabra, pero una filosofía tendrá. Y ella se evidencia. Se evidencia en su actitud reiterada, en su paseo de todos los días, en ese caminar despacio, seguro, avanzado, que le permite dejar una cuadra tras otra, sin que las mesas de los cafés le llamen los ojos, sin que las espléndidas mujeres que pasan a su lado le hagan volver la cabeza.

Es la nota de la impasibilidad, la negación viviente de ese hormiguero, la afirmación de "lo inútil de la acción", es Silvestre Paradox trasplantado de Madrid a Buenos Aires.

Su historia no interesa

Yo lo he visto pasar muchas veces, y más de una he tenido que reprimir la tentación de acercármele para entablar conversación con él. Pero lo he pensado y me he convencido de que el asunto no valía la pena. Y es que hay historias que no interesan.

¿Qué podría contarme ese hombre de sí mismo o de la vida, que yo ya no hubiera leído en una novela o imaginado? Si a mano viene, el sujeto interesante a la distancia se decoloraba en cuanto dijera tres palabras. Ciertas personas es mejor verlas de lejos que tratarlas. Sobre todo cuando son así, raras.

Yo prefiero imaginarme su vida. O sus sueños actuales. Y cavilar sobre sus medios de vida, ya que este caballero no pide limosna ni tampoco va sucio.

¿Quién es? ¿Qué hace? ¿De qué se alimenta? ¿Con quién vive?

¿De dónde vino? ¿Cuáles son sus opiniones?... Y yo comprendo esto:

Si las opiniones y la vida de este hombre nos fueran conocidas, él y su sombrero de paja y su barba de siete días no interesarían a nadie.

El atractivo está en ese misterio que lo circunda. En esa razón no dicha que le hace despreciar las conveniencias sociales sin hacerlo descender al atorrantismo.

Quizá sea un genio. Probablemente un loco. Nada de extraño sería que fuera... iba a escribir la palabra tonto, pero no, el hombre del sombrero de paja, el filósofo de la Avenida de Mayo no es un tonto. Ni un genio. Pero si yo lo supiera, si yo supiera con lujo de detalles quién es ese buen señor, trasunto de peripatético, no lo diría. Y no lo diría, porque lo único que hace llevar y tolerar la vida son las curiosidades que no hemos satisfecho y los misterios que nunca aclararemos.

PASAJE GÜEMES

Hacia la mar de tiempo que no ponía los pies en el Pasaje Güemes. No sé si de aburrido, o por faltarme plata. El caso es que me había olvidado que sobre esta santísima ciudad se elevaba un edificio-colmena, especie de Puerta del Sol de Madrid, donde se cita una infinidad de gente para mirar pasar a sus semejantes o "semejantas". Porque esa es la impresión que me ha producido hoy el supradicho pasaje. Y de pronto, como un provinciano que con cierto temor se mete en un bar, palpándose los bolsillos y mirando la tarifa de los bebestibles que allí se mercan, yo he entrado al pasaje "mercantillero".

El pasaje

Ante todo, no me explico por qué al pasaje le han puesto el nombre de un guerrero unitario. Más bien le quedara un nombre que sonara a pacifismo y plata. Por ejemplo, podía llamarse Pasaje Apostolatos, como la casa-banca que en "Lewis e Irene" pone Paul Morand, para

demostrar el espléndido y sórdido poderío de la fuerza mediterránea.

Yo concibo mejor al Pasaje Güemes llamándose Pasaje Apostolatos. Estaría más a tono con el rastacuerismo de sus vitrinas. Con el terror de luz eléctrica que desde la mañana a la noche inundará para in eternum sus criptas, cajas fuertes y quioscos de vidrio. Con el zumbido de sus ascensores, subiendo, mejor dicho, deslizándose perpendicularmente. Y con ese marmágnum de gente bien vestida y misteriosa que de la mañana a la noche se pasea por allí, y que no se sabe si son gentiles rateros, pesquisas, empresarios de teatro o qué sé yo.

Se respira allí una atmósfera neoyorquina; es la Babel de Yanquilandia, trasplantada a la tierra criolla e imponiendo el prestigio de sus bares automáticos, de sus zapatos amarillos, de las victrolas ortofónicas, de los letreros de siete colores y de las "girls" dirigiéndose a los teatros con números de variedades que ocupan los sótanos y las alturas.



Sí; ese pasaje debía llamarse el Pasaje Apostolatos. Yo estoy seguro de que si los propietarios recogen mis indicaciones, el espíritu del general Güemes se va a regocijar. Él era demasiado hombre de bien para patrocinar semejantes bebenes y babeles.

Las vitrinas

Las vitrinas del Pasaje Güemes o Apostolatos parecen haber sido arregladas por "vidrieristas" que quisieran llamar la atención de los pobres y de los ricos.

Se exhiben cigarreras que cuestan 250 pesos. Los letreros lo dicen: 250 pesos. Yo me quedo perplejo. Sé que si a un señor rico se le ocurriera mandar fabricarse una cigarrera de platino, con tal de que la pague se la fabricarían de inmediato; pero estoy seguro de que Henry Ford, con sus dos mil quinientos millones de pesos moneda nacional, no tiene una cigarrera que cueste doscientos cincuenta pesos. ¿Por qué? Pues porque Henry Ford diría que para el que fuma, los cigarrillos están tan bien colocados en una cigarrera que cuesta dos pesos como en la que cuesta 50 dólares. Yo no compraría una cigarrera de doscientos cincuenta pesos, pero gastaría esos doscientos cincuenta pesos en cigarrillos. Una vez en posesión de tantos cigarrillos, compraría la cigarrera. ¡Qué placer abrirla y desplegar, ante los ojos atónitos de los amigos, cigarrillos de 0.20 en cigarrera de 250 pesos!

Las muchachas de los quioscos

Vestidos reglamentados, melenas de corte reglamentado, tacos de altura reglamentada. Feas y lindas. Caritas pálidas todas. Amabilidad de "qué se le va a hacer". Comparten casi todas el quiosco con un mozo dependiente. Per-

fumes, flores, café, bombones, venden de todo. Hay algunas que lo tientan a uno a comprarse el quiosco completo. Otras que parecen decirle:

—Nos aburrirnos, señor. Venga a comprarnos algo.

Cuando las muchachas no venden, conversan con los dependientes. Ignoro si se hacen o no el amor; pero no creo que se diviertan mucho. Todo lo que esa gente tenga que decir lo puede expresar en una hora y tres minutos.

Luego, el cráneo les queda en disponibilidad.

Miradas oblicuas

Lo interesante en el Pasaje Güemes o Apostolatos, es el amor a distancia. Me he fijado bien. Una mocita miraba para lo alto, oblicuamente. Yo levanté la cabeza y comencé por no ver más que una bóveda que sé es de cemento armado. Me quedé pensando si la mocita no se dedicaba a hacer el cálculo de resistencia de materiales de construcción, cuando, acostumbrada la mirada a la obscura altura, distinguí a los costados de la bóveda unos ventanales, y que por esos ventanales, como por el tragaluz de un barco, asomaban su cabeza varios empleados que se dedicaban a la discreta labor de mirar a las consiguientes mocitas. Lo cual explicaba la posición extraña de éstas contemplando la altura. El resto es de un aburrimiento cosmopolita "hache". Sombreros, botines amarillos, bares automáticos donde, encorvados, devoran su pitanza unos jovencuelos apurados; corbatas y escritorios que cuestan una fortuna, lapiceras de oro macizo, con las cuales sólo se pueden escribir tonterías, firmar cheques sin cruzar. Y la gente, que se mira a la cara como diciéndose:

—¿Y somos más felices con esto?



LOS MÉDICOS TACAÑOS

Como perorara hoy contra los médicos tacaños, mi amigo Caminos me contestó:

—Efectivamente, los médicos tacaños dan la impresión de que cuando hacen una operación la efectúan siempre con un error a su favor.

Y escribo esto, porque días pasados me ocurrió una aventura curiosa con un sierrahuesos.

El médico y la máquina de escribir

Resulta que tuve que hacerle un reportaje a un médico. Uno de esos reportajes absurdos, que no interesan a nadie como no sea al tío que latea por tres, haciendo de remienda-mundos. Bueno, el caso es que fui a su casa, y como el reportaje iba a salir largo, viendo en un rincón del consultorio una máquina de escribir le propuse que me dictara, de esa forma nos desocuparíamos más pronto.

—Sí, pero trátela con mucho cuidado— me dijo el doctor.

Yo me acerqué entonces a la dicha máquina y mi terror no reconoció límites.

Se trataba de uno de esos trebejos ignominiosos que algún ratero hurtaría de un museo, o que mi médico habría comprado en uno de esos cambalaches sin nombre. Una máquina del tiempo de Ñauquin, cargada de herrumbre, sucia hasta decir basta, y con un aspecto de reciedumbre tal, que hacía pensar que para ponerla en movimiento hacía falta una máquina a vapor.

—La cinta cuando se acaba cambia de dirección automáticamente —me dijo el hombre.

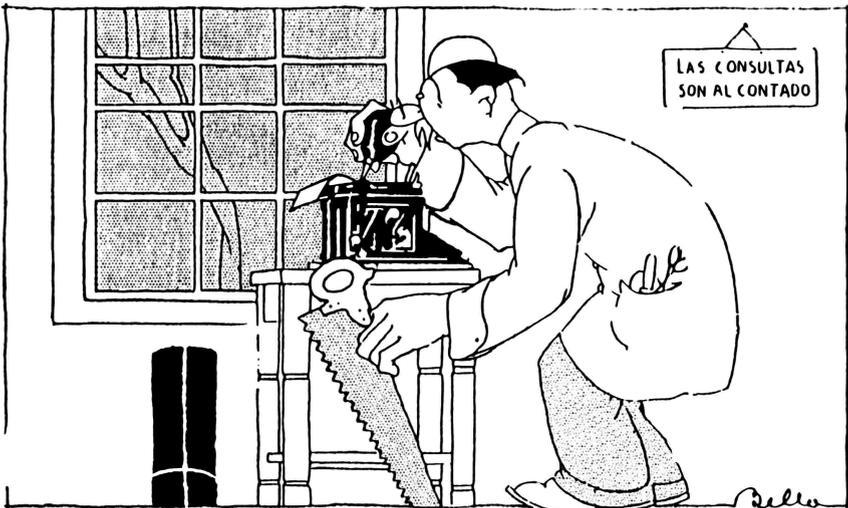
Yo me senté. Él comenzó a dictar y cuando acordé, las palabras que escribía carecían de la letra A.

—Vea, —le dije— esta máquina no escribe la letra A.

—Le viene de casta —me contestó— pero con ponerle a las palabras la letra que falta, con lápiz, está resuelto el asunto.

—Vea que la cinta no gira —le dije al cabo de otros cinco minutos.

—No es nada —replicó el honrado ciudadano— y antes de que yo tuviera



tiempo de asombrarme el hombre cogió de su vitrina un bisturí, y empezó a manipular en la máquina como en el estómago de un ser humano. Yo lo contemplaba horrorizado de esa herejía. Pero mi hombre, optimista, agregó:

—¿Ha visto cómo los instrumentos de cirugía sirven también para las máquinas?

Mas ¿qué?; al cabo de otros cinco minutos, la máquina, que Dios confunda, se empacó nuevamente. No corría el carro.

—Vea que el carro no corre —dije.

—No es nada, amigo —y ahora este asesino jovial, ¿a que no saben ustedes lo que hace?

Pues toma un fórceps y empieza a trajar en el interior del catafalco. Crujían las piezas y el verdugo de la máquina sudaba a mares escabullido el cráneo entre los respiraderos de la antiguala.

Desconfíe de los médicos

A las dos horas me retiré de lo de este médico con el reportaje terminado a mano. Mas me quedó en el pecho rebuliendo una terrible emoción. Pensaba: si este médico forajido trata la máquina de escribir con aparatos destinados a la cirugía, es más que probable que opere a sus enfermos con las herramientas del automóvil.

No hay duda. La deducción es lógica. Y mientras —recuerdo perfectamente— él hacía sus desaguizados en la máquina prehistórica, yo miraba con visible desconfianza la vitrina de instrumentos. Había allí aparatos que sabe Dios qué destino les habían dado los hombres de la Edad de Piedra. Un microscopio tuerto, y una balanza de falsificador de moneda. Una dinamo que no funcionaba. Un serrucho sin dientes y una tijera que en mejores tiempos serviría para poder eucaliptus o cortar lata.

—¿Esas herramientas sirven? —le pregunté.

—Son de la mejor calidad —me contestó— El tubo de Rayos cuando era nuevo funcionaba que maravillaba. A la dinamo lo único que hay que cambiarle es el inducido, los inductores y el colector. (Casi nada. Mejor era comprarla nueva).

—¿Y ese serrucho sin dientes?

—Es mi chico que tiene aficiones a la mecánica y se trae fierros de la calle para seccionarlos con él.

—¿Y las tijeras?

—Es mi nena que le da por la jardinería. Estos chicos son terribles.

No se enferme

Yo no soy un hombre envenenado como creen muchos. Ni tampoco un alacrán. Pero opino que a veces el derecho de hablar mal es sagrado. Ustedes comprenden perfectamente que un médico que refacciona su máquina de escribir con auxilio de instrumentos de cirugía, tiene toda la pasta de un verdugo. O de un humorista. O de un tacaño. Y desconfíe siempre de un médico que tiene madera de humorista, verdugo o tacaño. Desconfíe como de la peste de él, porque si es un humorista puede dejarle en una operación al estómago una corneta de automóvil olvidada en él. Si es un tacaño, le escatimará el hilo, las vendas, y para no gastar mucha tijera en vez de cortar lo necesario cortará menos. Y siempre con un error a su favor como dice mi genial amigo Caminos.

Sí, amigo lector; si Vd. tiene la mala suerte de enfermarse y tener que entrar a un consultorio donde vea una máquina de escribir usada, un serrucho que no es serrucho y un bisturí a la buena de Dios, huya como de la peste de allí. Y créalo a este fervoroso amigo. No se arrepentirá jamás de haber tomado tan heroica actitud.



LA TRISTEZA DEL SÁBADO INGLÉS

Será, acaso, porque me paso vagabundeando toda la semana, que el sábado y el domingo se me antojan los días más aburridos de la vida. Creo que el domingo es aburrido de puro viejo y que el sábado inglés es un día triste, con la tristeza que caracteriza a la raza que le ha puesto su nombre.

Un día sin sabor ni color

El sábado inglés es un día sin color y sin sabor; un día que “no corta ni pincha” en la rutina de las gentes. Un día híbrido, sin carácter, sin gestos.

Es día en que prosperan las reyertas conyugales y en el cual las borracheras son más lúgubres que un “de profundis” en el crepúsculo de un día nublado. Un silencio de tumba pesa sobre la ciudad. En Inglaterra, o en países puritanos, se entiende. Allí hace falta el sol que es, sin duda alguna, la fuente natural de toda alegría. Y como llueve o nieva, no hay adónde ir; ni a las carreras, siquiera. Entonces la gente se queda en sus casas, al lado del fuego, y ya cansada de leer “Punch”, hojea la Biblia.

Pero para nosotros el sábado inglés es un regalo modernísimo que no nos convence. Ya teníamos de sobra con los domingos. Sin plata, sin tener adónde ir y sin ganas de ir a ninguna parte, ¿para qué queríamos el domingo? El domingo era una institución sin la cual vivía muy cómodamente la humanidad.

Tata Dios descansó en día domingo, porque estaba cansado de haber hecho esta cosa tan complicada que se llama mundo. Pero ¿qué han hecho, durante los seis días, todos esos gandules que por ahí andan, para descansar el domingo? Además, nadie tenía derecho a imponernos un día más de holganza ¿Quién lo pidió? ¿Para qué sirve?

La humanidad tenía que aguantarse un día por semana, sin hacer nada. Y la humanidad se aburría. Un día de “fiaca” era suficiente. Vienen los señores ingleses y, ¡qué bonita idea!, nos endilgan otro más, el sábado.

Por más que se trabaje, con un día de descanso por semana es más que suficiente. Dos son insoportables, en cualquier ciudad del mundo. Soy, como verán



ustedes, un enemigo declarado e irreconciliable del sábado inglés.

El aburrido del sábado

Corbata que toda la semana permanece embaulada. Traje que ostensiblemente tiene la rigidez de las prendas bien guardadas. Botines que crujían. Lentes con armadura de oro, para los días sábado y domingo. Y tal aspecto de satisfacción de sí mismo, que daban ganas de matarlo. Parecía un novio, uno de esos novios que compran una casa por mensualidades. Uno de esos novios que los domingos fuman en compañía de los hermanos de su novia un cigarro de hoja. Uno de esos novios que dan un beso a plazo fijo.

Tan cuidadosamente lustrados tenía los botines que cuando salí del coche no me olvidé de pisarle un pie. Si no hay gente el hombre me asesina.

El hombre triste del sábado

Después de este papanatas, hay otro hombre del sábado, el hombre triste, el hombre que cada vez que lo veo me apeña profundamente.

Lo he visto numerosas veces, y siempre me ha causado la misma y dolorosa impresión.

Caminaba yo un sábado por una aceña en la sombra, por la calle Alsina —la calle más lúgubre de Buenos Aires— cuando por la vereda opuesta, por la vereda del sol, vi a un empleado, de espaldas encorvadas, que caminaba despacio, llevando de la mano una criatura de tres años.

La criatura exhibía, inocentemente, uno de esos sombreritos con cintajos, que sin ser viejos son deplorables. Un vestidito rosa recién planchado. Unos zapatitos para los días de fiesta. Caminaba despacio la nena, y más despacio, aún, el padre. Y de pronto tuve la visión de una de esas vidas grises y terribles,

la de la sala de una casa de inquilinato, y la madre de la criatura, una mujer joven y arrugada por las penurias, planchando los cintajos del sombrero de la nena.

El hombre caminaba despacio. Triste. Aburrido. Yo vi en él, el producto de veinte años de garita en alguna casa importadora, veinte años de garita con catorce horas de trabajo y un sueldo de hambre, veinte años de privaciones, de sacrificios estúpidos y del sagrado terror de que lo echen a la calle. Vi en él a Santana, el personaje de Roberto Mariani.

El centro, en un día sábado

Y el centro, la tarde del sábado es horrible. Es cuando el comercio se muestra en su desnudez espantosa. Las cortinas metálicas tienen rigideces agresivas.

Los sótanos de las casas importadoras vomitan hedores de brea, de benzol y de artículos de ultramar. Las tiendas apestan a goma. Las ferreterías a pintura. El cielo parece, de tan azul, que está iluminando una factoría perdida en el África. Las tabernas para corredores de bolsa permanecen solitarias y lúgubres. Algún portero juega al mus con un lavapisos a la orilla de una mesa. Chicos que parecen haber nacido por generación espontánea de entre los musgos de las casas-bancas, aparecen a las puertas de “entrada para empleados” de los depósitos del dinero. Y se experimenta el terror, el espantoso terror de pensar que a estas mismas horas en varios países las gentes se ven obligadas a no hacer nada, aunque tengan ganas de trabajar o de morirse.

No, sin vuelta de hoja; no hay día más triste que el sábado inglés, ni que el empleado que en un sábado de éstos, está buscando aún, a las doce de la noche, en una empresa que tiene siete millones de capital, ¡un error de dos centavos en un balance de fin de mes!



MOLINOS DE VIENTO EN FLORES

Hoy, callejeando por Flores, entre dos chalets de estilo colonial, tras de una tapia, en un terreno profundo, erizado de cina-cina, he visto un molino de viento desmochado. Uno de esos molinos de viento antiguos, de recia armazón de hierro oxidada profundamente. Algunas paletas torcidas colgaban del engranaje negro, allá arriba, como la cabeza de un decapitado; y me quedé pensando tristemente en qué bonito debía de haber sido todo eso hace muchos años, cuando el agua de uso se recogía del pozo. ¡Cuántos han pasado desde entonces!

Flores, el Flores de las quintas, de las enormes quintas solariegas, va desapareciendo día tras día. Los únicos aljibes que se ven son de “camouflage”, y se les advierte en el patio de chalecitos que ocupan el espacio de un pañuelo. Así vive la gente hoy día.

Flores, antes

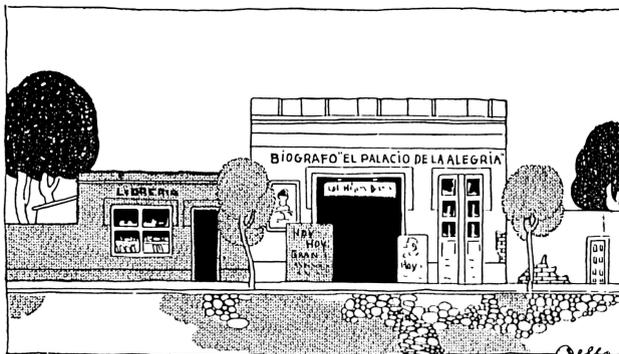
¡Qué lindo, qué espacioso que era Flores antes! Por todas partes se erguían los molinos de viento. Las casas no eran casas, sino casonas. Aún quedan algunas por la calle Beltrán o por Bacacay o por Ramón Falcón. Pocas, muy pocas, pero todavía quedan. En las fincas había cocheras y en los patios, enormes

patios cubiertos de glicina, chirriaba la cadena del balde al bajar al pozo. Las rejas eran de hierro macizo y los postes de quebracho. Me acuerdo de la quinta de los Naón. Me acuerdo del último Naón, un mocito compadre y muy bueno, que siempre iba a caballo. ¿Qué se ha hecho del hombre y del caballo? ¿Y de la quinta? Sí; de la quinta me acuerdo perfectamente. Era enorme, llena de paraísos, y por un costado tocaba a la calle Avellaneda y por el otro a Méndez de Andes. Actualmente allí son todas casas de departamentos, o “casitas ideales para novios”.

¿Y la manzana situada entre Yerbal, Bacacay, Bogotá y Beltrán?

Aquello era un bosque de eucaliptus. Como ciertos parajes de Ramos Mejía; aunque también Ramos Mejía se está infectando de modernismo.

La tierra entonces no valía nada. Y si valía, el dinero carecía de importancia. La gente disponía para sus caballos del espacio que hoy compra una compañía para fabricar un barrio de casas baratas. La prueba está en Rivadavia entre Caballito y Donato Álvarez. Aún se ven enormes restos de quintas. Casas que están como implorando en su bella vejez que no las tiren abajo.



En Rivadavia y Donato Álvarez, a unos veinte metros antes de llegar a esta última, existe aún un ceibo gigantesco. Contra su tronco se apoyan las puertas y contramarcos de un corralón de materiales usados. En la misma esquina, y enfrente, puede verse un grupo de casas antiquísimas en adobe, que cortan irregularmente la vereda. Frente a éstas hay edificios de tres pisos, y desde uno de esos caserones salen los gritos joviales de varios vascos lecheros que juegan a la pelota en una cancha.

Rivadavia de entonces

En aquellos tiempos todo el mundo se conocía. Las librerías. ¡Es de reírse! En todas las vidrieras se veían los cuadernillos de versos del gaucho Hormiga Negra y de los hermanos Barrientos. Las tres librerías importantes de esa época eran las de los hermanos Pellerano, “La linterna”, y la de don Ángel Pariente. El resto eran boliches ignominiosos, mezcla de juguetería, salón de lustrado, zapatería, tienda y qué sé yo cuántas cosas más.

El primer cinematógrafo se llamaba “El palacio de la alegría”. Allí me enamoré por vez primera a los nueve años de edad, y como un loco, de Lidia Borelli. En el terreno de las caballerizas de Basualdo, se instaló entonces el primer circo que fue a Flores.

El único café concurrido era “Las Violetas”, de don Jorge Dufau. Félix Villac y Julio Díaz Usandivaras eran los genios de la parroquia, para entonces. La gente era tan sencilla que se creía que los socialistas se comían crudos a los niños, y ser poeta — “pueta” se decía — era como ser hoy gran chambelán de Alfonso XIII o algo por el estilo.

Las calles tenían otros nombres. Ramón Falcón se llamaba entonces Unión. Donato Álvarez, Bella Vista.

A diez cuadras de Rivadavia comen- zaba la pampa.

Otra vida

La gente vivía otra vida más interesante que la actual. Quiero decir con ello que eran menos egoístas, menos cínicos, menos implacables. Justo o equivocado, se tenía de la vida y de sus dobleamientos un criterio más ilusorio, más romántico. Se creía en el amor. Las muchachas lloraban cantando “La loca del Bequeló”. La tuberculosis era una enfermedad espantosa y casi desconocida. Recuerdo que cuando yo tenía siete años, en mi casa solía hablarse de una tuberculosa que vivía a siete cuadras de allí, con el mismo misterio y la misma compasión con que hoy se comentaría un extraordinario caso de enfermedad interplanetaria.

Se creía en la existencia del amor. Las muchachas usaban magníficas trenzas, y ni por sueño se hubieran pintado los labios. Y todo tenía entonces un sabor más agreste, más noble, más inocente. Se creía que los suicidas iban al infierno.

Hoy

Quedan pocas casas antiguas por Rivadavia, en Flores. Entre Lautaro y Membrillar se pueden contar cinco edificios. Pintados de rojo, de celeste o amarillo. En Lautaro se distinguía, hasta hace un año, un mirador de vidrios multicolores completamente rotos. Al lado estaba un molino rojo, un sentimental molino rojo tapizado de hiedra. Un pino dejaba mecer su cúpula en los aires los días de viento.

Ya no están más ni el molino, ni el mirador ni el pino. Todo se lo llevó el tiempo. En el lugar de la altura esa, se distingue la puerta del cuchitril de una sirvienta. El edificio tiene tres pisos de altura.

¡También la gente está como para romanticismo! Allí, la vara de tierra cuesta cien pesos. Antes costaba cinco y se vivía más feliz. Pero nos queda el orgullo de haber progresado, eso sí, pero la felicidad no existe. Se la llevó el diablo.



LOS TOMADORES DE SOL EN EL BOTÁNICO

La tarde de ayer lunes fue espléndida. Sobre todo para la gente que nada tenía que hacer. Y más aún para los tomadores de sol consuetudinarios. Gente de principios higiénicos y naturistas, ya que se resignan a tener los botines rotos antes que perder su baño de sol. Y después hay ciudadanos que se lamentan de que no haya hombres de principios. Y estudiosos. Individuos que sacrifican su bienestar personal para estudiar botánica y sus derivados, aceptando ir con el traje hecho pedazos antes de perder tan preciosos conocimientos.

Gente del Botánico

Examinando la gente que pulula por el Jardín, uno termina por plantearse este problema:

¿Por qué las ciencias naturales poseen tanta aceptación entre sujetos que tienen cataduras de vagos? ¿Por qué la gente bien vestida no se dedica, con tanto frenesí, a un estudio semejante, saludable para el cuerpo y para el espíritu? Porque esto es indiscutible: el estudio de la botánica engorda. No he visto a un bebedor de sol que no tenga la piel lustrosa, y un cuerpazo bien nutrido y mejor descansado.

¡Qué aspecto, qué bonhomía! ¡Qué edificación ejemplar para un señor que tenga tendencias al misticismo! Porque, no dejarán de reconocer ustedes, que una ciencia tan infusa como la botánica, debe tener virtudes esenciales para engordar a sujetos que calzan botines rotos.

De otro modo no se explicaría. Ciertamente es que el reposo debe contribuir en algo, pero en este asunto obra o influye algún factor extraño y fundamental. Hasta los jardineros tienden a la obesidad. El portero —los porteros están bien sacios—, los subjardineros ya han adquirido ese aspecto de satisfacción íntima que producen las canonjías municipales; y hasta los gatos que viven en las alturas de los pinos impresionan favorablemente por su inesperado grosor y lustroso pelaje.

La influencia del latín

Yo creo haber aclarado el misterio. La gente que frecuenta el Jardín Botánico está gorda por la influencia del latín.

En efecto, todos los letreros de los árboles están redactados en el idioma del meliflúo Virgilio. Al que no está acostumbrado, se le embarulla el cráneo.



Pero los asiduos visitantes de este jardín, deben estar ya acostumbrados y sufrir los beneficios de este idioma, porque he observado lo siguiente:

Como decía, fui hasta allá, ayer por la tarde. Me senté en un banco y, de pronto, observé a dos jardineros. Con un rastrillo en la mano miraban el letrero de un árbol. Luego se miraban entre sí y volvían a mirar el letrero. Para no interrumpir sus meditaciones mantenían el rastrillo completamente inmóvil, de modo que no cabía duda alguna de que esa gente ilustraba sus magnánimos espíritus con el letrero escrito en el idioma del latoso Virgilio. Y el éxtasis, que tal lectura parecía producirles, debía ser infinito, ya que los dos individuos, completamente quietos como otros tantos Budas a la sombra del árbol de la sabiduría, no movían el rastrillo ni por broma. Tal hecho me llamó sumamente la atención, y decidí continuar mi observación. Pero pasó una hora y yo me aburrí. El deliquio de esos pelafustanes frente al letrero era inmenso. El rastrillo permanecía junto a ellos como si no existiera.

¿Se dan cuenta ustedes ahora de la influencia del botánico latín sobre los espíritus superiores? Estos hombres en vez de rastrillar la tierra, como era su deber, permanecían de brazos cruzados en honor a la ciencia, a la naturaleza y al latín. Cuando me fui, di vuelta la cabeza. Continuaban meditando. Los rastrillos olvidados. No me extrañó de que engordaran.

La santa paz

Y vi numerosa gente entregada a la santa paz de lo verde. Todos meditando en los letreros latinos que se ofrecen con profusión a la vista del público. Todos tranquilos, imperturbables, adormecidos, soleándose como lagartos o cocodrilos y encantados de la vida, a pesar de que sus aspectos no denuncian millones

ni mucho menos. Pero el Señor, bondadoso con los hombres de buena voluntad, les dispensa lo que a nosotros nos ha negado: la felicidad. En cambio, esos individuos que podrían tomarse por solemnes vagos, y que puede ser que lo sean, a la sombra de los árboles empollaban su haraganería y florecían en meditaciones de manera envidiable.

En muchos bancos, estos poltrones, hacen círculo. Y recuerdan a los sapos del campo. Porque los sapos del campo, cuando se prende la luz y se la deja abandonada, se reúnen en torno de ella en círculo, y permanecen como conferenciando horas enteras.

Pues en el Botánico ocurre lo mismo. Se ven círculos de vagos cosmopolitas y silenciosos, mirándose a la cara, en las posiciones más variadas, y sin decir esta boca es mía.

Naturalmente, a la gente le da grima esta vagancia semiorganizada; pero para los que conocen el misterio de las actitudes humanas, esto no asombra. Esa gente aprende idiomas, se interesa por las llamadas lenguas muertas y se regocija contemplando los cartelitos de los árboles.

El amor en el Botánico

¿Dónde se reúnen ahora los enamorados? ¿Han perdido el romanticismo? El caso es que en el Botánico lo que más escasean son las parejas amorosas. Sólo se ve algún matrimonio provector que recrea sus ocios sin perjudicar sus rentas, ya que para distraerse recorren los senderos solitarios, separados uno de otro medio metro.

En definitiva, no sé si porque era lunes, o porque la gente ha encontrado otros lugares de distracción, el caso es que el Jardín Botánico ofrece un aspecto de desolación que espanta. Y lo único noble, son los árboles... los árboles que envejecen apartándose de los hombres para recoger el cielo entre sus brazos.



“CUANDO SUBA DON HIPÓLITO...”

Me acuerdo con toda nitidez que, cuando yo tenía siete años, conocí a un viejo marrullero que frecuentemente me decía:

—Si Dios quiere, Robertito, el año que viene compraremos una yegüita. Como es natural, el viejo embaucador jamás compró una yegüita ni un yeguón; y desde entonces me he quedado con un resabio de desconfianza que me parece muy natural.

Lo mismo me ocurre respecto a todos los sujetos que están sin empleo o que padecen persecución de justicia y que me dicen:

—Cuando suba don Hipólito...

Los postulantes

Viaje usted en tren, tranvía, ómnibus o aeroplano y escuchará este comentario:

—Cuando suba don Hipólito...

Y su asombro crece al comprobar el infinito número de personas que tienen su confianza puesta en don Hipólito. No hay uno que no tenga que pedirle algo.

No hay uno que diga:

—Cuando suba don Hipólito le regalaré esto o aquello.

No. La auténtica, la única expresión que sale de todos los labios, es esta:

—Es cuestión de días. En cuanto suba don Hipólito...

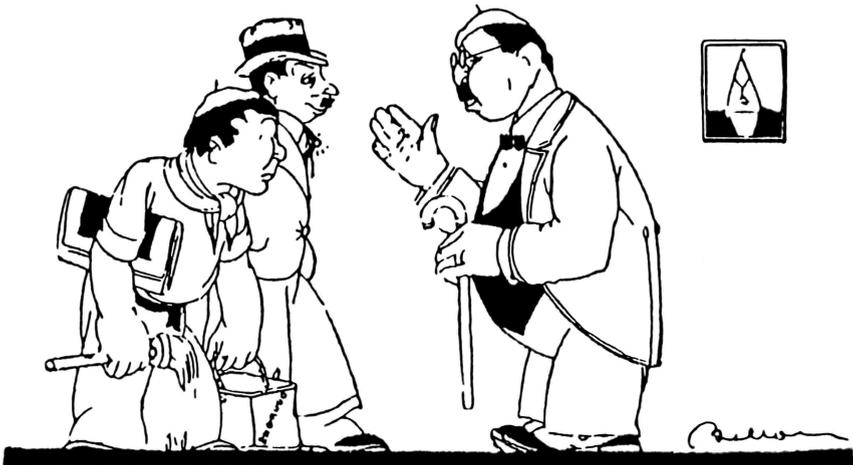
Yo, sinceramente, compadezco al señor Hipólito Irigoyen; lo compadezco, colocándome en su lugar. Eso de ser presidente, merced a la esperanza de un infinito número de gente que necesita pedirle algo es de lo más desagradable que puede ocurrirle a uno.

—¡Y hay que ver el número de individuos que a cada momento tiene en la boca la bendita expresión!

—Cuando suba don Hipólito...

—Hasta en París se hacen cábalas — me decía días pasados el amigo Soto. En Lisboa hay argentinos que esperan la subida de don Hipólito para resolver el problema habichuelero.

¿Cómo se las compondrá don Hipólito en estas circunstancias? No lo sé ni me



interesa. Pero el caso es éste: el 12 de octubre es esperado con un frenesí inconcebible para los que se ganan la vida al margen de la política. Es algo que ya rebasa toda expresión.

El Mesías

Yo, que soy incapaz de adular al Dios Padre, diré esto sin empachos:

Don Hipólito es esperado por todos los presupuestívoros del país o aspirantes a serlo, con más impaciencia que el Mesías.

Y otra gente además.

Lo espera todo el mundo. Lo espera el que necesita una ley de emergencia que le permita vender sus productos averiados, lo espera el encarcelado que se hace ilusiones respecto a un indulto, lo espera la viuda, lo esperan la huérfana y el huérfano, lo espera el empleado exonerado "injustamente", y también lo esperan los quinieleros, los aspirantes a ministros, los vendedores de cocaína, los padres con familia y sin familia. ¿Quién no lo espera ya a don Hipólito?

Y lo curioso de esto es lo siguiente:

Que todo el mundo confiesa sin empacho sus malas intenciones. No hay uno que diga:

—Bueno: espero que suba don Hipólito para regenerarme. No, no hay uno solo.

El Hombre

Yo no me imagino qué es lo que pensará de todo ello el Hombre, como lo llama el soporífero Oyhanarte; pero me imagino que a mi buen señor no debe causarle mucha gracia eso de que los perdularios del país pongan sus esperanzas en él para llevar a cabo sus mandrinadas.

Y lo extraordinario es que hay gente que hace seis años que espera a "que suba don Hipólito". Seis años dando vueltas por los comités, abogando por la "causa", desgargantándose en los cafés, haciéndole la corte a caudillos anal-

fabetos, repitiendo cien veces al día "yo sé que el doctor tiene interés en favorecerme", y otras gansadas por el estilo.

¿Qué pensará de todo esto el Hombre? Yo no me lo imagino.

Yo lo llamaría al doctor Irigoyen, la víctima de los pedigüenos. Porque no hay ciudadano de la capital o del interior que no piense en pedirle algo. No hay uno: o un ascenso, o un levantamiento de vigilancia, o un indulto, o una cátedra, o dos cátedras..., no hay uno que no piense pedirle algo.

A su vez, los alvearistas o los melogalleros han copado todos los puestos públicos que han podido. Ha sido eso la arrebatifa, el "sálvese quien pueda". Naturalmente, en ese Patio de Monipodio, que es la Casa de Gobierno, el que no ha corrido ha volado. Los cetáceos y tiburones han atrapado los empleos gordos, las canonjías sublimes. Justo se ha hecho nombrar general de división. Sargarna, el funesto y terribleísimo Sargarna, se ha ubicado como ministro de la Suprema Corte de Justicia. ¿No es una injusticia esto?

Partido de los desocupados

Yo, que soy un pesimista jovial, creo lo siguiente:

—Don Hipólito no va a poder satisfacer ni a la milésima parte de los vagos que ponen la esperanza en él. Ni a la diezmilésima parte. Posiblemente ni a la millonésima parte. Ahora bien; como todos estos sujetos no pueden esperar otra vez seis años para darse vuelta y convertirse en alvearistas, como ahora se han hecho irigoyenistas, lo más conveniente sería que todos estos desocupados organizaran un cuerpo electoral, un partido, el Partido de los Vagos, con un símbolo: el hombre que toma baños de sol. De otro modo envejecerán a la espera de la yegüita que el marrullero viejo que conocí cuando yo tenía siete años me prometía asiduamente.

EL RELOJERO

Si hay un oficio raro es indudablemente el de relojero, ya que los relojeros no parecen haber estudiado para relojeros sino que han aparecido sobre el mundo conociendo la profesión.

Y no me falta razón.

Conversando hoy con un desconocido, en un ómnibus —señor que resultó relojero, relojero auténtico, y no ladrón de relojes— me decía este señor:

—El oficio de relojero no se aprende. Se trae en la sangre. Y después de traerlo en la sangre, hay que hacer práctica un infinito número de años para dominar perfectamente los mecanismos, ya que de otro modo se pueden echar a perder en vez de componerlos.

Los relojeros abundan

De acuerdo con su criterio le respondí:

—Un relojero será una especie de bicho raro, un “avis rara” como decía Asnorio Salinas.

—No señor, nada de eso. Al contrario; el oficio abunda tanto que para darse

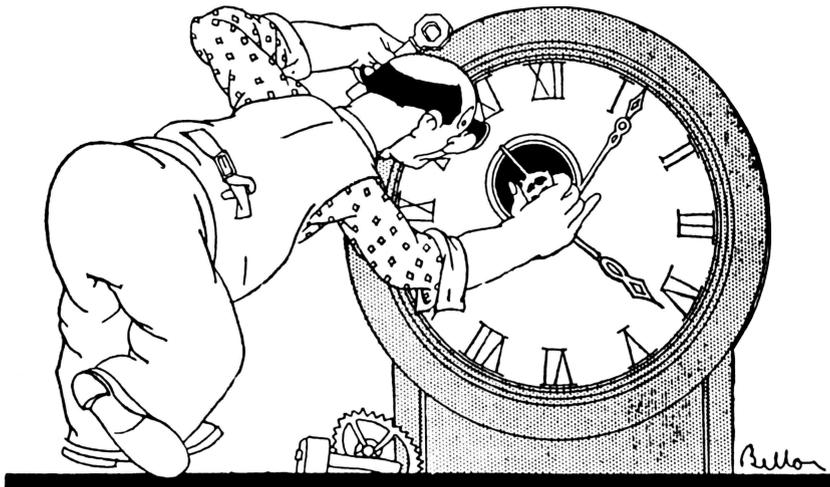
cuenta de ello no tiene nada más que leer las páginas de avisos de los diarios. No se piden nunca relojeros. Y no se piden porque sobran. La profesión está echada a perder. Con decirle que yo he estado nueve meses sin trabajo, buscando empleo de relojero, y eso que soy oficial. Por fin ahora me he acomodado, y me dedico a la especialidad de despertadores.

—¿Cómo? ¿En el oficio hay especialidades?

—Sí señor. Ponga Ud. por ejemplo a un hombre que antes de ser relojero ha trabajado de herrador de caballos. Por más práctica que tenga es inútil, no servirá para el trabajo fino y delicado; para componer y refaccionar relojes pulseras de señoras, que tienen las piezas microscópicas. A mí me ha pasado lo mismo. Antes de ser relojero fui remachador de calderas, y naturalmente, la mano estaba un poco viciada.

—Sí, se explica.

—Ahora bien; yo soy un hombre prudente y no me meto en camisas de once



varas, de ahí que mi especialidad sean los relojes despertadores.

—¿Y se gana?

—Poco.

El relojero en sí

Después que me aparté del latoso relojero, me quedé pensando en este gremio misterioso y dueño del tiempo.

Y me quedé pensando porque, más de una vez, recorriendo las calles me detuve perplejo ante un portal, mirando a un sujeto que casi siempre tenía condición israelita, y que con un tubo negro en un ojo, remendaba relojes como quien echa medias suelas a un botín. Y no sé de dónde se me ocurrió la idea de que los relojeros, en el fondo, debían ser todos medio anarquistas y fabricantes de bombas de “reloj”.

Porque en las novelas de Pío Baroja, los relojeros si no son anarquistas son filósofos. Y un relojero filósofo o anarquista no queda mal. En Rusia, al menos en la época del zarismo, todos los relojeros eran sindicados como semirrevolucionarios.

Y es que en el fondo el trabajo de componer relojes es un trabajo filosófico.

Ante todo se necesita la paciencia de un beato o de un angélico, para apechugar con tanta minucia, y preocuparse de que ande bien por cierto tiempo, nada más.

Luego, cierta tristeza de vivir.

Porque reconocerán Uds., que ese trabajo de corcovado, y de cíclope, ya que el sujeto trabaja con un solo ojo, es agobiador.

Casi todos los relojeros son pálidos, lentos en modales, silenciosos. Las estadísticas policiales no dan nunca un relojero criminal. Me he fijado detenidamente en este fenómeno.

A lo mucho, cuando se irritan en sus hogares, le dan dos puntapiés a la mu-

jer. Pero en ese caso la mujer tiene que ser muy perversa. Si no, no se desmandan jamás.

No les atrae el malo ni el buen vino. Cruzan por la vida como entes monjiles, misteriosos, cautos, llenos de un silencio de oro.

Resabios de astrólogos

Y es que en otros tiempos, el oficio de relojero era un trabajo lleno de condiciones misteriosas, y casi sagradas. Si no me equivoco, Carlos V, cuando se desilusionó del mundo y sus pompas, se fue a estropear relojes a un convento.

Y los astrólogos del pasado conocían esta arte mecánica y casi mágica. Recuérdese que bajo el reinado de Iván el Terrible, fue un relojero el que confeccionó un aparato para volar; y que el papa Silvestre III también era relojero de afición y tenía en sus jardines un pájaro mecánico, que cantaba desde un árbol de esmeralda. Ciertamente es que Silvestre III gozaba la fama de ser un poco mago y cultivador de las ciencias ocultas, pero en esa época todo arte un poco delicado recibía el nombre de brujería.

De allí que los relojeros actuales sientan en sus almas esa especie de nostalgia del prestigio que les rodeó en tiempos de la clavícula del Rey Salomón.

Hoy

Hoy, los relojeros medran en esta ciudad a costa de duras penas. Salvo los aristócratas de la relojería, el resto se ve relegado a innobles cuchitriles donde tienen que lidiar con relojes baratos y de “serie”, llenos de defectos, y que requieren un trabajo espantoso para evitar que den las doce antes de hora.

Han descendido en categoría, y casi se les puede equiparar a los remendones de portal, a ellos que han “necesitado nueve años de estudio teórico y práctico”.



EL VENDEDOR DE AUTOMÓVILES

¿Ha pensado usted alguna vez en la vida fantástica y azarosa que lleva un vendedor de automóviles? Posiblemente usted no lo ha pensado. Sin embargo, es de lo más ardua y penosa que se conoce. Un trabajo de perros, como se dice comúnmente.

Ante todo, no puede ser vendedor de automóviles un individuo que no tenga, aunque sea aparentemente, una exquisita educación.

Además, según el "Manual del Perfecto Vendedor", que se imprime para "El Perfecto Patrón", un vendedor de automóviles no puede ser jorobado, ni tuerto, ni cojo, salvo el cojo Romail, que es el hombre más simpático de la tierra.

Deslindados estos accidentes físicos, viene la serie de condiciones favorables que debe tener un vendedor de automóviles, y que son:

Ser un hombre de buena estatura, rostro agraciado, modales de "savoir faire", conocimientos de mecánica extensísimos, paciencia a toda prueba (la paciencia es capítulo aparte).

Tendrá que ser infatigable, sonreír siempre, tener agilidad de atleta y ser un volante elegante, pues de otro modo no puede hacerle "el tren" al automóvil.

Y luego, como esencial, como primordial condición, ha de tener mucha, pero muy mucha necesidad de ganarse el pan con el sudor de su frente y de sus extremidades inferiores, pues de otro modo no ganará ni para calzado.

Llenados todos estos requisitos, podrá aspirar a la inefable tarea de trabajar para hacer méritos de santo. Además, habrá leído en "Las mil y una noches" el cuento de Aladino, en que se hace posible el cambio de lámparas viejas por lámparas nuevas.

Job y el automóvil

Yo estoy seguro de lo siguiente:

Que si a Job, el ejemplo más bíblico de paciencia, Jehová le hubiera encargado vender un automóvil de seis cilindros, Job, el paciente, el resignado, el ultrafatalista, se hubiera rebelado contra Jehová, y toda la historia del libro santo



no existiría en razón del automóvil de seis cilindros.

Porque ésta es la materia o el material que debe ser abundante en el que aspira a tan asombrosa profesión.

Citar las horas, las leguas, los días, los malos humores, las palabras inútiles, las esperas ineficaces, los chaparrones, las repulsas que debe aguantar un vendedor de automóviles, es tarea infinita.

Más que vendedor de automóviles se le podría tomar por vendedor de paciencia.

Por ejemplo

Por ejemplo: el vendedor se entera por un amigo de un amigo de su amigo, que un caballero desea comprar un automóvil. Como gato al bofe, se lanza nuestro candidato a santo. El señor que quiere comprar el automóvil le dice que es cierto, que él desea adquirir un auto, pero que ésas son cosas que deben pensarse mucho, porque hay marcas y marcas, a lo que nuestro héroe continúa la lata, explicándole las ventajas de comprarle un automóvil a él y no a otro.

Después de este introito, el hombre que quiere comprar un automóvil, dice que él tiene, en el fondo de su casa, un "autito" un poco usado, un poco viejo, un poco roto, pero bueno, muy bueno, y ante tal confianza, el vendedor se muestra extasiado de que sea él el elegido para cargar con semejante antigüalla, y le da las gracias enternecido por semejante favor.

Entonces el señor que quiere comprar un automóvil bueno, a cambio de un auto usado, le dice que por el auto usado quiere uno nuevo, más unos cientos de pesos encima, más una garantía por cien años, más la nafta para probar el nuevo auto, más un seguro de vida por resolverse a ejecutar semejante ensayo, y el vendedor sonríe cada vez más agradecido.

Hay corredores de una marca que le prestan de su bolsillo dinero para que usted pueda comprarles el automóvil que

representan. Son negocios tan complicados que ni Dios los entiende. Le pres-tan dinero, le compran un cachivache que no vale ni cinco centavos partidos por la mitad, le aseguran el carruaje, le facilitan su garaje particular, le tramitan la patente, y le tramitan también el carnet de chauffeur. Todo por una comisión de doscientos o trescientos pesos.

La "jetta"

En ciertas casas importantes los vendedores se turnan un día por semana para hacer la guardia en el local y vender automóviles a los que allí concurren. A veces, quiere la fatalidad que el vendedor oficial esté ocupado con un maniático del automóvil que entra al comercio para charlar de motores y hacerle perder el tiempo del modo más lamentable.

Si en esas circunstancias se encuentra otro vendedor en el local, y entra un comprador, el que atiende al nuevo señor que ha entrado no es el vendedor oficial, sino el que no está de guardia. Y muchas veces suele ocurrir que en esta circunstancia el que no estaba en la agencia, sino para pasar un rato, vende un automóvil o deja casi arreglada una venta, mientras que el que está de guardia se pierde una posible comisión, ya que cuando se libra del charlatán aficionado a los motores, el otro, al ser preguntado sobre quién era ese señor que se interesaba por un coche, le contesta:

—Un amigo que cité aquí porque tiene interés en la marca.

Este fenómeno de mala suerte, lo conocen tan bien los vendedores de guardia, que ahora en todas las agencias está prosperando la costumbre de evitar que en la guardia se encuentre en el local otro vendedor que no sea el vendedor oficial por ese día.

Pero, aun así, la venta de un automóvil al contado está resultando en Buenos Aires una tarea dificultosa. Mucho más fácil sería venderle al viejito Amundsen, si vive, un ventilador o una heladera...



LA AMARGA ALEGRÍA DEL MENTIROSO

Fedor Dostoievski ha pintado en Stepanchicovo y sus habitantes la figura de un genial envidioso: Foma Fomitich. Y Foma es genial, porque en él el exceso de vanidad va acompañado de tal rencor a los otros, que de una figura vil, que es en realidad, de pronto presenta el divino espectáculo de lo grotesco. Y por eso es inmortal.

Foma Fomitich es la personificación del envidioso universal. Foma Fomitich, como todo personaje enfático y pagado de sí mismo, es grave y sesudo. Foma Fomitich, como todo perfecto imbécil, lo sabe todo. Foma Fomitich, cuando ya no le queda otro recurso que hablar..., calla. Parece que un triple cerrojo le cierra la humorística boca, en presencia del éxito ajeno.

Foma en Buenos Aires

Diríase que Foma fuera exclusivamente un personaje ruso; pero ello no es verdad. En Buenos Aires también vive y cavila Foma Fomitich. En el último rincón de un arrabal, Foma tendrá una forma y una idiosincrasia. Variarán determinados detalles, pero en substancia, el Foma porteño es como el Foma ruso o búlgaro. Para el caso es lo mismo.

¿Quién ha recorrido los cafés literarios sin conocer a un Foma? Allí es donde con

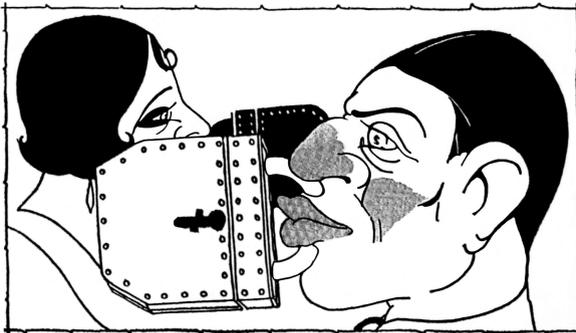
más frecuencia y abundancia encontramos a Foma. Foma en torno de una mesa, entre un círculo de camaradas, perorará. Enemigo nato de todo éxito, por insignificante, pequeño o trivial que sea, Foma, como un caracol en presencia de la sal, se retirará al interior de su caparazón precipitadamente. Es su defensa. El silencio. Nada de hablar. Frente a ciertas cosas es preferible enmudecer.

Cierto es que los otros que conocen a Foma, para irritarlo, recuerdan el éxito de fulano o mengano; pero Foma digno, inconmensurable, grave, no moverá un músculo de su bilioso semblante. Callará. Y callará de modo tan ostensible que, de pronto, todo el mundo se dará cuenta de que Foma pasa las de Caín.

Y entonces empieza el juego siniestro, cruel. Sabiendo todo el mundo que Foma sufre con el éxito de los otros, los otros se encargan de exagerarle el triunfo más insignificante de cualquier conocido o desconocido, de manera que un personaje que comenzó por hacerse odioso, termina por ser divertido y causar momentos joviales.

La envidia en el arrabal

Naturalmente, la envidia, como todo sentimiento de sujeto civilizado, tiene sus matices perfectamente discernibles,



de manera que la envidia de una verdulera es distinta a la de una actriz, y la envidia de un carbonero desemejante a la de un poeta.

Pero en el arrabal es donde más se evidencia ese rencor cuya ignorancia señala a las almas nobles.

Hay gente que vive rabiando. Que vive rabiando en serio, no en broma. Por ejemplo, los pequeños propietarios. No se perdonan, unos a otros, las reformas que introducen en sus covachas. Cualquier trabajo extra es comentado y vigilado por cien ojos invisibles que se encargan de desparramar por allí la cantidad de cal, de arena y de polvo de ladrillo que llevan una mezcla. Cualquier defecto es tan exagerado que, de pronto, si el presunto damnificado escuchara a los charlatanes, terminaría por convencerse de que su casa se vendrá abajo al primer aguacero que caiga.

¿Y las mujeres? Estas tienen odios y envidias venenosas que espantan.

La envidia entre comerciantes

Pero nada más cruel y feroz que la envidia entre comerciantes de barrio. Eso sí que es envidia, pero elevada a la séptima potencia. Envidia a plazo fijo, envidia avizoradora que se pasa todo el día meditando en los pagarés del vecino, envidia tan profunda y sutil que llega al extremo de decir esto, y yo lo he escuchado, que un comerciante le decía a otro:

—En la zapatería de X entraron ayer siete personas. De las siete, tres compraron botines, y un par era de criatura, así que no ha ganado ni para la patente.

Y es que no hay nada más profundo que la rivalidad y la envidia entre comerciantes del mismo ramo. Si éstos entes pálidos y prudentes se pudieran exterminar, sin peligro de ir a la cárcel, no demorarían ni un minuto en descabarse. Y como son gente que para reunir dinero para establecerse ha debido tener paciencia, hay que ver la misma

paciencia que tienen para celarse y desearse una catástrofe.

Recuerdo que hace un año y dos meses, me decía un almacenero, refiriéndose a otro, que estaba a una cuadra de su comercio:

—Fulano va a la quiebra dentro de un año.

— ¡Hombre! Es mucho pronosticar.

— Sí; va a la quiebra, y dentro de un año, porque dispone de tal capital para perder; puede trampear tanto, y por eso mis cálculos no fallan.

Y, en efecto, no falló. Ayer me dijo.

¿Ha visto, amigo, que yo no me equivocaba? Tengo un ojo clínico.

Y su semblante revelaba tanta alegría, que no me extrañó cuando, hipócritamente, añadió:

—Y me da lástima, créame. Me da lástima, porque no era mal hombre...

La alegría del envidioso

Yo me retiré del lado de este Foma Fomitich de las habichuelas, meditando. Y es que el envidioso es así, o puede definirse así:

Un hombre dispuesto a alegrarse al encontrar de quien compadecerse. Esa es la verdad. Tomad al envidioso más recalcitrante, más cerrado, más hosco, y contadle la historia de una desgracia ajena, y ese hombre estallará inmediatamente en exclamaciones de piedad. Hasta es capaz de abrir su bolsillo, de sentarse a su mesa, de prestaros un favor. Pero dadle la noticia de que un amigo ha tenido un éxito, y este mismo individuo palidece; la sonrisa deja de ser espontánea para convertirse en una torcedura dolorosa, y si puede, desacreditará los motivos del éxito, los empequeñecerá, baboseará una alegría..., porque, ¡porque, al fin y el cabo, es hombre! Hombre dispuesto siempre a alegrarse de poder compadecer sinceramente a alguien.



EL HOMBRE QUE HABLA Y NO PAGA

No hay café de esta ciudad al que no concurran dos amigos. Dos amigos de esos que se conocen más que si fueran hermanos, que saben perfectamente los defectos que tienen; dos amigos que se insultan amigablemente a la hora de pagar, que lo tutean al mozo y que, cuando uno llega antes que el otro, le pregunta al "servo", con un tono de alarma que hace presumir catástrofes:

— ¿Y ese vago no ha venido?

O sino:

— ¿No lo ha visto por aquí a ese mal hombre? Porque es un mal hombre, ¿sabe, mozo? Es un tipo peligroso para la sociedad. Intentó asesinar al padre, y le gustan los sesos de niño a la portuguesa.

Llega el amigo

Y es curioso que, cuando llega el amigo, los dos fulanos reunidos, en vez de charlar abundantemente como era de presumir por la impaciencia del que esperaba, cambian una sonrisa. El mozo, ni por formalidad, se acerca a la mesa

sino que grita desde un rincón cualquiera: "un café para otro", y luego se queda tan tranquilo, como si nada hubiera ocurrido. Pero cuando el mozo viene con lo que sabe que consume su cliente, el recién llegado le dice:

—Pero usted, mozo, ¿cómo puede atender la mesa donde se sienta un perdulario como éste? El mozo sonríe, fatalista, y pasa la servilleta por un ángulo de la mesa, económico siempre de la higiene.

Luego los dos amigos se quedan callados. Se examinan mutuamente con esa ironía simpática de los que se sienten igualmente granujas; y sorben lentamente el café, mirando la calle por la vidriera, complaciéndose en el espectáculo de las mujeres bonitas que son la gracia del dios de las veredas, y haciendo comentarios que se relacionan con la geometría y las agrupaciones de las células.

Luego callan otra vez. Fuman lentamente gozando el cigarrillo, deleitándose en las nubes de humo, divirtiéndose



del aspecto burgués de cierta gente, encontrando inagotables motivos de charla en la nariz de un ciudadano que pasa con más ínfulas que Júpiter, y el mozo, que se aburre en un rincón, bosteza como un ballenato, sabiendo con precisión matemática cuanto le dejarán de propina y a qué hora liberarán la mesa.

Llega el tercero

Hay hombres cuya única misión sobre la tierra es ser un puente entre otros dos. Son el corolario obligado de dos caracteres. Aislados no sirven para nada: como amigos, menos, pero en cuanto se sitúan entre dos amigos, hacen y desempeñan a la perfección su papel de puentes, de soldaduras, de cohesivos.

Porque, en efecto, dos hombres que se sienten amigos es porque ya nada tienen que decirse y, sin embargo, se entienden tan a la perfección, que nada los podrá separar. De allí que, salvo narrarse los hechos extraordinarios, se complacen en reunirse, permaneciendo callados todo el resto del tiempo, o injuriándose amigablemente.

Ahora bien; cuando estos dos hombres están callados, es cuando aparece el tercero, el hombre puente, charlatán, que no goza de la confianza ni intimidad de ninguno de los otros y que, sin embargo, es acogido allí con indulgencia burlona, con esa simpatía con que se aguanta a los cataplasmas que nos distraen.

El tercero pide siempre un café, que no paga él, sino los otros.

Luego charla. Charla por tres y uno más. Se ríe. Hace reír a los otros.

Puente de gracia

¿De dónde saca este hombre las novedades que les lleva acondicionadas y frescas a los dos amigos? Yo no lo sé. Pero el caso es que siempre llega con mercadería fresca. Con chismes descomunales. Con historias increíbles, que hacen abrir los ojos como platos a los dos amigos.

Los dos amigos no hablan, sino que asienten con movimientos de cabeza. Se ríen y se miran entre ellos. Se ríen del que cuenta, se ríen de las anécdotas o se ríen de las estupideces del otro. Yo no lo sé. Pero el caso es que se ríen, ligados entre ellos por un sentimiento de cordialidad que el tercero no puede conocer, pues cree que se refiere a él y no a los otros.

Los otros se regocijan a costa del narrador.

Ahora bien; como éste encuentra todos los días algo que contarles a los dos, ¿de dónde extrae sus bufonadas? ¡Vaya usted a saberlo! Pero parece que el fulano tuviera, por empleo o trabajo, el de recoger historias para divertir a los dos amigos que no lo son suyos sino muy relativamente, y que con un café le pagan el buen rato que les ha hecho pasar.

Se disuelve el terceto

A las dos horas, el terceto constituido por dos mudos y un latero, se disuelve. El latero toma para su cueva. Los dos amigos caminan unas cuadras juntos para hablar de cosas importantes. A veces, las cosas importantes, los detienen una hora en la esquina. Luego se separan encantados de la vida.

Al otro día no concurren al café. Tienen que hacer. Pero ahora comprenderán ustedes por qué yo decía que el latero no gozaba de la intimidad de ninguno de los dos amigos. Al otro día, como les decía, el dúo no concurre al café. Pero a la hora en que éstos saben ir, con aspecto desolado, aparece el charlatán. Mira perplejo las mesas, le pregunta al mozo "si ellos no vinieron", y después, consternado, abatido de que tal fenómeno haya ocurrido, se retira, mientras que lo sigue en su progresivo distanciamiento la irónica mirada del mozo del café, del mozo que comprende el fenómeno y la exacta posición del hombre que sólo es un puente de plata entre la amistad de dos amigos.



EL TURCO QUE JUEGA Y SUEÑA

En los allanamientos de timbas baratas, la policía sabe detener frecuentemente jugadores turquezcós que se pierden la mercería en un problemático juego de azar, y digo problemático porque, por lo general, el juego está ya preparado de modo que el turco se quede únicamente con dos metros de cinta de hilera y un corte de bombasí. El resto se lo traga la banca.

La atracción del azar

La atracción del azar sobre la fantasía oriental, es extraordinaria. La suerte, la suerte inesperada es lo que pone en ese hombre, en apariencia tan fatalista, un frenesí de fuego, que lo impulsa todas las semanas a jugarse en una guitarrita o una quiniela, las miserables economías.

En los barrios pobres, por ejemplo Canning y Rivera, Junín y Sarmiento, Cuenca y Gaona, los turcos son los principales clientes del quinielero.

Se entranpan hasta los ojos con este hombre que les fia, porque sabe que pa-

garán para poder tener crédito con el cual volver a jugar, de modo que trabajan exclusivamente para el capitalista, que como una araña, escondido debajo de la figura del corredor, aguarda tranquilamente toda la platita del “bobre durgo”.

Y el “bobre durgo” afloja los pesitos que es un contento.

Jugada por jugada, lotería por lotería, ha caminado tres días para reunir unos pesos, que durante una hora le darán a su vida una emoción extraordinaria, ya que dentro de unas horas cabe todo el máximum de esperanza y agitación que se puede desear.

Se explica

Cuántas veces, durante el verano, en las horas de la siesta, en que me encontraba renegando del calor y de los mosquitos, y de esa sed que lo obliga a uno a convertirse en una especie de búfalo, a fuerza de tanto beber agua, de pronto en la calle resonaba el doloroso pregón del turco:



—Mercería, señora; mercería barata...

El sol rajaba la tierra, los caballos se adormecían a la sombra de los árboles, y estos hombres espantosos, cargados de un cajón, una cesta y un bulto de mantas y cortes sobre las espaldas, avanzaban gritando:

—¿Guire mercería, barata, señora?...
¡Cuántas veces durante el verano!...

Y yo me quedaba pensando de dónde sacaban la voluntad de vivir estos hombres, de vivir así tan terriblemente, y de dónde extraían el coraje y la resistencia para pasar la mañana y la tarde caminando, caminando siempre, bajo el sol, gritando dulcemente entre las polvaredas del arrabal:

—¿Guire mercería barata, señora?...

Un recuerdo de turcos

Y más tarde, muchas veces me he acordado de un turco anciano y de un turco joven que era hijo del viejo, y que cuando yo tenía siete años pasaban una vez por semana por mi casa ofreciendo mercadería. Mi madre le había comprado al turco un corte de felpa, y el turco se allegaba cada siete días en compañía de su hijo, y le contaban a mi madre que hacían economías para poder volver a Turquía, y yo me imaginaba, escuchando al turco parlero, que Turquía era una ciudad redonda rodeada de agua azul y con iglesias doradas.

Hacían economías. ¡Qué economías espantosas! Comían un pan y un poco de salame a medio día, donde los tomaba la hora, y luego marchaban, marchaban infatigablemente, hasta el oscurecer en que se recogían.

Después pasaron muchos meses. No volví a verlos, hasta que un año después apareció el viejo, pero tan ancianizado que parecía una momia. El hijo no lo

acompañaba. Se había muerto de enfermedad larga. Todas las economías se fueron al diablo. Estaba tan enormemente triste, que de pronto le dijo a mi madre:

—Yo ya no boner esberanza en trabajo. Jugar lotería ahora. Mi no bolber Turquía.

La esperanza

El turco es soñador por naturaleza. De allí que sea jugador. Y a ello se une su vida; una vida de trabajo que es desmoralizadora en su más alto grado, y para la cual se requieren una serie de fuerzas que pronto se acaban.

Y para dejar de trabajar de una vez, trabaja y juega. Trabaja para poder jugar. Se juega semana por semana, jugada por jugada, hasta el último centavo de ganancia que le ha quedado.

Y luego empieza otra vez. ¿No ha sido ahora? ¡Será mañana! ¿Quién lo sabe? El azar de los números sólo Dios lo conoce...

Por eso juega. No es sólo la emoción, como en el jugador histérico, para quien el juego es un placer nervioso puramente, sino que para el turco es una posibilidad de enriquecimiento súbito. Cuando gane no jugará más, y ésto es lo que lo diferencia del jugador criollo que, gane o pierda, se jugaría hasta el alma si se la acepta el quinielero o el banquero.

De allí que en las tardes del verano, cuando el sol raja la tierra, y los caballos se adormecen a la sombra de los árboles, insensible al sol y a las nubes de polvo, avanza el turco con su carga y su fatiga que le cubre de agua el semblante. No le importa. Aguanta y avanza, pensando en un número, en un número que le permita volver rico a esa Turquía, que en mi imaginación infantil era una ciudad redonda, rodeada de agua azul, y con muchas iglesias doradas...



DEL ARTE DE SABER PERDER A LA LOTERÍA

Así como hay un variado número de procedimientos para ser perfecto idiota, sin temor a equivocarse, hay también incalculables maneras para jugar a la lotería con la seguridad de no errarle a la pérdida.

El hombre del procedimiento

El hombre es un ente de teoría. Todo lo reduce a posibilidad numérica, matemática. El mismo azar, el azar absurdo que hace que un cretino herede cien millones, ha sido objeto, por parte del hombre, de una serie de especulaciones, que fatalmente terminan por certificarle que hay un absurdo que es menos absurdo que los otros, y sobre ese absurdo construye sus edificios de ilusiones.

Naturalmente, en este asunto ocurre lo que en todos los asuntos de granjería humana. Unos terminan por volverse locos, y otros pillos. Es lo mismo que el individuo que se dedica a transmutar los metales en oro. Al fin de un tiempo, este sujeto se idiotiza o aprende el arte de pasarle el gato por liebre a cualquier cándido, al cual, fatalmente, venderá el procedimiento por unos buenos pesos.

De esta forma de actuar en la vida, derivaría, según mi criterio, el vivo que

al cabo de varios años de experiencia se dedica a la honorable tarea de vender el "billete premiado", o el otro vivo que confecciona una tabla de probabilidades para ganar a la lotería, de acuerdo a las influencias astrológicas de los planetas sobre las bolillas y sobre los números que tienen una evidente relación con los días de la semana y otras macanas.

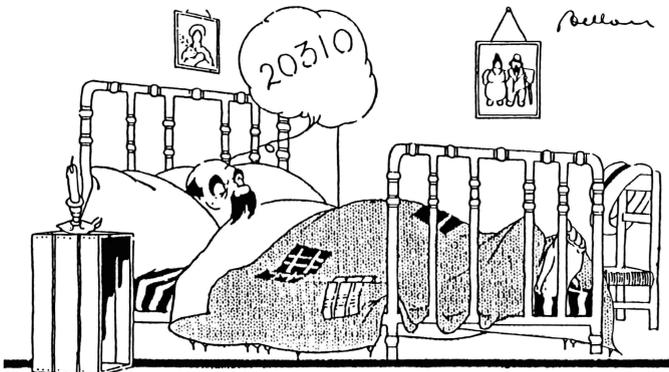
Ahora bien: el ciudadano que al cabo de unos años de jugar a la lotería no termina falsificando billetes, encuentra, después de haber perdido mucho dinero, una razón que le consuela y alegra de haberlo perdido.

¡No tenía sistema!

Si ustedes se figurasen la alegría con que el ciudadano dice estas palabras, se enternecerían.

Sí, jugaba, pero sin sistema. Y usted comprende que así no se puede seguir. En la vida todo hay que hacerlo con orden. No se pueden violar ciertas leyes naturales.

Y, como es natural, el hombre sigue perdiendo... pero con sistema. Y esto es ya largo. Es mucho si se pone a examinar el asunto. Perder con un procedimiento, no es lo mismo que perder sin procedimiento. Cuando se pierde con



procedimiento se le echa la culpa al sistema, y luego se cambia por otro que ofrece más seguridades.

Procedimientos

Procedimiento objetivo. Dentro de este sistema cabe la elección de números para jugar a la lotería o a la quiniela, fijándose en los números de los carros fúnebres, en las fechas nefastas (por ejemplo en el día en que se casó) o el número en que soñó, o la suma de la fecha de los días en que lo echaron de un empleo a la calle por inútil, o el número de la chapa del vigilante que lo “pasó” por una infracción, o la dirección de un hombre que desea daros una mano de bastonazos... Como se ve, el procedimiento, que es en apariencia negativo, tiende por una alquimia que ocurre en la mente del jugador a convertir en números positivos y auspiciosos los que le recuerdan momentos poco agradables de su existencia.

Lo que ocurre es que con estos números no se acierta. No se acierta porque... El caso es que no se acierta. Entonces, el damnificado juega a las fechas que le traen a la memoria días de júbilo, y le yerra por dos o tres unidades. Cuando un jugador le yerra a un billete por dos o tres unidades, se transfigura. El sistema da resultado. Cierto es que perdió, como antes, pero perdió por menos diferencia, y en algo va adelantando. Ello significa que el sistema tiene que ser perfeccionado, y entonces suma a los números fastos, la semisuma de los infaustos y entonces se pasa en dos o tres unidades de la cifra ganadora, lo que lo consuela más aún que antes, porque está visto que el procedimiento es perfecto para... perder.

Procedimiento subjetivo

El procedimiento subjetivo o freudiano, (Freud macanea a veces), consiste en lo siguiente:

Un ciudadano penetra o hace acto de presencia en una agencia de lotería. Se

dirige comedidamente al dueño de la caverna y le dice:

—Deme un número doblado.

El que no ha jugado jamás a la lotería se queda pensando en qué consistirá el número doblado, pero pronto su crasa ignorancia queda descrasada o desengrasada en presencia de un acto luminoso que ocurre en la agencia de marras.

El agenciero, sin decir palabra, toma un entero o un décimo —depende de cómo estén las finanzas del jugador— y parcamente lo dobla en cuatro partes. Luego de ejecutada esta operación misteriosa, entrega el billete doblado al ciudadano subjetivo, que desdobra su plantita con ademán de suficiencia y sumerge el billete en las mugrientas profundidades de su cartera.

Finalizado este ritual, el loco se marcha sin plata pero con ilusiones, y el agenciero atiende a otro loco menos loco o más loco que el anterior que le dice:

—El número de la semana pasada.

Este es un sujeto que hace tres años sigue al mismo número. Lo seguirá toda la vida “per saecula saeculorum”.

El hombre y el billete

Ahora bien, del hombre que juega a la lotería con procedimientos, para mí el más interesante es el hombre del billete doblado. Esperará toda una semana, soñando en ganar, y solo el día en que sale el extracto, en el preciso momento de encontrarse frente a él, nuestro individuo extraerá de las mugrientas profundidades de su cartera, el décimo o el entero y, despaciosamente, lo desdoblará, leerá por primera vez el número, y luego, sin apresurarse, con la parsimonia que exige el rito del juego del billete doblado consultará el extracto.

Y, como de costumbre, su aspecto indiferente se trocará, de pronto, en una animación irónica. No se ha equivocado.

¡Ha perdido como de costumbre!

VENTANAS ILUMINADAS

La otra noche me decía el amigo Feilberg, que es el coleccionista de las historias más raras que conozco:

—¿Usted no se ha fijado en las ventanas iluminadas a las tres de la mañana? Vea, allí tiene argumento para una nota curiosa.

Y de inmediato se internó en los recovecos de una historia que no hubiera despreciado Villers de l'Île Adam o Barbey de Auvilly o el barbudo de Horacio Quiroga. Una historia magnífica relacionada con una ventana iluminada a las tres de la mañana.

Naturalmente, pensando después en las palabras de este amigo, llegué a la conclusión de que tenía razón, y no me extrañaría que don Ramón Gómez de la Serna hubiera utilizado este argumento para una de sus geniales greguerías.

La ventana iluminada

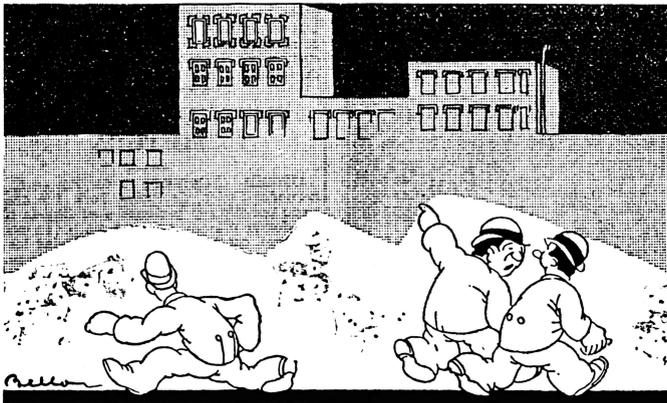
Ciertamente, no hay nada más llamativo en el cubo negro de la noche que ese rectángulo de luz amarilla, situado en una altura, entre el prodigio de las chimeneas bizcas y las nubes que van pasando por encima de la ciudad, barridas como por un viento de maleficio.

¿Qué es lo que ocurre allí? ¿Cuántos crímenes se hubieran evitado si en ese momento en que la ventana se ilumina, hubiera subido a espiar un hombre?

¿Quiénes están allí adentro? ¿Jugadores, ladrones, suicidas, enfermos? ¿Nace o muere alguien en ese lugar?

En el cubo negro de la noche, la ventana iluminada, como un ojo, vigila las azoteas y hace levantar la cabeza de los trasnochadores que de pronto se quedan mirando aquello con una curiosidad más poderosa que el cansancio.

Porque ya es la ventana de una buhardilla, una de esas ventanas de madera deshechas por el sol, ya es una ventana de hierro, cubierta de cortinados, y que entre los visillos y las persianas deja entrever unas rayas de luz. Y luego la sombra, el vigilante que se pasea abajo, los hombres que pasan de mal talante pensando en los líos que tendrán que solventar con sus respetables esposas, mientras que la ventana iluminada, falsa como mula bichoca, ofrece un refugio temporal, insinúa un escondite contra el aguacero de estupidez que se descarga sobre la ciudad en los tranvías retardados y crujientes.



Charlas interminables

Frecuentemente, esas piezas son parte integral de una casa de pensión, y no se reúnen en ellas ni asesinos ni suicidas, sino buenos muchachos que pasan el tiempo conversando mientras que se calienta el agua para tomar mate.

Porque es curioso. Todo hombre que ha traspuesto la una de la madrugada, considera la noche tan perdida, que ya le es preferible pasarla de pie, conversando con un buen amigo. Es después del café, de las rondas por los cafetines turbios. Y juntos se encaminan para la pieza donde, fatalmente, el que no la ocupa se recostará sobre la cama del amigo, mientras que el otro, cachazudamente, le prende fuego al calentador para preparar el agua para el mate.

Y mientras que sorben, charlan. Son las charlas interminables de las tres de la madrugada, las charlas de los hombres que, sintiendo cansado el cuerpo, analizan los hechos del día con esa especie de fiebre lúcida y sin temperatura, que en la vigilia deja en las ideas una lucidez de delirio.

Y el silencio que sube desde la calle, hace más lentas, más profundas, más deseadas las palabras.

Esa es la ventana cordial, que desde la calle mira el agente de la esquina sabiendo que los que la ocupan son dos estudiantes eternos, resolviendo un problema de metafísica del amor, o recordando en confidencia hechos que no se pueden embuchar toda la noche.

La ventana del bar tirolés

Hay otra ventana que es tan cordial como ésta, y es la ventana del paisaje del bar tirolés.

En todos los bares "imitación Munich" un pintor humorista y genial ha pintado unas escenas de burgos tiroleses o suizos. En todas estas escenas aparecen ciudades con tejados y torres

y vigas, con calles torcidas, con faroles cuyos pedestales se retuercen como una culebra, y abrazados a ellos, fantásticos tudescos con medias verdes de turistas y un sombrerito jovial, con la indispensable pluma. Estos borrachos simpáticos, de cuyos bolsillos escapan golletes de botellas, miran con mirada lacrimosa a una señora obesa, apoyada en la ventana, cubierta de un extraordinario camión, con cofia blanca, y que enarbola un tremendo garrote desde la altura.

La obesa señora de la ventana de las tres de la madrugada, tiene el semblante de un carnicero, mientras que su cónyuge, con las piernas de alambre retorcido en torno del farol, trata de dulcificar a la poco amable "frau".

Pero la "frau" es inextinguible como un beduino. Le dará una paliza a su marido.

La ventana triste

La ventana triste de las tres de la madrugada, es la ventana del pobre, la ventana de esos conventillos de tres pisos, y que, de pronto, al iluminarse bruscamente, lanza su resplandor en la noche como un quejido de angustia, un llamado de socorro. Sin saber por qué se adivina, tras el súbito encendimiento, a un hombre que salta de la cama despaavorido, a una madre que se inclina atormentada de sueño sobre una cuna; se adivina ese inesperado dolor de muelas que ha estallado en medio del sueño y que trastornará a un pobre diablo hasta el amanecer tras de las cortinas raidas de tanto usadas.

Ventana iluminada de las tres de la madrugada. Si se pudiera escribir todo lo que se oculta tras de tus vidrios biselados o rotos, se escribiría el más angustioso poema que conoce la humanidad. Inventores, rateros, poetas, jugadores, moribundos, triunfadores que no pueden dormir de alegría. Cada ventana iluminada en la noche crecida, es una historia que aún no se ha escrito.



EL PLACER DE VAGABUNDEAR

Comienzo por declarar que creo que para vagabundear se necesitan excepcionales condiciones de soñador. Ya lo dijo el ilustre Macedonio Fernández: “No toda es vigilia la de los ojos abiertos”.

Digo esto porque hay vagos, y vagos. Entendámonos. Entre el “crosta” de botines destartalados, pelambre mugrientosa y enjundia con más grasa que un carro de matarife y el vagabundo bien vestido, soñador y escéptico, hay más distancia que entre la Luna y la Tierra. Salvo que ese vagabundo se llame Máximo Gorki, o Jack London o Richepin.

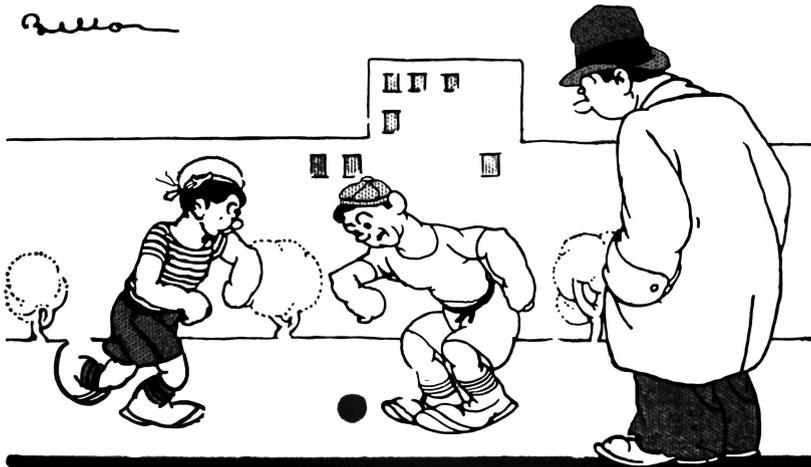
El placer de vagar

Ante todo, para vagar hay que estar por completo despojado de prejuicios y luego ser un poquitín escéptico, escéptico como esos perros que tienen mirada de hambre y que cuando los llaman meanean la cola, pero en vez de acercarse, se alejan, poniendo entre su cuerpo y la humanidad, una respetable distancia.

Claro está que nuestra ciudad no es de las más apropiadas para el atorrantismo sentimental, pero ¡qué se le va a hacer!

Para un ciego, de esos ciegos que tienen las orejas y los ojos bien abiertos inútilmente, nada hay para ver en Buenos Aires, pero, en cambio, ¡qué grandes, qué llenas de novedades están las calles de la ciudad para un soñador irónico y un poco despierto! ¡Cuántos dramas escondidos en las siniestras casas de departamentos! ¡Cuántas historias crueles en los semblantes de ciertas mujeres que pasan! ¡Cuánta canallada en otras caras! Porque hay semblantes que son como el mapa del infierno humano. Ojos que parecen pozos. Miradas que hacen pensar en las lluvias de fuego bíblico. Tontos que son un poema de imbecilidad. Granujas que merecerían una estatua por buscavidas. Asaltantes que meditan sus trapacerías detrás del cristal turbio, siempre turbio, de una lechería.

El profeta, ante este espectáculo, se indigna. El sociólogo construye indigestas teorías. El papanatas no ve nada y el vagabundo se regocija. Entendámonos. Se regocija ante la diversidad de tipos humanos. Sobre cada uno se puede cons-



truir un mundo. Los que llevan escrito en la frente lo que piensan, como aquellos que son más cerrados que adoquines, muestran su pequeño secreto... el secreto que los mueve a través de la vida como fantoches.

La calle y lo inesperado

A veces lo inesperado es un hombre que piensa matarse y que lo más gentilmente posible ofrece su suicidio como un espectáculo admirable y en el cual el precio de la entrada es el terror y el compromiso en la comisaría seccional. Otras veces lo inesperado es una señora dándose de cachetadas con su vecina, mientras un coro de mocosos se prende de las polleras de las furias y el zapatero de la mitad de cuadra asoma la cabeza a la puerta de su covacha para no perder el plato.

Los extraordinarios encuentros de la calle. Las cosas que se ven. Las palabras que se escuchan. Las tragedias que se llegan a conocer. Y de pronto, la calle, la calle lisa y que parecía destinada a ser una arteria de tráfico con veredas para los hombres y calzada para las bestias y los carros, se convierte en un escaparate, mejor dicho, en un escenario grotesco y espantoso donde, como en los cartones de Goya, los endemoniados, los ahorcados, los embrujados, los enloquecidos, danzan su zarabanda infernal.

Porque, en realidad, ¿qué fue Goya, sino un pintor de las calles de España? Goya, como pintor de tres aristócratas zampatortas no interesa. Pero Goya, como animador de la canalla de Moncloa, de las brujas de Sierra Divieso, de los bigardos monstruosos, es un genio. Y un genio que da miedo.

Y todo eso lo vio vagabundeando por las calles.

La ciudad desaparece

La ciudad desaparece. Parece mentira, pero la ciudad desaparece para convertirse en un emporio infernal. Las tiendas, los letreros luminosos, las casas quintas, todas esas apariencias bonitas y regaladoras de los sentimientos, se desvanecen para dejar flotando en el aire agrisado, las nervaduras del dolor universal. Y del espectador se ahuyenta el afán de viajar. Más aún: he llegado a la conclusión de que aquel que no encuentra todo el universo encerrado en las calles de su ciudad, no encontrará una calle original en ninguna de las ciudades del mundo. Y no las encontrará, porque el ciego en Buenos Aires es ciego en Madrid o Calcuta...

Escuela de vida

Recuerdo perfectamente que los manuales escolares pintan a los señores o caballeritos que callejean como futuros perdularios, pero yo he aprendido que la escuela más útil para el entendimiento, es la escuela de la calle, escuela agria, que deja en el paladar un placer agrí-dulce y que enseña todo aquello que los libros no dicen jamás. Porque, desgraciadamente, los libros los escriben los poetas o los tontos.

Sin embargo, aún pasará mucho tiempo antes de que la gente se dé cuenta de la utilidad de darse unos baños de multitud y de callejeo. Pero el día que lo aprendan, serán más sabios, y más perfectos y más indulgentes, sobre todo. Sí, indulgentes. Porque más de una vez he pensado que la magnífica indulgencia que ha hecho eterno a Jesús, derivaba de su continua vida en la calle. Y de su comunión con los hombres buenos y malos, y con las mujeres honestas y también con las que no lo eran.



EL HOMBRE CORCHO

El hombre corcho, el hombre que nunca se hunde, sean cuales sean los acontecimientos turbios en que está mezclado, es el tipo más interesante de la fauna de los pilletes.

Y quizá también el más inteligente y el más peligroso. Porque yo no conozco sujeto más peligroso que ese individuo que, cuando viene a hablaros de su asunto, os dice:

—Yo salí absuelto de culpa y cargo de ese proceso con la constancia de que mi buen nombre ni mi honor quedaban afectados.

Bueno, cuando un “malandra” de esta o de cualquier otra categoría os diga que “su buen nombre y honor no quedan afectados por el proceso”, pónganse las manos en los bolsillos y abran bien los ojos, porque sino les ha de pesar más tarde.

Ya en la escuela

Ya en la escuela fue uno de esos alumnos solapados, de sonrisa falsa y aplicación excelente, que cuando se trataba de tirar una piedra se la alcanzaba al compañero.

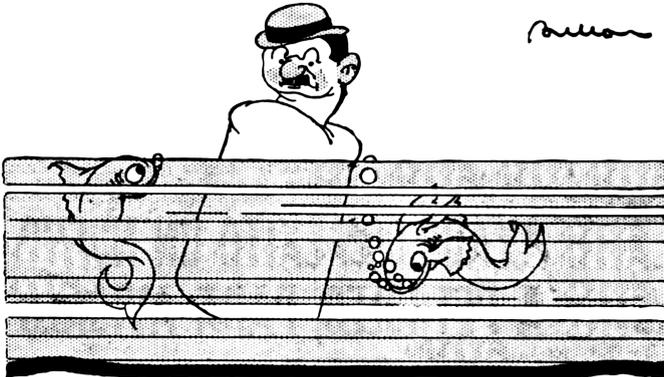
Siempre fue así, bellaco y tramposo, y simulador como él solo.

Este es el mal individuo, que si frecuentaba nuestras casas convencía a nuestras madres de que él era un santo, y nuestras madres, inexpertas y buenas, nos enloquecían luego con la cantinela:

—Toma ejemplo de Fulano. Mira qué buen muchacho es.

Y el buen muchacho era el que le ponía alfileres en el asiento al maestro, pero sin que nadie lo viera; el buen muchacho era el que convencía al maestro de que él era un ejemplo vivo de aplicación, y en los castigos colectivos, en las aventuras en las cuales toda la clase cargaba con el muerto, él se libraba en obsequio a su conducta ejemplar; y este pillete en semilla, este malandrino en flor, por “a”, por “b” o por “c”, más profundamente inmoral que todos los brutos de la clase juntos, era el único que convencía al bedel o al director de su inocencia y de su bondad.

Corcho desde el aula, continuará siempre flotando; y en los exámenes, aunque sabía menos que otros, salía bien; en las clases igual, y siempre, siempre sin hundirse, como si su naturaleza física participara de la fofa condición del corcho.



Ya hombre

Ya hombre, toda su malicia natural se redondeó, perfeccionándose hasta lo increíble.

En el bien o en el mal, nunca fue bueno; bueno en lo que la palabra significaría platónicamente. La bondad de este hombre siempre queda sintetizada en estas palabras:

“El proceso no afectó ni mi buen nombre ni mi honor”.

Allí está su bondad, su honor y su honradez. El proceso no “los afectó”. Casi, casi podríamos decir que si es bueno, su bondad es de carácter jurídico. Eso mismo. Un excelente individuo jurídicamente. ¿Y qué más se le puede pedir a un sinvergüenza de esta calaña?

Lo que ocurrió es que flotó, flotó como el maldito corcho. Allí, donde otro pobre diablo se había hundido para siempre en la cárcel, en el deshonor y la ignominia, el ciudadano Corcho encontró la triquiñuela de la ley, la escapatoria del código, la falla de un procedimiento que anulaba todo lo actuado, la prescripción por negligencia de los curiales, de los aves negras, de los oficiales de justicia y de toda la corte de cuervos lustrosos y temibles. El caso es que se salvó. Se salvó “sin que el proceso afectara su buen nombre ni su honor”. Ahora sería interesante establecer si un proceso puede afectar lo que un hombre no tiene.

El Corcho y el comercio

Donde más ostensibles son las virtudes del ciudadano Corcho es en las “litis” comerciales, en las trapisondas de las reuniones de acreedores, en los conatos de quiebras, en los concordatos, verificaciones de créditos, toma de razón, y todos esos chanchullos donde los damnificados creen perder la razón, y si no la pierden, pierden la plata, que para ellos es casi lo mismo o peor.

En estos lios espantosos de turbios y de incomprensibles, es donde el ciudada-

no Corcho flota en las aguas de la tempestad con la serenidad de un tiburón. ¿Que los acreedores se confabulan para asesinarlo? Pedirá garantías al ministro y al juez. ¿Que los acreedores quieren cobrarle? Levantará más falsos testimonios que Tartufo y su progenitor. ¿Que los falsos acreedores quieren chuparle la sangre? Pues, a pararse, que si allí hay un sujeto con derecho a sanguijuela, es él y nadie más. ¿Que el síndico no se quiere “acomodar”? Pues, a crearle al síndico complicaciones que lo sindicarán como mal síndico.

Y tanto va y viene, y da vueltas, y trama combinaciones, que al final de cuentas el hombre Corcho los ha embarullado a todos, y no hay cristo que se entienda. Y el ganancioso, el único ganancioso, es él. Todos los demás, ¡van muertos!

Otras corcherías

Fenómeno singular, caerá, como el gato, siempre de pie. Si es en un asunto criminal, se libra con la condicional; si en un asunto civil, no paga ni el sellado; si en un asunto particular, entonces, ¡qué Dios os libre!...

Tremendo, astuto y cauteloso, el hombre Corcho no da paso ni puntada en falso.

Y todo le sale bien. Así como en la escuela pasaba los exámenes aunque no supiera la lección, y en el examen siempre acertó con una bolilla favorable, este sujeto, en la clase de la vida, la acierta igualmente. Si se dedicó al comercio, y el negocio le va mal, siempre encuentra un zonzo a quien endosárselo. Si se produce una quiebra, él es el que, a pesar de la ferocidad de los acreedores, los arregla con un quince por ciento a pagar en la eternidad, o cuando pueda o cuando quiera. Y siempre así, falso, amable y terrible, prospera en los bajíos donde se hubiera ido a pique, o encallado, más de una preclara inteligencia.

¿Talento o instinto? ¡Quién lo va a saber!

CASAS SIN TERMINAR

¡Qué sensación de misterio y de catástrofe inesperada dan esas construcciones no terminadas donde, sobre los muros a desnivel, se levantan los marcos ennegrecidos por la intemperie y las aberturas exteriores tapadas por chapas de zinc, donde el viento chasquea siniestramente en las noches de invierno!

Esas son las "casas" donde la imaginación infantil localiza los conciliábulos de ladrones, las reuniones de asesinos; esas son las "casas" donde, al oscurecer, se ven entrar o salir sombras subrepticias que de ser descubiertas llenarían luego de escándalo al barrio.

Catástrofe

Y dan, más aún que el cartel de remate judicial, la idea de la catástrofe económica. Sugieren, de pronto, la idea de un pleito monstruoso; los folios innumerables cubriendo la mesa de un juez; los albañiles rechinando los dientes en la antecámara de la secretaria, y el misterio..., el misterio de vacío que es el que llena sus aberturas tapadas por chapas de zinc.

Todo es singular en la casa interminada. Los muros se levantan desolados, la tierra hace montecillos en los interiores de las habitaciones destechadas;

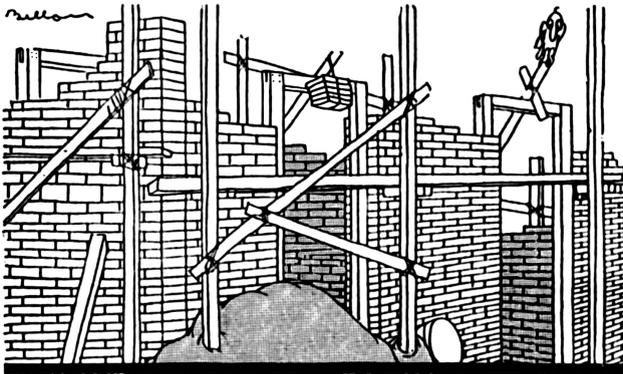
un montón de mezcla se ha solidificado lentamente; el pozo de la cal ha dejado ya aparecer entre las escoriaciones de la superficie una mata de pasto; las arañas improvisan su albergue en los rincones, y un trapo podrido, seco, negro, cuelga de algún clavo; y todo está como si la tarea de edificación hubiera sido interrumpida inesperadamente por un fenómeno cósmico, por algo superior a las fuerzas del hombre.

Sí, esa es exactamente la impresión que suscita.

Y la gente que pasa no puede menos de volver la cabeza y mirar, intrigada, los muros interminados, rojos; el fondo oscuro de una medianera cerrando un triángulo y los recovecos desnudos, ásperos, como si los hubiera lamido el calor de un terremoto, mientras los ciempiés corren por las chapas de zinc agujereadas.

Y si el corazón del hombre iba cargando una alegría, de pronto, en presencia de la casa maldita, esa alegría se rechaza, desaparece. Y una angustia súbita, un malestar invencible, agría el semblante del mirón.

Y es que esa casa, sin techos, sin puertas, sin revoque, es el exponente de un fracaso de ilusiones, la demostración



más evidente de que su dueño fue sorprendido por algo terrible cuando menos lo esperaba.

¿Qué ocurrió?

Sin quererlo, se comienza a imaginar qué es lo que pudo haber sucedido, y ya se piensa que el hombre emprendió una construcción con cálculos falsos acerca de los gastos a poder efectuar. Otras, en cambio, se plantea una tremolina con los albañiles, una de esas broncas sordas por una cláusula de contrato llevada al revés. Otras es un embargo, uno de esos embargos traidores y que parecen llovidos del cielo o brotados del infierno, pues no se soñaba con tal deuda; pero siempre, siempre es lo imprevisible, el diablo de lo imprevisible, porque en la obra, como después de una fuga ante una inundación, queda una gorra; tachos de mezcla endurecida, pues ni se tomaron el trabajo de limpiarlos; un tirante atravesado de mala manera ante la puerta para impedir que los vagos penetren; tirante que para nada sirve, y que pronto desaparece en la hornalla de una casa vecina.

Y el tiempo que permanecen esas misteriosas casas abandonadas es increíble.

En la calle Laguna (Floresta), al 700, más o menos, hay una edificación de dos pisos en este estado. El trabajo se interrumpió al llegar a la planta alta, y poco después de colocarse los marcos. Hace tres años, por lo menos, que permanece en tal abandono.

¿A quién pertenece? ¿Qué es lo que ha ocurrido allí? ¡Vaya uno a saberlo! Pero no hay chico del barrio que no corra la chapa de zinc para meterse allí a jugar o a hacer travesuras.

En Chivilcoy y Gaona, Floresta también, hay otra casita en el mismo estado. Sólo que allí no han colocado ni marcos ni chapas. Los siete muros están de pie vaya a saber hasta cuándo.

En la Avenida San Martín, cerca de Villa del Parque, también había otra en blo-

ques de cemento. O se le terminó la tierra romana al ciudadano constructor o la municipalidad no transó con la innovación.

En la misma Avenida San Martín y Añasco, mucho más arriba, o sea casi en Villa Crespo, durante la guerra había otra casa de tres pisos, en idéntico abandono. Las escaleras eran de tablas, los techos en parte de bovedilla y en otras cubiertos de chapa. Yo conocí mucho esa casa.

Una historia

Era durante la guerra, en la que la abominable "lista negra" dejó en la calle a muchas familias alemanas. Y en esa ruina, acorralados por la pobreza, se refugió una familia que nosotros conocíamos. Pero como ellos no eran los dueños de la catastrófica casa, en otras piezas se refugiaron unos rusos, y luego, como amenazaran venir más, las dos familias tuvieron que coaligarse para impedir que toda la vagancia de Villa Crespo buscara yacijas en la casa infernal.

Cuando llovía, allí era casi peor que en la calle. El agua rodaba por los muros, se desprendía de las bovedillas, y un anciano ruso se fracturó, una noche, una pierna al bajar por un tablón con varillas atravesadas, que era todo lo que constituía la escalera. Sin embargo, esta familia, y la otra familia, vivieron en la barraca como tres años. Jamás fue nadie a preguntarles con qué derecho se habían instalado allí. Lo único que sabían era que una tarde los albañiles se retiraron y no volvieron más. Y eso es todo.

Y es así que las casas interminadas, las casas que hacen mirar oblicuamente a los vigilantes, que saben que allí se refugian sujetos turbios y se producen novelas inconfesables, sean las más interesantes y también las más misteriosas, misteriosas porque contrarían el espíritu de todos los tratados de construcción que establecen que una casa, cuando se comienza, se termina...



LLEGÓ LA PEGAJOSA PRIMAVERA

Anteayer fue el primer día de primavera; o se produjo la primavera, que para el caso es lo mismo, aunque maldita la gracia que me hace personalmente dicho acontecimiento. Ante todo, porque con la primavera la gente se vuelve un poco más cargante que en el invierno, y después porque está escrito; con el advenimiento de la fastidiosa estación, todos los poetastros de la ciudad y de las praderas vierten cubos de poesía pastosa y de lirismo alfalfoso en cuanta página aparece en letras de imprenta.

Las poetisas y la primavera

Ante todo, las poetisas en general, y en particular, me merecen una singular antipatía. Y es que son tan espirituales, las pobres. La vida y los versos se los pasan entre cisnes y lagos y otras pavadas ecuánimes.

En invierno, estas individuos, cejan un poco en su desastrosa labor. Pero en cuanto se produce la maldita estación, no hay potrero poético de revista que ellas no cubran con sus elucubraciones y lo traen a Apolo y a Febo en cada beles, que la mitología se hace un lío que ni Dios lo entiende.

Estoy seguro de que ya no hay revista de esta ciudad a la que no hayan llegado quinientos poemas sobre el advenimiento de la primavera, y las “avecillas canoras” y las flores del durazno

y de los árboles que no son duraznos y de toda la retahíla de los malditos lugares comunes con que estas enemigas de la paz de los hombres honrados, abusan en cada estación.

De los poetastros no hablemos. Ahora me explico por qué el maestro de don Ramiro abominaba de “la estación libidinosa”. Es que la echaban a perder todos los poetastros de la época, porque en aquellos tiempos las poetisas no existían, y si existían, se guardaban bajo siete llaves para que, con el ejemplo, no infestaran su mal a la república, y sólo se enseñaban con curiosidad a los extranjeros que no amenazaban con radicarse en el país.

Los poetastros y la primavera

Yo creo que el gobierno debía prohibir a los poetastros que hablaran de la primavera bajo pena de muerte.

Porque no hay año en que llegue la cargante estación en que estos señores no se lancen a pergeñar varas y más varas de versos, como si de la longitud y abundancia de sus consonantes dependiera la fructificación de la naturaleza.

Además que estos señores se ponen insoportables por efectos de la estación. A la hija del panadero de la esquina, la llaman diosa, y a la sobrina del carbonero, Venus Anadiomena, que en griego quiere decir “nacida de la espuma”. ¿Se



dan cuenta ustedes?, ¡llamarle nacida de la espuma a una tía carbonosa!

Esto, sin contar con las endechas a la luna, a los crepúsculos, a los lagos y a los cisnes negros, porque a los poetas les encantan los cisnes negros y la melancolía de la primavera, aunque personalmente son robustos sujetos, nada propensos a la tristeza y sí voraces comedores, que en la casa donde los invitan a cenar, desmantelan la despensa por una semana, y hacen tales brechas en las economías del dueño, que las finanzas de éste se resienten por un tiempo.

Tales son los poetas velludos, que llaman diosas a las hijas de los carboneros y que llevan una vida poco compatible con los principios de la decencia, las buenas costumbres y la moral.

Los gordos y la primavera

No hay gordo que, con la entrada de la estación, no haya soñado anoche con la mesa de un bar bajo un toldo con rayas rojas y blancas. Y bajo el toldo, una mesa, y junto a la mesa, él, y sobre la mesa una pila de felpudos y un “chop” o un vaso en forma de barril conteniendo una respetable cantidad de bebida amarga y color de bronce.

Y es que a los gordos les encanta la primavera. Es cuando su humanidad se mueve con naturalidad en las veredas donde jadean los hombres flacos y biliosos, mientras que ellos, orondos, simbólicos, bien saciados y pujantes, se establecen en una mesa como quien toma posesión de una colonia, y no se mueven de allí hasta que anochece, mirando como los pájaros hacen cabriolas en las horquetas de los árboles y como los pobres diablos sudan bajo sus trajes de media estación, mientras que ellos, inmunes al sol, como yacarés, ingurgitan una cervecería semanal.

Y esta alegría se explica, porque los hombres gordos son animales primaverales. Lo único que les falta es adornarse la frente con pámpanos y colas de cebollas para parecerse a su divino y atorrante antecesor el dios Baco, dios gordo, bien nutrido e infatigable bebedor de cuanta bebida inventaron los fondos de su tiempo.

Los pobres y la primavera

A los que no les hace ninguna gracia la primavera es a los pobres, a los empleados de ciento veinte pesos mensuales y a todos los pobres diablos que la “yugan” en serio. A esos sí que se les arma el conflicto económico y trascendental.

Ante todo, porque hay que archivar el gabán. Y si es cierto que el hombre existe bajo un gabán, no hay, en cambio, la seguridad que bajo un gabán exista un traje. Puede existir medio traje. O un cuarto de traje. O un conato de traje. O un traje que ya no es traje ni harapo ni nada, sino algo indescriptible, nefando, algo que está roto por los codos, que pierde el forro, que tiene los ojales hechos unos escobenes (agujero por donde pasa la cadena del ancla), y los fondillos, una cáscara de cebolla que se rompió en otro invierno, etc., etc.

Este es el terrible problema que se les presenta a los pobres diablos de la ciudad* que tienen que archivar el gabán para lucir un cuerpo galgo y gentil. ¿Se dan cuenta ahora ustedes por qué la primavera acaba por perder su sentido, humorísticamente poético, para adquirir un sentido trágico y severo? El del hombre que se tiene que endeudar en diez mensualidades, con garantía y sobregarantía, para poder salir a la calle..., y sino perder el empleo, o pasar por loco saliendo en verano con un arpi-llerudo gabán.

* Esta palabra se encuentra parcialmente ilegible en el documento original de archivo. Por contexto y con utilización de inteligencia artificial, se deduce que la misma puede ser “ciudad”.

VIDA DE LOS VIGILANTES

Indudablemente para resolverse a escoger la profesión de vigilante, hay que tener, ante todo, muchas recomendaciones y después mucha necesidad de comer.

Porque, en substancia, no hay oficio más lúgubre, aburrido y estúpido que el de estarse ocho horas continuas haciendo el figurón en una esquina, mientras que el tiempo, sin tener en cuenta las necesidades del hombre, hace dibujos de agua y arabescos de frío en el lomo del damnificado.

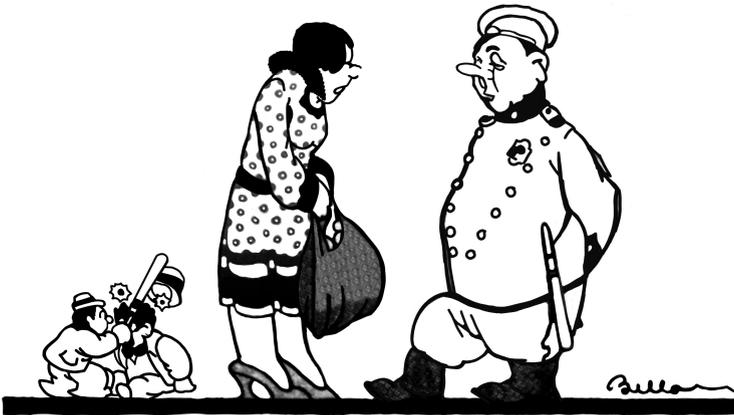
Variedades de vigilante

En otra época el vigilante era un producto humorístico o salvaje, una de dos. Salía bravo como un diablo, o era el hazmerreír de la purretada de los barrios que a la distancia los llamaba por sus sobrenombres con un desparpajo a toda prueba

que se ha tomado al que ha venido y entonces, junto al tipo enteco, aparece el mulatazo gordo, que por bárbaro bien podría aspirar a matarife, y que por equivocación tiene a su cargo el registro de la cultura de la población.

Después de unos meses en la academia de policía, donde se les enseña a marcar el paso, a saludar y las variables ordenanzas de tráfico indispensables para volverlo loco a un pobre chauffeur, se lanza a la calle y a una parada a un hombre que sabe perfectamente esto: que nadie puede resistirle porque a él lo defiende la ley que pena el desacato.

Naturalmente, en el gremio hay muchos excelentes padres de familia, gente que sabe lo que son necesidades y que en caso de apuro le dan una manito a un financista apurado, pero la mayoría de los polizontes son sujetos agrídulces,



En la actualidad el vigilante es un producto híbrido, semieducado y sin preparación policial que valga un comino.

Lo salva el uniforme

Para escoger a este hombre no se ha seguido tampoco ningún criterio, sino

malhumorados de ese oficio perro, donde se momifican en el verano a los rayos del sol y en el invierno se congelan a la sombra de las murallas, o en la bocacalle que mira a un río o a un desierto, o que está a media cuadra de la pampa en la ciudad de Buenos Aires.

Ocho horas parados

Reconozcamos de paso que no debe haber nada más reventador que eso de estarse ocho horas en una esquina, esperando que no ocurra nada grave para no verse envuelto en un lío o no resultar descalabrado por intervenir a destiempo.

Sobre todo las ocho horas; ocho horas que deben ser interminables, y que el damnificado no ve pasar nunca, pues el trabajo consiste en no trabajar, y en estar como si se trabajara, ya que es un terrible trabajo ese de no trabajar por encargo, holganza que se convierte en cruel expectativa para irse a descansar, para reposar las plantas de los pies, que deben estar ardiendo, para estirar el cuerpo en una hamaca o en una cama, y para dormirse, olvidando que todos los santos días del año, el culpable se ha de pasar de plantón las ocho horas, interminables de minutos uniformes, estúpidos, agotadores...

Distracciones del vigilante

Las distracciones del vigilante que no es padre de familia se limitan a esto: el amor.

No hay polizonte que no esté una semana en un barrio, que ya no se insinúe en el corazón de una menestrala, o de una mucamita que tenga debilidad por el uniforme.

Otra de las distracciones del vigilante, es observar la vida de los vecinos, saludarse amablemente con el dueño de un automóvil que radica en la circunscripción, conversar con los verduleros que surten de mercadería a la manzana, escuchar las confidencias de los mucamos y, en definitiva, enterarse de todo lo que no les importa. De esa curiosidad, natural o policialesca, ha derivado muchas veces la pista o el descubrimiento de un hecho delictuoso, que luego en las planas de los diarios se atribuye siempre a las "investigaciones efectuadas por el personal superior de la comisaría".

Y en substancia es el pobre diablo que está de parada, el que ha descubierto o dado los caminos a seguir, para esclarecer el hecho; pero como es un simple vigilante, nadie hace caso de él, y si el informe se pasa, se pierde entre los cientos de informes que para la jefatura pasan todos los días las seccionales.

El vigilante y los asaltos

Muchas veces, la gente dice que es extraño que estando un vigilante a media cuadra del suceso, éste no se haya podido evitar o haya sido imposible apresar a los malhechores; pero nadie piensa que el vigilante es un señor de carne y hueso, como todos los vecinos que ponen el grito en el cielo, y que el hecho de ser vigilante no implica que el sujeto pierda la debida estima y respeto a su pellejo.

Porque reconozcamos que es mucho pedir por ciento ochenta pesos mensuales, sin contar con el descuento para la jubilación, los calcetines que el individuo se gasta y las medias suelas que les tiene que echar a sus botines por su cuenta, porque eso no lo pagan las comisarías.

De allí que muchos "honestos servidores" sean unos conspicuos asaltantes, es decir, que se rebusquen la vida, incitando a los almaceneros a que les regalen paquetes de cigarrillos, sin contar los fósforos y las copitas, y que este género de coima lo extiendan a las verdulerías, a las tiendas, donde piden fiado un par de medias —que el tendero sabe que no cobrará jamás— y toda una serie de pequeños e insignificantes regalitos que redondean su presupuesto enjuto en demasia.

Y ello se explica. Ocho horas de plantón, la perspectiva de una bala perdida o de un garrotazo encontrado, y encima quedarse en la calle en cualquier momento por cualquier bagatela. ¡Que no embromen!

“¿NO SE LO DECÍA YO?”

Siempre que en una casa, por intercesión o culpa de un tercero, ocurre un desbarajuste, no falta un miembro de la familia que exclame, regocijado:

—¿No se lo decía yo? Siempre me pareció que esto iba a terminar así.

Como es natural, sobre si el referido miembro lo dijo o no lo dijo, se arma otra pelotera de San Quintín; pelotera que en modo alguno aclara el lío, sino que lo enturbia más, pues, por efecto de los ánimos explosivos, viene a suscitar nuevos chismes, nuevas historias, nuevos coscorrónes.

La primera impresión

Y es que la frase trae siempre a colación una primera impresión; primera impresión que se desechó por inútil, ya que el semblante nuevo es como una tierra desconocida que, por sus accidentes, permite juzgar de su topografía, de sus posibilidades transitables y de otras tantas condiciones que se relacionan con la vida.

De ahí que muchos, cuando se encuentran en presencia de un rostro nuevo, es como si de pronto tuvieran ante los ojos un mapa; mapa que les permite, en el aturdimiento de las palabras que

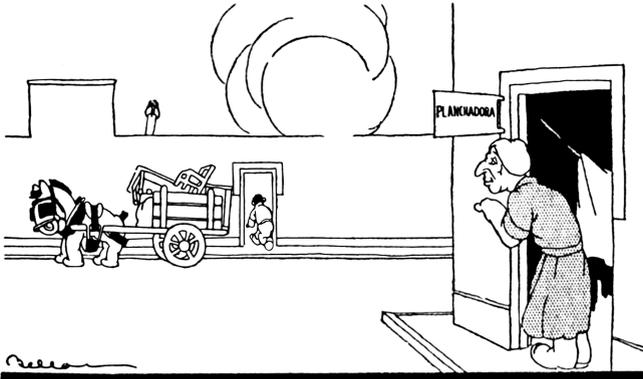
se cambian por vez primera, intuir las virtudes o los vicios de ese nuevo conocido que se mueve en las voces y los gestos y los rasgos faciales.

Son gentes que llegan hasta a adivinar cosas ajenas. No se trata de magos ni de brujos, de quirománticos ni de astrólogos, sino de intuitivos, como explicaremos más adelante.

Para ellos la cara de un individuo es como un libro abierto, escrito con letras grandes y con figuritas explicativas. Por eso difícilmente se equivocan. Y esa habilidad extraordinaria la han desarrollado hasta lo maravilloso por su ilimitado amor a la alacranería. Porque no es posible hablar muy bien ni mal de la gente si uno no conoce a su víctima. Y el afán de alacranear se hace tan intenso, que los alacranes aprenden a reconocer a la gente con una certeza y una rapidez inconcebible. Así largan su baba de maledicencia, y así, también, demuestran sus dotes proféticos cuando dicen: “¿No se lo decía yo?”

“Es murmurar”

Y es que cuando un individuo, un poco sensible, comienza a manifestar sus primeras impresiones, resulta fre-



cuentemente que se le tacha de venenoso o de alacrán; y cuando sus profecías se confirman, se le mira con una rabieta mal simulada; esa rabieta con que juzgaríamos a un hombre que nos pudo salvar de un peligro y que no lo hizo, aunque sabemos perfectamente que el “intuitivo” no tuvo la culpa, ya que bien nos lo advirtió.

Lo cual, entre paréntesis, no es ningún mérito ya que la gente, por lo general, es más bien buena que mala, y entonces, menos peligro de equivocarse se corre pensando desfavorablemente de la humanidad que de un modo optimista.

Quienes son los intuitivos

Según los manuales de ciencias ocultas y de psicología trascendental, los intuitivos son personas de gran sensibilidad y cultura, gente cuyo refinamiento interior y exterior les permite juzgar, a simple vista, de la mentalidad de sus semejantes. Esto, según la psicología; porque, según los libros de ciencias ocultas, esas intuiciones son el producto de una vida pura, física y mentalmente hablando.

Pero yo he descubierto que eso debe ser puro macaneo, o macaneo libre de gente que necesita escribir un libro y, sobre escribirlo, venderlo.

Y hago esta brusca proposición porque he observado que en los barrios de nuestra ciudad las que desempeñan tal tarea profética no son personas de extraordinaria cultura ni vida interior semejante a la del Buda o de Cristo, sino viejas de nariz ganchuda, ancianas terribles por lo chismosas; de sonrisa meliflua, que a cada mudanza que se efectúa en el barrio, se asoman, envueltas en una pañoleta, a la puerta de calle y con una sonrisa burlona, aguzando como destornilladores sus ojillos grises, controlan todos los trastos que los faquines bajan de los carros.

Otras vecinas, igualmente curiosas, mosquetean la descarga, y la vieja intuitiva reserva la opinión hasta la tarde.

Al día siguiente, la de la ganchuda nariz y lengua de lezna, observa a sus nuevos vecinos con sonrisa afectuosa. Pasa, de intento, tres veces frente a la casa, para notar de qué modo visten las mujeres, para verles la cara, y luego, prudente, friolera, se recoge. Ha formado opinión.

En la carnicería

Y al otro día, en la carnicería, cuando todas las amigas hacen rueda en torno del bofe o de un repollo, mientras que la mujer del carnicero vigila el puesto de verdura, la vieja, al ser interrogada, contesta:

—Me parecen unos tramposos.

Y lo curioso es que la maldita vejezuela acierta.

Otras veces, el estudio psicológico se refiere al novio de la niña.

La anciana metementodo observa dos o tres días la cara del galán, y luego, un día, cuando se habla de bodas y de noviazgos, y en la conversación se entremezcla el futuro matrimonio de la mocita que despierta todas las envidias de sus amigas, la de la nariz ganchuda dice:

—El corazón me da que el mozo ese la va a plantar con la ropa comprada.

Y así ocurre. Un buen día, el bergante desaparece, y todas las comadres, recordando la predicción de la condenada vieja, exclaman:

—Pero, ¿había visto? ¡Qué olfato tiene doña María!

—Y es que doña María, o doña X, se pasa la vida estudiando la vida del prójimo. Y la estudia con apasionamiento inconsciente en todos los detalles exteriores que permiten hacer deducciones profundas, y llega un momento en que ve con más claridad en las vidas de los otros que en la propia.

ENGAÑANDO EL ABURRIMIENTO

Entre el pomposo teatro de variedades con letreros al ozono y el barracón atorrante, donde se exhibe la pobrería transcontinental de la variedad bufonesca y ambiente, media toda una gama de antros más o menos calificables e interesantes.

Pero, sin disputa alguna, el más sugestivo de los teatruchos atorrantes es aquel salón equívoco, mezcla de circo y de taberna milagrera, donde se acomodan a las mesas insignes haraganes y desocupados que, por el capital de unas monedas, se dan un baño de arte adecuado a su imaginación.

El teatro de la muerte

El teatrucho de mala muerte se caracteriza en nuestra ciudad por estar situado en el centro de la misma, o en una de sus arterias principales.

Un zonzo vestido de hindú toca un bombo con más palancas que una locomotora, mientras que a sus costados, en espejos convexos y cóncavos, los papanatas se contemplan gordos como naranjas o larguiruchos y flexibles como palmeras.

Al otro lado de la barraca, un planchador de sombreros estropea concienzudamente los “funghis” de económicos ciudadanos, mientras que los galopines de un lustrabotas vociferan su sacramental y ensordecedor:

— ¡Pase, caballero..., que no le va a pasar nada! ¡Paseeee!...

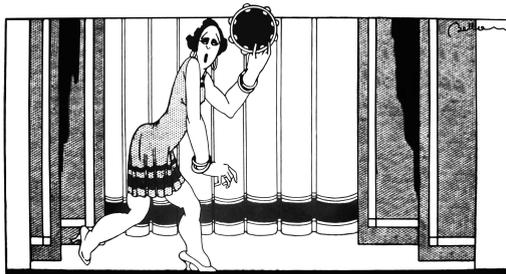
La pobrería de todas las clases comerciales está allí hermanada del modo más absurdo y pintoresco.

Un ex ladrón se dedica a fabricar llaves yales en tres minutos, y al mostrador se suelen arrimar insignes escruciantes en busca de llaves para sus oficios y negocios; un grabador rumano y famélico, talla en aluminio, el nombre de cualquier papanatas que no sabe en qué tirarse diez centavos, mientras que un prodigioso bribón, de nariz al rojo y barba de pescado antártico, reparte el programa del teatrucho de variedades, sonándose las narices con los dos dedos de la mano derecha.

El programa

El programa es una papa de internacionalismo fraternizado con la urgencia del hambre y del macaneo.

Canta “La Cielito”, tonadillera española que cantó ante Sus Majestades y Altezas Reales de España. Hace un número cómico el bergante de Franfrucheli, caballero italiano “que es un derroche de gracia”; bailará La Dolores, “Reina del Jaleo”; luego “La Maleva”, acompañada en guitarra por el profesor X. X. El profesor X. X. es un insigne malandrino, con cascabeles de asesino y puntas de ladrón, al decir del Quijote.



Tiene la cara cruzada de un tajo formidable, y la melena cortándole la frente como un revés de betún.

Luego continúan “Los Irlandeses”, con canciones típicas; las dos “Hermanas Búlgaras”, que cantarán música nacional (de Bulgaria se entiende), y, por último, “La Palazzini”, eximia soprano “napoletana”.

Adentro

Adentro levantan la guardia media docena de agentes de investigaciones. Tienen caras de asesinos, de ladrones y de tahúres. Hacen círculo en torno de las mesas y esperan la llegada de dudosos clientes que son ladrones auténticos y asesinos de verdad. Una campana; el bombo, la marcha Real Española, el Himno Nacional, y un paso doble, le hacen el tren al salón casi vacío de concurrencia. Un salón oscuro, donde la patota de pesquisas sugiere un cuadro de novela de Ponson du Terrail.

Uno que otro aburrido va entrando al patio de Monipodio.

Ya es un chauffeur con el coche en el garaje; una mucama en vacaciones; dos porteros que quieren cultivar sus conocimientos estéticos escuchando a La Dolores y a la “Reina del Jaleo”, luego un napolitano con patente de carrito de verdura y unos “baffi” como cimatarra. Lo siguen dos vagos que pueden ser cualquier cosa menos personas decentes. Sentados en sus respectivas mesas, tres escolares, con marca de raboneros, un filósofo que busca mujeres a quien regenerar y que se ha equivocado de camino, pues debía entrar en el Ejército de Salvación, más tarde un hombre de pata de palo, que debe esconder cocaína en la extremidad apócrifa; un diarero, un padre de familia con su respetable y gorda cónyuge. El público aumenta, mientras los bergantes de la orquesta insinúan el preludio de un pasodoble, y el del violín adopta posturas sentimentales de genio

en desgracia. El mozo hace arabescos y cabriolas para atender las mesas que se van colmando. La patota de “tiras” husmea como los perros atraillados cuando ventean la caza.

Se corre el telón

A los acordes de la Marcha Real Española se corre el mugriento telón, y luego, ya jamona, abanicándose, haciendo pamplinas con la gesta, aparece la soprano “napoletana”: una tía ex cocinera a quien le dio esa chifladura, y que canta desgarrando los tímpanos de ese público hecho a los aullidos más extraordinarios.

El público se ríe y se divierte. La pobre diabla comprende que está haciendo un papelón, pero, ¿qué le va a hacer? La laringe no le da para más y tiene que comer.

Desaparecida esta furia, viene “La Maleva” y el profesor de guitarra X. X. Cuando el profesor ve la patota de pesquisas se pone verde; luego temple la guitarra; y turbulenta, “chiclana” y fea como un diablo aparece “La Maleva”, desgañitándose en un tango feroz. La tribu de los diareros vocífera de entusiasmo. El profesor de guitarra hace saltar las cuerdas y la moza de vestido colorado y vincha verde, se enronquece de entusiasmo.

Finalmente, aparecen los irlandeses que no son irlandeses ni nada, sino dos pilletes que mascullan con acento catalán, vaya a saber qué jerga infernal, y que se valen de un traje y medio de frac, para actuar en las tablas como artistas. El público les tira con manises y los perdularios se van con la jerigonza a otra parte.

Y todo allí es triste y manido. Refugio de la pobreza y del fracaso, el teatro de variedades del centro, es como el islote de la mala muerte, de la bebida y del mal gusto. Y, sin embargo, la gente va. Va porque allí se aburre pensando que se divierte. Y a todos nos gusta engañarnos, ¡qué embromar!



EL PARÁSITO JOVIAL

Confundir al parásito jovial con el "squenun", o el hombre que se tira a muerto, es un craso error.

El parásito jovial, o el "garronero", como lo llamamos nosotros en nuestra "fabla" gentil y armoniosa como el canto de una sirena (la poesía es influjo de la primavera), el garronero es un ente no abstracto y metafísico, como podría interpretar un profesor de filosofía. No; el garronero no es una entelequia, el garronero es un ser de carne y hueso que anima y contribuye al engrandecimiento de la economía de nuestro país haciendo que los otros gasten por ellos y por él, de modo que éste personaje es un artefacto de utilidad pública que bien merece nuestra atención.

Origen del término

Ya en el pícaro Guzmán de Alfarache aparece en Toledo la hermandad de los Caballeros de la Garra. Los Caballeros de la Garra se dedican a toda actividad estafadoresca, y no hay personaje con escudos o despensa bien puesta, que se escape a la voracidad de su garra. El buscavidas porteño y el maleante bonaerense, de pronto descubrieron que ese gesto, zarpazo o golpe, merecía un calificativo extraordinario, y quizá al-

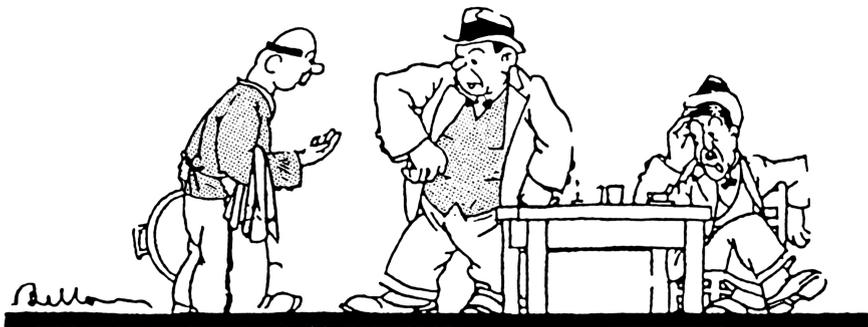
gún andaluz redicho y perdulario, o algún ladrón erudito, encontró el término exacto y, de pronto, para definir el movimiento de apresar la cosa lo llamó "garrón".

Garrón, en su origen, quiso definir el asalto, luego, vaya a saber por qué misteriosas operaciones de transformación del lenguaje (véase Otfried Müller, "Estudios de filología") el término continuó ampliándose, y al individuo, que era aficionado, que daba con suma frecuencia ese manotón de fiera hambrienta, se le llamó "garronero", y ya el garronero implicó la categoría de asaltante de comida o de mesa puesta.

Naturalmente, todas las hipótesis planteadas necesitarían luengos estudios para llegar a dar una visión exacta de los matices; pero el asunto es éste:

Se llama garronero en nuestra ciudad a todo sujeto que, sin distinción de credo político, religioso o filosófico, procede de asalto en los negocios que se relacionan con su estómago o con su comodidad.

Luego el término trascendió por su musicalidad. La frasecita halagaba los oídos hechos al bronco amargor del acordeón; y un vendedor de pucheros podridos y de chinchulines pasados, le puso como título a su almacén: "El garrón".



El garronero en la actualidad

El garronero suele ser un “pato” en la mayoría de los casos; y en la minoría, uno de esos malos sujetos que se tiran a muerto cuando sonó la hora de encararse con el mozo.

Pero en la pura acepción de la frase, el garronero es un pobre diablo, un sujeto joven, de botines desportillados, barba de tres días, semblante acaballado y largo de hambre, que siempre que se encuentra con un amigo le dice, si sospecha que el amigo tiene monedas:

—Vamos a tomar un café.

Lo interesante es el garronero en el café. Sentado a la mesa, hace como que no tiene voluntad de tomar; medita. El mozo, que conoce la idiosincrasia del ciudadano, espera con la servilleta apoyada en la mesa; el amigo mira alarmado al garrotero, pensando en qué gastos lo pondrá; y el garronero piensa, mira el aire, la vidriera, y como si le costara un gran esfuerzo pedir, se rasca la barba.

El amigo siente que los bolsillos le arden. ¿Qué irá a pedir ese mal sujeto? Pero el mal sujeto, que brujulea admirablemente el turbio océano de la manga, se resuelve, y dice, por fin:

—Bueno..., tráigame un café.

El amigo lo mira, casi emocionado.

—¿Por qué no tomás otra cosa? —le dice, tibiamente.

—No; tráigame café.

El amigo respira, agradecido.

El golpe garroneril

Y es que el garronero “de café” ha estado consciente, o inconscientemente, haciéndose perdonar el hecho de tomar café, de haber invitado y de no pagar. Y se lo ha hecho perdonar con el susto que le ha dado al otro pobre, que meditaba en el alcance de sus monedas, mientras que el astuto garronero pensaba que, si se precipitaba a pedir café, el otro no le agradecería absolutamente nada, mien-

tras que ahora el que tiene derecho a estar tranquilo en la mesa, y el que, en realidad, se siente superior, es el garrotero, el garronero que ni por un instante perdió la línea, mientras que el otro se mordía los labios impacientemente, sintiéndose cogido en un lazo del cual no podía saber cómo saldría.

Garrón, clásico garrón. Ya explica Guzmanillo las arterias del garronero. Siempre se presentaba en las casas cuando estaban almorzando, y si le preguntaban si había almorzado, contestaba que sí, pero, al rato añadía:

—Come con tanta gracia vuestra excelencia, que le hace apetecer al harto.

O si no:

—En verdad, huele tan bien este guisado, que no probarlo sería pecado.

Abundancia del garronero

Y al cabo de un tiempo el garronero se hace especialista. Su memoria se convierte en una interminable lista de gente que puede servirle, y en cuanto ve a un amigo en un café, se precipita allí, a saludarlo con efusividad, aunque lo haya visto una sola vez, y si le invitan, dice que no; si insisten, acepta, y si no insisten, agrega al rato:

—Vamos a hacerle gasto... y pide, pero pide con tal sutileza, le hace al mozo un gesto tan fino, tan huido, que el amigo no sabe si el mozo se presenta espontáneamente o lo llamó el garronero.

Y como no paga nunca, su sistema acaba por ser aceptado por los que pagan, y a la gente hasta le causa gracia ese eterno parásito jovial, que cuando el otro deja una abundante propina para el mozo, le dice al amigo:

—Che, no los acostumbres mal a los mozos. No hay que dar tanta propina. Que trabajen de otra cosa en vez de ser parásitos del consumidor. Y este consejo del garronero no es otra cosa, en el fondo, que la cólera provocada por la competencia...

FAUNA TRIBUNALESCA

Bien lo dijo Quevedo:

“Abogados y escribanos son aprendices de tósigo y ponzoña graduada”, queriendo dar a entender con ello que era preferible sufrir la acometida de un toro furioso a entrar en relaciones con semejantes bicharracos, despojadores de viudas y enemigos natos del huérfano.

Y hoy escribo esto, porque una magnífica sociedad compuesta por el abogado Galina y el escribano Virginillo, ha sido acusada por una respetable viuda de haberla despojado de todos sus bienes en forma dolosa, lo cual es sumamente grave.

Tan grave, que el juez ha dictado prisión preventiva contra uno de los acusados y el otro pasará raspando la cárcel, si no deja bien sentada su inocencia.

La herencia y el abogado

¿Quién no ha visto el gato y el bofe?

Llega la dueña de casa de la carnicería con un trozo de bofe envuelto en un papel de diario, y aun nadie la ha visto entrar, que el gato, tiesa la cola, enarcado el lomo, plañidero el maullido, implora su participación de una manera conmovedora.

Lo mismo ocurre con ciertos abogados y escribanos en presencia de una herencia. El olor del dinero les pone tan nerviosos, que antes de enfriarse el difunto están ya merodeando por la casa mortuoria, ¡y hay que verlos para creer!

Se acercan a la viuda y al huérfano, compungidos de tanta desgracia, y ellos, cuyo corazón es de duro pedernal y de resistentísimo acero, vierten lágrimas de cocodrilo, y vigilan a los parientes con mirada avizora temerosos de que se les escape la sucesión.

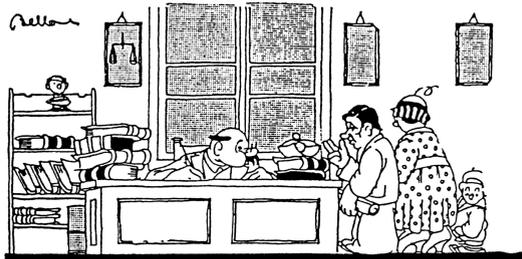
Igual que los gatos

Los parientes del muerto, a su vez, consultan a escondidas con los cuervos legistas, que se comportan dignamente e insinúan respuestas catonianas, pues dicen que nada se ganará con apresurarse. Y ellos que siempre están apurados de llenarse las faltriqueras con el dinero ajeno, exclaman, sesudos y cejijuntos:

—Dele tiempo al tiempo, amigo. Respete el dolor de la viuda y el sufrimiento del huérfano.

A su vez, el escribano, que siempre ha sido aprendiz de ponzoña, calcula sus honorarios, y en el círculo de dueños insinúa una anécdota relacionada con la severidad de su registro, y lo bien que se estudia toda operación antes de registrarla, todo ello acompañado de dichos como éste:

“Bendito sea Dios”, o “tengamos paciencia, que de menos nos ha hecho Dios”, y otras frases de compungimiento que hacen que la gente se admire de que un escribano sea tan hombre de bien, tan timorato de Dios y posea un corazón tan tierno.



Las viudas y los abogados

Las viudas son los seres más imprudentes de la tierra. Y son imprudentes porque creen “en su experiencia de la vida” y en otras pavadas más o menos sentimentales e injustificadas.

Ahora bien: como el marido jamás se preocupa de interiorizar a su esposa (cuando él vive) de sus negocios, ni tampoco sería prudente, porque las mujeres en su afán de poner la nariz en todo suelen hacer barrabasadas, resulta que, en cuanto quedan libres del marido, del eterno marido que, por fin, resolvió morirse, dicen:

—Bueno; ahora me gobernaré por mi cuenta.

Y entonces es cuando aparece el desgobernio y las macanas, grandes como casas.

Demás está decir que el primer acto de toda viuda es entrevistarse con un abogado. Porque estas “ponzoñas graduadas” ejercen gran influencia sobre la mente de las damnificadas futuras.

Podría explicarse diciendo que el abogado la sugestiona por su aspecto de hombre de negocios, que no hace negocios, y que en ello interviene la teatralidad del bufete, la colección encuadrada en cuero de “Fallos de la Suprema Corte”, y ese ambiente de misterio que estos temibilísimos enemigos del huérfano y ballenas de fortunas, dan a las entrevistas que conceden a la viuda.

La viuda en el bufete

Y es que no hay manzana del demonio más apetecida por la viuda, que ese acto sencillo de sentarse en un bufete, mientras que el cuervo, lustrosa la frente de grasa y negra la enjundia de tanta jurisprudencia, se cruza la manos sobre el chaleco y entrecierra los párpados con la actitud del hombre que dispone todas sus facultades mentales a interpretar las profundas y sabias preguntas que le dirigirá la viuda.

La viuda, que estaba acostumbrada a ser enviada al diablo cada vez que le

preguntaba de negocios a su marido, se conmueve ante tanta solicitud y atención. Ella no se imaginaba jamás que sus curiosidades pudieran interesar a un hombre que tiene toda la colección de “Fallos de la Suprema Corte” encuadrados en cuero, y entonces, halagada en su amor propio, conversa con el “aprendiz de tósigo y ponzoña graduada”, que la deja desbarrar hasta el cansancio, interponiendo, de vez en cuando con melifluas palabras y graves ademanes, consejos, máximas como éstas:

—El mundo está lleno de perdidos, por desgracia; mas la señora ha tenido suerte en dirigirse a mí. No es para vanagloriarme ni exhibir inmodestia, “pero es así, señora, aunque esté mal que yo lo diga”.

Con estas frasecitas de cajón y la colección encuadrada en cuero de “Fallos de la Suprema Corte”, la viuda queda tan convencida, que de allí salen los dos para lo de un escribano cómplice y marrullero, escribano también “muy hombre de bien”, que extenderá un poder al abogado “para que realice el juicio sucesorio como mejor convenga”.

La catástrofe

Un buen día, o mal día, mejor dicho — bueno, para todos los secuaces de Temis y para todos los aprendices de cuervos— la viuda se despierta en la “vía”, en la matemática “vía”, poseedora apenas de lo que lleva puesto.

Y entonces comienza la tragedia, los llantos ante el juez, las tribulaciones de la mujer que sufrió la seducción de la colección encuadrada de “Fallos de la Suprema Corte”, peregrinación que todos los días puede verse en el Palacio de Justicia en la figura de ancianas señoras seguidas por un huérfano que lleva un incommensurable lío de papeles y un procurador hambriento que quiere devorar los últimos restos del festín que se dieron escribanos y abogados.

LA PAVADA SENTIMENTAL DEL SUICIDIO

En esta ciudad la gente se mata por rachas, otra cosa no se puede decir.

En efecto; hay estaciones en que el desdichado cronista policial se mira y se desea para dar abasto a tanto suicida y a tanta variedad de muertes y casos pasionales, que abarcan desde el homicidio truculento, a base de catorce puñaladas y diez tiros, hasta el seráfico y dulce suicidio químico a base de cianuro de potasio.

Naturalmente, el público prefiere esos casos feroces donde un sujeto, después de perseguir a su legítima esposa por todas las azoteas del barrio la acogota junto a un tanque de agua "ultimándola bárbaramente"; pero a mí, personalmente, me interesan más esos suicidas modestitos, timoratos, que en un hotel de calle cortada se dan la muerte con la ingenuidad de los amantes de novela, dejando siempre una carta que termina:

"Rogamos al señor comisario que nos entierren juntos".

Estaciones de suicidio

Aquel que observe un poco, habrá reparado que, después del asunto Ray, cuando el "affaire" comenzó a enturbiarse o aclararse, como se quiera —por-

que este asunto ni Dios lo entiende—; después de que el asunto Ray empezó a poner en descubierto las ventajas del cianuro sobre los otros elementos de muerte violenta, la gente comenzó a despacharse con una tranquilidad espantosa. Generalmente no había semana en que no se produjeran dos o tres casos; y ya era costumbre entre los cronistas de policía preguntarle al secretario al llegar a la redacción:

—¿Hacemos los quince suicidios hoy?

Tan alarmante fue la racha, que se llegó a prohibir la venta de cianuro. Influida el calor, el aburrimiento, ¡vaya a saber lo qué!; pero la muerte azul tentaba de tal modo a las menestralas, sirvientas, modistillas, peluqueros, y vendedores de pescado, que hubo momentos en que hizo pensar a las autoridades nacionales en agrandar la Morgue para atender a tanto cadáver apresurado que se amontonaba a la espera de la autopsia.

Sumábase, a esto, las tragedias de tres y más personas, caballeros que, como no tenían el coraje de matarse, se trenzaban a tiros entre ellos, quedando a veces tendidos en una acera o en el interior de un restaurante, como si los hubieran enfilado para una revisión macabra.



Suicidas interesantes

Hace algunos días me contaba el periodista Vignale, que en el Brasil, o mejor dicho en Río de Janeiro, no había semana en que no se registrara un suicidio de amor, en todas las estaciones del año, dándome con ello constancia de que el romanticismo fluminense no sufría las influencias climáticas en su pasión.

Y en verdad: los suicidios de los jóvenes amantes son los únicos que interesan, que emocionan, que ponen en los días monótonos de la gente, una gota de emoción y de pensamiento sentimental.

Suicidas

Hubo una época que se les encontraba por todas partes. Ya era al amanecer, en el banco de un parque, con los pájaros haciendo el amor sobre sus hombros endurecidos y cubiertos de rocío, ya en un paraje solitario, con excavaciones y perspectivas de largas murallas rojas de las fábricas y curtiembres, ya en el cuartujo de un hotel, escondido entre arboledas, del que pronto salía corriendo despavorido el mozo, anunciando que en el 7, o en el 9, o en el 15, había dos muertos. Y era el correr de la policía, los sudores y maldiciones del amo, las frenéticas llegadas de los fotógrafos y periodistas abriéndose paso a empujones entre la multitud, para retratar a los muertos, mientras que el comisario tomaba nota, un cabo corría de un lado para otro y el oficial inspector ataba su caballo al tronco de un árbol.

Y casi todos los suicidas eran menores de edad, casi escolares, muchachos que se querían casar, mozuclas de amores contrariados; empleadas y empleados que llegaban a la conclusión terrible de que no ganaban lo suficiente para poder constituir hogar y que un día, se eliminaban con una serenidad sencillamente espantosa.

1927 se caracterizó por esa fiebre de suicidios hasta entrado 1928.

Y todos los suicidios eran a base de cianuro. El revólver, la sogá, el tren fueron raramente utilizados para esa faena siniestra.

Suicidas que no convencen

Un caso interesante, dentro del gremio de los suicidas, es el del que no quiere morir, y finge querer quitarse la vida, empleando para ello el veneno en dosis tan insignificantes, que lo que ocurre no es nada, como no ser un apurón al practicante de guardia.

Así, recuerdo el caso de un original buscavidas. Hacía siete meses que se hospedaba en una casa de familia, donde no pagaba pensión. Además, le hacía el amor a una de las chicas de la pensión. Pero viendo la dueña de casa que el ciudadano no se casaba ni trabajaba, le dio el olivo con evidente tormento de su párvula enamorada.

El buscavidas no se desanimó, sino que dijo que iba a suicidarse y, en efecto, entró a una farmacia, compró una pastilla de bicloruro, pero previamente entró a un almacén donde compró media docena de huevos, tiró la yema y se bebió la clara, luego tragó la pastilla de bicloruro y, dirigiéndose hacia el hospital, se dejó caer por tierra lanzando fuertes gritos.

Cuando se le condujo a la sala de primeros auxilios, al sondársele se comprobó que había hecho la comedia del suicidio, y entonces, acosado por el interrogatorio, manifestó que su plan era convencer a la pensionera de que continuara hospedándolo para poder alargar sus amorios con la chica. El caso era tan original, que no fue denunciado sino como una tentativa de suicidio.

Si los que pretenden suicidarse se dieran cuenta del papelón que hacen, y de la triste memoria que dejan al irse, optarían por continuar sobrellevando la pesada carga de la existencia que, al fin y al cabo, no es tan pesada ni tan amarga. Si no, que lo diga Jorgito Roura.

ARISTOCRACIA DE BARRIO

La otra mañana he asistido a una escena altamente edificante para la moral de todos los que la contemplaban.

Un caballero, en mangas de camiseta, y una carga de sueño en los ojos, atrallando a tres párvulos, discutía a grito pelado con una pantalonera, mujercita de pelo erizado, y ligera de manos como Mercurio lo era de pies, y digo ligera de manos, porque la pantalonera no hacía sino agitar sus puños en torno de las narices del caballero en camiseta.

Para amenizar este espectáculo y darle la importancia lírico-sinfónica que necesitaba, acompañaban los interlocutores su discusión de esas palabras que, con mesura, llamamos gruesas, y que forman parte del lenguaje de los cocheros y motormen irritados.

Por fin el caballero de los ojos somnolientos, agotado su repertorio enérgico, recurrió a este último extremo, que no pudo menos de llamarme la atención. Dijo:

—Ud. a mí no me falte al respeto, porque yo soy jubilado.

El hombre que se jubila

Es indiscutible que el nuestro es un país de vagos e inútiles, de aspirantes a covachuelistas, y de individuos que se pasarían la existencia en una hamaca paraguaya, pues este fenómeno se ob-

serva claramente en los comentarios que todas las personas hacen, cuando hablan de un joven que está empleado:

—Ah, tiene un buen puesto. Se jubilará.

A nadie le preocupa si el zángano de marras hará o no fortuna. Lo que le preocupa es esto: que se jubile.

De allí el prestigio que tienen en las familias los llamados empleados públicos.

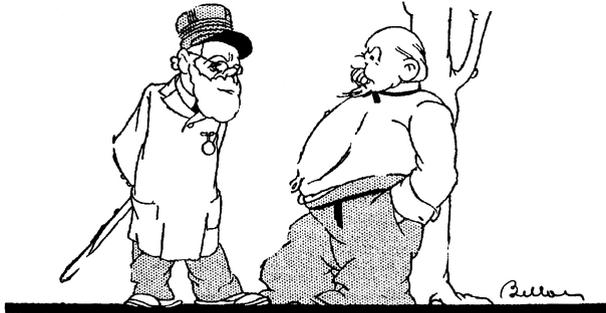
Días pasados oía este comentario de boca de una señora:

—Cuando una chica tiene un novio que es empleado de banco, es mejor que si tuviera un cheque de cien mil pesos.

Y es que todo el mundo piensa en la jubilación, y eso es lo que hace que el empleado de banco, o todo empleado con jubilación segura, sea el artículo más codiciado por las familias que tienen menores matrimoniales.

Y tanto se ha exagerado esto, que la jubilación ha llegado a constituir casi un título de nobleza leguleya. No hay chupatinta ni ensuciapapeles que no se crea un genio, porque después de haberse pasado veinticinco años haciendo rayas en un librote lo jubilarán.

Y las primeras en exagerar los méritos del futuro jubilado, son las familias, las chicas que quieren casarse y los padres que se las quieren sacar de encima cuanto antes.



La burocracia tiene la culpa

En mi concepto la mejor patente de inutilidad que puede presentar un individuo, es la de ser burócrata; luego viene, fatalmente, la de jubilarse. Hablando en plata, es un tío que no sirve para nada. Si sirviera para algo no se pasaría veinticinco años esperando un sueldo de mala muerte, sino que hubiera hecho fortuna por su cuenta, e independientemente de los poderes oficiales.

Esto desde el punto de vista más simple y sencillo. Luego viene el otro... el otro que se nos presenta con su medianía absoluta, un individuo que, como un molusco, se ha aferrado a la primera roca que encontró al paso y se quedó medrando mediocrementemente, sin una aspiración, sin una rebeldía, siempre manso, siempre gris, siempre insignificante.

Veinticinco o treinta años de esperar un sueldo sin hacer nada durante los treinta días del mes.

Siete mil quinientos días que se ha pasado un fulano, haciéndole la guardia a un escritorio, mascullando las mismas frasecitas de encargue; temblando a cada cambio de política; soportándole la bilis a un jefe animal; aburriéndose de escribir siempre las mismas pavadas en el mismo papel de oficio y en el mismo tono pedestre y altisonante. Se necesita paciencia, hambre e inutilidad para llegar a tales extremos.

Pero bien lo dice el Eclesiastés: “Todo hombre hace de sus vicios una virtud”.

La jubilación que debía ser la muestra más categórica de la inutilidad de un individuo, se ha convertido, en nuestra época, en la patente de una aristocracia: la aristocracia de los jubilados.

Díganmelo a mí...

Cuántas veces al entrar a una sala y recibirme una de esas viudas grotescas con moñito de terciopelo al cogote, lo primero que oí, fue decirme al enseñarme el retrato patilludo y bigotudo de un sujeto, que colgaba de un muro:

—¡Mi difunto esposo, que murió jubilado!

Y lo de jubilado he visto que lo añaden como si fuera un título nobiliario, y quisieran decir:

—Mi difunto esposo que murió siendo miembro de la Legión de Honor.

La Legión de Honor

Eso mismo, la jubilación para cierta gente de nuestra ciudad viene a ser como la Legión de Honor, el desideratum, la culminación de toda una vida de perfecta inutilidad, el broche de oro, como diría el poeta Visillac, de ese vacío soneto de que se compone la vida del empleado nacional, cuyo único sueño es eso.

Sí, ese es el único sueño. Además, el timbre de honor de las familias, el orgullo de las hijas de papá.

Y lo curioso es que casi todos los jubilados pertenecen a la Liga Patriótica; casi todos los jubilados sienten horror a la revolución rusa; casi todos los jubilados se enojan cuando oyen decir la cretina frase de Proudhon: “La propiedad es un robo”.

Constituyen un gremio de fulanos color de pimienta, gastan bastones con puño de oro, tienen aspecto de suficiencia y cuando hablan del doctor Irigoyen, dicen:

—En hablando de don Hipólito... — y se descubren con una ceremoniosa genuflexión.

En definitiva: la aristocracia de las parroquias está compuesta de la siguiente forma:

Por empleados jubilados; tenientes coroneles retirados; farmacéuticos y almanceneros que sienten veleidades de políticos y de salvadores del orden social.

Por eso el lagañoso caballero de la camiseta, que era un ex escribiente del Registro Civil con treinta años de servicio le decía a la pantalonera:

—Ud. a mí no me falte al respeto, porque soy jubilado.

ELOGIO DEL AMOR CALLEJERO

En todas las épocas del año, las parejas de enamorados decoran la calle con su estrecha proximidad, pero es en esta estación que ahora vivimos en que los grupos lentos y distanciados en las calles oscuras ponen un dejo de amargura irónica en la comisura de los labios de los solterones solitarios.

Los enamorados en la calle

Los enamorados en la calle se olvidan frecuentemente del lugar en que están. Y no porque se propasen, sino porque sobresaltan a la gente que marcha a sus negocios y que de pronto les mira sorprendidos, observándoles en contemplaciones y apretones de mano que requerirían mejor el aislamiento de un parque, que la curiosidad de los verduleros y de las solteras.

Sobre todo de las solteras de cuarenta y cinco años.

Con qué empaque agrio contemplan éstas a los mocitos enamorados. Con qué mirada severa examinan de la punta de los pies a la raíz de los cabellos, a las mocitas parleras. Parecen decir con los ojos:

—¡Qué azotes te daría, mocosa, si yo fuera tu madre!

Como es lógico, la mocosa, cuando observa la expresión malévola de una soltera, se aprieta más tiernamente contra el brazo de su acompañante. Y lo curioso es que parece que se combinaran para molestar a la púdica solterona, porque en cuanto ésta pasa, se ríen con esas risitas llenas de puntas de alfileres que hacen que la anciana señora de moño al pescuezo, escupa su rabia a un costado de la acera.

Los perdularios de quince años también se quedan contemplando a las parejas; pero con un dejo burlón e insolente. Se adivinan todas las malas intenciones que bullen en el cráneo del pelafustán en semilla. En cambio, las chicas de la misma edad, y que estaban barriendo el umbral de las puertas de sus casas, detienen el barrido, miran largamente los vestidos de la infrascripta, examinan la catadura del mozo y si la presencia del conjunto las convence, se prometen en su fuero interno imitar, cuanto antes, a esos desconoci-



dos que vienen a turbar la adolescencia que hasta ahora sólo ha soñado en las novelas de Carolina Invernizio y en las sensiblerías de Marcelo Peyret.

A su vez, las madres de familia observan de reojo. A ellas no les produce frío ni calor el espectáculo; pero sus miradas inquisitivas rebuscan ¡vaya a saber qué detalles!, en la pareja lenta y unida.

Por las calles oscuras

Siempre que veo una pareja de enamorados por una calle oscura, me acuerdo de aquel poema de Pablo Suero, donde habla de la angustia que sufren los hombres que caminan solos, al ver del brazo de otro hombre a una linda mujer.

Y esta angustia se acrecienta, o se hace más turbia, cuando encontramos a esos jóvenes amantes, que transitan las calles oscuras, bajo el misterio acre de las copas de los árboles, conversando despacio, caminando lentamente, sin mirar a diestra ni siniestra y como absorbidos, vaya a saber por qué apasionamiento extraordinario.

¿Y las otras parejas que conversan junto a un árbol, a cinco pies exactos de un rayo de arco voltaico?

Ella, casi siempre, apoyada en el tronco o en el muro; él de pie, sombrero en la mano, diciendo quizá cuántas mentiras o verdades.

Cuando va llegando a ellos el transeúnte se callan; muchas veces se sorprende ese gesto rápido de la mujer que retira la mano de entre las manos del otro, durante un silencio tres pares de ojos se encuentran en inquisitivo examen. Luego todo queda otra vez en la obscuridad y el caminante piensa, o se acuerda de las veces que estuvo así, con la mano de una mocita entre sus manos. Eso pasó; el hombre es un juguete de apariencias y de sueños, y se aleja con un malhumor detenido en el ceño.

Y es que hay calles que son intransitables en este sentido.

Las calles de los amantes

Porque así como hay calles que favorecen el comercio y rinden un platal a los que tienen instaladas en ellas alguna covacha, así también hay calles que, de establecer derecho de pasada o peaje, como en ciertos puentes y puertas de la Edad Media rendirían un capital, pues sólo las recorren las parejas de enamorados.

Son esas lúgubres calles del mediodía, callejones casi; tétricos, con murallas interminables de fábricas; calles cortadas que desembocan cada doscientos metros; líneas de tranvías que no recorren nadie; fondas espantosas junto a edificios que sirvieron de depósitos de grano y que hoy no utiliza nadie.

Estas calles horribles; calles del confín de la esperanza, las llamaría yo, son las preferidas por las parejas de enamorados al anochecer.

Se iluminan las bohardillas de las pobres casas; pasan los operarios cargando la blusa sobre el hombro. Pero ellos, indiferentes, conversan en la horrible calleja, donde se escucha sólo el estrépito de un carro de cuatro ruedas, que vuelve vacío, o cargando un resto de flejes sonoros.

En las fondas, gente honesta que tiene aspecto de apaches, bebe tranquilamente su vaso de vino, y ellos, los enamorados, insensibles a todo, conversan, olvidándose de las miradas oblicuas que les dirigen los escasos transeúntes de esos desiertos de granito y de zinc.

Hay calles solitarias adornadas de árboles, y entonces, cuando una pareja se retarda demasiado, se aproxima el vigilante, que muy decentemente, insinúa:

—Perdón, señor... pero es orden del comisario de la sección. No se puede detener aquí. Si por mí fuera —y atajando la protesta añade:

Bien veo que ustedes están muy correctamente, pero es la consigna, señor...

RESURRECCIÓN INESPERADA DE LOS CHAUFFEURS

El gremio de chauffeurs me es simpático. Ha tenido el honor de albergar en su seno a malandrines magníficos. El gremio de chauffeurs es fuerte como la virgen de las Escrituras y, de consiguiente, en cada pelotera huelguística, produce desaguisados que revelan su alta alcurnia y su bella juventud. Por eso me es simpático el gremio de chauffeurs.

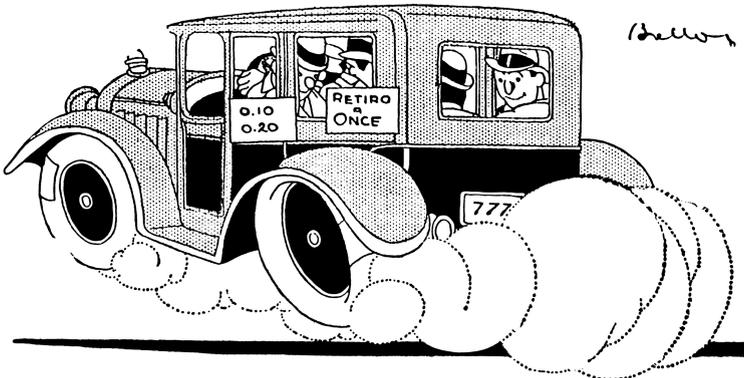
El gremio estaba muerto

Pero el gremio estaba muerto. El ómnibus lo había asesinado alevosa y premeditadamente, como dicen los fiscales. Y los chauffeurs se limitaban a “yirar”, un “yiro” inútil, melancólico, con cara de rabia sobre el volante e intenciones evidentes de desencuadrar a un cristiano en la primera vuelta de calle. Y es que el gremio se moría de hambre. Había que ver las hileras de coches vacíos en el centro. Atrás los gaitas, mostachos a lo Alfonso Trece y la cafetera enfilando, eternamente vacía, por las líneas del tranvía, mientras que el otro gaita, el motorman, hacía rajar la campana a llamados, que el del volante no oía de rabia, pensando en el litraje de nafta tirado a la calle, en el aceite desperdiciado y que más le valiera tomárselo como recons-

tituyente, en la cuenta de las gomas a pagar en el taller de vulcanización, en el garaje corriendo más que el taxímetro, y en el diablo a cuatro apilando más números de vento que un usurero en tiempos de vencimiento. ¡Había que verlos!

Mejor dicho: ¡cómo se les vio! Estaban hechos unos mugrientos de pobres. Las gorras como hilachas, el traje polainero, estropeado y más grasiento que el de un engrasador de locomotora, y en vez de escanciar sendos medios “trolis” en los boliches “estilo Múnich”, se volvieron “capuchinómanos”, y todos la iban de café cortado o de completo con pan y manteca, porque los tiempos estaban más para alimentarse que para beberse.

Y ellos, que en otras épocas hacían círculos joviales en las veredas de los cafés atorrantes y que hacían cruzar de vereda a las mucamas y menestralas, y que sostenían espantables discusiones sobre la autonomía de Cataluña y sobre si fue o no injusto el asesinato de Dato; ellos, como las altas torres, también se vinieron abajo; y ahora ofrecían el doloroso espectáculo de estar tres en una mesa, bebiendo uno y mirando dos, con las manos apoyadas melancólicamente en el semblante y “relojeando con bron-



ca" los ómnibus y sintiendo no poder ser ese poeta uruguayo que escribió un libro llamado "Historia de un hombre que se tragó un ómnibus".

Resurrección del chauffeur

Lo ocurrido estos días con la revuelta de los chauffeurs que han resuelto arruinar las compañías de ómnibus, después que tuvieron que soportar la competencia que éstos les hacían, ha determinado en toda la población un movimiento hacia el gremio del taxi, y ahora no hay chauffeur, por poco activo que sea, que no se levante sus treinta pesitos diarios, que con quince menos de gastos, significa un mensual de cuatrocientos pesos, como mínimo.

¡Hay que verlos! Ya se les está llenando la cara de grasa natural y de polvo. Hay que ver cómo la "yugan", al decir de un conspicuo vago, amigo mío, cuya esposa es cocinera y él se queda cuidando la huerta, mientras ella trabaja. ¡Ahora sí que la "yugan"!

Lo que resulta un misterio es saber de dónde han salido, o brotado, ciertos automóviles inverosímiles, que hacen la carrera de una línea.

Jamás se vieron autos más descangallados que esos. Averiados por sus cuatro costados, con más costras de pintura que el casco de un barco de Mianovich, con los ejes doblados, el motor asmático, la dirección neurasténica y las ruedas conspirando contra el gobierno, como los ojos de los tuertos.

Y, sin embargo, estas cafeteras andan, corren, prestan su servicio. Y el público que antes las miraba con desprecio, las contempla ahora con simpatía. De artefactos de un supuesto lujo se han convertido en amigos del pobre, y "no hay como ser amigo del pobre para enriquecerse", decía Gil Blas de Santillana, y tenía razón.

Estos prodigios del repuesto, y que desde que han salido de la fábrica han

cambiado todas sus partes tantas veces como el cuerpo humano de células, son ahora el objeto del asalto de todos los que rarísima vez se permitían el lujo de andar en automóvil.

Y los chauffeurs empacan moneditas. Cada viaje da, por lo menos, cinco moneditas de veinte centavos. Hacen cincuenta viajes diarios... Así que bien se puede calcular el rendimiento de esta nueva organización vieja y desprestigiada.

El público y el auto

El público ha respondido. Y no tan sólo ha respondido, sino que se ha encontrado ante una novedad curiosa e interesante, que es la siguiente:

Dos personas de distinto sexo, que viajan en el mismo asiento de un auto, no se pueden mirar con la misma indiferencia que si viajaran en un ómnibus. Eso no es posible. Desde muy antiguo el viaje en auto con una mocita era algo que se apetecía muy profundamente y muy raramente se conseguía. Ahora bien: con el nuevo sistema de tráfico ligero, uno tiene oportunidad de sentarse al lado de lindas muchachas, a las que no es posible mirar como si se tuviera en los labios un candado. Se impone la cortesía de una sonrisa y la gentileza de tres palabras, siempre las mismas.

—El sistema este es muy ventajoso, ¿no?

—¡Oh, sí! Para la que tiene que viajar en ómnibus. Figúrese usted; ciertas horas...

—Y no contemos lo que se va ganando en rapidez.

—Es cierto.

—Por ejemplo: yo, que trabajo en el centro...

—Yo también...

—¡Qué casualidad!...

Y con la casualidad, y la historia de las llegadas tarde, y otras macanitas por el estilo, se arman programas estupendos. No hay vuelta. El nuevo sistema de locomoción tiene incalculables proyecciones.

EL HOMBRE QUE ESTUVO BIEN

El otro día tuve oportunidad de entrar a un conventillo, a uno de esos conventillos absurdos que tienen un patio que de andaluz sólo la mugre le queda; uno de esos pocos conventillos casi históricos que le queda a la ciudad, y que adentro parecen barcos por las innumerables compuertas de hierro y tabiques de lata que separan las cocinitas.

Bueno, en este conventillo fui a ver a un sujeto para determinado asunto; y no habíamos conversado diez minutos cuando el fulano, que se envolvía en una bufanda, me invitó a tomar mate, al tiempo que, señalándome un retrato antiguo, dijo:

—¿Ve? Esa es misia Zutana —y aquí estalló un nombre rimbombante. — Misia Zutana que fue mi difunta y legítima esposa.

Como yo miraba con asombro al averiado personaje, éste abrió un ropero y comenzó a enseñarme fotografías y documentos que probaban que él había sido esposo legítimo y auténtico de una gran señora de sociedad, y más aún: lo vi a él fotografiado en compañía de solemnes tiburones de sociedad, con galera y frac, a la salida de una misa.

Me asombré un poco, y entonces el sujeto entró en una historia tan llena

de accidentes, que no me atrevería a contarla por el espacio que ocupa, y al final de todo, después de ilustrarme con la fotografía de los documentos más comprometedores de la historia que me narra, me hizo la propuesta de hacerle un pleito a sus parientes; propuesta que, como es lógico, no acepté por esa desconfianza instintiva que le tengo a las fortunas perdidas y que hay que recobrar mediante un largo y dudosísimo pleito.

Pero salí ganando algo, y es que el personaje me dio el argumento para el artículo de hoy.

El hombre que estuvo bien

Nuestra ciudad tiene abundancia de estos desdichados que un día estuvieron bien.

Hombres insignificantes, que por circunstancias extrañas, se "casaron bien", individuos que tuvieron una fortuna, que frecuentaron ambientes cerrados para los muertos de hambre y para los mal vestidos; ciudadanos que durante un momento se llamaron, o los llamaron, caballeros y que apuraron todas las felicidades superfluas a grandes tragos, gustando, al mismo tiempo, el goce de tragarse entera una casa, una



chacra o una estancia; fulanos que pasearon sobre la tierra con el énfasis y la prestancia de los rajáes de siete colas, y que, de pronto, por un desgraciado misterio, por una terrible fatalidad, o por uno de esos pleitos pavorosos, quedaron en la calle.

El Vía Crucis del hombre que ha perdido su fortuna

Creo que es la más extraordinaria y triste situación por la que pueda pasar el hombre no acostumbrado a leer a Plutarco o a Kempis.

El hundimiento comienza por la reducción de casa. A veces de un chalet, se va a parar a la pieza de un conventillo.

Luego la venta de los muebles, esa trágica venta en la que, como un pájaro de mal agüero entra a la casa el ruso compraventero, un Isaías de barbas bermejas y que tiene la mirada esquiva y cruel como la de un leopardo. El leopardo de las barbas bermejas ofrece un precio irrisorio por los cachivaches patricios, y la gente se indigna..., y acepta. Ya lo sabe el de las barbas bermejas: la indignación es el síntoma más seguro de que los necesitados transarán.

Más tarde viene la compra de muebles baratos, de pino-tea, imitación cualquier cosa, y a la postre, agotados los pocos pesos, el hombre se lanza a ejercer esos oficios turbios (turbios por la poca plata que rinden) que le colocan a un individuo una valija de cincuenta kilos en la mano, haciendo que se deslome a las dos horas de empezar a andar.

Y aunque el ciudadano se avergüenza al principio, acepta luego; y el que estaba acostumbrado a la gamuza, transará con el botín de becerro forajido, y con esas ignominiosas corbatas con las que suelen ahorcarse los que saben darse cuenta que la vida no vale un pepino.

Y así va aprendiendo la amargura de encontrar amigos por la calle; esos

amigos trasuntos de Judas, que dan la puñalada cuando menos se espera, buena gente que le niega el saludo por verlo mal vestido, y que afectan un aire distraído si se ven obligados a conversar con el pobre diablo.

¡Cuánta bilis, cuánta amargura traga el infeliz!

Si tenía condiciones para pillo, se convierte en uno de esos bajunos avesnegras que terminan interrogados en la audiencia de un juez, o en la cárcel de encausados como bibliotecarios provisionarios, y que durante un día llenan la crónica de policía con la ridícula y feroz historia de sus antecedentes y genealogía que mascullan los lacayos y mucamos entre injurias atroces y sonrisas espantosas; y si no tienen condiciones para bergante, se queda en lo que es: uno de esos desgraciados enfáticos y que le llenan la cabeza de pretensiones a sus hijas; hijas que educaba en el Sagrado Corazón y que todos los días le enumeraban la lista aristocrática de compañeras con las cuales se codeaban.

Consuelo fotográfico

Y el único consuelo que les queda, como al sujeto del principio de este artículo, es la colección de fotografías que revisan y enseñan a sus precarias visitas.

¡Las fotografías!

Tienen los bordes negruzcos de tanto que fueron manoseadas. Y ellos, arrugados, tristes y hundidos, las examinan como examinaría Adán la parte del cielo por donde suponía que lo expulsó Jehová con Eva a la calle, quiero decir, a la tierra. Pero es inútil. Sólo queda, mientras escuchamos sus cuitas, mientras nos pone ante los ojos las fotografías descoloridas, recordar este refrán porteño, sabio y nuevo, impregnado de una resignación inefable:

“¿Qué hacemos con el retrato, si la dona está en Europa?”

LA VIOLINISTA QUE LLEGA TARDE A LA ORQUESTA

Alguien ha de decir que yo siempre tengo oportunidad de asistir a este y aquel espectáculo; pero en parte no tengo la culpa, ya que me paso todo el día vagando en deleitosa contemplación de la vida de esta ciudad.

Y por la calle se ve mucho. ¡No hay vuelta! Y además uno se entretiene. Y ya es bastante.

Pues bien; ayer entré a un café de la calle Corrientes al 800. Entré y me senté a tomar mi tacita de café, cuando observé que iban llegando las muchachas de la orquesta. Mejor dicho, primero llegó el tío del flautín, un señor viejo con bigotes de foca, cuello palomita y muy respetuoso del dueño del café, pues noté que al saludarlo se quitó la galera. Este tío cascarrabias, subió al palco y, con mucha importancia, empezó a desenfundar el flautín. Luego llegaron dos muchachas gordas; luego una flaca; pero el "primer" violín no llegaba, o mejor dicho todos los días llega tarde. El primer violín es una mocita que le hace agua la boca a cualquiera.

Donde el viejo se pone insoportable

El tío del flautín dirigía amenazadoras miradas hacia la puerta. Resultaba

ridículo ver al vejete manotear con gran prestancia allá arriba, dándose las de jefe, y todo porque sabía que el público estaba mirando. Las fulanas del contrabajo y del piano, gordas y feas, apoyaban las malditas razones del maldito viejo del cuello palomita; y la muchacha flaca, segundo violín, paseaba indiferentemente la mirada por la sala, donde los mirones seguían en hipótesis, las peroraciones del ridículo viejo.

El del flautín miraba ostensiblemente hacia la puerta, luego se pasaba una mano "per i baffi", y espera que espera. A las doce y media en punto, hora en que la orquesta empieza sus audiciones, se dio comienzo a un paso doble, donde la mocita flaca que es segundo violín, ofició de primero.

El anciano ridículo estaba indignado. Soplaba en su flautín como una foca o un búfalo después de haber tragado mucha agua.

A la gente le hacía gracia la cólera del soplador del flautín y toda la orquesta con su gallo a la cabeza parecía consternada de lo que ocurría.

Por fin, a mitad del paso doble, apresurada, entró al café la primera violinista. El viejo la vio entrar e hizo uno



de esos gestos comunes en los asesinos de melodrama.

El del flautín perora

Ser director de orquesta, no impide ser un perfecto idiota. En este caso, el del flautín se las compuso para que tal condición personal quedara evidenciada en absoluto, y no dejara lugar a duda alguna.

En cuanto la orquesta terminó la pieza, la muchacha del violín se dirigió a la altura, y el anciano, que escuchaba sus pasos al trepar la escalerita, preparó un gesto de forajido; alargó el brazo como si tratara de recitar un poema de Almafuerte, y casi, en su énfasis dictatorial, le da con el puño en las narices a una de las señoritas gordas, evidentemente indignada con el retardo de la mocita del primer violín que, entre nosotros queda dicho, era una papa.

Entró la culpable y allí sí que el “jovíe” del flautín o caramillo, se sintió director de orquesta y de moral. Yo no sé las palabras patéticas que trató de compaginar con supuesta indignación, pero el caso es que sus ojos fulguraban siniestramente. Movi6 la cabeza reiteradamente, como si se negara a aceptar una idea que surgía de su cráneo de piedra, y con gesto lastimero señaló al público, y luego al vago del patrón, que se adormilaba en la caja registradora, a despecho de todos los pasodobles y triples del flautín adúlón.

Ya dije que la primer violín es una papa y no me contradigo. Primero porque no tengo costumbre, y después porque lo que aseguro es siempre cierto. En esta circunstancia la mocita estuvo a la altura de sus antecedentes de papa.

Lo miró al viejo como sorprendida de que se permitiera semejante insolencia de retarla ante el público; después saludó

amablemente a un admirador de abajo y, finalmente, sacó el violín de su caja y con mucha parsimonia se puso a encerrar la crin del arco, mientras las ballenas del piano y del contrabajo, la miraban consternadas y el tío del flautín se solaba los mostachos, como diciendo:

—Si fueras hija mía te rajaba el flautín en el cráneo.

Luego miró al público, esperando que éste se pondría de su parte; pero en todos los rostros se deslizaba una sonrisa irónica, una de esas sonrisas burlescas de la gente que goza visiblemente con un proyecto de escándalo; escándalo que, como es lógico, terminará en una fantochada, porque estoy seguro que si la mocita del violín le da por la cabeza con el instrumento al anciano, éste no hubiera contado con la simpatía del público.

Siempre llega tarde

Y en toda orquesta siempre hay una muchacha que llega tarde, la más linda y la más inteligente. ¿Por qué? Yo he descubierto el secreto la otra mañana. La primer violín de esta orquesta, tiene novio.

Y a todas las que llegan tarde siempre les ocurre lo mismo por culpa del novio. Eso el público lo sabe, y de allí la furia ridícula de los cornetines y flautines, y la indignación de las ciudadanas feas que se han dedicado por gusto estafalarlo al antiestético violón. Los únicos que se divierten son los parroquianos. Se divierten porque adivinan los amores de la muchacha, y esas despedidas apresuradas en las que en un breve y rápido minuto se pone toda el alma, de modo que el minuto deja de ser minuto para convertirse en cinco minutos que parecen medio minuto, y que al llegar a un cuarto de hora, hacen correr a la damnificada como enloquecida por esas calles de Dios.

EL LUGAR COMÚN

A mí, “hombre que no sabe escribir”, según los críticos literarios, me encanta el lugar común. No sólo me encanta, sino que me deleita. Es como si me diera un baño con agua de rosas, al leerlo. Y es que no hay nada más bonito que el lugar común. Nada más profundamente estúpido y conmovedor que el lugar común. Tan profundamente estúpido es que la política universal, los engaños, las mentiras, todas las bajezas que encierran y manchan la tierra, están defendidas y autorizadas por el lugar común, por el inefable y espantosamente estúpido lugar común.

pedirse. No dicen nada, y lo dicen todo, “lo dirían”...

Los más elocuentes en ese sentido, los que más ponen en evidencia la inmensidad burresca del hombre, son los carteles de propaganda política. Uno, leyéndolos, se admira de que haya cerebros que traigan semejantes estupideces.

Por ejemplo:

“Defenderemos los intereses de la Nación”. “Honestidad, labor, probidad. Ese es nuestro lema”. “Administración, administración sana y honrada queremos hacer”. “Con nosotros triunfarán las verdades cívicas”. “Satisfaremos



La utilidad del lugar común

Quien haya seguido cualquier elección nacional o provincial; quien se haya leído los discursos con que los banqueros se dirigen a sus congresos de accionistas; quien se haya tragado las conferencias de la paz, y de cualquier otra pamplina, si es un poco observador, habrá descubierto lo siguiente:

Todo propósito se basa en generalizaciones. Y esas generalizaciones son de las más vagas y abstrusas que puedan

los anhelos ciudadanos”. “Patria, prosperidad, trabajo, tal es nuestra bandera”.

Después que uno ha tenido la santísima paciencia de leerse estas gansadas, se dice que con eso no se va a ninguna parte; que esos lugares comunes podrían aplicarse a la cría del cerdo, o la depilación de los monos, pero no hay nada de eso. Los que se equivocan no son los papanatas que se encantan leyendo los letreros de marras; los que se equi-

vocan somos nosotros. Esas pavadas que nada dicen a nadie, esas pavadas, son de un efecto maravilloso en la mentalidad asnal de la multitud.

Y tan es así, que un sujeto que tenga un poco de nombre, y las pronuncie, será célebre para “in eternum”.

Recuerdo perfectamente que Sarmiento, refiriéndose a la Historia de San Martín y a su autor, dijo “que era la historia de un zonzo escrita por otro zonzo”. Pues bien: San Martín que debía ser lo que opinaba Sarmiento, es el autor de la primera frase tonta y vacía hecha en nuestro país: “Serás lo que debes ser, o no serás nada”. Eso es una tontería.

“Guerra a la guerra”

No sé si es Briand, Poincaré o Clemenceau el autor de esta frase ridícula hasta la vereda de enfrente.

Durante la pasada y última conferencia, hubo un derroche de tratados y palabras que da náuseas. Imagínense ustedes, una gavilla de bandoleros, todos armados hasta los dientes, y diciendo al mismo tiempo:

—¡Queremos la paz!

Es lógico suponer que si entre esos bandoleros se encontrara una persona decente, que les escuchara desbarrar de esta forma, lo primero que se le ocurriría decir, sería esto:

—Si quieren la paz desármense ¡qué embromar!

“Se desarmarían”...

Como es lógico estas conferencias teatrales, cuya única ventaja consiste en suministrarle material telegráfico a las agencias noticiosas y a los diarios, e impedir que mueran de hambre cuatro periodistas editoriales; estas conferencias no conducen a nada práctico, como no sea la farsa política en sí, nada más, farsa que tiende a convencer a los pueblos de papanatas, que sus administradores se ocupan de su felicidad, ocu-

rriendo lo de siempre, lo recordado por mí tantas veces: “Se hizo rico administrando la hacienda de los pobres”.

Así, por ejemplo (y, metámosle a los ejemplos), ahí está el último tratado internacional, que se llama, y allá van los títulos rimbombantes, “pacto antibélico de Kellogg”.

Cualquier mentecato, creará que este pacto viene a ser como una receta antisárnica o antituberculosa, pero nada de eso. El “pacto antibélico de Kellogg” se resume en lo siguiente:

—“La guerra es ilegal”.

Es decir, que se ha reunido una pandilla de viejos vagos y desocupados, que cobran una carretada de pesos mensuales, y han deliberado la mar de tiempo; macanearon hasta que se cansaron, alarmando a medio planeta con secretos diplomáticos, dando la idea de que estaban enmendándole la plana a Dios, para luego salir diciendo:

—La guerra es un acto ilegal.

Era cosa de atarles al cogote un aduán bien grande y tirarlos al agua, a ver si se les aclaraba el cerebro y dejaban así de decir burradas tan descomunales.

Importancia del lugar común

De esto se desprende que la vida actual se basa en el macaneo recíproco; que la gente quiere engañarse y ser engañada; y que la única norma que puede seguirse para llevar adelante con éxito este propósito, es decir lugares comunes a granel.

Así, cuando decimos que fulano es un caballero, todos sabemos que fulano no es caballero ni aun descendiendo de caballos; y que mengano “hombre honesto” es tan honesto como Caco, padre putativo de todos los ladrones habidos y por haber. Pero el término suena bien, y de allí que digamos caballero, hombre honesto, “ciudadano probo” y otras mil estupideces sin las cuales la vida no sería soportable ni divertida, como lo es en la actualidad.

EL HOMBRE QUE RONDA EL TEATRO

Estos días he estado relejendo al truhán de Azorín. Azorín es un gran escritor español, a quien la juventud de ahora ha vuelto la espalda. Ello significa que Azorín vale. Si fuera un mentecato, ya habría hecho escuela entre todos los desocupados y escolares de la ciudad.

Bueno, Azorín que se ha ocupado de pintar muchos tipos de hombres de su época y de las provincias españolas, como también lo ha hecho Rusiñol, Azorín, en ninguno de sus cuadros ha colocado al “hombre que ronda el teatro”.

allí a reírse con las tragedias y a llorar con los sainetes. Porque los sainetes hacen llorar, sin grupo.

Bueno, dando vueltas en redor de este teatro del lejano Oeste de Buenos Aires, he descubierto a mi sujeto; un sujeto que, a decir la verdad, me cuesta un poco prontuariar de modo definitivo. Y es que, en realidad, no lo conozco.

Imagínense ustedes un ciudadano que por su pinta puede ser autor, peón, mozo de limpieza, actor, traspunte, pintor de carteles, fotógrafo, muerto de hambre,



Entendámonos.

Cuando hablo del hombre que ronda el teatro, no me refiero al panete de bigotito a lo Adolfo Menjou, un sujeto actor cinematográfico, y que les trae revuelto el casco a todos los hijos de mamita. (¿Qué es lo que hacen los padres con estos niños de pasta frola?) No; me refiero a otro tipo, más interesante, profundo y extraño.

El hombre que ronda el teatro

Sé dar mis vueltitas por la calle Rivadavia a la altura de Flores. Allí abundan diversos tipos de paisaje y de psicología. Pues bien: en Flores hay un teatro. Van compañías y representan lo que Dios les da a entender. Casi todas las compañías trabajan pésimamente, y la gente va

hermano de una actriz, candidato a autor, genio, y también puede ser boleterero, revendedor, capataz de comparsas, contratista de telones, aspirante a actor, pedigüeño, amigo de una actriz, amigo de un actor, o claque, o sastre de la compañía, o carpintero de la misma, o el diablo en persona, pues tantas cosas puede ser este vago a un mismo tiempo, sin ser ninguna.

Este hombre misterioso, y digo misterioso porque no me faltan razones, aparece a la puerta del teatro una hora después que terminó la función, y dos horas antes de que empiece la sección de la noche.

Continúa el misterio

Este bicho raro, frecuentemente está dedicado a la laboriosa tarea de frotar-

se suavemente la espalda contra una columna de la entrada del teatro. Este movimiento parsimonioso y lánguido parece ya costumbre en él.

Usa sombrero que es un intermedio poético entre el “funghi” del fotógrafo sentimental, y el hongo del anarquista profesional.

Corbatita cantora, tipo “chingolo del arrabal”. Pantalones a rayas grises y negras; melena “cosí cosí”; zapatos que están pidiendo auxilio; calcetines que, no es necesario decir, “están de dudosa blancura” para entender que están sucios en toda la extensión de la palabra; y saco, uno de esos sacos infamantes, con los bolsillos dilatados, las solapas perdidas en conatos de sub solapas; la camisa de plancha — es un decir lo de la plancha — bastante desplanchada, y los botones, que en un tiempo fueron dorados, verdan admirablemente en florescencias de sulfato de cobre. ¡Aquí te quiero ver don Leopoldo! Luego, este sujeto averiado, roto, sucio, con suciedad razonable y bohemia, es el que ocupa el peristilo del teatro a la hora en que los actores han desaparecido para el público. ¿Qué es lo que hace allí? Averigüelo Vargas.

El hombre habla

Sin embargo, fijándose bien, este solemne “esquenún” suele conversar. ¿Con quién?

Pues, con el boletero. O con el dueño del teatro. O con un actor. O con una actriz. O con el cigarrero. O con el portero. O con el mozo del fregado. O con el niño caramelero. Pero con alguien conversa. Y todos le tratan con esa deferencia singular con que se trata a los locos mansos.

Siempre apoyado en la columna, el vago, siempre. Y rascándose suavemente, con movimiento de costumbre, de tic nervioso ya. Y las grandes manos de carpintero cruzadas atrás. Y un pucho humeándole “i bafi”. E impasible, como el mismísimo rey de la creación.

¿Qué hace allí? Nada. ¿De qué vive? Menos pregunta Dios y perdona. El caso es que este tío se pasa las horas muertas teatralmente charlando en la puerta del teatro con cierta gente.

Esa cierta gente es un poco de todo. Charla siempre así, escépticamente, filosóficamente, y van llegando los autores y le alargan la mano, que él aprieta por los dedos. Y llega el actor, y el actor se detiene y conversa mientras mi tipo deja que un reguero de humo le nicotice la punta de la nariz; y siempre serenamente, tranquilamente.

Es el amigo de la casa

Y uno llega a la conclusión de que este mugriento es “el amigo de la casa”. El ufano que cuando hay que hacer una comida, indica el restaurante más barato; el que elige los vinos en la mesa; el que da noticias de un actor perdido; el que le lleva el perrito al auto a la primera actriz; el que vierte una opinión en una junta de lectura. Es el todo en esa baraúnda de intereses creados. No se entusiasma por nada y es el primero en escuchar la terrible confidencia del empresario de “que eso va a la quiebra”.

A él también lo toca consolar a la actriz, a quien dejó por otra el taimado galán. La mocita lloriquea, y él, filósofo, paternal, va desgranando sus puntos de vista: la teoría de su búdica atorrancia, sin inquietarse por nada. Siempre el infame pucho de un cigarrillo chorreado, humeándole la punta de la nariz.

“Esquenún” por naturaleza, casta e idiosincrasia, el hombre que ronda el teatro, lleva en sí una serie de fracasos. Fracaso como actor, fracaso como autor, fracaso como empresario. Y entonces su congénita “fiaca” le llevó a ser amigo de los artistas. Y lo consigue a conciencia. Pero, también fracasa; porque lo usan para todo, menos para aquellos casos en que se revela la verdadera amistad.

EL DOCTOR BERDUC Y LOS ESTUDIANTES

Un caballero entrerriano que ha fallecido hace poco, el doctor Berduc, ha dejado en su testamento mandas para favorecer a los estudiantes pobres, mejor dicho, ha destinado todos sus bienes a la futura protección del estudiante universitario, para que se compren ropas y libros. Con ello, el doctor Berduc, caballero entrerriano, se inmortaliza a su modo, y los editorialistas de los periódicos han encontrado el gesto digno de todo elogio. A mí, personalmente, me parece que el difunto ha dado un mal ejemplo. Y trataré de explicar este mi punto de vista.

nos trabajando. Aquí todo el mundo quiere ser empleado público, o doctor de cualquier cosa. El resto, la infinita serie de ocupaciones en que ganarse la vida sin perjudicar al prójimo, parece no interesar a nadie.

Las familias donde hay un padre que gasta cuello y tiene un empleo de 220 pesos mensuales, rechazan con horror todo proyecto de un hijo obrero. El hijo del empleado más vulgar en este país, aspira no sé por qué "berretines", a puestos nacionales o a canonjías absurdas. Esta es la triste verdad.



Ante todo comienzo por creer, y no sólo que lo creo sino que, además, la experiencia me lo prueba, que los estudiantes no son factores de progreso en ninguna parte. Eso para empezar; y para terminar agregaré que en nuestro país, sobran estudiantes universitarios.

Sobran en Córdoba, en Buenos Aires y en toda provincia que tenga la desgracia de poseer una Universidad. Lo que el país necesita no son estudiantes, sino buenos obreros. Lo que faltan son buenos operarios, y lo que sobran son malos doctorcitos.

De allí que el testamento del doctor Berduc me parezca una pamplina sentimental.

Y me parece, porque este es un país donde nadie quiere ensuciarse las ma-

Y el testamento del doctor Berduc, viene a favorecer el incremento y desarrollo de una plaga que amenaza con convertir al país en uno de abundantes picapleitos y sierrahuesos, que intranquilizarán nuestras existencias y terminarán con nuestras vidas.

Córdoba, ciudad-fábrica de universitarios

Córdoba, que es la ciudad más característica como universitaria, ofrece en sus calles un espectáculo curioso. Hay que recorrer así, las veredas de Deán Funes y otras calles adyacentes a la plaza San Martín. Da horror. Cada portal está envuelto en una armadura de chapas de bronce. ¡Los doctores! Todo el mundo es doctor allí. ¿De qué viven? Averí-

güelo usted. Y la mitad de la ciudad se compone de estudios, y la otra mitad de casas de pensión para albergar los estudiantes. Vienen de todas partes. Es casi la Salamanca moderna de la República, si no le quitara la preeminencia Buenos Aires, donde todas las familias aspiran para sus hijos el título de doctor.

Ya desde chicos se les empieza a falsear el entendimiento a nuestras criaturas. No hay madre que no diga:

—Cuando este tenga catorce años, entrará al nacional.

La plaga o manga de inútiles

Demás está decir que las carreras de farmacia, odontología, derecho y medicina son las más abundantes en estudiantes inscriptos. Después de primer año de medicina se producen muchas bajas, o se efectúan numerosas conversiones hacia la odontología.

Los más burros siguen la carrera de abogados, “porque en los exámenes se puede macanear un poco”, cosa que no pasa en química o en ingeniería. Y luego, al final, viene la debacle. Todos los años se licencian, o se reciben, centenares de señores que de pronto se encuentran en medio de la calle con un título del cual no saben qué hacer. Son abogados, ¿pero qué hacer? Con el título no se come puchero ni ante su presentación fian en el almacén.

Por eso esa caterva de individuos inutilizados por la Universidad, que tienen de veinticuatro a treinta años, se encuentran en la especial situación del hombre que lo lanzan a la vida sin previa experiencia y sin el conocimiento práctico necesario para vivir.

Más aún; personalmente conozco estudiantes que no desean recibirse, pues me dicen:

—Cuando me reciba, se terminó la pensión que me mandan de casa, ¿y qué hago con el título?

Como se ve, el problema es pavoroso.

En artículo anterior yo anotaba el antecedente de algunos farmacéuticos que están ganando ciento ochenta pesos de sueldo en droguerías importantes, (un sueldo de vigilante sin pito, sin varita ni uniforme). En esas líneas decía que en una estación del subterráneo había un boletero de particular, que era abogado. Conozco a un doctor en leyes que gana cien pesos mensuales en Mercedes: firma los expedientes de un procurador.

Testamento sentimental pero inútil

Concurra usted a una enorme obra de cemento armado, visite una construcción de tramo ferrocarrilero; visite el Arsenal de Guerra, (donde la técnica en análisis de aceros es una señorita alemana), y en todas partes encontrará contramaestres extranjeros, técnicos extranjeros, excelentes operarios extranjeros...

¿Qué es lo que ocurre?

Que aquí, en este bendito país de la hamaca paraguaya, del mate, del comité y del doctor, se prepara a la gente para vagos, no para trabajadores. Y entonces, ¡claro!, ocurre lo de siempre. Los doctores si continúan multiplicándose así, tendrán que sembrar la tierra o aprender a hacer pan.

De allí que, socialmente, el testamento del doctor Berduc, me parezca una cosa sentimental, pero nada práctica.

Pero honremos su memoria. Todos los días muere algún rico. Si es criollo, no deja un centavo porque se lo arrebatan los herederos; si es extranjero, deja todo el dinero para obras de beneficencia de su aldea natal. Y la Argentina, que lo hizo rico, que lo hizo hombre, que lo ayudó a ser gente y a hacer plata; que le prestó escuelas para que se educase y hospitales para curarse, no recibe ni un centavo, ni un recuerdo. Toda su plata, todo su amor, para la aldea donde nació.

Doctor Berduc; perdóneme. Usted fue un buen tipo, franco y generoso.

ESTAFADORES DISFRAZADOS DE CONTRABANDISTAS

Buenos Aires es una ciudad propicia para el buscavidas ingenioso. Esto parecen haberlo descubierto hace un tiempo los comerciantes judíos, que lanzan sobre la ciudad un verdadero diluvio de contrabandistas de “grupo”, destinados a embaucar a la buena gente con sus camisetas azules y sus gorras con un áncora marítima y engañadora.

Tipo del contrabandista

El contrabandista de “grupo” es un sujeto de tipo escandinavo, que tiene de escandinavo como yo de griego, pues la mayoría son judíos disfrazados, checoslovacos, rusos, polacos.

El suburbio es su campo de acción

Como en el centro están bien calados, se dirigen hacia el arrabal, donde la gente no se da cuenta de que es imposible que un marinero “de a bordo” se pase el día vendiendo por la calle.

Y lo curioso de esto, mejor dicho, lo mítico del contrabando consiste en que los marineros auténticos son incapaces de caminar cien metros cargados con semejantes bultos.

Pero la mercadería entra por la propaganda, y la propaganda por los ojos, y así no hay comadre en el arrabal que no se sienta atraída por la pichincha que



Recién llegados al país, y con el indispensable pelo color de zanahoria — pues la gente vulgar cree que los marineros tienen que ser forzosamente rubios— estos bergantes son adiestrados por los tiburones israelitas que los disfrazan de maringotes; les encajan el reglamentario pantalón blanco, una camiseta azul con el nombre de un barco cualquiera; una gorra con visera y escudo rojo, y la bolsa, la eterna bolsa de lona blanca cargada de cortes de género.

Y a buscar la vida.

Y los tíos se la buscan.

puede hacer con el mozo rubio, a quien ella engatusará comprándole por “poco y nada” algo provechoso.

Tan provechoso es que a la noche, cuando vuelve el marido, y ve la “pichincha” y escucha el precio en que ha sido comprada, pega un respingo y maldice el día en que se casó con semejante ingenua, a quien le dieron, no gato por liebre, sino rata por liebre.

Siempre ocurre así. Fatalmente así. Es irremediable. Y es irremediable, porque las mujeres creen que tienen aptitudes para el comercio.

El falso ladrón

Otro “grupo” que ahora hacen correr los comerciantes judíos es el del falso ladrón. El hallazgo vale plata. Helo aquí:

En las horas del mediodía, un forajido llama a la puerta. Llama y mira con ojos descajados en redor. Parece que lo acorrala una trailla de mastines. El hombre lleva un corte de género en la mano. Habla respirando dificultosamente:

—¡Treinta pesos! Un corte. ¡Rápido! Antes que me vean.

—No tengo plata —contesta la futura damnificada.

—Por lo que quiera usted. Veinte pesos. ¡Rápido, señora!

La señora está espantada. El supuesto malandrín mira en redor como si esperara a cada minuto ver aparecer un vigilante; respira siempre dificultosamente, y si la señora entra por el aro, le pregunta:

—¿No andan inspectores... municipales por aquí?

Eso de “inspectores municipales” lo ha dicho con una entonación tan particular, que la señora se creería una tonta si no interpretara así la pregunta:

—¿No andan vigilantes por aquí?

Es el verdadero asalto de prepotencia. Mil ideas se suceden en la mentalidad pequeña de la señora.

Piensa que el sujeto es un ladrón; piensa que no comprarle el corte es perder un magnífico negocio, piensa que nadie la descubrirá; piensa que el marido se regocijará, y sugestionada por el malandrín, por su apuro y respiración afanosa, y por las miradas que a cada instante echa en redor, se ofusca, y medio convencida, medio asustada entra y trae los quince pesos. El falso ladrón entrega el corte; pero para hacer más completa la comedia, le dice, con tono suplicante, a la señora:

—¿Quiere devolverme el diario?

La señora, extrañada, se lo devuelve, pensando para qué cosa querrá el tío ese el diario que envolvió el paquete e ignora que el hábil vendedor tiene en la otra esquina un chico cargado de cortes de género, y que una vez vendido uno, va a buscar otro, que envuelve en el mismo periódico ajado, que da más la idea del robo desordenado.

Parece mentira, pero es así.

Luego desaparece el hombre, y la señora se ufana de su perspicacia para traficar con ladrones.

Otras sabandijas

Estos dos tipos descriptos son los que actualmente trafican en el arrabal con relativo éxito. Luego aparecen otras sabandijas, por ejemplo, el vendedor de perfumes, que es un estafador sin cuento.

Este compra a los botelleros cuanto frasco vacío de perfumes tienen; se hacen hacer en una imprenta un ciento de etiquetas; llenan el frasco de agua teñida de rojo, amarillo o verde, y luego lo cierran perfectamente, lacrándolo y sellándolo que antes de abrirlo se pasan diez minutos. Así pertrechados, recorren los inquilinatos. Ponen cara asustada, y en parte no les falta razón, pues lo menos que les puede pasar es que sobre recibir una pateadura los metan presos. Se presentan en las puertas de las casas con semblante desparado, diciendo, a media voz:

—Déme dos pesos, señora. Lo robé en la farmacia. ¡Rápido!

La señora quiere “negociarlo” al ladrón.

—Le doy uno.

—Uno cincuenta.

—Bueno.

La señora accede, y a los cinco minutos de haber desaparecido el estafador de la puerta, se oye tal coro de maldiciones, que ya no queda lugar a dudas. La han estafado.

EL HOMBRE QUE PUDO SALVAR A ROURA

El comentario del día es la detención de Roura, las manifestaciones de Roura, la sonrisa de Roura, la plata de Roura... Roura por aquí, Roura por allá, y desde el último sacamuelas hasta el primer oficial de la barbería, lo único de que hablan es de eso.

Los comentarios son sabrosos. Campea el escepticismo popular. Hay gente que se regocija con la historia de que Roura "perdió" la valija con los 470.000 pesos. Otros, en cambio, encuentran en la sonrisa cinica del ratero, el trasunto de la sonrisa gloriosa de Diego Corrientes, el "Rayo de Andalucía" o de cualquiera de esos pilletes barbudos montados en potros jerezanos.

Lo que opina un abogado fabricante de inocentes

Ayer por la mañana me encontraba en un círculo de periodistas. Digamos periodistas, aunque algunos merecían estar en compañía de Roura. Bueno. No hablemos mal. En el círculo se encontraba un señor gordo con botines de doce pesos el par, cara ancha y con paperas y una mirada tan desvergonzada, que yo me preguntaba qué clase de pillito sería

ese sujeto que acaparaba la atención de aquellos individuos con las siguientes palabras, que yo escuché con devoción; poco después supe que el charlatán era un abogado criminalista.

Decía el tío:

—No; yo no le perdono a Roura haberse presentado de esa forma en Buenos Aires. ¿Adónde va a parar la moral? Hay que guardar las apariencias, ¡qué embromar! Está bien que un tipo se lleve quinientos mil pesos; yo, en su lugar, haría lo mismo (fiese usted después de los abogados criminalistas); pero lo que no está bien es el alarde cinico de la hazaña. ¿Qué se ha pensado el tío ese? Ante todo, para hacer lo que él ha hecho, no se necesita ser ningún héroe. Rouras hay a patadas todos los días en el gremio de las sirvientas y mucamos y en el de los dependientes de comercio. Lo que los diferencia de este ladrón es que, en vez de robar quinientos mil pesos, se llevan cincuenta pesos, porque más no hay al alcance de sus manos. Eso es todo. Naturalmente, la gente es estúpida, y confunde con audacia y genialidad lo que es tontería e inconciencia; inconciencia para ser un perfecto y hábil delincuente.



—¿Cómo, cómo?...

—Sí. Si Roura fuera un delincuente inteligente, se presenta de otra forma. Teatraliza su robo, y se convierte en un héroe popular.

Tesis de un abogado criminalista

Mi abogado criminalista observa la cara de la reunión y dice:

—Ante todo; la familia hizo muy mal en no elegirme a mí para defender al reo.

—Es que la familia... ¿acaso lo conoce?

El gordo criminalista se ríe, y continúa:

—Perfectamente. Si yo hubiera sido el abogado de Roura, le digo:

“Nada de sonrisas ni de saludos. Cuando vea al público, tápese la cara y haga como que llora. Cuando se acerquen los periodistas, diga, gimoteando:

”—¡Ay, mi pobre madre! ¡Ay, el honor de mi familia! ¿Cómo he podido cometer semejante delito? ¡Ay, pobre Berta!”

El gordo socarrón gimotea a la perfección, y todos se ríen. El también termina por reír, agregando, luego:

—¿Qué es lo que hubiera ocurrido? Que todo el mundo, al verlo aparentemente arrepentido, exclamaría: “¡Pobre mozo, un tropezón cualquiera da en la vida.”

El gordo canta el tango de referencia. Risas en el concurso.

—Ustedes se ríen, pero unas lágrimas bien largadas son de un efecto formidable entre el populacho. Les aseguro a ustedes que si Roura se pone a llorar, en Retiro, hasta se forman en esta ciudad Ligas pro libertad del pobre Roura. Además, el fulano ha hecho una tontería grande como una casa diciendo que se le ha perdido la valija con los 470.000 pesos.

—¿Y qué hubiera debido hacer?

—Comprar mil boletos a un tungo cualquiera, guardarlos en la pensión, decir que, arrepentido de lo que había hecho, jugó a las carreras mil boletos, que los perdió, que volvió a jugar, que

pensaba devolver la plata a sus patronos, hasta con los intereses, y exclamar, a intervalos:

“—¡Ay, mi pobre mamita! ¡Ay, el honor de mi familia! ¡Ay, pobre Berta!”

Como en los diarios es necesario macanear para darle al público el pasto y la alfalfa que necesita, y llenar las páginas de letritas, todos los escribientes, todo el mundo hubiera escrito que Roura era un excelente hijo de familia, un hombre honesto, que ha dado un mal paso, pero sin querer; y hasta es posible que, al salir en libertad, dada su popularidad, lo eligieran candidato a diputado, cosa que suele ocurrir en este país. ¿No se estuvo a punto ya de canonizar a la Poey, y no se hablaba de Pereyra como futuro candidato a diputado en las últimas elecciones?

Sí, lo que debió hacer ese pillete de Roura fue eso, lagrimear. En cambio, se presenta con la insolencia de un señor que cree haber llevado a cabo una gran hazaña, y, ¡qué diablos!, el asunto repugna.

Como se fabrica la inocencia

El criminalista gordo continúa:

—Yo creo en lo patético. Vez pasada tuve una causa de tres complicados en el asesinato de un diarero. Era en La Plata. Cada uno tenía un prontuario que era una novela. A pesar de tener más de veinte años cada uno, les hice poner pantalón corto, los botines bien lustraditos, la cara en las manos como si estuvieran llorando, y su aspecto, con los botines lustraditos, impresionó tanto al jurado, que mis clientes salieron absueltos de culpa y cargo. ¿Por qué? Pues, porque a las moscas no se las caza con vinagre, sino con miel.

De cualquier manera, Roura era dueño de presentarse como se le antojó. Eligió el cinismo, cuando podría haberse inclinado por la hipocresía. Es cuestión de temperamento.

TRIFONES CRIOLLOS

Ayer, en la redacción de un diario, ocurrió uno de los incidentes más imprevistos y raros que puedan esperarse.

Un señor que se presentó a pedir empleo, alegando como competencia el conocimiento de catorce idiomas (14), al serle manifestado de que no había vacante, se dirigió al secretario de redacción, diciéndole:

—¿No puede usted señor darme un certificado en que conste que no hay vacante en este diario?

El secretario, extrañado, le preguntó cuál era el motivo de un pedido tan extravagante, y entonces el hombre repuso:

—Señor, el motivo de mi pedido es que abajo está esperando mi esposa, y llevándole el certificado con el sello del diario, no dudará de que yo he venido a pedir trabajo.

Se le dio el certificado.

La tragedia doméstica

Después que me contaron esta anécdota, exacta porque me la narró el que

intervino en expedir el documento de marras, me quedé pensando en otros numerosos casos que nunca se me había ocurrido tratar y que se relacionan con el mismo fenómeno apuntado anteriormente en lo relatado.

Es natural que en el caso pasado bien podía tratarse de un matrimonio desesperado por la inútil búsqueda de trabajo; búsqueda que terminaría por parecerle mentira a la mujer a causa de los continuos resultados negativos.

Porque si se analiza un poco esta situación del hombre que pide un certificado para demostrarle a la esposa que realmente busca trabajo y de que no le miente, se llega a la desoladora conclusión de que entre esa gente se ha terminado todo vínculo de afecto y de confianza, o que ambos están al margen del suicidio; suicidio que el dicho certificado puede servir para apresurarlo al dar constancia de otro y otro fracaso. O quizá, también, el hombre de los catorce idiomas estuviera casado con una de



esas euménides broncosas; mujeres de bigotes en el belfo; musculatura atlética y bríos para contender con un regimiento de verduleros. Pudiera ser así y entonces el hombre, para escudarse de una posible paliza, pedía el certificado de buena conducta antivaganciosa como lo pediría un atacado de rabia o de miedo a tenerla.

Sin cigarrillos

Tengo un conocido; uno solo, y gracias, que se ha casado con una señora de esas que tienen un pariente remoto en el diccionario. La señora es de lo más inaguantable e insolente que hay. Toda la vida trae al retortero a su pariente del diccionario, igual que la deschavetada esposa del señor Bergeret. Exactamente igual, aunque esto ocurre en Buenos Aires y no en París.

El marido de la susodicha señora es un infeliz. Creo que gana mil pesos mensuales; y si no son mil son ochocientos de la Nación, que no son pocos. Pues bien ¿creerán ustedes que este señor sale a la calle con las moneditas justas para el tranvía? Diez de ida y diez de vuelta, siempre que la distancia a recorrer no sea inferior a dos kilómetros por cómputo de la guía X.

Este buen hombre fuma cuando puede, quiero decir: cuando se le acerca un amigo. Da lástima, sincera lástima verlo maniobrar.

El hombre comienza por diseñar una sonrisa lastimera, una de esas sonrisas que yo no sé por qué se han atribuido a las liebres, pero indudablemente debe ser de liebres acorraladas por los mastines del cazador.

Esbozada esta sonrisa, que es el prólegomeno del pechazo, el hombre insinúa con voz blanda y profunda, sutil y deslizada a flor de labio:

—¿No tenés un cigarrillo?

Ese “no tenés un cigarrillo”, está colmado de acentos patéticos, implora, casi

misericordia. Y cuando recoge el pitillo este infeliz que gana mil pesos mensuales da lástima. Lo enciende casi frenético; aspira los bucheros de humo como si fueran de oxígeno, y luego con una sonrisa cobarde, agradecida, susurra:

—¿Qué dirás, siempre te pido cigarrillos?

Dan ganas de regalarle un paquete. O de mandarle a la señora, que tiene un pariente remoto en el diccionario, una caja de cigarrillos para que se los vaya dando el marido de uno a uno. Pero ésta es capaz de venderlos; así que nadie se atreve a cometer el acto irónico y heroico.

En qué se basa este dominio

Realmente, resulta un misterio saber en qué se basa este dominio auténtico, real e indeclinable, con que una harpía de siete suelas domina a un infeliz. Porque el hecho de que un individuo sea un infeliz no justifica que se deje dominar por su mujer.

Al contrario, hay, y conozco, notables infelices que le dan a sus cónyuges tundas de muy padre y señor nuestro, por lo que no puede ser base de una tesis lo anteriormente dicho.

Tampoco este dominio se basa en el amor, ya que estos dominados sonríen siempre triste e irónicamente cuando oyen hablar del matrimonio. Lo que debe ocurrir es que la mujer los ha ido acobardando lentamente, haciéndoles cada vez que se extralimitaban, tal lío que el infeliz prefiere avergonzarse ante sus amigos, que reñir espantosamente con una mujer, la que, además de las ganas de fumar le quitará las de comer, las de dormir y las de volver a gastar sin su permiso en un paquete de cigarrillos.

Eso lo hace en parte la falta de carácter, la noción de no valer cinco centavos y, sobre todo, la cobardía moral que los convierte en una especie de estropajos con los cuales es permitido todo como con Episcopo, el personaje de D'Annunzio.

YA NO SE PLAGIAN VERSOS: SE PLAGIAN ¡RECETAS DE COCINA!

Actualmente se substancia en los Tribunales un pleito curiosísimo:

¡El del plagio de un libro de cocina! Como se ve, el asunto no puede ser más interesante ya que el que está encargado de él, es el célebre abogado que defendió a Mateo Banks, y a Davidovich, es decir, Palacio Zino, quien hoy me decía, conversando, de este pleito:

—Ya ve usted los casos y las antítesis que hay en nuestra profesión. Son de lo más extraordinario y divertido a ratos, como éste, en el que se viene a comprobar que no sólo los literatos saben plagiar a veces, sino también los pinches de cocina.

negro llevaba bajo el brazo un montón de libros titulados así:

“Cocina diaria”, “El arte culinario”, “La escuela de cocinar”, “La cocina y la pastelería” y varios otros tomos del mismo tema y diferente título.

El señor negro le alcanzó su tarjeta al abogado y entonces Palacio Zino se enteró que estaba en presencia, nada menos, que del señor Francisco Figueredo, que se formó cocinero en la corte de don Pedro II, emperador del Brasil, y que el señor Figueredo, a pesar de su color oscuro, había sido cocinero, nada menos, que del señor Faustino Domingo Sarmiento, del general Mitre y de todas



A mí me agrada charlar con Palacio Zino. Sabe de tantas cosas al mismo tiempo, que de pronto, cuando uno mira el reloj, está tentado de decirle:

—Hombre, si usted fuera mujer, el tiempo no podría pasar más rápido a su lado. —Y es que este diablo sabe mucho, no sé si por diablo o por lo otro.

El negro, el libro de cocina y el pinche

Van a ver ustedes qué historia realmente extraordinaria.

Hace algún tiempo fue a verlo a Palacio Zino un caballero de color. Este señor

las notabilidades aristocráticas de este país, a pesar de sus setenta y ocho años de edad.

Bueno; el señor Figueredo le expuso el siguiente asunto al defensor de Banks y de Davidovich:

Que él, a pesar de su color de betún, era el autor de esos libros, y que tales libros, donde estaba desparramado todo su conocimiento de la cocina universal y de todos los platos más raros que puedan apetecer los paladares de los mortales, habían sido plagiados por un ex choricero y pinche de cocina que en la actuali-

dad es “chef” de la Cámara de Diputados de la Nación.

El plagio del libro

Palacio Zino me dice:

—Si hubiera doctores en cocina, el señor Figueredo podría ser médico culinario y doctor “honoris causa” de todas las cocinas del mundo.

—¿Y el plagio?

—Según parece, el “chef” de la Cámara de Diputados, que vendió chorizos en un carrito y después fue lacayo de pompas fúnebres, y más tarde cocinero de barcos de guerra, quiso immortalizarse a costillas del caballero de color que me ha confiado su asunto, plagiándole todas las recetas. Pero como un ex empleado de pompas fúnebres no puede conocer cocina, lo que ha hecho ha sido cambiar los nombres a los platos, y así a uno le ha puesto el calificativo de Salsa Barniz y a otro Crucero Patria. Es algo que parecería sacado de un sainete.

Ahora bien; mi defendido, que vive en parte de los derechos que le proporcionan sus libros de cocina, está indignado. Él no pensó jamás que un lacayo de pompas fúnebres pudiera plagiarle las recetas que tanto tiempo demoró en combinar en la soledad y la meditación, y como, en realidad, el cocinero de don Pedro II es una excelente persona, que conoce hasta anécdotas de los cocineros de Napoleón, no he vacilado en defenderlo, pues, si se piensa bien, un plato es tan importante en la vida de una persona como la prueba cabalística de Baltasar.

El plagio en la vida

No hace mucho tiempo, recuerdo que Benoit, el autor de “La Atlántida”, donde interviene Cegheir Ben Cheij, y otros bribones de la misma calaña, fue acusado de haber plagiado “Ella”, de Rider Haggard; y en torno de este plagio, o no plagio, se armó tal pelotera que mu-

chos estuvieron a punto de romperse los cuernos por si Benoit había o no plagiado al otro.

Y es que hay mucha gente que opina lo contrario de lo que opinaba de Musset, cuando decía “mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso”, demostrando así que prefería lo suyo a lo ajeno. Entre los que no se encuentran de acuerdo con el señor Musset, que no fue autor de libros de cocina, sino de libros de versos, está el señor de las pompas fúnebres, hoy cocinero de la Cámara de Diputados. ¿Qué puede decir éste en su defensa? ¿Que los platos son propiedad común? ¿O que la cocina y sus recetas no son literatura, y que por lo tanto no pueden ser objeto de plagio, como nadie al reproducir en un libro de explosivos la fórmula de la dinamita plagiaría a Nobel?

Lo único que yo sé, es que hasta ahora, en mi concepto, sólo podía plagiar una imagen o cualquier cosa literaria. Esta novedad del plagio culinario me abre los ojos, y me deja pensando que la ambición humana es infatigable en apetecer honras, y que el hombre que, habiendo sido choricero de carrito, asciende a cocinero de una Cámara de Diputados, no se dará por satisfecho, sino que aspirará a más y más...

En tanto esperemos los resultados de este pleito en el cual Palacio Zino se ha erigido en defensor del caballero de color. El asunto es tan interesante, por su naturaleza comestible, que el día que se resuelva no faltarán caricaturas humorísticas en todos los periódicos.

Y entonces, cuando en un restaurant comamos “Pollo a la Bonaparte con salsa a la Marengo”, pondremos, entre bocado y bocado, un pensamiento afectuoso y agradecido a su ilustre inventor, el verdadero, que jamás vendió chorizos en carrito ni se deshonró cocinando un rancho marinerero ni intentó nunca complicar las deliberaciones parlamentarias con inoportunas indigestiones.



PSICOLOGÍA SIMPLE DEL LATERO

Usted estaba sentado gozando de la fresca viruta. Toda su alma se disolvía en una especie de ecuanimidad que alcanzaba hasta a los últimos bicharracos de la tierra, y, a medida que disfrutaba de la fresca viruta apoltronado en la mesa del café, se iba diciendo a sí mismo:

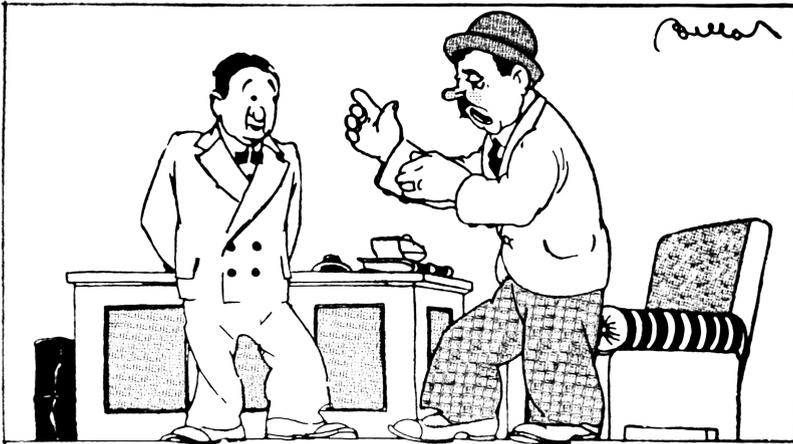
—No hay vuelta: la vida tiene sus partes lindas.

Y otro medio litro se le perdía suavemente en la bodega.

Pero exactamente al pensar por segunda vez: “No hay vuelta, la vida es linda”, se le acercó un señor, uno de esos malditos señores, que uno conoce por un azar aún más maldito, y el sujeto, después de saludarlo cordialmente, se sentó frente usted, “por un momento, nada más, porque tenía mucho que hacer”.

de la vida, porque me he hecho una filosofía barata que me resuelve todos los problemas. Pues bien, la única ventaja que sobre la tierra reconozco al latero, es haberme dado tema para escribir estas líneas, líneas sobre la personalidad del latero y su producto: la lata.

Porque eso de aguantar a un charlatán, es lo más horrible que hay. Precisamente, yo me encontraba en la mesa de un café; tenía un medio litro delante de mis narices y contemplaba a las mujeres que pasaban, con esa bondadosa ecuanimidad que albergan los sujetos que saben que las mujeres no les llevan el apunte. Pero, como decía, me recreaba mirándolas pasar y alababa el arte que el Todopoderoso puso en esa costilla que arrancó de nuestro pecho cuando vivía-



Usted se resignó, se resignó pensando que la vida ya no era tan linda, porque albergaba en su seno a ese monstruo inexplicable que se llama latero.

El latero

Yo no soy ningún cascarrabias; por el contrario, me deleita el espectáculo

mos en el paraíso. Y mi espíritu estaba colmado de indulgencia como el de Buda bajo la higuera, con la sola diferencia que yo le llevaba dos ventajas al Buda, y era que estaba tomando cerveza y en vez de encontrarme bajo una higuera que da mala sombra, me veía bajo un toldo flamante y multicolor.

De pronto, un sujeto, gordo y enorme, levantó los brazos ante mí. Yo alcé la cabeza, sorprendido, y, ¡ahora sí que lamento no encontrarme bajo la higuera! El que me saludaba era un solemne charlatán.

Estuvo dos horas dándome la lata. Cuando se fue, quedé mareado, exactamente como cierto día de verano, en que un poeta cordobés, Brandán Caraffa, me leyó los cuatro actos de un drama y tres metros y medio de un poema dedicado a las vacas de Siva.

Psicología del latero

No sé por qué tengo la impresión de que el latero es un tipo medio zonzo; un zonzo que “hace vapor”, como diría Dickens. Porque resulta absurdo que un tipo de esta clase siempre tenga un stock de pavadas para desembaular en cuanto ve a un semejante. Resulta absurdo y fastidioso.

Porque el latero no se conforma con hacer un montón de preguntas indiscretas. En cuanto suelta la lengua, el tipo se olvida de que existe el tiempo y el aburrimiento, y entonces, para recrear sus propios oídos, empieza a contar historias, ¡y qué historias!

Por ejemplo: de cómo se casó su hermana contra la voluntad de su familia con un vendedor de máquinas de coser.

A usted se le importa absolutamente nada la historia de la hermana del latero. Por el contrario; le parece muy natural de que esa tía se haya casado con un maquinero, si así se le antojó. Pero el maldito latero trata de interesarlo en el asunto. Le dice que una hermana (y dale con la hermana). Luego cambia de disco, y entonces saca del bolsillo un fardo de cartas, y dice que esas son las cartas de la novia, y que la novia lo quiere mucho, y que la novia es una muchacha muy de su casa, y que lo demostrarán ampliamente las sesenta

y dos docenas de cartas que lleva en el bolsillo de su saco.

Inútil es que usted diga al fulano latero que no pone en duda las virtudes de su novia; que, por el contrario, la cree una santa y digna mocita; el testarudo hace como si oyera llover, y empieza por “un parrafito, nada más”, y luego, si eso no fuera suficiente, quiere hacer una confidencia de carácter reservadísimo, y dice, a pesar de los gestos que usted hace para evitar la confidencia, que su novia es una chica buenísima y virtuosa, tan virtuosa, que la primera vez que él la besó en la frente, ella se puso a llorar.

Usted suda sangre. Y el latero continúa. Luego habla de un perro que tuvo, y de la madre del perro, y de la casta de la perra madre, y de los perritos que tuvo, y de cómo él se divertía con los perritos, y de cómo los perritos fueron regalados, y de lo que la gente decía de los perritos en el barrio, y de cómo una frutera, que quería un perrito...

Por fin, el tentador de Satanás, el Tirteafuera moderno, el latoso que en tiempos de Don Quijote fue a tomarle el pelo a Sancho a la hora de almorzar; por fin, el charlatán enemigo de Dios, de los hombres, y del reposo, se resuelve a irse después de dos horas, de dos espantosas horas de lata con gestos, guiños de ojo, posturas de opereta italiana y expresiones de conspirador.

Usted se queda extenuado. ¿Le han vaciado el cráneo con un trépano? ¡Vaya a saber lo que le pasa! Es que el enemigo de Dios, el latero truculento de los perritos, la novia y el diablo, lo ha dejado enfermo. Y ¡adiós la paz que pensó gozar bajo el toldo que hacía el papel de higuera! ¡Adiós la ecuanimidad universal, y el regocijo en la belleza de las mujeres que pasaban sin mirarlo! Se acabó todo, pues le ha quedado la cabeza como si se la hubieran pasado por la abertura de un horno de pudelación.

LLEGÓ EL DULCE DE LECHE

Llegó el dulce de leche. Quiero decir, el Mesías, mejor dicho, el señor Hipólito Yrigoyen.

Llegó, por fin, para los que lo estuvieron esperando seis años, soñando con un empleo, una canonjía o una pensión; llegó, y el orbe de candidatos a empleados se estremece, y como se lee en el Apocalipsis, "la luna y el sol quedan velados"; los ministerios quedan oscurecidos con la afluencia de pediguños.

Seis años de "dulce far niente"

Seis años de inactividad pasaron los devotos del régimen peludista. Seis años de vacas flacas, de yerbeado pobretón y de mirar en el cielorraso las rajaduras que recorrían los ciempiés y las arañas en aventuras mosqueteriles. Seis años de espalda al sol y estómago ceñido para engrupir al hambre. Seis años de decirle a la madre:

—Esperá, vieja, que suba el "dotor", y vas a ver cómo me acomodo.

Seis años de decirles los maridos a sus respectivas Sisebutas:

—Tené paciencia, mi hija, que cuando suba el "dotor" te voy a comprar un collar que ni Berta Byl se lo soñó.

Seis años de decirle los inquilinos al encargado yrigoyenista del conventillo de la calle Caseros o Brasil:

—Vea, amigo; cuando suba el "dotor" le pagaremos con intereses.

¡Seis años!, seis años se han pasado millares de engrupidos y engrupidores haciendo cola en el mostrador de la esperanza. Seis años, seis cabalísticos años, seis astrológicos años esperando el dulce de leche que se cocía lentamente frente a la peluquería de Scarlatto.

¿Y ahora?

Parece mentira. Llegó. Sí, llegó.

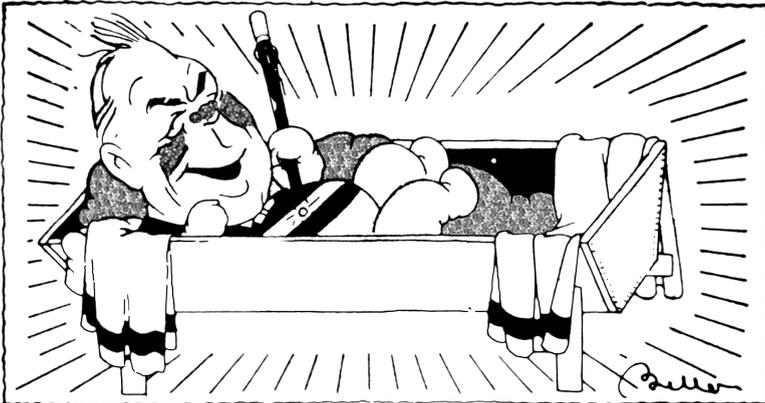
Un fenómeno

Indudablemente, estamos en presencia de un fenómeno de psicología colectiva que alcanza su más alta expresión de entusiasmo y, sobre todo, de esperanza.

Parece increíble, pero es así.

Esperanza en algo que sea de provecho material, pero no colectivo, sino individual.

Hablando humorísticamente: una ola de "fiaca" cruza la musculatura de todos los ciudadanos argentinos, que creen que con el advenimiento del nuevo presi-



dente, no tendrán ya que trabajar más, y que de los árboles les caerán a la boca las perdices asadas. Tal es el extremo a que se ha llegado en este asunto, si se le mira despojado de su matiz político.

En los tranvías, en los escritorios, en las calles, en las casas y comités, se escuchan tales combinaciones y proyectos, que uno no sabe qué pensar.

O Hipólito Yrigoyen es un todopoderoso, como Jehová y como Josué puede detener la marcha del sol, o la gente se ha vuelto loca.

El amigo del ilustre ciudadano

He visto pelafustanes inverosímiles, sujetos que ni en la cárcel los admitirían por indecorosos, hablar de “Hipólito” como de un hermano. Y es que estos tíos tienen un amigo que es amigo del “dotor Yrigoyen”. Ayer vi a uno de esos amigos por inducción; pues bien, este amigo me hizo perder tres horas hablándome de lo que él hará dos días después que el “ilustre ciudadano” haya asumido la presidencia. ¿Por qué? Pues porque tiene un amigo que es amigo del “dotor”.

No hay hoy día un ciudadano que se considere bien nacido que no le diga a quien quiera oírle:

—Yo me acomodo ahora, porque X, que es amigo mío, es también amigo del “dotor”.

¿Y quién no es amigo hoy del doctor? En realidad, muchas veces he creído que ningún hombre podría tener más de dos amigos; pues bien, toda mi teoría se viene abajo con este fenómeno de que el “dotor” tiene millares de amigos, “amigos de confianza”, a quienes él confía sus proyectos, proyectos que, a su vez, estos amigos desparraman por la ciudad con la debida reserva.

A seguir este paso, yo, para no ser menos que los demás, me veré obligado a escribir un artículo donde explicaré

que yo también soy amigo del “dotor”, aunque no lo he visto sino en fotografía, y gracias.

En tanto, por todas partes, como los hongos en la humedad, aparecen los amigos del “dotor”. Ellos son los que conocen los puntos de vista de Su Excelencia; ellos saben perfectamente por quién tiene el “dotor” simpatía o antipatía, y, eso sí, siempre que uno se comprometa a guardarles el secreto manifiestan que el “dotor”, dándoles unas palmaditas en la espalda, les ha consultado respecto a un proyecto o les ha pedido opinión para hacer un nombramiento. ¿Qué se le va a hacer? Tanta confianza tiene el “dotor” en sus amigos...

Lo que yo preveo

Me dirijo en especial a los padres que tienen un hijo vago, a las esposas a quienes les ha tocado un marido haragán que se pasó seis años esperando que el “dotor” subiera:

Si tienen un hijo o un marido que los entretiene con el cuento de que ahora va a ser “una realidad lo del empleo”, mándenlo a juntar maíz al campo. Ahora, como antes, empezará la peregrinación interminable. Los ministerios serán invadidos por tal multitud de pedigüeños, que los ordenanzas se van a volver neurasténicos y todavía van a cometer un crimen, desesperados de esa invasión de atorrantes que hará reventar los elásticos de todos los sofás de las antecámaras de las subsecretarías.

Y de cien mil amigos de un amigo del “dotor”, quizá medio amigo conseguirá un puesto de ordenanza. El resto se podrá entretener haciendo cola todas las tardes en la casa de gobierno, salvo que se promulgue una ley antiempleatoria que ponga punto final a esta racha de vagancia burocrática que está minando los tuétanos de la república.

EL PAYADOR DE ALMACÉN

Silverio Manco es un hombrecito flaco, nervioso, cabeza de gallo desplumado, chalina negra y sombrero "a lo Alfredo Palacios". Silverio Manco hace veinte años que escribe versos para payadores, y en una época que aquí no existía casi literatura, él hacía de actor y autor y a él, exclusivamente a él, se deben esos cuadernillos que narraban, en octavas, la vida del gaucho Hormiga Negra o cualquier otro asaltante de la tradición. Silverio Manco es un poeta de arrabal; del arrabal que ya pasó. Él lo sabe y mira tristemente a esta época de nueva sensibilidad que no entiende, pero que le amarga la inspiración. Y siempre que charlamos me habla de sus buenos tiempos. De los tiempos en que, disfrazado de gaucho, representaba la tragedia de Juan Moreira. Rememora los carnavales en que su casa de Lomas de Zamora era frecuentada por todos los gauchos de ocasión y en la que se entablaban payadas de contrapunto, en las que él salía siempre victorioso debido a su inagotable estro arrabalero-poético. ¡Bueno! Este Silverio Manco, autor olvidado, me ha dicho hoy:

—¿Por qué no escribe sobre el payador de almacén?

Yo lo miro, y le digo:

—¡Sabe que tiene razón, Silverio Manco! Pero la verdad es que no me acuerdo de ningún verso de los que cantan los payadores de almacén. Cuando más, sólo éste me viene a la memoria:

*Atención pido al silencio
Y al silencio la atención...*

Magnánimo, me contesta:

—No importa, porque yo me acuerdo de algunos, bastante malos, que escuché por los almacenes.

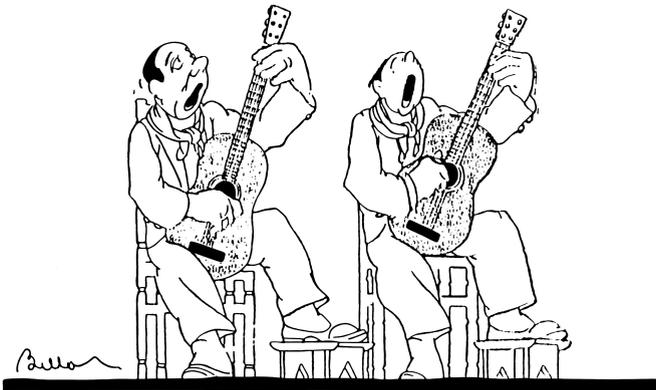
E inmediatamente me los dictó.

El payador de almacén

No hay que confundir payador de almacén, con payador de glorieta.

El payador de glorieta es casi siempre un pelafustán profesional, gordo de tanto hacer sebo, y que tiene un ayudante que pasa la bandeja; porque él no se digna hacerlo, ya que casi se coloca en la categoría de artista, y como es lógico un artista no debe pasar el plato.

Además, en definitiva, el cantor de glorieta es un aristócrata de la vagancia lírica.



En cambio el payador de almacén, (son dos generalmente), además de la pinta, son atorrantes sin “grupo”, pero de esos que no la empanan.

Yo me he pasado unas buenas horas en los boliches perdidos en el límite de la provincia, escuchando a estos delincuentes de las musas e improvisados músicos. Y me he emocionado escuchando esta octava:

*Señores: es la guitarra
un arma para el combate;
como el héroe de los Andes,
que tuvo también un alma,
voy aspirando una palma
etc., etc.*

Andan hambrientos

He tenido la impresión de que el payador de almacén es casi siempre un individuo que termina de salir de la cárcel, y que en tanto encuentra un “trabajo” fructífero, se va matando la sed y el hambre —más que el hambre la sed— recorriendo esos figones del deslinde, sobre todo al anochecer, cuando todos los gatos son pardos, y todos los consonantes son buenos. En cuanto llegan al despacho, se instalan en una tarima de cajones vacíos. Los trabajadores, que estaban bebiendo un vaso de vino, interrumpen el partido de mus. Los albañiles se acodan filosóficamente ante el medio litro de “tinto”, y los bergantes, pañuelo al cuello, o la solapa del saco levantada, la visera de la gorra sombreandoles la cara, templan la vihuela y luego lanzan esta salutación:

*Primeramente al patrón
lo saludo con cariño.*

(El patrón, un gallego bruto, se ríe socarrón).

*Que muy gustoso se vino
para escuchar al cantor.*

(Vino para evitar que éstos, en el entrevero, le roben algo).

*Y después a la reunión
también la saludaré,
señores, tienen que ver,
cómo se agranda el anhelo
para tener el consuelo
de festejarlo después.*

(El único anhelo de los hambrones es encontrar quién les pague una caña. El festejo termina vaciándole el bolsillo a algún carpintero tomado, que cobró la semana).

Los únicos oyentes

Los únicos oyentes son los cuatro peones de albañil, el mozo lavacopas y el patrón, que aguanta el diluvio de pavadas porque sabe que eso atrae a la concurrencia de vagos de los alrededores, que para poder escuchar se toman una cañita. Y ahora lo curioso es esto: todo el concurso escucha con religiosa atención.

Los vagos rascan las cuerdas, que uno no se explica por qué no se rompen. La historia que cantan es siempre la misma, y en el portal del almacén una purretada de futuros carreros y de actuales vendedores de diarios obstruye el tráfico, mientras que los malandrines lanzan al aire las últimas voces:

*Es la modesta expresión
de aquel que sabe cantar
y lleva con el afán
de agradar al auditorio
el gesto siempre notorio
de la musa popular.*

Luego descienden de su improvisada tarima. Preparan el platillo. Los peones de albañil, los carpinteros y hasta el mismo patrón del boliche ponen caras patibularias. El platillo circula ante la indiferencia del auditorio. Los “puetas” se quejan en voz alta de que no se estimule la musa popular. El patrón sirve dos cañas dobles. Beben y se van. Y el patrón exclama, filosóficamente:

—Estos que hacen verso, le llaman musa a la sed.

BICICLETERÍAS Y CICLISTAS

Hoy me decía un amigo periodista:

—El ciclismo está en baja. La bicicleta la usan únicamente los carpinteros pudientes y los estañadores modernistas.

—Es cierto —respondí, y luego, cuando me aparté de aquel amigo, me quedé pensando en las bicicleterías, que son los lugares más tristes de la tierra.

Las bicicleterías

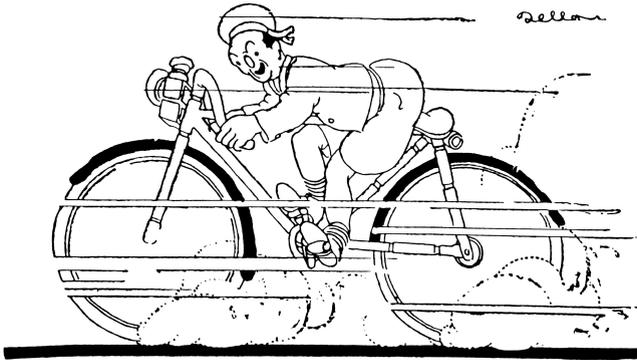
No sé si ustedes habrán observado que las bicicleterías están instaladas en los lugares más tristes de la ciudad, en esas calles muertas donde hay una carbonería desolada, y luego una interminable hilera de casas agresivas, de puertas cerradas, de zaguanes antipáticos, de

máquinas de coser, fonógrafos y bicicletas. Para convencerlo al transeúnte, agregan esta advertencia: “Somos especialistas en soldadura autógena. Se arreglan techos y se refaccionan goteras”.

Las vidrieras de estos tabucos de malísima muerte, son un compendio de pobreza y de cosas desiguales.

Se exhiben allí cuerdas para fonógrafos, piñones de bicicletas, revólveres en compostura, cartones con cortaplumas, cajas de municiones de acero para rodados, linternas eléctricas, cristales de color, manubrios de goma, púas para discos, etc., etc., etc.

Atiende el comercio desolado, y con su ringlera de bicicletas descuajerina-



construcciones viejas y roñosas que, de sólo mirarlas, lo vuelven escéptico a un respecto a los valores de la vida.

Y se explica. Las bicicleterías trabajan tan poco, que sólo en esos parajes, materialmente muertos, pueden encontrar un local que les cueste una bicoca, pues de otro modo no tendrían donde refugiarse.

Estas bicicleterías son una especialidad en el gremio de la mecánica prehistórica.

Infaliblemente ostentan un cartel donde se anuncia que se componen calentadores,

das, un chico siempre melancólico: un chico aburrido de ver que no termina de pasar la mañana y que, cruzado de brazos en el obscuro mostrador, contempla el juego de los pájaros en el centro de la calle.

Este chico ha sido colocado allí por una madre prudente, que desea que el púvulo no se “pierda” por la calle. Y el chico bosteza, o lee a escondidas una novela de piratas.

A su vez, los dueños de las bicicleterías, son hombres taciturnos y silen-

ciosos: larvas de relojero y crisálida de ajustador. Parecen descontentos de la vida y la amargura de la decadencia del ciclismo, como pasatiempo popular, les hace mirar con rabia las bicicletas escalonadas y que esperan un alquilador.

Hace quince años

Hace quince años, el deporte de la bicicleta tenía entusiastas en todos los barrios. Los domingos a la mañana y a la tarde, todo chico que se había portado bien durante la semana, pedía al padre o la madre, los sesenta centavos indispensables para pagar el alquiler de una hora de bicicleta. Las bicicleterías trabajaban brutalmente. Los chicos salían de allí con bicicletas monstruosas, una rueda más grande que otra, “descentrado el manubrio”, defecto que en la bicicleta era un placer descubrir, porque entonces el mocoso ciclista hacía fruletes inverosímiles con el artefacto, para demostrar su habilidad en eludir choques con los árboles y transeúntes. Dirigir una bicicleta descentrada causaba tanto orgullo, como estar al timón de un barco pirata. Yo me acuerdo que un día lo tiré al suelo a un viejo, con una bicicleta descentrada. Durante una semana ese hecho bárbaro me convirtió en héroe ante los ojos de toda la pandilla de vagos que pululábamos por el barrio.

Lo mismo para afilar. No había novio que se estimara un poco, que no pasara en bicicleta a las tres de la tarde ante la casa de su futura. Mejor dicho no pasaba, sino que volaba como un tren expreso. Y por la vereda, para demostrar su dominio de la máquina. A este respecto, recuerdo que en la calle Fray Cayetano entre Avellaneda y Bogotá, los domingos por la tarde, un montón de muchachos que hacíamos alto en la esquina del almacén de Luraschi, organizábamos carreras fantásticas para lucirnos ante las mocitas. El vigilante hacía la vista

gorda y nosotros pasábamos como relámpagos, frenando en la esquina con esa suavidad y esmero que cataloga a los sujetos que aparentan tener una sangre fría extraordinaria.

Las mujeres se enamoraban así entonces. Andar en bicicleta como un loco, era como estar en el volante de un 80 H.P., hoy. Con la sola diferencia, ¡es claro!, de que el amor por un ciclista era mucho más desinteresado que por un tío que hoy exhiba su catadura de rascacueros en un flamante 80.

La motocicleta era el ideal, el estado metafísico, o superfísico de la bicicleta, para las imaginaciones de los mocosos aventureros. Tener una bicicleta, era como hoy para un chico disponer de un Super Seis. Exactamente lo mismo.

Decadencia

Vino la gran guerra, vinieron las cintas por series interminables, vino la melena, vino el diablo, y hoy, la bicicleta, se ha convertido casi en un artículo de museo, en uno de esos artefactos que, al verlos, suscitan en nuestro recuerdo un calofrío de emoción piadosa, ya que la bicicleta, fue el símbolo mecánico de nuestra juventud perdida.

Hoy no la utiliza casi nadie, a no ser los carpinteros modernistas, ciertos albañiles que “quieren marchar con el progreso”, y los mensajeros de esos antros; así como los muchachos de los lavaderos japoneses, los dependientes de ciertas confiterías parroquiales, y toda una fauna improvisada por el comercio pobretón y que vive al día.

De allí, siempre que paso ante una bicicletería, siento una lástima infinita por el chico que pierde su tiempo tras el mostrador obscuro, aburriéndose desastrosamente, mientras que los pájaros se regodean en el centro de la calzada y el sol de la mañana sube lentamente por la fachada de las casas.

LA FRUTA ROBADA NO ES LA MÁS BARATA

Aquel que no haya robado fruta a los quince o diez y seis años, es un hombre que no mereció la vida, ni la juventud, ni nada.

Y no la mereció porque hay placeres de los cuales el hombre, llegado a cierta edad, debe gustar, para hacerse más tarde la ilusión de que, durante un instante, su vida tuvo un matiz aventurero, y para contarle luego a la esposa mentiras que hagan más tolerables las noches de invierno.

Además de que, aparte todas estas filosofías, no hay fruta más sabrosa que la fruta robada. Ni más cara... ¡a veces!

La emoción de robar fruta

Yo creo que todo hombre lleva en sí un enemigo de los principios que rigen la sociedad, y que transgredir estos principios se convierte, a veces, en un deporte divertido, cuando la violación de dichos principios no da un carácter utilitario al acto realizado.

Entre uno de los pocos deportes antisociales está el de robar, pero robar fruta. La emoción que se recoge es idéntica a la que se siente si se entrara a robar muebles u otros artefactos.

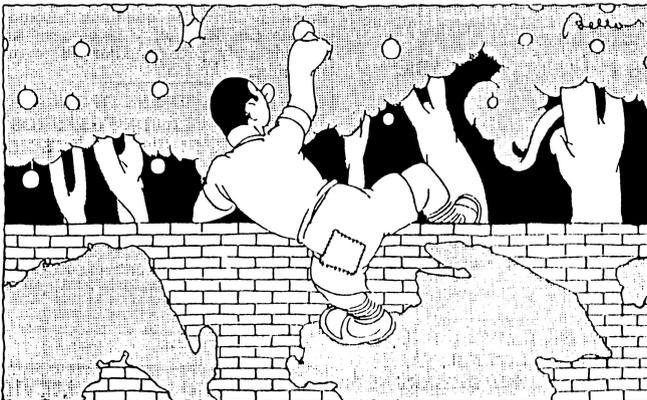
Los peligros son inferiores, pues el ladrón de fruta sabe que lo que menos le espera es una pateadura de parte del damnificado, que suele ser un gringo con tremendos "tegobis", facha malandrina y de fuerza bestial.

Lo curioso es esto. No hay cosa que irrite más a los tanos quinteros, que les vayan a robar la fruta. ¿Será porque ésta no vale nada? Posiblemente por eso, y porque el hecho de saber que entran a robarle algo que no vale nada, es como un insulto inferido a la dignidad patrimonial del cascarrabias.

Ahora bien: como los peligros que hay en ir a robar fruta son más personales que judiciales la aventura para los muchachos ladrones de fruta, es de lo más seductora y emocionante, ya que se trata de escapar no sólo a las cóleras del gringo zaparrastroso, sino de esquivar la persecución de los vigilantes, que se reúnen en patota heroica para atrapar a los mocosos fugitivos.

Cómo principia la aventura

La aventura la llevan a cabo frecuentemente de tres a cuatro muchachos.



Así, recuerdo que en Flores, que hace quince años no estaba desprovisto como hoy de sus magníficas quintas, era sumamente fácil eso de asaltar duraznos y perales.

Frecuentemente nos reuníamos los vagos de tres barrios para organizar expediciones punitivas contra los frutales de las calles Beltrán, Bolivia, el arroyo Maldonado, la quinta de Basualdo, y otras posesiones más o menos abundantes en artículos de boca.

Se nos acoplaban, en estas expediciones punitivas, otros vagos que más tarde resultaron malandrines de verdad, y no había cosa más emocionante que esa de entrar, a las tres de la tarde, en un plantío desde donde, por entre las ramas de los árboles, se distinguía la caseta del guardián o la piel del perro.

De cómo se roba la fruta

Indudablemente, no es posible ir a robar fruta ni con un carro que se detenga a la puerta de la quinta, ni con una bolsa. De ahí que en esta aventura interviene siempre en forma directa, la capacidad de los bolsillos y el espacio de anchura que media entre la camiseta y el pecho, donde se embaúla todo lo que se puede, sin contar los bolsillos del saco, a los que se le rompe el primer forro, de modo que la fruta quede envasada entre el paño y el forro general.

Frecuentemente hace la guardia un amigo que, como avanzada, está entre los pastos. Y es de ver y no creer con qué atención el minúsculo “campana”, observa todo el movimiento de la quinta, mientras que los otros se atragantan de fruta en la horqueta del árbol, tirándole, de vez en cuando, una fruta como caridad.

Esto ocurre cuando el robo se lleva a cabo durante el día. Por la noche, los peligros aumentan con la perspectiva

de que el quintero le descerraje un balazo al que le está saqueando la quinta. Pero, por encima de estas posibilidades peligrosas, están las favorables, y es que hay que estar muy prevenido para saber que a las doce de la noche le están talando las plantas.

La fuga

Lo emocionante, lo más emocionante en el deporte del robo de fruta, es la fuga, cuando de pronto, a la distancia, entre los árboles, se ve avanzar con paso rápido y catadura fiera a un labriego a quien hacen séquito una jauría de mastines.

Entonces el “¡sálvese quien pueda!” es general. Los que estaban encima de los árboles se precipitan de un salto al suelo. El tano, furioso, grita desaforadamente; el miedo de los ladrones es tal que, antes que los mastines hayan llegado en su rápida carrera hasta ellos, ya se encuentran encaramados en el borde del alambre tejido para pasar una pierna saltando a la calle.

El más pacífico y remolón, en esas circunstancias se convierte en un furioso energúmeno, pues es cosa sabida entre todos los muchachos dedicados a tal deporte, que para los gringos no hay placer más intenso que lubricarle las costillas a un mocito con buenos bastonazos.

Y yo recuerdo perfectamente que una vez, en una de esas fugas donde se nos venía a la vanguardia media docena de robustos lombardos, al saltar un alambrado el faldón del saco se me quedó enredado en un triángulo de púas. Salté, y cuando me encontré en la vereda, el saco, que estaba flamante antes de la aventura, ostentaba un “siete” monstruoso que tiraba por tierra toda mi elegancia.

Así aprendí que la fruta robada cuesta más cara que la del mercado.



¿QUÉ VAN A HACER EN LAS OCHO HORAS?

Bien lo decía yo en artículos anteriores:

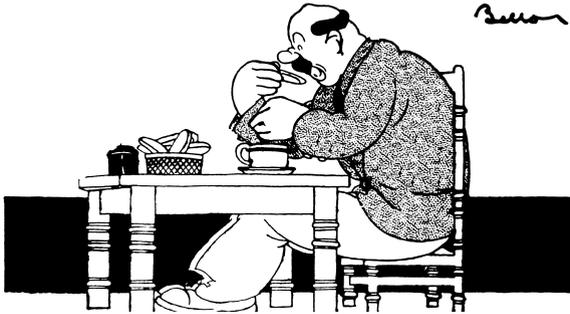
—No se fíen del viejito de la calle Brasil; no se hagan ilusiones, que al freír será el reír. Pero más de un lector dijo por ahí que yo era un alacrán y un mal sujeto, propenso a denigrar a las buenas personas...y ¡ya se vino la maroma!

Por acuerdo de ministros, los empleados nacionales que trabajaban seis horas, trabajarán ahora ocho, y de un solo tirón. Como los vigilantes, igual que los botones, a semejanza de los tiras. Ocho horitas; ocho horas puntuales y cabales.

Todavía me acuerdo. No había uno solo de los candidatos a chuparle la sangre al Estado que no me dijera.

—Cuando suba el doctor Yrigoyen.
¡Cómo la ha de gozar Marcelo!

El empleado nacional en este país bendito, ha venido a constituir algo así como una aristocracia de la holgazanería. No hay hijo de viuda, de teniente coronel, ni primogénito de abogado, que no aspire a una vacante con “dolge far niente”, en cualquier ministerio. Conozco atorrantes que tienen tres empleos; conozco inútiles a la enésima potencia, que no van al empleo sino a fin de mes y para cobrar el sueldo. Y claro; las cosas les parecen que así van muy bien. Todos estos presupuestivos se han acostumbrado tanto a semejante estado de cosas, que la subida del “dotor” les parecía que vendría a simplificar su vagancia y hacerla más abundante y florida, a decorarla de descansos suplementarios y a darle, no ya un aspecto oficial, sino legal.



La medida es justa

La medida es justa, porque la mayoría de los empleados nacionales son unos vagos. Y no tan sólo son unos vagos, sino que, además, son unos parásitos. Creo que sólo en estos países americanos, de caciquismo y favoritismo político, ocurre esto de que los empleados nacionales sean los hijos de mamá, mientras que en ciertas reparticiones, como Correos y Telégrafos, Policía, etc., hay “crostas” que se desloman yugándola como asnos huérfanos.

—¡Cuando suba el “dotor”!...

Me imagino cómo debe gozarla Marcelo.

Porque la subida del doctor era esperada como la llegada del Mesías. Todos los pelafustanes del país se prometían milagros.

¿Qué harán en ocho horas?

Lo que el señor Yrigoyen no debe haber pensado es qué diablos harán en la oficina durante ocho horas, empleados que se las veían duras de terminar las seis horas sin hacer nada.

¿Estarán, ahora, ocho horas sin hacer nada? ¿Y para eso cada empleado gravará al país con un presupuesto anual de dos mil pesos? Porque eso es lo que menos cuesta cualquiera de estos zampatortas al Estado. ¡Dos mil pesos anuales! Sin contar los sábados gordos, los tiburones que engullen con triple hilera de dientes; los ballenatos que secan los presupuestos, los peces espadas que hacen cada agujero en las faltriqueras de las finanzas que por allí se derrama la mitad del oro que en moneditas se les saca, bajo forma de impuestos, a todos los pobres diablos del país.

Realmente, lo que ocurre en esta Jauja de la mala política, es escandaloso.

Ya, vez pasada, en esta misma página, yo escribía que la mitad de los adherentes a las fórmulas políticas no lo hacían en pro de un ideal cívico próximo ni remoto, sino que vendían su voto por una promesa de empleo; salvo los afiliados a ciertos partidos políticos que sabemos no tienen momentáneamente ninguna "chance" burocrática y que, por lo tanto, son los únicos que pueden hablar de un ideal relativamente relacionado con la sociedad.

Pero volviendo a lo de antes, me digo:

—¿Qué es lo que van a hacer los empleados nacionales en ocho horas? Porque la verdad es ésta:

Los que tenían que trabajar como burros en el correo o en la policía, a esos la circular de los ministros, dispuesta por el señor Yrigoyen, no les puede molestar. Así que los únicos damnificados son los eternos "fiacunes", los hijos de papá, que en todas las oficinas se echan a perder el estómago con largas libaciones de café, té con leche, café con leche, y vuelta al café y al té.

Si se piensa bien, el único que sale perjudicado con esta medida es el Estado, ya que todos estos haraganes, que en seis horas de trabajo consumían respetables cantidades de café, té, leche, pan

y algunas veces bizcochitos o medias lunas, ahora en esas dos horas más engullirán mucho más café, té, leche, pan y las susodichas facturas; de modo que en poco tiempo en vez de perder con esta medida, los empleados nacionales ganarán en gordura y estarán más obesos que canónigos.

Creo, pues, que si la medida es acertada por un lado, es desacertada por otro. Lo más práctico hubiera sido echar a la calle a todos los inútiles. Habría más lugar en todas las oficinas; se gastaría menos plata y menos luz eléctrica y el rendimiento de los que quedasen sería mayor.

Fin de la medida

El fin de esta medida tomada por el señor Yrigoyen, es el de evitar la petición de empleos, para los que había más de cien mil candidatos.

Ahora bien: como todos los que solicitan empleos son tipos a los que no se quiere ni gratis en ninguna parte, es lógico que esta medida no ha de desalentarlos, ya que están tan acostumbrados a la atorrancia, que se les importa un pepino pasarla ocho horas en una repartición o en la casa, consumiendo yerba y azúcar.

Pero no sé por qué albergo siniestros presentimientos. Me parece que si las cosas siguen así, dentro del yrigoyenismo van a quedar pocos adherentes sinceros. Y van a quedar pocos porque parece que esta vez el señor Yrigoyen, convencido de su omnipotencia va a hacer como Hércules en las caballerizas de Augias: una limpieza ejemplar. Y hace falta, mucha falta y a mí me vendría de perilla pues me brindaría una larga y surtida serie de argumentos para estos artículos, y además, nos permitiría reirnos de los que se pasaron los últimos seis años diciendo:

—Cuando suba el doctor, va a ver, amigo...

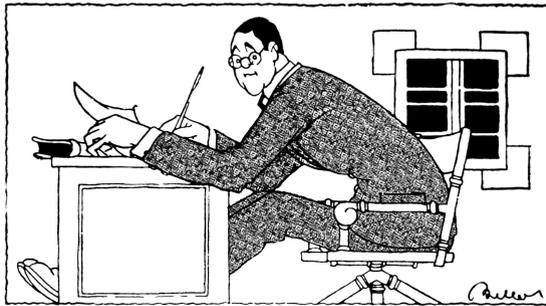
ARGENTINOS EN EUROPA

No recuerdo con exactitud si Rudyard Kipling o Mark Twain, dicen que no hay inglés que haga un viaje a las colonias y no se crea obligado, a su regreso, a publicar un libro de memorias y aventuras con las cuales aburre a sus amistades y a su familia.

Con los argentinos que van al extranjero pasa algo más grave. Y es que en vez de escribir un libro que, con toda seguridad no leería nadie, publican sus impresiones de viaje en los periódicos abiertos a todas esas burradas internacionales. Y después se quejan de que les tomen el pelo en el extranjero, y les miren con curiosidad para descubrirles el taparrabo de plumas. Si lo menos que se merecerían es que los fusilaran por el delito de solemne tontería.

Bueno; el argentino que va a Roma, salvo que no sea inteligente, se dedica al oficio de admirador. Tan bien los deben conocer allá a estos bicharracos, que en cuanto los aborígenes caen por esas tierras, los reciben una brigada de "lazzaroni" y de cicerones, prontos a mostrarles al hombre del cocotero todas las maravillas arqueológicas que encierra esa tierra de tenores, mandolinistas y peluqueros.

Los salvajes quedan locos de admiración. Empiezan a escribir sobre el Foro Romano, sobre la arquitectura jónica y dórica; sobre los arquiteabes y otras mil macanas que sólo pueden interesar a un albañil o a un reblandecido. Y como su admiración es tanta que no pueden conservar la guardada, resuelven enviarla



El argentino en Roma

Empecemos por el argentino en Roma.

Todo argentino de plata se cree con derecho a escribir un libro o una serie de artículos. Eso es sintomático. Después de los billetes de Banco quieren la gloria, y eso explica el libro de Noel y las correspondencias francamente estúpidas del señor Lagorio, poeta y vicecónsul en Italia, o las memorias sobre Palestina del señor Rhode, o las de Carrasquilla Mallarino tan malas como las de Rhode, las de Lagorio y las de Manuel Gálvez.

en forma de epístolas opiosas a los periódicos de este bendito país. Y aquí se publica todo porque todavía hay gente que cree en que son lindas las ruinas del Coliseo y evocadora la Via Appia y otras pamplinas arqueológicas que uno se sabía de memoria a los diez y seis años, y se ha apresurado a olvidarlas a los veinte, por estúpidas e inútiles.

Pero los que viajan por Europa necesitan hacernos saber a nosotros los argentinos que quedamos aquí, la impresión maravillosa que les produjo los acueductos, y las ruinas, de las que sólo quedan

unos escombros con los que se podría fabricar pedregullo sin que por ello nada perdiera el arte ni la humanidad. A ese modo de gansear lo llaman hacer poesía y qué sé yo cuántas otras incoherencias más. Y lo curioso es esto: todos esos sujetos que vienen con la novela de las ruinas de Italia, son unos farsantes que se quieren dar bombo de artistas y de haber estado en Italia y en las ruinas porque ello es muy elegante. Y después se quejan de que Pío Baroja los trata de salvajes y de tontos. Hablando en plata, no les queda otro calificativo.

El argentino en París

Así como el prototipo del mediocre literario va a buscar sus motivos a orillas del Tíber o en los escombros del Foro, el prototipo del vago hijo de estancieros, va a París. La fama que estos perdularios nos han hecho por allá no es, por cierto, para descubrirla. La correspondencia de amigos y de gente completamente al margen del malevaje y del tango, nos revela que en París se nos desprecia francamente, considerándonos únicamente como gente útil al país por los platos y los vasos que rompen en los cabarets y la munificencia con que los pagan. A su vez los escritores argentinos que van a París, mejor dicho los periodistas, no ven en París, no sé si lo que les ordenan los directores de sus diarios, o lo que su miopía trascendental les deja atisbar.

Y lo único que ven en París son los cabarets, las mujeres elegantes, los bohemios, y los más audaces a los matones de los mercados que como conocen el estúpido gremio de rastacueros se confeccionan a propósito gorras de hule y cuchillos de lata.

Todas estas pamplinas son cuidadosamente recogidas por esa gente que nos las aderezan con salsa de mala literatura y nos las envían para que nosotros, los salvajes, nos admiremos de lo que existe en la Ciudad Luz.

Y nosotros tenemos que admirarnos, so pena de pasar por brutos o incultos. Tenemos que admirarnos de que los pilletes de allá, subvencionados por los dueños de cabarets, dancen la danza de los apaches; tenemos que admirarnos del Gato Negro y de la Caverna de los Inocentes, donde hijos de estancieros y de ministros se compadorean las finanzas del Estado en alegre rueda de inconscientes.

Y nosotros tenemos que admirarnos de que Bubu le de una puñalada a Mimi, o de que Ricardo el Negro, se despachurre a Nini Piel de Perro. Para eso somos argentinos. Y por tal motivo tenemos que tragarnos la correspondencia idiota de esa gente, que a todo lo extranjero lo ven con ojos de admiración indígena.

Charlando de esto con el amigo Marechal, éste me decía:

—¡Qué lástima que Roura no haya podido ir al extranjero, porque su captura nos ha privado de una correspondencia quizá más interesante que la de Gálvez y Lagorio!

Lo que no ven los “escribidores”

Lo que no ven los “escribidores” que nos aturden con chorros de correspondencia pseudo literaria, es que en los países que visitan hay una mayoría que vive y trabaja, que en todos los territorios recorridos hay industrias y fábricas que nosotros ni sospechamos, y con la inconsciencia de los botarates si van a Roma nos hablarán de cuadros y ruinas, y si van a París de tango, apaches y “entretenidas”. El resto, los millones de gente que vive ejerciendo mil oficios diversos y pasando mil tragedias distintas, eso sí que no lo ven.

Y la verdad es ésta: que todo argentino que va al extranjero está viviendo en sus correspondencias en literatura mala y falsa, lo que es agregar el insulto a la injuria, como decía el loro que citaba el truhán de Samuel Weller.

PARA CONSEGUIR EMPLEO

Un alacrán desinteresado, me ha enviado la siguiente carta, que publico en atención a que puede servir los intereses del partido y, sobre todo, porque vendría a sugerir el establecimiento de una "oficina de censura a la lata politiqueril". He aquí la carta suprimido el encabezamiento por respeto a la persona destinataria:

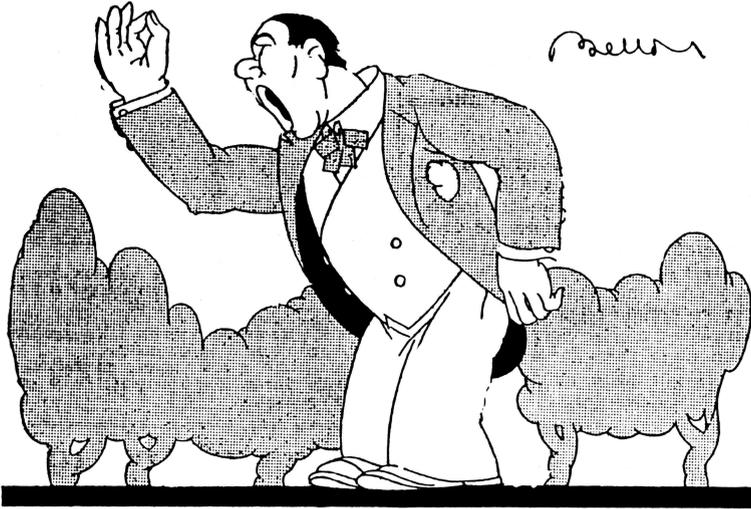
La palabrería política

"En mi carácter de ciudadano honesto y confiado soy muy aficionado a la literatura política de nuestro país. Y es tal mi afición que ayer me he puesto a leer un periódico que, según un subtítulo, es algo así como el órgano semioficial de un popularísimo partido político. Yo no soy mal intencionado, señor cronista;

"Un señor Fulano de Tal compara al nuevo presidente con Cristo, Galileo, Volta, Fulton, Juana de Arco, Isabel la Católica, Colón y, a mayor abundamiento, con San Martín y Bolívar; lo compara, también, a las damas mendocinas, a Lincoln, Belgrano y Sarmiento."

"Tales son las palabras del ciudadano, de cuyo nombre no quiero acordarme. Luego habla de las leyes físicas, de los "abismos insondables", del "ciclón y la brisa refrescante", pero a pesar de todo este materialismo barato, ese señor "cree únicamente en aquel que todo lo puede: Dios", etc., etc.

"Señor cronista: Yo soy un buen sujeto, pero cuando leo macanas tan descomunales, cuando asisto al espectáculo



pero, después de leer eso me he puesto a reír, con ese regocijo que caracteriza a las almas ingenuas y confiadas.

"Y me he reído al pensar que las personas que han leído El Nene, se tomarán la cabeza al leer semejantes dislates.

"Por ejemplo:

de un señor que desbarra con tanto entusiasmo, me digo:

"—¿Quién es el culpable? — Y mi conciencia me responde:

"—Uno que ahora es ministro y antes hacía libros y discursos sobre el mismo tema."

El precursor de la mala literatura política

"Sí, el único culpable es él. Sobre sus anchas espaldas que caigan las iras de los dioses y de la gramática. Y los fardos de mala literatura que escriben todos sus imitadores.

La manzana picada en la literatura

"Ahora comprendo el ejemplo de la manzana picada.

"El autor de "El Hombre", es la manzana picada de la literatura politiqueril.

"Todos sabemos que basta una sola manzana picada para echar a perder a todo un montón. Igual pasa —y pasó— en la llamada literatura política. Bastó que alguien se diera a decir y a escribir pavadas sobre un hombre, para que le salieran imitadores en cada esquina. Todos los escritores argentinos, por malos que sean, y por más macanas que escriban, jamás podrán igualarse a los que ocasional y sistemáticamente, se dedican a elogiar al Presidente. Al leerlos, me resigno, y perdono a Ricardo Rojas, a Arturo Capdevila y a otros polígrafos de los llamados distinguidos, todos sus atentados al buen gusto, a la historia y a la gramática.

"Pero me permito dar una serie de sanos y desinteresados consejos a los jóvenes y no jóvenes, que consideran el elogio escrito o hablado como un oficio lucrativo o un deporte alegre y sano.

"Déjense de disparatear. Ni el señor Yrigoyen ni ninguno de sus ministros están, en esta presidencia, para dejarse convencer con un par de discursitos o unas tiradas literarias, por malas y aburridas que sean. Se han curado de espanto. En la antigua presidencia cuajaban muy bellamente esas combinaciones: una frasecita publicada en cualquier periodicucho; unos versitos horribles o un discurso ubicado, a mane-

ra de oración fúnebre, ante la tumba recién abierta del almacenero de la esquina, en el cual discurso, en vez de hablar de la honestidad del difunto en pesar los diez de yerba y los otros diez de azúcar, se mencionaba al Doctor, a su obra, a su munificencia y generosidad; en ellas se daban prebendas, se traían canonjías, se brindaba un "dulce far niente", asegurado por algún subsidio substancioso.

"Son inútiles los adjetivos sahumados que ahora se quemen en honor de S.E. y de las otras excelencias que forman su gabinete. Ahora hay que cambiar de método, hay que trabajar de otra manera. Aprendan de esa nena que casi se hace atropellar por el automóvil del Presidente. ¡Ese sí que es trabajo fino, delicado y sutil! ¿A que dentro de poco, a esa nena y la muy imaginativa empresaria, que es la autora de sus días las vemos de directoras de escuela, de secretarías de alguna repartición pública o de jefas de correo?

"Créanme. La época de los versitos y de los discursos ha pasado. Poetas y oradores van muertos. Estamos en la época de los héroes. Ya no es posible conseguir un mísero empleo de \$180, sin hacer una demostración de temeridad. Tirensse debajo del automóvil del Presidente; lárguense desde la azotea de la Casa Rosada; zambúllanse en la Dársena Norte cuando S.E. vaya a recibir a algún amigo que llegue de ultramar. Dejen los versos para la pasada administración que ahora no le interesa a nadie, porque es como un gigantesco queso de gruyère, con más agujeros que queso, y del cual nadie saca más bocado.

"Y no es para menos. Los zarpazos que le vinieron pegando los que temían que en la entrada de la nueva presidencia reinaría una paz forzada y desagradable a causa del ineludible símbolo del olivo...

"Saludo al señor cronista muy atte."

Por la copia

EL HOMBRE PROVIDENCIAL

Así como existe el hombre chinche, que cuando estamos por hacer algo que nos interesa y urge se nos aparece para arruinarnos el programa, así también, como un contrapeso dispuesto por una prudente providencia, existe el hombre providencial o necesario; el hombre que en el preciso momento en que nos encontramos con la sogá al cuello, se aparece milagrosamente para sacarnos de apuro, porque ésa parece que es su única misión en la vida.

Se me ocurre esto porque la otra noche conocí a un buen señor que, después de charlar una hora conmigo, se me ofreció lo más gentilmente a llevarme a tres leguas del lugar en que me encontraba, en su automóvil. Eran

alguno, lo cual me hace creer que tengo una providencia que me protege, pues ya una vez en el Azul me pasó algo parecido y que fue ir a cien kilómetros por hora en el automóvil de un joven que poco después que arrancó comprobé que estaba perdidamente borracho. Y él se justificaba:

—No hay como mandarse unos copetines a la bodega para tener el pulso firme.

Recuerdo perfectamente que cuando ese asesino pronunció tales palabras, que no hacían falta —porque si le acercan un fósforo al aliento lanza llamas por la boca— me estremecí de terror. El velocímetro subió de sesenta a setenta y luego a noventa, y más tarde a cien, aunque el maldito decía que el veloci-



las dos de la madrugada, pero esto no lo amilanó a mi súbito amigo, que hizo bramar el motor por las calles de la ciudad. Cierto es que este buen señor tenía unos cuantos copetines entre la espalda y el pecho, y cierto es que numerosas veces durante el viaje pensé que la integridad de mi estimado pellejo corría riesgos arduos y mortales; pero llegué al final del viaje sin accidente personal

metro adelantaba no sé qué porcentaje de kilómetros por ciento, lo cual no impediría que, si chocáramos, nos hiciéramos pedazos. Y porque el velocímetro adelantaba un cinco por ciento; hacía volar el coche apretando el acelerador.

El providencial

Esto me hizo pensar después que es muy conveniente, antes de subir al au-

tomóvil de un desconocido, cerciorarse de qué grado de absorción alcohólica tiene el ciudadano, que como en los casos narrados, es el hombre pseudo providencial.

Al revés, el hombre providencial absoluto es otra clase de sujeto. Pongamos un ejemplo: usted está esperando el ómnibus. No tiene nada más que diez centavos en el bolsillo. De pronto se le presenta un hombre que le saluda que tiene una cara conocida. Usted saluda, y amablemente. El hombre le parece a usted al rato le pregunta:

—¿Pero de dónde diablos lo conozco yo a usted? —Y entonces, el hombre providencial le dice que lo conoce de tal y tal punto y recuerda una serie de detalles de tal conocimiento que enterrecerían a un adoquín. Y para festejar el reconocimiento el hombre lo invita a tomar un vermouthe. Entonces usted dice que no tiene dinero, y el hombre levanta el brazo al cielo y contesta que no importa, que él paga, que está encantado de poderle pagar el vermouthe, y lo conduce al café, y le habla de amigos comunes, en fin, de un montón de cosas tontas y sentimentales.

Y de pronto, cuando usted se levanta para retirarse, el hombre providencial se ruboriza, tartamudea, y de pronto, dice:

—No se ofenderá usted... pero... yo también sé lo que es pobreza —y le ofrece diez pesos, agregando: —No se niegue a recibirlos, por favor. Yo sé lo que es necesidad.

Ese hombre absurdo existe, aunque ustedes no lo crean.

Otro sujeto providencial es el que llama "cirineo" un amigo mío, que ahora es director de un diario. Dice que "cirineo" es aquel hombre que le ayuda a llevar espontáneamente la cruz sin que usted lo invite a ello. Por ejemplo:

Usted tiene que ir a un punto donde es casi seguro que le romperán el alma. Usted sabe casi matemáticamente que le van a hacer sonar las costillas a basto-

nazos. Que lo van a estropear a puñetazos colectivos. Usted lo sabe, pero tiene que ir. Y de pronto se aparece el "cirineo", ese sujeto espontáneo que le dice:

—No se aflija por tan poca cosa. Yo lo voy a acompañar. ¡Qué diablo! Para eso están los amigos. —Y aunque usted sabe que los amigos no están para eso, para llevarlos a un lugar donde los palos van a llover como granizo, consiente, porque ¡qué embromar!: Cuatro puños valen más que dos.

Otra hazaña del "cirineo" es aguantarse la vela, mientras usted conversa con la novia. Suele ocurrir esto en los parajes oscuros, donde, cuando uno menos se acuerda, se encuentra descalabrado y averiado, sin que haya podido averiguar de dónde descendió tal lluvia de trompadas y patadas.

El "cirineo" no se espanta por ello. Aguanta la mecha. Se queda una, dos, tres horas parado en una esquina mientras usted conversa con una mocita. Él toma el fresco pero no se queja.

¿Bondad o tontería?

El hombre providencial puede ser encuadrado dentro de diversas clasificaciones. En ciertas oportunidades es un tonto rematado, en otras, en cambio, es un individuo medularmente bueno; bueno porque sí, sin derivaciones, sin complicaciones: bueno porque ha nacido para eso, para salvar las situaciones difíciles que se presentan a sus semejantes; y en otras circunstancias el providencial no es nada más que un inconsciente, que hace de Cirineo como podría hacer de Judas, con la misma impasibilidad y atonía interior.

De este modo es tan difícil clasificar a la gente, que uno no sabe con qué quedarse, pero lo mejor es aceptar el hecho sin comentarios ni análisis que para nada sirven, como no sea para descolorar el acto que a nosotros nos salvó de un trance perro.

VELEIDADES ARISTOCRÁTICAS

A medida que uno va comprobando que la estupidez humana es más frondosa, uno se siente, aunque no lo quiera, disolvente y corrosivo.

Allí están, por ejemplo, las familias de medio pelo que tienen veleidades aristocráticas: gente que, sacándole esa chifladora, sería más o menos tolerable, pero que tiene la manía de las grandezas, de las relaciones, del boato y de esa cosa absurda que se llama aristocracia y que en este país no existe.

El mito de la aristocracia

En nuestro país no existe aristocracia; si por aristocracia se entiende la prolongación secular de una familia heroica.

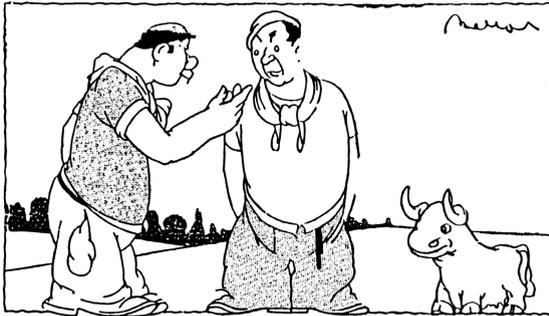
la santísima gana, que es la única manera de encontrar desabrido todo.

Esta gente, media docena de apellidos, no sirve absolutamente para nada. Existen porque existe la crónica social en todos los periódicos. De no existir tal crónica, la aristocracia de nuestro país sería un mito, o una realidad que, para darse a conocer, tendría que publicar en las calles, como ciertas empresas, sus nombres impresos en carteles.

Y, asimismo, no interesarían a nadie.

A quien interesa la aristocracia

Ahora bien: yo conozco familias numerosas que saben con qué vestido fue a la "soirée" la señorita mengana;



Lo que existe en nuestro país es gente de plata. Esa gente, vendedores de vacas y de cueros, ganó dinero, hizo política, porque tenía la sartén por el mango, teniendo plata y vacas; entró en combinaciones políticas siempre sobre la base de sus vacunos; y, así como en las islas del Perú ciertos pajarracos dejaron las bases de guano antiquísimo, así estos antepasados dejaron lo que hoy entendemos por aristocracia, es decir, un sedimento de gente que no tiene absolutamente nada que hacer, que vive en su círculo porque otros no lo aguantarían y que se aburre de lo lindo, a pesar de hacer lo que se le da

o quienes estaban en el té de F, y en el casamiento de N.

Gente que se lee todos los días la crónica social y que dice, con el tono más natural del mundo:

—Viste que Fulana estuvo en el baile de la Perengana.

O sino:

—La de Pérez se divorcia. ¿Te das cuenta?

Y lo curioso es que esta gente habla del vestido de X. y de la fiesta de N. con una naturalidad asombrosa; y lo más extraordinario es que los que hacen tales comentarios no estuvieron siquiera,

ni en el baile del “Centro Recreativo Lágrimas y Sonrisas”.

La veleidad

Por contradicción, la gente que tiene esta “veleidad”, vive del modo más miserable que pueda darse. Las mujeres, que tales comentarios hacen, son por lo general, solteras de amarillenta cara empolvada y cintita de terciopelo negro al cogote. Unas simpáticas infelices que no saben absolutamente nada del mundo y que creen que la “aristocracia” es algo así, respecto a ellas, como la catatúa respecto a un gorrión.

En Buenos Aires estas veleidades van disminuyendo a medida que las exigencias de la vida actual, nerviosa e imperativa, exige que la gente salga a la calle para ganarse un plato de lentejas; pero en provincias, estas manías ridículas alcanzan un grado tal de inverosimilitud, que se llega a creer, como decía ese latero de Víctor Hugo, en “el armiño de la estupidez sin una sola mancha de inteligencia”.

He conocido hogares compuestos de diez ciudadanos, incluso las ciudadanas, donde se comía una vez al día, y bastante mal. En las camas no había sábanas; los muebles interiores estaban tan averiados que daba terror servirse de ellos; y, sin embargo, esas casas, donde todo era lacería, mezquindad, pobreza, hambre trasnochada y apetito enflaquecido de más hambre, en tales casas, lo primero que sorprendía al entrar era la sala.

Esa gente creo que habría vendido al diablo el alma antes de vender la sala. La sala era para ellos el principio de la aristocracia, la base del aristocratismo provinciano, lo que los diferenciaba de “la chusma”. En ciertas provincias, sobre todo, si una familia no tiene sala es “chusma”. O “chusmita”. En cambio la sala, la posesión y tenencia de una sala, aunque los sofás sean unos criaderos incómodos de bichitos domésticos, pero no

domesticados, es un principio sagrado, un documento o diploma de que no se es chusma sino aristocracia.

Esta gente es la que se preocupa de la aristocracia, la que sabe informarnos de cuando el señor X vuelve de Europa y cuando el señor nuncio recibe al doctor X. Esa es la gente que, tomando cualquier revista especializada en pavadas sociales, os dice, señalando un retrato:

—Mirála a la fulana, ¡qué bien está con ese “beige”! — y cualquiera que no conoce la idiosincrasia de esas calamidades, cree que las calamidades y la fulana han pastoreado juntas.

En parroquia

“Como es arriba es abajo” —dice la Kabala, y creo que esos viejos judíos tuvieron razón.

Así como en el corazón de las ciudades y en las capitales de provincias existe la manía aristocrática, así también en las parroquias existe ese pequeño grupo subaristocrático, que ocupa todas las semanas, con su croniquilla grotesca, dos columnas del “Eco de Villa Crespo” o de “La Idea de Flores”.

En estas crónicas divertidas, se da cuenta de que “El hogar de los esposos Fulanes, se ha visto enriquecido con un nuevo niño que se llamará Marcelo X. de B. y de Z.” o se describe la “silueta” de la hija del panadero y el noviazgo de la menor de las párvulas del teniente coronel residente en la parroquia y que con sus mostachos de foca concurre a todas las fiestas parroquiales, o se anuncia el viaje de X. a Chivilcoy, a donde va, no de paseo como se pudiera creer, sino a vender una partida de morcillas averiadas.

Pero se explica. Tenemos todavía resabios de colonia y de factoría, y la manía de figurar es tan intensa que en muchas casas se encuentra una sala, pero si se revisaran las camas se descubriría que no tienen sábanas, y que sus almohadas, en vez de lana, tienen viruta.

ÍNDICE

Prólogo	9
Criterio de esta edición	15
Aguafuertes - Diario “El Mundo” 14/08/1928 — 21/10/1928	
El “affaire” de la Casa de Gobierno	19
El hombre que ocupa la vidriera del café	21
¿Qué hace la policía frente al folleto inmoral?	23
El “furbo”	25
La gloria de “Mateo”	27
Se terminó la “lata” en el Congreso	29
El hombre de principios	31
Calles raras	33
La linda agresividad porteña	35
El hombre que “va al centro”	37
El origen de algunas palabras de nuestro léxico popular	39
El enfermo profesional	41
No es por hablar mal, pero... ..	43
El hombre que hace economías	45
El gato	47
Psicología del hombre que deja pasar el tranvía	49
Berta Byl	51
El odio a los muebles viejos	53
Don Juan Tenorio y los diez centavos	55
El enterrado vivo	57
El hombre de la camiseta calada	59
Filosofía del hombre que necesita ladrillos	61
Taller de compostura de muñecas	63
Un filósofo de la Avenida de Mayo	65
Pasaje Güemes	67
Los médicos tacaños	69
La tristeza del sábado inglés	71
Molinos de viento en Flores	73
Los tomadores de sol en el Botánico	75
“Cuando suba Don Hipólito...”	77
El relojero	79
El vendedor de automóviles	81
La amarga alegría del mentiroso	83
El hombre que habla y no paga	85
El turco que juega y sueña	87
Del arte de saber perder a la lotería	89
Ventanas iluminadas	91
El placer de vagabundear	93
El hombre corcho	95

Casas sin terminar	97
Llegó la pegajosa primavera	99
Vida de los vigilantes	101
“¿No se lo decía yo?”	103
Engañando el aburrimiento	105
El parásito jovial	107
Fauna tribunalesca	109
La pavada sentimental del suicidio	111
Aristocracia de barrio	113
Elogio del amor callejero	115
Resurrección inesperada de los chauffeurs	117
El hombre que estuvo bien	119
La violinista que llega tarde a la orquesta	121
El lugar común	123
El hombre que ronda el teatro	125
El Doctor Berduc y los estudiantes	127
Estafadores disfrazados de contrabandistas	129
El hombre que pudo salvar a Roura	131
Trifones criollos	133
Ya no se plagian versos: se plagian ¡recetas de cocina!	135
Psicología simple del latero	137
Llegó el dulce de leche	139
El payador de almacén	141
Bicicleterías y ciclistas	143
La fruta robada no es la mas barata	145
¿Qué van a hacer en las ocho horas?	147
Argentinos en Europa	149
Para conseguir empleo	151
El hombre providencial	153
Veleidades aristocráticas	155



“De una vez por todas hay que demostrar que existe una literatura nacional. Pero popular. Y hay nombres que definitivamente tienen que estar en los libros de literatura argentina.

Por ejemplo, Carlos de la Púa, autor de un solo libro que resiste al tiempo y es inimitable. Fue capaz de todo. De ser millonario. Y de morir. Te digo también Nicolás Olivari, descarnado y profundo. La mala palabra en él fue su mejor caricia. Roberto Arlt, que con su estilo y su obra tan parecidos a su rostro, sigue siendo el novelista del asombro. Ese tipo no tiene par. Homero Manzi, que se encontró en la canción más que en otro estilo y es bello por su amor al barrio y a las cosas minúsculas. Scalabrini Ortiz, que cinchó el país desde la locomotora, con profunda fe en el sistema que arroja millones de pérdida y le cantó a la ciudad espionando la soledad del hombre de Corrientes y Esmeralda. Macedonio Fernández, de quien me gustaría ser su amigo, porque me placen los hombres con dos cosas: talento y ternura. Hay que decir Jauretche, de quien me gustan las espinas y las malas palabras que saca del bolsillo y su juventud para el combate, la sinceridad vascuence que en él viene de raza y el desparpajo porteñísimo que luce como una flor en el ojal.

Cansados de tener escritores con chapa extranjera en la puerta de la casa, estos siete escritores nos reconcilian con el destino que todavía tenemos que darle a la literatura nacional”.

Julián Centeya

